



NIEVE EN MARTE

PABLO TÉBAR



premio minotauro 2017

Índice

Portada

Premio Minotauro 2017

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos
exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte



Premio Minotauro 2017

En esta decimocuarta edición del Premio Minotauro, Premio Internacional de Ciencia Ficción y Literatura Fantástica, el jurado, compuesto por Adrián Guerra, Manel Loureiro, Ángel Sala, Marcela Serras y Javier Sierra, acordó conceder el galardón a esta obra, en Barcelona, junio de 2017.

A mi madre,

*que sólo pudo leer el primer capítulo,
porque tuvo que abandonar este planeta antes de tiempo*

Capítulo 1

Estaba de mal humor porque se estaba muriendo. Había probado todos los tratamientos posibles, incluyendo los experimentales, pero daba igual, su cuerpo se había rebelado cinco años atrás y se resistía a cualquier orden que no fuera la del suicidio en cadena de todas sus células. Su enfermedad era imparable; tenía el bicho, el señor de los virus, el cáncer de los cánceres: tenía manitú.

Morirse es una mierda. Y más aún cuando tienes tantísimo dinero. Más del que podrías gastar en cien vidas.

Desde niño lo angustiaba la muerte más que a los otros críos de su edad. Fue a los cinco o seis años, al morir un compañero de trabajo de su madre, cuando comprendió que la muerte tenía su nombre escrito en alguna parte y que más tarde o más temprano acabaría viniendo a por él. Mientras sus compañeros de colegio se enganchaban a cualquier forma de juego, él buscaba estrategias para esquivar a la muerte. Rezaba, se escondía bajo su cama, se agarraba fuerte a un cojín... Seguramente fue debido a eso por lo que decidió cambiarse el nombre y los apellidos al alcanzar la mayoría de edad. Tal vez de esa manera no estaría fichado en ningún sitio, tal vez la muerte, así, olvidaría su nombre. El caso es que desde que vio tendido en el suelo a Pepe Klutz, el colega de su madre, con esa cara ausente de muñeco de cera, que evidenciaba perfectamente que ya no era él, tuvo miedo a dormirse. Le entraba esa sensación de vértigo que le da a uno cuando lo sedan para una intervención quirúrgica. ¿Y si no despertaba? Dormir es muy parecido a caer en coma. Una suspensión total de todo en la que quedas a merced de los

depredadores, indefenso, expuesto, blando. Aparte de una gran pérdida de tiempo. Tantos avances tecnológicos y no hemos conseguido nada que nos permita no dormir. No dormir sin sufrir las consecuencias, claro, sin desgaste, sin cansancio, sin sueño, sin locura, sin muerte. Tantos avances científicos y seguimos siendo mortales. El futuro ya no es lo que era.

Aaron Morgan no nació rico ni mucho menos. Si bien no pasó hambre ni penurias, su familia era bastante humilde. Los Russel, ése era su apellido antes de irse de la casa familiar, trabajaban ambos en la fábrica de carne sintética de Alemania Oriental. Ella chequeando el envasado y él en la planta de cultivo. Trabajaban como máquinas para traer el pan a casa. Eran gente sencilla, sin demasiadas aspiraciones. Al padre de Aaron le gustaba la música antigua. Se ponía a escuchar todas esas canciones de rock del siglo XX que su hijo detestaba y que sólo años después de muerto su padre recordaría con nostalgia.

Aaron se fue de casa joven y no estuvo cuando su padre murió. Se apagó tras enfermar por falta de proteínas, a pesar de trabajar en una fábrica de carne artificial. Después de todo aquello, compró la fábrica. E instaló a su madre en una mansión enorme, con un gran jardín interior y con una reserva de carne como para alimentar a cien personas durante cinco años.

Se ha dicho en muchas ocasiones que amasó su fortuna gracias al dinero del tráfico de personas. Puede ser, pero nadie ha podido probar jamás que hubiera hecho nada ilegal. Lo que de verdad lo convirtió en el multimillonario que todo el mundo ha conocido fue la gestión de la basura. El mundo estaba desbordado por sus residuos y Aaron Morgan supo encontrar una solución. Limpió el planeta.

Con menos de cincuenta se convirtió ya en el benefactor de la humanidad. Es sin duda, a día de hoy, la persona que más ha donado a la ciencia a título particular en toda la historia. Y siempre ha pagado muy bien a sus empleados. Bastante por encima de lo que obliga la ley.

En una mansión, en lo alto del segundo edificio más alto del mundo, recostado en un sillón chéster de cuero de finales del XIX, Aaron puso las piernas en alto sobre un puf. Le producía una fugaz sensación de alivio. Ya nada le hacía nada. Ni los analgésicos, ni los parches, ni las friegas, ni las

infiltraciones, ni las terapias génicas. Nada... Notó el aire casi fresco de la noche en la nuca. Se sabía la maldita habitación de memoria y era difícil que cualquier cambio se le pasara por alto por pequeño que fuera. Además, el servicio tenía esa obsesión de cerrarlo todo a cal y canto; con sus defensas por los suelos, no le convenían las corrientes, no vaya a ser que se fuera a resfriar y muriera un poquito antes de tiempo.

—No se quede ahí y pase.

El extraño no respondió.

—¿No quiere una copa? Vamos, no se haga de rogar. Ya que ha venido hasta aquí, déjeme verle la cara.

—He desconectado la alarma.

—Me lo figuro. Le quedan pocos minutos antes de que envíen a alguien a comprobar. ¡¿Wilson?! —llamó con todas sus fuerzas, que eran pocas, y lo que le salió fue un triste graznido de gaviota afónica.

—Si se refiere al grande, está muerto.

Una sombra de miedo cruzó el rostro de Aaron durante un breve instante, para recuperar enseguida el mismo gesto de desagrado indiferente.

—Ha matado a Wilson. No le había hecho nada, nunca le hizo nada a nadie... ¿Usted se considera un idealista? Debería avergonzarse.

—¿Sabe quién soy?

—¿Cómo no lo voy a saber? ¿Cree que porque estoy así ya no pertenezco a este mundo? Es el cabrón que se está cargando a la gente. Todos lo detestan, lo temen... Pero yo no. Yo sé que usted cree tener principios. En otro momento, quizá... habría podido sentir compasión por usted. Pero después de lo que ha hecho...

—No me interesa su compasión, es irrelevante.

—¿De verdad lo ha matado? Wilson me habría dado sus piernas si yo las hubiera necesitado, sólo con que se lo hubiese pedido... La gente tiene razón, es usted despreciable.

—Si eso lo consuela, no ha sufrido. Ni siquiera me ha visto venir.

—Nunca pensé que se moriría antes que yo... Tan joven, tan fuerte... Y usted ahí, de pie... andando como si nada. Debería darle vergüenza. —Lo molestaba ver a la gente joven desde que estaba enfermo así. Antes no era

una persona envidiosa, disfrutaba al ver a los jóvenes riéndose... Tragó saliva, pero sintió como si tragase pelusas y arena—. ¿Sabe por qué me muero?

—No es usted joven... Todos morimos.

—Tengo ciento dieciséis. Mi genotipo dice que debería vivir hasta los doscientos, sin contar con que podría pagarme todos los recambios biológicos que quisiera. Hay cinco corazones con mi nombre sólo por si acaso, ¿Y para qué? ¿Le importa acercarme el agua que hay sobre esa mesa?

El extraño salió de las sombras, cogió el vaso y se lo acercó a Aaron, que lo sujetó con las manos temblorosas e ingirió el agua a buchetas como un pajarillo.

—Yo financié la investigación. Yo le di el dinero al gobierno canadiense para la investigación. Yo creé manitú y yo lo contraje. ¿Qué le parece la ironía?

—Creo que ese virus es lo único bueno que ha hecho en toda su vida. Pero no tenemos toda la noche. Necesito que me haga un favor.

—No, yo ya no hago nada. ¿Por qué debería hacerlo por usted?

—Por mí, no, porque se lo debe al mundo.

—No le debo nada a nadie. En todo caso, al revés. Yo he hecho más que nadie por este jodido planeta. Si no fuera por mí todos habrían muerto de sed y de hambre hace mucho, hijo de puta.

—No se canse... No he venido para discutir. Le está subiendo la fiebre y le necesito despejado. Tome, marque el dos, luego el cuatro, el uno, el siete...

—¿Cómo ha conseguido ese número?

—¿De verdad es eso importante? Dos, cuatro, uno, siete...

—¡No hace falta que me dicte el maldito número, lo conozco mejor que nadie!

—Más fácil.

—No... No puede hacer nada ya para obligarme. Nadie puede ya...

El extraño sacó una tarjeta del bolsillo. Le mostró la imagen de una mujer sonriendo a la cámara en algún lugar exótico.

—Tiene razón, estoy perdiendo el tiempo. Tal vez deba hacerle una visita a Linda. A lo mejor ella tiene mejor mano para convencerlo que yo.

—Es un hijo de puta miserable.

—Seguramente.

Todo el mundo tiene debilidades y Aaron Morgan no era una excepción. Hizo lo que le pedía. Punto por punto. Cuando hubo acabado, lo miró con rabia. El extraño olía a madera quemada, a algo antiguo, como un tapiz de un viejo castillo de Europa.

—¿Por qué hace esto? La gente necesita una esperanza y usted se la quiere quitar.

—No la hay.

El extraño se acercó a Aaron. Puso su cara frente a él.

—¿De verdad que no me ha reconocido? Yo a usted lo veo igual. Más viejo, pero igual de malo.

Aaron no sabía qué le estaba diciendo, se quedó mirándolo unos instantes, hasta que se dio cuenta y los ojos se le abrieron hasta parecer dos pelotas de ping pong. Comprendió que no había salida.

—Por favor, que sea rápido, que no duela.

Un par de lágrimas brotaron de los ojos de Aaron, que arrugó la cara como un niño recién nacido.

—Por favor...

Pero no le hizo caso. Dolió.

Capítulo 2

Lo peor era el sonido. Dejando a un lado todo el malestar general o el estómago revuelto. Ese maldito zumbido sordo, apagado pero constante. No sabía cómo lo soportaban los demás; aquello volvería loco a cualquiera.

A León le gustaba el trabajo en casa. Fue uno de los motivos por los que estudió filología etimológica, para estar tranquilo, con sus libros. Salir de la urbe y exponerse a la radiación o a las enfermedades no era lo suyo. De joven... bueno, no es que ahora fuera viejo, viajó bastante. Al terminar la carrera recorrió casi toda América, y cuando regresó le quedó muy clara la poca necesidad que tenía de volver a repetirlo. Sin embargo, en la nave se sentía como un hámster en una rueda, o peor, como uno de esos muñecos que viven dentro de los pisapapeles con agua y nieve.

La hibernación era un proceso demasiado caro y demasiado peligroso para la salud. Principalmente por daños cerebrales. Se daban muchos casos de astronautas que exploraban el espacio profundo y se habían quedado tontos tras un largo proceso de congelación. Algunos habían perdido la movilidad de un brazo o no reconocían a su mujer y a sus hijos o no podían ni mear sin ayuda de un robot asistencial. Pero León se hubiera arriesgado a cambio de no pasar casi cuatro meses metido en esa jaula de grillos.

El espacio es bonito el primer día, incluso el segundo y el tercero... y el cuarto y el quinto. Hasta cuando llevas un mes y ya no acostumbras a asomarte a mirar y de pronto te descubres junto a una ventana y dices: «coño, qué bonito es, qué negro, qué grande». Pero después de un tiempo es denso, aburrido, negro y muy muy grande. Una autopista que no cambia nunca ni

acaba jamás, sin árboles ni estaciones de servicio.

Tras dos días vomitando y otros tantos con jaqueca hasta que el cuerpo se acostumbra a la gravedad artificial, lo peor era el sonido, ese maldito zumbido incesante. Porque la comida no estaba mal, en contra de lo que uno podría imaginar. Carne procesada bastante digna, polenta y demás derivados del maíz (mucho maíz) y verdura fresca del huerto hidropónico. En cien metros cúbicos se puede conseguir una gran producción de vegetales aprovechando muy bien el espacio. Y los cocineros se esmeraban mucho en aparentar una variedad de platos con los cuatro o cinco ingredientes básicos que usaban para todo. Hasta había cogido algo de peso en el viaje. Debería usar el gimnasio más a menudo, o sea, alguna vez. No lo había pisado desde que llegó. Detestaba los gimnasios.

Algunos compañeros le daban a la bebida, a pesar de estar absolutamente prohibido el alcohol a bordo. Sólo estaban permitidas drogas biológicas que aumentaran la conciencia; cualquier otra sustancia depresora era considerada altamente peligrosa. No sería la primera vez que se notificaban suicidios en una nave. Ese día, León se tomó un bourbon, invitado por uno de los militares que iban a bordo. Lo destilaban de forma clandestina entre uno de los agricultores y varios soldados, un secreto a voces; por supuesto, con más porcentaje de maíz del que le gustaría a cualquier entendido y también con más grados de los razonablemente tolerables. Pero en fin, es lo que había.

Si tienes una función en la nave que te obligue a estar ocupado, todo se hace más llevadero, pero en el caso de León, que simplemente era un pasajero, llenar el tiempo era complicado. También había otros científicos, profesores y técnicos especializados que se dirigían a las colonias, pero a diferencia de León iban en grupos y, sobre todo, sabían ya lo que iban a hacer allí, de modo que podían ir preparando su trabajo, organizando las estrategias, llenando las horas.

Cada vez le costaba más leer cualquier cosa. Llevaba toda su colección de ensayo y novela en su botón. Clásicos, superventas, un poco de todo. Para descubrir aquellos que aún no se había animado a descubrir y para releer todos esos que nunca tenía tiempo de releer. Pero ese maldito zumbido se metía entre sus pensamientos y no lo dejaba concentrarse.

Y luego estaban las dudas: ¿para qué querían a un filólogo en las colonias?

—León Miranda, tiene una llamada. ¿Quiere aceptarla?

Su botón se había encendido proyectando la cara del sobrecargo. Que si quería aceptarla, no te jode... No, déjela, ahora estoy muy ocupado rascándome el culo. Por favor, no me moleste.

—Sí, la acepto. Pásemela.

Se levantó y fue lo más deprisa que pudo a su camarote con el botón brillando intermitentemente. Le daba pudor hablar delante de la gente. Últimamente estaba tierno y en varias ocasiones había llorado tras cortar la comunicación. A nadie le gusta llorar frente a extraños, porque después de muchas partidas de cartas seguían siendo extraños. Muchos de ellos fornidos y aguerridos soldados.

Cerró la puerta y se sentó en la cama antes de contestar. Se aclaró la voz ronca después de tantas horas sin hablar. Proyectó la comunicación a un tamaño razonable.

—Hola.

Sentía no disfrutar esas llamadas como le hubiera gustado. Anhelaba que lo llamaran, deseaba con todas sus fuerzas hablar con su familia, pero cuando ocurría no sabía qué decir. Todos esos deseos se transformaban en una extraña incapacidad de comunicación.

—Hola, papá.

El retardo en la recepción del sonido tampoco ayudaba: podía existir fácilmente un lapso de varios minutos entre el emisor y el receptor. Uno decía lo que quería y se ponía a hacer sus cosas, aguardando hasta que le llegara una respuesta. Algunas veces programaba una alarma y daba una cabezada entre una frase y otra.

En la pantalla pudo ver a Víctor, que se mostró sin mirar directamente a la cámara; parecía jugar con algo mientras hablaba con su padre.

—¿Sabes que ya llego a tu estantería si me pongo de puntillas? Aunque mamá dice que ni se me ocurra tocar tus cosas...

—Mamá tiene razón. Pero, sobre todo, deja de crecer.

—Papá, no puedo dejar de crecer. Mis huesos van solos. —Las frases

cortas tenían poco sentido en esa forma de comunicación, pero explícale eso a un niño al que han obligado a ponerse al aparato apartándolo de su tiempo de juego.

—Pues dile a tus huesos que no quiero que me adelantes hasta que vuelva. No puedes ser más alto que yo o me voy a dar un susto al verte.

Víctor esperó hasta que llegaron las palabras de su padre, asintió y desapareció de golpe, corriendo.

—Eh, ¿adónde vas? Cuéntame cómo van los estudios, ¿no? ¿Para eso me llamas...?

Las quejas de León llamando a su hijo para intentar que no se alejara volaban hacia la Tierra a trescientos mil kilómetros por segundo. Pero las imágenes que él recibía habían transcurrido hacía ya unos minutos. Era tan inútil como gritarle «no lo hagas» al bueno de la película. Sonia entró en cuadro ocupando el lugar de Víctor. Sonrió.

—¿Cómo estás?

—No lo sé, bastante harto, supongo.

—Te veo raro... Es esa barba. Pareces un náufrago.

—Tú también estás guapa. —Se tocó la barba; podía hundir los dedos entre la espesa mata de caracoles.

—No es eso, tonto, es que apenas puedo verte la cara... Ya se me hace raro todo esto, y encima te veo tan distinto... No sé...

—¿No sabes qué?

—Cuánto tiempo podremos aguantar así...

—¿Querías que no cogiera el trabajo? Por favor, Sonia, nos estábamos hundiendo en la miseria, nos hubieran echado de la ciudad... Has pasado el último año presionándome para que buscase un trabajo, el que fuera.

—No quiero empezar con eso. Vamos a dejarlo... Por cierto, no has cobrado. Diles algo...

—No puedo decirles nada. Estoy en medio del vacío. Vas a tener que llamarlos tú...

—Dime algo bonito.

León se quedó pensando un buen rato. ¿Qué había de bonito? No había días ni noches ni viento ni sorpresas, sólo rutina. ¿Qué pensaba en la cama

antes de acostarse fuera de las deudas, el tedio y el zumbido incesante? Muchas veces recordaba momentos que creía totalmente olvidados; ratos de lectura en el salón; discusiones cuando Víctor era aún bebé y no dejaba de llorar que acabaron en risas y luego en sexo. Sonia anudándose el pelo encima de la cabeza en ese desorden ordenado. Muchas veces recorría detalles de su cuerpo, recordaba tendones del cuello, venas de la mano, clavícula, cadera... Y el olor, ese olor sin perfume que tanto le ha gustado siempre en el pelo de la nuca. Podría decirle que ahora se masturbaba pensando en ella, algo que no hacía desde antes de que empezaran a salir hace dieciocho años.

—No sé, cariño. Este dolor de cabeza no me deja pensar.

La comunicación se cortó. León cerró los ojos. Esta vez no lloró. Al menos no por fuera.

Capítulo 3

El planeta parecía de juguete a través de la imagen del telescopio del satélite. Líneas blancas se enrollaban alrededor de la esfera con formas diversas y vaporosas. Nubes de agua lo envolvían como la monda bien cortada de una naranja, dejando al descubierto manchas ocres, verdes y azules.

—Ven aquí, mira.

Víctor no reaccionó. Estaba ausente, mirando al vacío.

—Deja de jugar, ¿qué te he dicho de conectarte a estas horas?

Víctor apagó el juego con un parpadeo. Su madre le dejó hueco junto al telescopio para que echara un vistazo.

—¿Ahí está papá? —dijo Víctor sin despegar el ojo del visor.

—Sí, debe de estar a punto de llegar. Bueno, no lo sé seguro, eso decían en el boletín.

—¿Y por qué no lo vemos?

Sonia pensó bien la respuesta.

—Porque esa imagen que vemos es de hace cuatro minutos. Que es lo que tarda la luz en llegar hasta nosotros... Como cuando hablamos con él.

Víctor la miró condescendiente, con una sonrisa.

—Mamá... no lo vemos porque la nave es muy pequeña para verla desde aquí. Anda que tú...

Irritaba a Sonia cuando hacía eso. Quién se creía que era ese mocoso para tomarle el pelo de ese modo. Sus padres seguramente le hubieran soltado un buen soplamocos.

—Venga, hay que irse a la cama.

—¿Mamá, de verdad antes era rojo?

—¿Me lo preguntas en serio o quieres darme otra lección?

Víctor negó con la cabeza, ahora parecía decirlo de verdad.

—Sí, claro... Marte era un desierto de arena roja... ¿Qué os enseñan en el colegio?

Víctor se encogió de hombros.

—Que dentro de poco todos iremos allí. Cuando aquí no se pueda estar.

—Eso es. Cuando seas mayor viviremos allí. Y tus hijos, si los tienes.

Pensó en cómo se vería la Tierra si pudiera mirarla a través del telescopio. Debía de ser una imagen bastante desoladora.

—La profesora de trascendencia dice que Dios nos dio el universo. Y que nosotros somos los guardianes. Que estamos aquí para proteger a todas sus criaturas, como hizo Noé.

Sonia abrió los ojos como platos.

—¿Conque Dios, eh? Pues además de darnos el universo, ese dios le podía haber dado un buen cerebro a tu profesora.

Sonia lo acompañó en el aseo. Charlaron mientras metía la cara en el limpiador y se ponía el pijama. Intentó leerle un cuento, pero Víctor estaba muy parlanchín y no tenía ganas de escuchar. Sonia le enseñó instantáneas de su padre de cuando Víctor era pequeño. ¿Cuánto iba a estar fuera? Le daba miedo que olvidara la cara de León, ¿o era a ella a quien asustaba olvidarla? Al final se quedaron dormidos juntos en la litera de abajo, algo que pasaba más de lo que quisiera últimamente. León se empeñó en comprar literas para cuando viniera un amigo, algo que no había pasado todavía.

A las dos de la mañana, Sonia se despertó encogida y dolorida junto a Víctor. Recogió algunas cosas que había dejado desperdigadas en el salón y al llegar a su cama se había desvelado.

Miró el botón y escribió: «Estás dormido?».

En el techo flotaban los peces, debería haberlos cambiado por un modelo más neutro. Los peces le gustaban a León, pero a ella le daban frío. Probó con el desierto, la campiña, la selva... El 09, galaxias y estrellas... No, ése sí que no. Repasó los canales de nuevo, todo para volver a poner los peces otra vez. Era un *déjà-vu*. Ya había pasado por esto, ¿verdad? Sí, la otra noche,

quizá dos meses atrás. Vaya mierda de fondos. Con un poco de dinero extra habrían comprado otros. Fondos lisos de colores vivos. Claro que nunca había un poco de dinero extra. Nada para compras superfluas.

«No.»

Le contestó el botón.

«Te echo de menos.»

La escritura se les daba mucho mejor que las conversaciones. No llegaban a malentendidos y ambos sabían mantener mejor el tono cariñoso.

«He comido alcachofas.»

«si las odias...»

«ya, me he acordado de ti.»

«Estaban buenas?»

«todo lo buenas que pueden estar.»

«jajaja.»

Sonia se acordó de los ratos de lectura nocturna que pasaban los dos cuando ella estaba embarazada. Cada uno con su libro, se interrumpían para leerse pasajes y a veces se irritaba porque perdía el hilo. Se irritaba contenta. O así lo recuerda ahora.

«¿Por qué tiene que ir Víctor a religión si tú eres ateo y yo también?»

«Un poco de espiritualidad no le viene mal en estos tiempos que corren. No crees?»

Sonia no lo creía, pero no quiso arrancar una discusión.

Capítulo 4

Bienvenidos a Marte!

No era el primero en decirlo. En el muelle, en el arco de aduanas, en todas partes y en todos los idiomas: «Bienvenido a Marte, *Bienvenus sur Mars, Welcome to Mars, Willkommen... Benvenuto...*». «Marte, Marte, Marte...»

Incluso había un joven rapado y con acné vendiendo un libro-guía: *Las maravillas de Marte*.

Tras los cuatro meses de viaje en la nave (deberían haber sido tres tratándose de esa época del año, pero tardaron uno más por un estúpido error de cálculo) los habían metido a todos en un centro de atención médica. Terapia sanitogravitacional lo llamaban. Ocho horas más encerrados, que, en la desesperación final, a León se le hicieron casi tan largas como el propio viaje. A bordo tenían una gravedad simulada y también les estimulaban los músculos con impulsos eléctricos, pero por lo visto eso no bastaba, tenían que observar todos sus órganos a conciencia para cerciorarse de que nadie introducía ningún agente biológico patógeno que no hubieran detectado en origen. Una vez terminado el proceso, dejaron seguir a la mayoría, aunque a unos pocos los mandaron de vuelta a la Tierra. León y el resto los miraron con pena y, sobre todo, con alivio de no estar entre ellos.

El caso es que por fin estaban en el muelle. La ligereza por la falta de gravedad era lo más llamativo, su equipaje pesaba la mitad que al salir de la Tierra. Si no estuviera tan cansado se habría puesto a saltar y a hacer piruetas. Su hijo lo habría hecho. «Mira, papá, el pino con una mano.» León intentó recordar si lo había imaginado así. No lo sabía. En cualquier caso, se alegraba

de haber acabado de una vez por todas ese viaje interminable.

—¿Motivo de su visita a Marte?

—No tengo ni puta idea.

Era la verdad, pero eso lo retrasó media hora más. Y eso que lo dijo con una amplia sonrisa. Resultaba evidente que no compartían su humor en la aduana.

¿Qué le pasa al aire? Respiró con intención, como siempre hacía cuando viajaba, como le gustaba hacer al llegar a un sitio que no conocía. Todos los sitios tienen su olor, todos los países: a cuero, a tierra, a mar, a basura... Aquí algo era diferente, aunque no de una forma llamativa, desde luego no tan diferente como cabría esperar de otro planeta. Aunque no había salido del aeropuerto todavía.

Resguardada por enormes paredes de hormigón, la dársena estaba encapsulada y cerrada como una campana de vacío. No corría ni una pizca de viento, aunque hacía algo de fresco, mierda, la chaqueta estaba dentro del equipaje. Fuera era de noche. O eso parecía a través de los escasos ventanales. Desde que partió de la Tierra se había visto llegando de día. Prefería llegar de día. Ver el aterrizaje y poder ubicarse. Como cuando fue a Ciudad de México y pudo contemplar el valle entre los volcanes. Aquello estuvo bien. Qué pena que ya nadie pudiera volver a México. Bueno, nadie en su sano juicio.

Se fijó en los soldados que subían a los camiones militares. Las despedidas ya se habían producido a bordo con una última cena. Hacía dos horas todos eran hermanos de sangre, cuatro meses compartiendo existencia, y ya parecían extraños de nuevo. Cada grupo se marchaba a lo suyo. Un coche del gobierno esperaba para recogerlo. El vehículo echaba humo, un humo negro y sucio, y precisaba de un conductor para poder moverse, un hombre con mezcla oriental que le dio las buenas noches y le abrió la puerta. Salieron por uno de los agujeros de la estación como si se tratase de la entrada a una ratonera.

Nuevamente el trayecto se le hizo eterno, llevaba acumuladas ya tantas

esperas... No salieron al exterior, al menos no del todo. El camino permanecía protegido por un tubo de cristal o de algún otro material transparente. La carretera discurría recta entre innumerables pinos, sin un desvío, sin carteles ni áreas de servicio. Si ya había poca gente en el aeropuerto, en el camino no se cruzaron con nadie. Preguntó si podía abrir la ventanilla y el conductor le contestó afirmativamente. León dejó que entrara el aire e inspiró de nuevo. Esa sensación extraña lo invadió otra vez. Seguramente era el olor de la combustión del coche. Echó un ojo a sus constantes en el botón. Pulso bien, tensión bien, niveles de azúcar correctos... Un simpático dibujo de unos ojos entrecerrados le indicó falta de sueño.

Preguntó al conductor por qué estaban aislados, si sabía cuáles eran los niveles de oxígeno, el conductor se encogió de hombros.

—No dejan fuera.

Por fin se detuvieron frente a un enorme edificio. Dos grandes columnas adornaban los laterales de una inmensa entrada. LA CASA GRANDE, se podía leer en enormes letras de piedra. La entrada le recordó a uno de esos complejos hoteleros que pudo ver en ruinas junto al mar Caribe en sus primeros años de estudio de la civilización maya. Lo ayudaron a sacar su equipaje y lo acompañaron a su habitación. La 305. Salvo la mujer de recepción y un par de atentos botones, tampoco se cruzó con nadie en el hotel.

Unas flores que no supo identificar dibujaban una estrella sobre la cama a modo de bienvenida. Un sobre con su nombre manuscrito al lado. «Para León Miranda.» Sacó una tarjeta del interior, en ella aparecía escrito con una caligrafía admirable un mensaje con tinta verde.

Espero que haya tenido un viaje agradable. Mañana a las ocho lo recogerán en el lobby. Por favor, esté preparado. Le deseamos una estancia agradable.

Atentamente,

Edgard Edgard

Colocó toda su ropa en el armario y los objetos de aseo en sus lugares correspondientes. No se sentía tranquilo con sus cosas guardadas en la maleta, una de tantas manías heredadas de su padre y de las que ahora hacía bandera como parte indisoluble de su personalidad. ¿Qué era nuestra personalidad al fin y al cabo sino un cúmulo de hábitos y manías? Se quitó los zapatos, los dejó junto a la puerta y se aproximó a la ventana. El cristal era fijo y no se podía abrir. Cojonudo, era como seguir en la nave. Salió al pasillo descalzo y se acercó a comprobar la ventana: lo mismo. Bajó planta a planta hasta el vestíbulo.

—¿No se pueden abrir las ventanas en este hotel?

—No, señor. Fue construido en las primeras fases de la terraformación. Cuando el aire era... bueno, menos respirable.

Menos respirable, eso le hizo gracia. ¿Cómo debía de ser un aire menos respirable? Por otro lado, eso era lo que tenían en la Tierra, un aire menos respirable, un planeta menos habitable.

—¿Ahora ya se puede respirar fuera?

—No... Bueno, no es aconsejable, los niveles de oxígeno son bajos —dijo la recepcionista, seguramente guapa hacía diez o quince años.

—Necesito salir. ¿Qué tengo que hacer para ir fuera? Si hace falta no abriré la boca.

La recepcionista lo miró realmente extrañada.

—¿Por qué quiere salir?

¿Porque llevaba meses encerrado?, ¿porque no estaba hecho para vivir en una jaula?, ¿porque olía a aire envasado por todas partes?, ¿porque le salía de los cojones?

—Tengo un poco de claustrofobia. —No estaba seguro. Tal vez era así y no se había dado cuenta hasta aquel momento.

La recepcionista le señaló un expositor lleno de unas bolsitas, cada una de ellas contenía una cápsula de aire comprimido de la que salía un tubo de silicona transparente con dos pitorrillos para los orificios de la nariz.

—Son unas gafas de oxígeno con carga para seis horas. ¿Las va a pagar ahora? —Se fijó en la cara de desconcierto de León—. O mejor se las cargamos a la habitación...

—Sí, mejor. ¿Por esta puerta?

—Sí, señor... Aunque le aconsejo que no se aleje demasiado.

—¿Por?

—No se ve nada... Aquí no hay luna... Podría perderse.

León salió mientras se ponía las dichas gafas. La carga de aire tenía un botón de encendido y apagado. Tras una sala intermedia y otra puerta, por fin estuvo al aire libre. Iba descalzo. El suelo era de cemento desgastado y estaba muy frío. Se imaginó a Sonia diciéndole ponte calcetines, ¿no querrás coger una gripe marciana nada más llegar?, que te conozco y eres muy delicado. La noche era negra. Era verdad, no había luna. ¿No deberían verse dos bolas blancas en el cielo? ¿Dónde estaban Fobos y Deimos? Los nombres de esos satélites no presagiaban nada bueno, pero aun así le hubiera gustado verlos. Tenía entendido que uno de ellos se utilizaba como segundo aeropuerto. Los viajes de regreso salían desde allí. No sabía aún que eran demasiado pequeños para apreciarse desde la superficie marciana. Tampoco vio estrellas, se suponía que en Marte las cosas eran distintas. Seguramente el cielo estaba nublado. O quizá era simplemente debido a la contaminación lumínica de la fachada del hotel.

A su alrededor, esos pinos que había podido ver durante todo el camino. Las luces del hotel les daban un aspecto lechoso. Tras los árboles, una interminable hilera de luces rojas que señalaban unas largas chimeneas que echaban chorros de humo gris. Era bonito, el humo, tan prohibido en el lugar de donde venía. Una tiritona contrajo su espalda. No daban ganas de adentrarse en el bosque.

Aspiró. Sintió el artificio de las gafas de oxígeno, así que se las quitó. Se quedó unos segundos en apnea... León no era de los que se tiran a una piscina sin probar el agua antes con el pie, igual que cuando alguien estornudaba se sentía incómodo y no podía evitar reaccionar con un carraspeo automático. Claro que... un aire de mala calidad no lo iba a matar, ¿no?

Aspiró otra vez. Ahora de verdad.

Ya está. Se percató de qué era lo que notaba tan extraño. Lo raro era la falta del olor. Como si el planeta faltó de vida en millones de años aún conservara el vacío. El no olor. Una falta de olor que le puso los pelos de punta. Se metió en la recepción rápidamente.

Subió a la habitación y se tumbó, pero era evidente que no iba a poder dormir. Y eso que ya no oía ese horrible zumbido. Quizá era por eso.

A la mañana siguiente lucía el sol. Qué gusto. Eso sí era una novedad. Hacía mucho que no lo veía sin que pareciera emborronado por el agua sucia de un cubo de fregar. León esperaba fuera, obediente. Se había duchado, recortado el pelo y afeitado, quitándose algunos años de encima. Un hombre grande y fuerte, de unos cincuenta y pocos y de expresión amable, llegó en un todoterreno.

—¿León Miranda?

—Sí... ¿Es usted Edgard Edgard?

—No, por Dios, yo no... Me llamo Candi, soy jefe de mantenimiento, supervisor de sistemas... lo que haga falta. Voy a enseñarle todo esto. Las maravillas de Marte, que dicen, jeje.

Candi le estrechó la mano con fuerza, tenía unos dedos grandes, cuadrados y romos. León se fijó en su pelo, corto y teñido de rubio.

—¿No va a decirme a qué he venido aquí?

—No le han contado nada, típico. —Cabeceó—. Típico... Suba.

León subió al coche. Candi le tiró unas gafas de oxígeno al regazo y arrancó.

—Póngaselas, éstas son mucho mejor que las que venden en el hotel, que no duran ni un suspiro. Necesitará aire. Es un paseo largo y no vamos a ir por las cañerías. Eso es para los turistas. —Candi lo miró, valorándolo.

—¿Todos los vehículos funcionan con humo?

—Con combustión fósil, sí, la mayoría, por el calor, ¿sabe? Extraemos el CO₂ del suelo y lo echamos a la atmósfera. Todavía seguimos calentando esto. Tiene gracia, lo que nos jorobó en la Tierra es lo que nos ha salvado aquí... ¿No le han dado una guía de la terraformación? Típico. Luego le paso

una, tengo muchas en casa... ¿Está cómodo? Porque vamos a estar un rato aquí. Yo a lo tonto me hago unas tres horas de coche al día y el culo se queda carpeta, carpeta, profesor. ¿Le puedo llamar profesor?

El coche se alejó del hotel por uno de los tubos, pero rápidamente cogieron el primer desvío y salieron al exterior a una carretera. Al poco dejaron el camino asfaltado y cogieron un terraplén. Cruzaron el pinar. León se fijó en los árboles. Parecían fuertes y sanos, de un verde grisáceo azulado. Candi pilotaba deprisa, se notaba que era un conductor hábil y tranquilo, a pesar de su verborrea. No paró de hablar en todo el trayecto. Le habló de los precios de los pasajes, de los turistas ricos, de los trabajadores pobres, de lo rápido que iban a cambiar las cosas, de la dificultad que sería abastecer de agua caliente a todos una vez que estuvieran ahí. León hizo lo posible por no hacerle mucho caso.

Salieron del pinar a campo abierto. Una pradera enorme de hierba entre colinas. Una hierba gruesa y carnosa, verde con toques purpúreos, a medio camino entre la grama y un alga que León no fue capaz de identificar.

—Bonito, ¿eh? Hace diez años esto estaba inundado. Lo llenaron hasta ahí arriba de agua, parecía el lago Buenos Aires.

Le pisó al coche y atravesaron el sembrado por un camino que lo cruzaba peinándolo a raya en medio. Ascendieron a una de las montañas, y en la cima, en una explanada, se detuvieron junto a un cortado. Desde ahí se podía ver el hotel, las fábricas y todo un barrio de barracones y casas prefabricadas. Marte, sí señor, hasta donde alcanzaba la vista.

—Todo esto que ve es C-2, la segunda colonia. La primera, C-1, ya no está habitada. Hay cinco colonias, pero la mayoría de la gente está aquí. De las cincuenta mil personas que hay trabajando en Marte, más de treinta mil están aquí, en C-2. ¿Qué le parece? No está mal, ¿eh? Sobre todo porque me tengo que encargar de casi todo. Y no es una queja, que conste. ¿Le gustan los caramelos?

Le ofreció uno y se metió otro en la boca.

—Los hace mi mujer. C-2, vaya nombrecito. Aún no le han puesto un nombre como es debido. Algunos lo llaman la Puerta Verde, por la cosa de que todos entran por aquí, por el aeropuerto, pero yo tampoco lo veo nombre

para una ciudad. A lo tonto llevo veinte años aquí y, si le digo la verdad, no echo de menos la Tierra para nada. Mi mujer es otra cosa. Ella dice que esto es el infierno, pero claro, también decía lo mismo en Argentina, donde vivíamos justo antes de venir. Luego la conocerá. Lo invito a cenar a mi casa.

—Eh... Candi... No quiero ofenderlo.

—Lo sé, no ha viajado hasta aquí para hacer turismo. Descuide que lo voy a llevar a donde quiere ir.

—Si yo no quiero ir a ningún sitio.

—Sí, ya verá como sí quiere, profesor, lo que pasa es que aún no lo sabe.

León subió de nuevo, desconcertado. Atravesaron más valles, cruzaron un puente con un inmenso río. Unas montañas, bosques, arbustos y bambú, mucho bambú. Por supuesto, necesitaban plantas fuertes que agarrasen rápido. Se acordó de cuando era niño y su padre se quiso librar del bambú que tenían en el patio trasero. No hubo manera. Por más que arrancaban y arrancaban seguían brotando nuevas lanzas del suelo. Hasta que un día las raíces se le metieron por las cañerías y salieron por el inodoro. Cómo buscaba agua el condenado bambú. Casi hubo que echar la casa abajo para acabar con él. El bambú se aferra a la vida como nadie. Por eso los chinos inventaron esa tortura que consistía en meterte un brote por el... Un bache lo sacó de sus pensamientos. Candi seguía hablando, León pensó que hablaba para sí mismo, era obvio que no lo estaba escuchando nadie. No sabía con seguridad si el tal Candi era un charlatán, un tonto muy listo o simplemente un loco. ¿Ese tipo era el jefe de mantenimiento de toda la colonia? Por qué no le había recibido una comitiva. ¿Para qué se habían gastado una millonada en su viaje hasta aquí? Los vuelos a Marte se contaban con los dedos de una mano. ¿Cómo es que le habían adelantado diez mil yuanes sin rechistar? ¿Para qué? ¿Para darse una vuelta en el todoterreno de Candi, el guía turístico de Marte? Marte era bonito, pero muy poco organizado.

Dejaron atrás lo verde y se adentraron en terreno más árido. Vestigios del Marte que fue antes de la terraformación.

—Parada número uno.

Se detuvieron al pie de una formación rocosa bastante grande. Allí no había nada excepto un contenedor de hierro que parecía destinado al

reciclado de basuras.

—Venga a echar una ojeada, profesor. —Tenía una sonrisa de niño; casi parecía emocionado.

Candi se acercó al contenedor y levantó la tapa. Dentro había una roca pulida. Estaba encastrada en el suelo, formaba parte del terreno.

—¿Qué es esto?

—¿A mí me lo pregunta? Usted es el experto, no me fastidie.

León miró aquella roca con atención. Marcas verticales, diagonales, pequeñas señales que formaban líneas perfectas. Estaba alucinado.

—¿Esto estaba aquí ya...?

—Sí, claro. Desde el principio. Venga, vamos al coche.

—Espere... Tengo que tomar unas fotos.

—No, no puede. Luego le darán todas las que necesite.

—Usted no entiende...

—Sí, es la primera vez que ve algo de una civilización extraterrestre... ¿no?

León se estaba mareando.

—Venga, súbase al coche, hágame caso...

Fueron en silencio, cosa que León agradeció aunque no lo manifestara. De vez en cuando, Candi lo miraba y dejaba que se le escapase una sonrisilla juguetona.

—¡Parada número dos!

Un par de soldados estaban sentados a la puerta de una cueva tomando el sol aburridos, cada uno con sus gafas de oxígeno. León intentó ubicarse, tan sólo habían rodeado la formación rocosa, cinco o seis kilómetros como mucho desde la parada número uno. Había perdido la noción del tiempo. Candi saludó a los soldados, que le devolvieron la sonrisa. De su mochila sacó un tarro bien cerrado y se lo tiró a uno de ellos, que lo cogió al vuelo.

—Eres la polla, Candi.

—No me deis las gracias. Es ella la que me dice: «no se te ocurra ir y no llevarles nada». Yo obedezco, ya sabéis.

—¿Va a venir mucha gente?

—No, sólo él. Que yo sepa.

León lo siguió a través de la entrada de la gruta. Una vez dentro le indicó que se sentara en un vagón, una especie de tren de juguete de una feria. León obedeció y Candi se puso a su lado ajustándose el cinturón. El vagón comenzó a deslizarse por unos raíles que estaban sujetos a la pared en lugar de al suelo.

—¿Tiene miedo a las alturas?

Aquello no lo tranquilizó en absoluto, pero León no podía contestar, estaba aún demasiado confuso. Los pies de ambos comenzaron a alejarse del suelo, y lo que era un túnel pasó a ser una bóveda y después una caverna inmensa, la mayor que había visto en su vida. La luz entraba desde arriba por una abertura natural de la propia roca.

—Por favor, ¿qué es lo que vamos a ver?

—Ya lo estamos viendo.

Claro que lo estaban viendo, pero su cerebro no lo estaba procesando. ¿Cómo era posible aquello?

Enfrente de ellos. Una pared, la pared más grande que uno pueda imaginar, estaba llena de grabados, dibujos, escrituras, marcas, símbolos, códigos, espirales... Más de un kilómetro de información tallada en la piedra. Apenas había un espacio sin cubrir, toda la roca estaba tatuada hasta el más mínimo rincón; se había aprovechado al máximo. De alguna manera le recordaba a las chuletas que se hacía de niño para los exámenes.

—Dígame que es una broma, que los primeros colonos querían hacer un parque temático.

—Qué más da lo que yo le diga. Ya sabe usted que no.

¿Qué era aquello? Había demasiada información para poder procesarla. Jeroglíficos, imágenes de árboles de cuyas ramas salían otros árboles de los que colgaban todo tipo de frutos. Y dentro de estos frutos: símbolos, fórmulas, gráficos, códigos, formas, signos...

El botón de León lo avisó: riesgo de hiperventilación, pulso acelerado. Debes calmarte o sufrirás un desmayo. Una imagen de una carita sofocada apareció en la pantalla. Ni siquiera lo miró, no podía escuchar, aunque le estuvieran prendiendo fuego a los testículos tampoco habría reaccionado. Todos esos símbolos en la piedra recordaban a las primeras escrituras

humanas. Se fijó en lo que parecía escritura cuneiforme, sumeria, o muy similar, en otra parte del muro aparecían jeroglíficos muy parecidos a los egipcios. Cincuenta metros por debajo, cualquiera hubiera podido confundir aquello con letras chinas y, un poco más a la derecha... No, eso no era posible...

—¿Cómo se para esto?

—No se puede parar. Pero tranquilo, que ahora se detiene en el mirador.

El filólogo lo contempló, abrumado, con los ojos desencajados, como un dibujo animado histérico.

—¿Mirador? —El cerebro giraba suelto dentro de su cabeza, rebotando como una pelota de goma—. ¿Hay un mirador? ¡Un mirador! ¡Un mirador!

Tres horas después salieron de nuevo al exterior, subieron al coche y Candi emprendió el camino de vuelta. Las praderas, los pinos, las algas, para León todo era invisible. De pronto estalló en una carcajada. No podía parar de reír. Candi lo observó divertido y se sumó también. Cuando León pudo volver a respirar con normalidad, se secó las lágrimas.

—¿Eh? ¿A que ha merecido la pena, profesor? Diga, vamos. Sabía que le iba a gustar.

Los dos rieron de nuevo como locos. Sus risas resonaron en el valle mientras atravesaban las praderas de Marte.

Looking For Adventure?
YIIHAAAAA!

Consulta nuestras ofertas YA!!

Hey, amigo.
Estás cansado de la falta de emoción?
Parapente, escalada, senderismo, piragua, firefly, comet-lukan
Descubre la sensación de volar en el **Valle del Muerto** (200 Ys) o en el **pico del pato** (160 Ys)
Siente la velocidad de los trepidantes rápidos de la bajada de **Watermelon** (90 Ys)

Recorre caminos apenas explorados por el hombre.
Sé el primero en algo.

Capítulo 5

El secretario abrió el portón y dejó pasar a León. Al fondo, junto a un gran ventanal, Edgard Edgard recortaba su bonsái. Un olmo retorcido, viejo y hermoso.

—Pase, siéntese. Haré que le sirvan un té. Supongo que tendrá muchas preguntas.

—¿Preguntas? La cabeza me va a explotar y no sé por dónde empezar.

—Le ayudaré un poco. —Dejó las tijeras sobre la mesa. Sus manos eran finas como todo su cuerpo. Su piel estaba estirada al máximo, como una tela que lo envolviera y le fuese algo pequeña. Sobre todo en la cara: los ojos parecían querer abandonarla y la dentadura parecía casi desnuda porque la sábana de los labios le quedaba corta. Al verlo León pensó en un saltamontes —. Hace cinco años que descubrimos la... bueno Rosetta 2, así la llamaron entonces. Pero yo prefiero llamarla Alejandría, creo que es más ajustado, ¿no le parece?

—No me parece nada. Todavía me estoy recuperando... No sé qué es lo que he visto.

En un gesto delicado, Edgard Edgard se pasó ambas manos por el pelo blanco que tenía peinado hacia atrás. Sí, era como cuando los insectos se limpiaban las antenas. El té llegó humeante con el secretario que lo sirvió sin hacer un solo ruido. León lo miró y le pareció tenso en su corrección, como si temiera equivocarse.

—¿La han estudiado ya...?

—Oh, por supuesto. Ha desfilado una cantidad nutrida de científicos por

aquí. —Puso un terrón en contacto con el té y dejó que el líquido ascendiera por él hasta que empezó a desmoronarse como una figura de arena. Después se chupó muy levemente índice y pulgar de forma alternativa, en un gesto automático habitual—. Arqueólogos, geólogos, químicos... Si sus cálculos temporales son correctos, nuestra Alejandría fue grabada en la piedra hará un poco más de cinco millones de años. —León se contuvo para no escupir el té—. Lo cual es sorprendente dado su perfecto estado de conservación, ¿no cree? Hay un par de fragmentos que han desaparecido. Y en la parte inferior derecha hubo filtraciones de agua y ciertos grabados apenas son legibles, pero por lo demás está intacta. Esta mesa sobre la que me apoyo la hice traer de la Tierra y sólo en el viaje se ha dañado más.

—Cinco millones de años... No puede ser posible. La mayoría de la escritura que hay ahí es parecida a la cuneiforme, pero he visto una... una frase con letras latinas. El latín no existía hace cinco millones de años, la escritura no existía hace cinco millones de años... ¿Cómo es posible...?

—Si lo supiéramos no le habríamos hecho venir. No sólo en latín... También hay letras muy similares a las griegas, otras a las árabes, incluso hay alguna frase en algo muy parecido al mandarín...

—Está de broma.

—De los dones que mi madre me dio, el sentido del humor no estaba entre ellos, señor Miranda. La gran mayoría del texto está en una especie de código gráfico que no hemos sabido identificar. Hasta ahora la han visto científicos, pero ningún experto en letras.

—¿Han encontrado más cosas en el planeta, como...?

—No. No hay naves espaciales, ni esqueletos fósiles, ni nada parecido, si se refiere a eso. No sabemos quiénes eran ni por qué dejaron ese legado.

—¿Qué es lo que quiere que haga?

—Quiero... Queremos —se corrigió, forzado—... que traduzca. Necesitamos una traducción.

—Pero el idioma de otra civilización, sin referencias, podríamos no entenderlo nunca. Quizá nos parece un texto y ni siquiera lo es.

—Vamos, señor Miranda, usted lo ha visto. Hay dibujos y hasta letras de nuestro abecedario latino. Eso tiene que poder traducirse. ¿No es usted

experto en lenguas muertas?

—Experto... bueno... no sé... Me dijeron que estaría aquí seis meses y... ese trabajo, hecho como es debido... podría llevar años...

No tenía ni idea de cuánto podría llevarle, pero había aprendido que siempre hay que poner plazos amplios cuando se negocia con el cliente.

—Por eso puede usted quedarse el tiempo que quiera. Pondremos todas las comodidades que necesite a su disposición.

—Tengo una mujer que me espera. Y mi hijo acaba de cumplir ocho años. Sería perfectamente posible para mí realizar ese trabajo desde la Tierra, en mi estudio. El guía me ha dicho que todo el material está escaneado y procesado.

Edgard Edgard lo miró sorprendido.

—Eso no es posible. Comprenderá que nada de ese material debe salir de aquí. Recuerde que firmó un contrato de confidencialidad.

—Sí, lo sé. —Lo cierto era que no recordaba mucho del contrato. La cifra fue lo que se le grabó en la memoria. Todos los ceros de los yuanes—. Pero es un trabajo para un equipo grande. Lingüistas, etimólogos...

—¿Usted sabe lo que estamos haciendo aquí? —León no se molestó en contestar, estaba claro que su interlocutor no esperaba respuesta—. Estamos preparando la Tierra Prometida. Un paraíso al que dentro de muy poco van a venir millones de personas. Y vamos muy mal de tiempo, señor Miranda. El Edén no está acabado y ya estamos en el séptimo día. Hay cinco transbordadores espaciales y cada mes llegan unas mil personas nuevas. El aire todavía no tiene el oxígeno necesario, las infraestructuras para el agua corriente, el alcantarillado... ¡Millones de personas! La Tierra se muere y van a venir todos aquí, ¿lo entiende? ¡Tenemos muchos problemas para que me quite el sueño un condenado grafiti alienígena por muy grande que sea!

Edgard Edgard se había puesto rojo, casi púrpura. Respiró profundamente y enseguida volvió a su color lechoso, tan rápido que León no pudo evitar ver esta vez a un camaleón. Se alisó el pelo de nuevo.

—No queremos que esto se airee, señor Miranda. En caso de que sea absolutamente necesario podríamos acceder a ponerle un ayudante. Eso sí, tenga en cuenta que aunque lo agilizásemos todo para la contratación, como

poco tardaría en llegar aquí seis meses, si contamos los trámites y el viaje. Quizá alguien de la población local podría servirle de ayuda. Tenemos profesores y algunos de nuestros soldados son militares de carrera, los hay que dominan varios idiomas. ¿Por qué no se instala, se aclimata y lo va viendo? Para un filólogo investigador como usted ésta es una oportunidad única. Estoy seguro de que en cuanto se sumerja en el trabajo lo encontrará fascinante y ya no lo podrá soltar.

Edgard Edgard le dedicó una sonrisa estirando el cuero de su piel al máximo. León tragó el té y le supo amargo.

Tras abandonar el edificio se sentó junto a la escalinata. «¿Por qué no trae aquí a su familia? Al fin y al cabo, acabarán viniendo tarde o temprano.» León sabía que a Sonia le espantaría la idea, no dejaría su vida y su trabajo, y menos para ir a Marte de consorte.

El sol empezaba a tocar tierra. Si se veía más pequeño que en la Tierra no lo notó. Llevaba mucho tiempo sin ver una puesta de sol, tal vez años. En la nave no había de eso, y en la ciudad, quién sabe, si lo había, hacía demasiado que no se fijaba. Le hubiera gustado ser fumador y encender un cigarro para subrayar un poco ese momento. Un pequeño lagarto pasó cerca de su bota y se perdió en la grama. Trató de ordenar un poco los acontecimientos en su cabeza. Desistió enseguida. Una mano se apoyó en su hombro.

—A mí me maravilla, se lo juro. Que hayamos hecho todo esto aquí, que no había nada de nada... Y ahora es más bonito que la Tierra, no me diga. Poco nos queda para ser como los dioses, ¿no le parece, profesor?

Candi se sentó a su lado.

—Véngase a cenar esta noche con mi mujer y conmigo. Los chicos llegarán tarde y siempre es bueno recibir visitas.

—Gracias, pero estoy muy cansado.

—Como quiera. Lo llevaré al hotel. Pero si cambia de idea, pásese luego por casa. Y si no, cualquier otra noche, de verdad. Comer solo es triste, y cenar aún más.

—Tengo que clasificar todo el material que me han dado...

—Lo que usted quiera, profesor. Si le apetece, no tiene más que acercarse. Todos saben dónde vivo.

El sol se desparramó hacia ambos lados, líquido, como una bola de helado de naranja que se derritiera sobre un plato. Las últimas gotas de fuego se resistían a meterse en el horizonte. Aunque no hubo rayo verde ni nada parecido, era indudablemente hermoso. León visualizó a toda su promoción de filología, todos jóvenes y guapos, aplaudiendo la puesta de sol en la playa, mezclando recuerdos reales deformados por el tiempo y la memoria con cosas que nunca pasaron.

Tuvo una larga discusión con Sonia. Si más de un año era una ausencia difícil de llevar, ahora le estaba hablando de un periodo indefinido.

—Casi mejor no vengas. Espérate ya a que vayamos toda la Tierra a vivir allí.

—No es eso. Sabíamos que por lo menos iba a estar aquí un año, pues a lo mejor son dos...

—Más la vuelta.

—Sí, joder, más la vuelta. Me encantaría teletransportarme, pero no puedo.

—¿Y qué quieres que le diga a Víctor?

Las parejas siempre saben cómo hacerse daño. Es una de las cosas que primero se aprende. Somos depredadores omnívoros y comemos debilidades. Por tontos que seamos, nos damos cuenta enseguida de qué es lo que duele. Y cuando nos sentimos acorralados disparamos hacia todas las direcciones posibles. Nunca con balas de fogueo. Siempre a matar.

No ver a Víctor en tanto tiempo lo angustiaba. No podía evitar una sensación de que cuando volviera los vínculos se habrían roto. Y que Víctor lo miraría con desconfianza como mira a los amigos del trabajo de Sonia o al robot que viene a hacerles las chapuzas. Tenía grabada la creencia algo clásica de que una madre siempre estaría enganchada a su hijo por un cordón umbilical imaginario, pero que el padre sólo lo era porque las madres dejaban que lo fuera. Si una madre no le dice a su hijo «éste es tu padre», ¿qué le

garantiza que lo sea realmente? Los siete años que habían pasado juntos Víctor y él se proyectaban en la pantalla de su mente, en el *chidakas*. Al principio eran dos extraños y tuvieron que acostumbrarse el uno al otro. Poco a poco pasaron de tolerarse a quererse, porque se hacía querer, el cabrón. Justo antes de su viaje se podría decir que Víctor y León tenían una complicidad que Sonia no podía ni oler. Sin embargo, una madre sería siempre una madre. Y él nunca... Ya estaba otra vez, siempre... nunca... malditos absolutos. Iba a echar por la borda todo eso por un trabajo a millones de kilómetros. Con lo que les costó conseguir la licencia de progenitores a Sonia y a él... Sonia y León, dieciocho años juntos. Las cosas no iban muy bien, pero estaban superando el bache, ¿o no? Ahora la echaba de menos, claro que era fácil echar de menos sin verse. Había cogido ese trabajo por todos los problemas de dinero o para alejarse de ella. De ella no, del aburrimiento, de no sentir nada... Oyó un ruido que lo puso en alerta. Fue como si un gato se afilara las uñas en su corazón. Se quedó callado.

—León... ¿Me oyes? ¿Qué cojones vas a hacer ahí? Todavía no me has dicho qué vas a hacer en Marte.

—No puedo decírtelo.

—No te entiendo... ¿Cómo que no puedes?

—No puedo, he firmado un contrato. —León estaba convencido de que las comunicaciones desde Marte estaban siendo escuchadas y grabadas. Sería muy marciano no hacerlo.

—Anda ya, estás de broma... Si no quieres decírmelo no me lo digas, pero no me pongas excusas.

Un ruido otra vez. El miedo le hizo soltar el último cartucho.

—¿Por qué no os venís? Lo digo en serio. Con lo que voy a ganar no necesitas tu trabajo. Estos últimos tiempos los he pasado en casa de consorte. A lo mejor es el cambio que necesitamos. Aquí hay niños. Bastantes parejas jóvenes que tienen hijos, de forma natural, sin papeleo. Menos amigos que en la Tierra no va a tener. ¿Qué me dices?

»¿Quién está ahí?

—Nadie. Víctor está en el colegio.

—Por eso lo digo.

—Por favor, qué tontería, no seas paranoico.

—Si no quieres decírmelo, no me lo digas.

Un silencio más largo aún se sumó al silencio.

—Voy a colgar, León.

—Lo que quieras. Andaré por aquí. No creo que me marche muy lejos.

La puerta se abrió dejando a la vista una luz cálida y suave.

—¡Qué sorpresa! —Candi se secó los morros con el brazo y se quedó encantado mirándolo desde la puerta del chalet.

—Perdone, como me dijo que viniera y no tenía forma de avisar, yo...

—Pase, pase, que se va el oxígeno. ¿Le gusta la cerveza?

—A quién no.

—A quién no. —Se rio—. Cariño, mira quién ha venido. ¡El profesor!
¡Pon otro plato más!

Capítulo 6

La teniente Lora Walters bajó del helicóptero cerrando los ojos por el polvo mientras se ponía las gafas de espejo. La recibieron con un saludo militar; aquello la ponía enferma. Los militares le importaban una mierda, trabajaba en seguridad e investigación de daños humanos y el ejército era un mal menor para desempeñar su función. Un soldado voluntarioso la acompañó al lugar de los hechos. No hacía falta acercarse mucho para darse cuenta del desaguisado.

Apestaban. Llevaban todos más de dos días muertos y el calor ya estaba haciendo su trabajo. Ese calor y las putas moscas. Con toda la fauna que se habían cargado del planeta ya podían haber acabado con las moscas... Sintió cómo las botas se pegaban al suelo, como por la mañana tras una fiesta muy larga. En este caso quedaba bien claro que la fiesta terminó mal.

No le gustaba ir a la franja seca, y menos tan cerca de la frontera. El olor de la pobreza era casi más penetrante que el de los muertos.

Lo primero que tuvo que esquivar fue un brazo, o lo que quedaba de él; luego, muchos fragmentos de hueso, tripa seca y sangre negra. Las moscas se elevaban a su paso para volver de nuevo al festín. Entró en las ruinas de una nave almacén, apenas cuatro palos y los restos calcinados de lo que fue un techo de algún material de mierda. Se acercó a Takayama. No es que se alegrara de verlo, pero agradecía que fuera alguien conocido y ahorrarse así las presentaciones. Era bajito, calvo y con gafas y no le miraba las tetas y el culo permanentemente. Y si lo hacía, lo disimulaba bien.

—Fue una explosión con dinamita y ácido. Algo bastante rudimentario,

aunque original, si se me permite decirlo. La explosión se lo llevó todo en un radio de quince metros. Éste es el centro, ¿ves el origen?

Vamos que si lo veía. La sangre se esparcía alrededor de un pequeño cráter central como una gigantesca flor escarlata. El escenario era como un lienzo de aquellos juegos de las ferias en las que un cartón giraba a toda velocidad mientras ibas echando chorros de pintura a lo loco y sin pensar. Lo que quedaba al final era un hermoso cuadro con un patrón bien definido. La muerte es cruel, pero nadie dice que no pueda ser hermosa.

—¿Cuántas víctimas?

—Es difícil decirlo con tantos fragmentos. Aún estamos escaneando ADN. Se supone que había unas veinte personas trabajando.

Lora miró la lista de los empleados. La mayoría eran simples campesinos, trabajadores locales. Sólo cuatro de ellos eran agricultores génicos. También había un par de empresarios. En cualquier caso, todo el grano almacenado se había echado a perder con la explosión y el resto se lo habían llevado las hormigas y los cuervos, qué desperdicio. Al menos alguien lo aprovecha.

Se fijó en la verja a sólo cien metros de allí. La gente medio desnuda se agolpa contra la alambrada. Todos miran con los ojos bien abiertos a la policía mientras actúa. Están llenos de úlceras y tumores por culpa del sol y la radiación. Las deformidades son la norma. Ahora, la valla separa Francia de España, pero en veinte años separará Francia de Alemania. La desertización es imparable, la franja seca no va a dejar de crecer. Algunos meten las manos entre los huecos, con las palmas hacia arriba, suplicando que les den algo, lo que sea. La dignidad la perdieron hace ya demasiado. Un funcionario los riega, obligándolos a separarse de la verja, la mayoría aprovechan para beber un poco, aún a sabiendas de que no es potable. Es mejor morir intoxicado que morir de sed. Hay que acallar el dolor, lo que pase luego ya vendrá luego. Eso es la necesidad. ¿Estarían sus padres por ahí? Lora retiró la vista, no quería pensar en eso. Necesitaba concentrarse en su trabajo. Se agachó a mirar lo que parecía un diente de oro con restos de sangre seca. Una silueta con los brazos en jarras y sombrero de cowboy se metió en su campo de visión.

—¿Lora Walters?

—¿Quién lo pregunta?

—Jacob Desmoins, policía de frontera. —Le tendió una mano que Lora cogió a regañadientes—. Mis chicos fueron los que los encontraron haciendo la línea. Llevamos desde ayer con la mierda esta.

Lora lo miró de arriba abajo. Le produjo asco desde el primer vistazo, su bigote, su sonrisa, su sudor, su pelo negro tupido y graso.

—Dos toneladas de trigo. Han jodido bien al pueblo. Esto era la reserva de meses. Qué hijo de puta.

—¿Quién?

—Vamos, ustedes piensan que ha sido el tío ese, el Enterrador. Si no, ¿de qué habrían venido tantos de los suyos?

Ahí tenía razón el muy gilipollas. Que fuera un listillo la molestaba todavía más. ¿Podían estar seguros de que era el Enterrador? Cargarse una reserva de grano no era su estilo. Aunque a esas alturas ya no estaba segura de cuál era su estilo. Un estilo muy cabrón, eso sí. Hasta entonces habían sido asesinatos más selectivos. El primero fue el de ese político, y luego el de la central energética, y también todos esos empresarios, científicos, comunicadores... Y ni un testigo.

Hasta el momento sabían bien poco. Probablemente blanco; alto, quizá; entre treinta y cincuenta, tal vez. Tenían la huella de esa bota. Era del mismo modelo que las de Lora. Un tipo antiguo de bota militar común a muchos matones, bastardos y chulos, pero eso no libraba a Lora de un cachondeo generalizado por parte de sus compañeros. Muchos se referían al Enterrador como su novio. ¿Estás buscando a tu novio? ¿Cómo van las cosas con tu novio? Incluso esa mañana, antes de volar le habían dicho: mira lo que ha hecho tu novio para captar tu atención. El perfil no estaba claro, pero seguro que el Enterrador no era tan infantil como sus compañeros.

—¿Hay testigos? ¿Alguien vio alguna cosa? —Nadie veía nada nunca. El muy cabrón se cuidaba bien.

—No. Bueno...

—Bueno, ¿qué?

—Nada, un zombi dice que vio no sé qué, pero no le haría mucho caso. La verdad es que desde que llegó la policía y luego los medios, esto se ha ido

llenando de costrosos a cada rato. Se creen que vamos a repartir chocolatinas, los pobres.

—¿Dónde está ese zombi?

—¿Cuál? ¿El que lo vio, el que dice que lo vio? Esa gente dice cualquier cosa.

—El que sea.

—Ni idea. Ya le digo que es un bulo. —A Jacob le estaba empezando a hartar, le hubiera gustado escupirle en la cara si le quedara algo de saliva—. Ni siquiera estaba aquí cuando mis chicos encontraron los cuerpos. Bueno, cuerpos... por llamarlos de alguna manera.

—¿Y a nadie se le ha ocurrido tomarle declaración?

—Declaración, dice... —Iba en serio. La mirada de Lora lo expresaba todo aun a través de las gafas de espejo—. No querrá que nos pasemos al otro lado.

—Búsqueme a ese zombi.

—Lo que usted diga.

Jacob se acercó mascullando hacia la verja. Le dijo algo a otro policía más joven y más flaco. Éste le señaló hacia un grupo de desarrapados. Jacob intentó escupir al suelo, pero apenas salió nada.

—A ver, ¿dónde está ése? ¿El que decía no sé qué de que lo había visto todo?

Los zombis se miraron entre ellos. Una mano se alzó. Al poco, otras se sumaron. «Yo lo vi», «y yo», «yo también»... Un joven de pelo negro y ojos azules se abrió paso hasta la valla. La gente lo empujaba y lo apretaba contra la malla metálica. Lora intentó no alterarse: las manos sucias y ulceradas, el sudor, esas caras en las que se podía leer «muerte» con letras de molde; todo le traía demasiados recuerdos.

—¡Yo! Soy yo, yo hablé con los polis antes. —El joven tenía un acento raro, una mezcla de francés, italiano y quizá árabe.

—Eh, aleja esas manos, no me vayas a tocar y la liemos... ¿Qué coño es lo que has visto? —Jacob metió sus pulgares en el cinturón en un gesto que seguro que creía intimidante.

—Dejadme pasar. Se lo diré todo si me dejan pasar. Tengo a mi madre en

Alemania...

Lora se quedó callada. Prefería dejar hacer al vaquero fronterizo. Sabía que no podían abrir ninguna puerta. No sólo por las posibles enfermedades, sino porque se armaría la de Dios. Con toda esa gente agolpada esperando cruzar, no podrían contenerlos, no tenían suficientes efectivos.

—Si me sacan, se lo digo.

—Un diente te voy a sacar, puto zombi.

—Pues denme un pasaje.

—¿Un pasaje adónde?

—A Marte, ¿dónde va a ser?

A Jacob le salió una carcajada.

—Ésa es buena. ¿Lo habéis oído? El niño quiere un pasaje, hay que joderse. ¡Que sean dos! ¡Uno para mí!

Los policías cercanos le rieron la gracia al jefe. Al joven se le demudó la cara.

—Eh, tú. Nadie te va a dar nada. Si has visto algo, dilo y a lo mejor te puedo conseguir un bocadillo —intervino Lora, que se le estaba empezando a revolver el estómago.

—No fui yo el que lo vio.

—¿Ve? Se lo he dicho, está perdiendo el tiempo... Y nos lo está haciendo perder a nosotros.

—¡Fue una niña...! —Buscó con la mirada en todas direcciones—. Una niña negra. Estaba aquí con su madre. Me lo contó todo. Lo juro. Vio a un hombre solo. Se fue en una moto. Dice que se acercó a la valla y le dio algo.

—Mentiras. No sabéis más que soltar mierda por esa boca.

—¿Qué le dio? —preguntó Lora.

—No tengo ni idea. Algo.

—¿Te dijo cómo era el hombre?

El joven negó. Se quedó mirando a Lora suplicando por su recompensa, pero ella, pensativa, dio media vuelta y echó a andar.

—¿Me vais a dar el bocadillo?

—Lárgate antes de que te meta un tiro —dijo Jacob disfrutando de cada palabra.

Lora se alejó. ¿Una moto? Podía ser. En el incidente de la central eléctrica había huellas de moto. De moto y de diez mil cosas más. Se acercó a Takayama y le pidió que buscaran huellas de moto y que las compararan con las de la central. Sabía que sacaría poco de ahí. Pero poco ya era algo, y últimamente no sacaban nada. Un hombre solo, un hombre solo les estaba dando más dolores de cabeza que cualquier banda criminal, estaba poniendo en jaque a siete gobiernos... ¡qué cojones!, al planeta entero. Alguien que mataba con sus propias manos en un tiempo en que la mayoría mataba a distancia, sin ensuciarse. Se lo imaginó haciendo estallar el almacén y huyendo en su moto. Con un cinturón adornado con una calavera y unas botas como las suyas. Los ojos rojos brillando en la noche. Qué estupidez. Hacer conjeturas era la mejor forma de equivocarse. La imaginación en su trabajo era un estorbo. Se alejó de la zona de conflicto y echó a andar en paralelo a la valla. Algunos zombis la seguían como niños en un zoco esperando la limosna. Se detuvo un momento y se miró los pies; a su lado, un rodamundo que ni siquiera se movía porque no había viento, sólo arena. Sus padres le contaron que aquellos montes fueron verdes, que los Pirineos se cubrían de nieve en invierno y de un manto verde lleno de flores en primavera. Ellos lo decían de oídas y estaba segura de que se lo inventaban para que tuviera sueños bonitos. Cuentos de hadas para dormir a una pobre niña pobre. Luego, cuando pudo estudiar, vio las imágenes: prados, ríos, vacas lecheras. Cuando se quiso dar cuenta llevaba un rato caminando. Se agarró a la alambrada. No necesitaban que fuera muy alta, ni electrificarla ni nada. En tiempos hacían saltos masivos, pero en los últimos años no les quedaban fuerzas. ¿Adónde iban a ir? Sin implantes, sin dinero, sin genotipo registrado, sin identidad, no tenían nada que hacer en el mundo de los vivos. Miró a lo lejos.

Sobre una montaña de coches abandonados, una niña estaba encaramada al capó de un viejo Toyota. Su pelo recogido era una escoba que desafiaba las leyes de la gravedad, tendría entre diez o doce años, más o menos, aunque había perdido todo aire infantil. Llevaba unos pantalones y una camiseta que pudieron ser blancos en algún momento y que ahora eran del color de la tierra, a juego con toda la porquería que los rodeaba. No eran un mal

camuflaje. Se metió por la ventanilla dejando fuera las piernas y volvió a salir. Tenía el ceño fruncido. Saltó sobre el techo de otro coche y de otro y de otro, sin hacer ruido. Miraba y escrutaba rápidamente el interior de los vehículos en busca de vete tú a saber qué, con movimientos rápidos y nerviosos, como un pajarillo. Ya quedaban pocos animales, pero todavía había pajarillos. Al fin encontró algo que le gustó, un tubo largo de goma, le pareció a Lora desde la distancia, y lo echó a una bolsa de piel que llevaba colgada a la altura de la cadera.

—¡Eh, niña!

La niña se quedó quieta, como un conejo frente a los faros de un automóvil que está a punto de atropellarlo. Conejos, todavía quedaban conejos. Volvió sólo la cabeza, buscando.

—Eh, niña, ven aquí.

La chiquilla localizó a Lora. Entrecerró los ojos aguzando la vista como si tuviera un potente zoom incorporado. Lora creyó entrever cierta curiosidad en esa cara tan seria. Apostaría a que era la primera vez que alguien la llamaba desde el otro lado de la valla. Tiene que ser ella. Si alguien ha visto al Enterrador es esa cría silenciosa. Se acercó al borde con un paso lento, juguetón. Como cuando le dices a un crío de dos años que no toque algo y él se acerca sin dejar de mirarte y estira la mano diciéndote: «lo voy a hacer, ¿qué vas a hacer tú para impedírmelo?».

La niña estiró el pie... No, no puede saltar desde ahí, se va a descalabrar, si se tira se mata. Y en menos de dos segundos, pim, pam, pum, desapareció. Mierda, había que reconocerle dotes escénicas a la mocosa.

Lora no iba a cruzar y perseguirla. No. Su celo profesional no la llevaría tan lejos. No todavía. Estaba en buena forma, pero sabía que jamás cogería a esa culebra si ella no se dejaba. Sí, también quedaban culebras.

Se agarró de nuevo a la malla de alambre. ¿Estarían sus padres por ahí?

Capítulo 7

Las motas de polvo en suspensión perfilaban los débiles haces de luz que se colaban entre los tablones y la chapa. La chabola de Fiona olía a orín y a enfermo. La pobre mujer estiró el brazo a por una lata de conservas que usaba a modo de vaso. La volcó sin querer, estaba vacía. Las manos de Nunú llegaron en ese momento. Recogió la lata. Traía agua nueva, que no fresca, y se la reemplazó. Le intentó dar de beber con delicadeza. Fiona se resistió.

—¿Dónde estabas?

—No me he movido.

—Mentirosa. Estabas ratoneando, como siempre... Cualquiera día te van a matar, si no algo peor.

—Alguien tiene que encargarse de todo, madre.

—No soy tu madre.

—Anda, bebe.

Nunú insistió, y esta vez Fiona dio unos tragos. Retiró uno de los paneles para que entrase un poco la luz y el aire, a pesar de las quejas de Fiona. Cogió la lata grande, la llenó con el resto del agua y la puso en la olla solar que había construido Omar cuando aún estaba con ellas. Sacó de su bolsa una goma larga, de las que sirven para aislar las puertas de los coches. Se encaramó a la mesa y ató con ella la puerta, que se estaba descolgando. Probó a abrir y cerrar. No era un apaño perfecto, pero servía de bisagra. Lo miró más o menos satisfecha. Sacó más cosas de su bolsa y las puso ordenadas frente a ella. Un puñado de clavos, una bujía, retales... y separó los clavos que estaban menos oxidados de los que daban auténtica pena. Sopló y limpió

la punta de la bujía. Alisó los trocitos de tela y los colocó unos sobre otros. Luego se acercó a un rincón donde había varias cajas, todas con objetos bien ordenados: más bujías, más telas, encendedores, jeringas, piedras pulidas de diversos tamaños, ruedas de bicicleta... Dejó cada objeto en su lugar. Finalmente, se echó mano al bolsillo, de ahí sacó una pieza rectangular negra, lisa, que no parecía tener ningún tipo de cierre ni fisura. Nunú la miró por todas partes, observó sus cajas y pensó en dónde colocarla. La guardó de nuevo en el bolsillo. El agua ya estaba hirviendo. Cogió el trapo que le pareció más limpio y se acercó a Fiona.

—Voy a quitarte la venda.

Con mucho cuidado comenzó a retirar lo que envolvía la pierna izquierda de Fiona. La tela se había pegado por el pus y la sangre como una segunda piel. Era parecido a desollar a un conejo, había que hacerlo con decisión, Fiona se agarró a Nunú y le clavó los dedos en el brazo como los dientes de un cepo, cortándole la circulación. No gritó, pero casi se desmaya. La frente se le llenó de sudor, qué desperdicio de agua.

—¿Qué, cómo lo ves?

—Mejor —mintió.

Nunú cogió el agua caliente y comenzó a lavarle la herida. Fiona se puso a llorar.

—¿Por qué no me dejas morir?

¿Cómo iba a hacerlo? Omar las había abandonado. Estaban solas. Era difícil encontrar gente de la que fiarse. Era su familia y ella no abandonaba a su familia. Dejarla morir... Era una estúpida. Rendirse es de cobardes. No, no lo iba a hacer. No quería estar sola, había que seguir adelante, no sabía hacia dónde, pero seguir.

—No digas eso, madre.

—Qué manía, Nunú. Yo no soy tu madre.

Sí que lo era para ella, aunque no la hubiera parido. La conoció con dos o tres años. Y le enseñó a hablar. Y a contar, primero con los dedos, luego con piedras y luego a escribir los números con madera quemada o con palos en la arena. Se había ganado el título de madre quisiera o no. Ahora no podía quitárselo de encima porque prefiriese tirar la toalla, no lo iba a permitir. Era

más difícil morir con una hija a cuestas, lo fácil era deshacerse de todo, pensar que no tenía ataduras. Pues las tenía.

—Debes irte, Nunú. Vete lejos. Al final vas a caer enferma como yo. Seguro que tengo manitú.

—¿Eres médico acaso?

—No, y tú tampoco. La fiebre no baja, la herida no cura. Como lo cojas no hay medicina para eso... No quiero que mueras.

—Pues no haberme llevado contigo.

Fiona agradecía los cuidados, claro. Pero se moría también por dentro de ver a Nunú desviviéndose por ella. Era antinatural. Ella era la que debería estar cuidando de la pequeña, en vez de arrastrándola consigo hacia la fosa común. La Tierra entera era una fosa común.

—¿Sabes, Fifi? —Le gustaba llamarla Fifi cuando no la llamaba madre, como un reflejo de Nunú. Omar le puso Nunú porque era lo único que decía cuando las encontró a las dos. Muy al sur, a punto de ser pasto de las gaviotas —. Siguen ahí los citys dando por saco. Han venido casi cien. Polis, soldados... Llevan armas y aparatos mecánicos. Algunos van con trajes así tapados hasta arriba... El Enterrador se ha cargado lo menos a veinte de los suyos.

—¿Cómo sabes que es el Enterrador?

Porque lo había visto.

—Lo sabe todo el mundo. ¿Quién va a ser? Tantos muertos... El caso es que siguen ahí, buscando pruebas, pero seguro que no encuentran nada. No encontrarían ni su culo si no se lo dice su botón.

Las dos se rieron. A Fiona le duró un segundo, enseguida volvió el dolor.

—No me gusta que estén por aquí. Más gente en la frontera es más líos. En cuanto arregle un coche nos movemos.

—No puedo moverme. No me he levantado ni a hacer pis...

—Eso dices ahora, verás en un par de días. Hala, ya está, como nueva.

Nunú había sacado todo el pus y dejado la herida lo más limpia posible. Después se puso a vendarla con el trapo nuevo. Hacía dos semanas, al volver de recolectar, así llamaba a la búsqueda de objetos útiles, se encontró a Fiona tirada en el suelo con un hierro clavado en el muslo. Unos zombis habían

entrado para robar. ¿Para robar? Nunú no entendía bien qué iban a robarles a ellas, si no tenían ni para comer. Y ni siquiera se habían llevado nada de las cajas. Menudos imbéciles. Fiona intentó echarlos y ellos la atacaron. La clavaron al suelo con una vara de hierro. Tenía suerte de estar viva. Si hubiera tardado una hora más se la habría encontrado muerta, desangrada. Qué mierda de zombis. Ella no se consideraba una zombi. No. Ella no era como ellos. Ni Fiona. Ellos tenían principios. Los principios eran importantes, Omar se lo explicó bien. Era lo que los diferenciaba de las bestias. Aunque ya no había bestias, las únicas bestias que Nunú había conocido eran precisamente los hombres. Llegó de recolectar y ahí estaba en el refugio para las tormentas, medio muerta. Su madre. Lo único que le quedaba. También tenía sangre entre las piernas, le salía de la vagina. No dejó que Nunú se acercara, dijo que era la regla. A Nunú le pareció raro, porque acababa de tenerla y sabía que le venía más o menos con la luna llena. No quería pensar qué habría pasado si hubiera llegado una hora más tarde... Se sentía culpable. Desde que Omar las dejó, ella tenía que ser la fuerte, era responsable de las dos. También culpaba a Omar. Si no se hubiera ido nada de eso habría pasado. Los zombis no se habrían atrevido. Pero Omar no estaba, no. Ahora no se alejaba nunca más de un par de horas. Podría encontrar más comida si subía más por la montaña. Había visto ratas y también alguna ardilla. Pero no lo hacía. Si volvía a suceder... Fiona pegó un grito de los que te encogen el alma.

—¡Dame algo, por Dios, no puedo más!

Nunú mojó otro trapo en el agua y se lo puso en la frente.

—¿Te queda algo? Dime que te queda algo...

—Sólo una. Sería mejor guardarla por si sube el dolor.

—Si sube el dolor querré que me mates.

La mirada de Fiona la asustó. Fue a sus cajas. De una de ellas apartó las telas y levantó un cartón que servía de separación para un doble fondo. Sacó una ampolla. En realidad, aún quedaba otra más. Cogió también una jeringa. Hirvió de nuevo el agua y metió la aguja dentro. Estaba vieja y gastada, era lo que había. Cogió el trozo de goma que quedaba y se lo ató en el brazo.

Los rasgos de Fiona se calmaron con la morfina. Sus ojos se perdieron

hacia atrás en las cuencas como los de una vieja muñeca. Nunú se sentó en el suelo a su lado, se quedó callada y se sintió mayor.

Capítulo 8

Se acostumbró a las cenas en casa de Candi. No se puede decir que León fuera un tipo demasiado sociable. A Sonia le costaba siempre un trabajo enorme arrancarlo del sofá para llevarlo a eventos, espectáculos o lo que fuera. ¿Para qué vamos a salir a sitios que no me importan a ver a gente que no me interesa? Pero cuando estás a millones de kilómetros de tu casa, pasando la mayoría del tiempo en soledad, uno se vuelve más abierto. No estaba aburrido de Marte. Edgard Edgard tenía razón. El trabajo lo había absorbido por completo y las jornadas se le pasaban volando. Al caer la noche era cuando las emociones se enredaban y todo se hacía más cuesta arriba. No estaba Víctor para hacerse el remolón a la hora de irse a dormir, corriendo por todo el pasillo como si eso pudiera librarlo del desenlace inevitable, tampoco podía leerle un cuento tumbado en esa cama tan pequeña, ni poner los pies sobre la mesa baja y tomarse un té y ella una infusión de frutas mientras veían las noticias que ya nadie se creía a esas alturas. O probar un nuevo aliño para la ensalada o rascarse mutuamente la espalda como osos desesperados o, con suerte, follar. Todas esas cosas que hacen las familias para dulcificar ese momento de miedo primigenio en que el sol muere acuchillado desparramando su sangre poco a poco en el horizonte. Porque la noche nos da miedo y mejor si no te alcanza solo.

Así que la mayoría de los días —hacía un esfuerzo por dejarlos en paz uno o dos a la semana. Ir todos habría sido demasiado— acudía a cenar a la casa de sus nuevos vecinos marcianos. Cada día llevaba algún obsequio, por no repetir lo de la primera noche, en que acudió con las manos vacías. Unas

veces era un licor, otras un chocolate o algún producto de importación de los que ellos no se querían permitir. A León le pagaban unas dietas que no le servían de mucho, era de poco gastar y tampoco tenía dónde, así que al terminar la jornada se acercaba al aeropuerto y compraba alguna curiosidad de la Tierra para sorprenderlos.

—¿Por qué te has molestado? —solía a decir Candi.

Jose y Candi, Jose ella y Candi él. Él era todo un hombretón, pero dulce y delicado en el fondo. Con su pelo teñido de rubio, afeitado, perfumado y aseado. Ella, en cambio, era seca y ruda, de aspecto descuidado y con manchas solares en la piel. Los dos eran grandes y fuertes, hubieran encajado sin problemas en la época de los aguerridos vikingos. Estaban muy unidos y en cierta forma a León le recordaban una versión rubicunda del cuadro de «American Gothic». Sus nombres eran diminutivos de Josefina y de Cándido. Eran descendientes de españoles, y tras dos generaciones sin familia en su pueblo, decidieron buscar un lugar con oportunidades. Y qué mejor sitio que un planeta a estrenar. Llevaban en Marte más que ningún otro colono.

Al principio Candi lo ponía un poco nervioso, tanta vitalidad lo desconcertaba, pero tras las cervezas de la primera noche se dio cuenta de que todo era sincero en él. Sin trucos. Con Jose todo tardó un poco más, no porque ella hiciera nada que molestase a León, más bien al revés: era ella la que lo miraba con desconfianza. Cuando Candi se volvía a por alguna cosa, ella entrecerraba los ojos y lo atravesaba con esos ojillos negros como insinuando: «¿a qué has venido tú aquí?», «¿tienes buenas intenciones o quieres jodernos a todos?». Era como si ella supiera algo de León que él mismo desconocía. Pero seguramente era sólo timidez, porque a la semana ya lo trataba como a uno más de la familia. Porque de eso se trataba, León había encontrado en esa casa una especie de familia. Y esos ratos eran con toda seguridad los mejores momentos del día. León les estaba cogiendo cariño realmente.

—Mira, Jose, unos chocolates, eso es que no le gustan tus postres.

—El que tenga algo que decir de mis postres ya sabe lo que puede hacer.
¿Y qué hace la mesa sin poner?

Jose acostumbraba a gritar bastante y parecía de mal humor con facilidad,

mientras que Candi no torcía el gesto por nada y quitaba hierro a cada comentario. Era una especie de sainete que los dos tenían bien ensayado, pero en el que el drama no acababa jamás en tragedia.

—También he traído champán.

—Y encima eso. Ahora está insinuando que nuestro vino es malo.

Eran muy agradecidos, pero incapaces de verbalizarlo con un «gracias». León lo achacaba a un cierto complejo de clase. Jose llegó de la cocina y se fijó en León, sorprendida.

—Vaya, niño, cuánta pompa. ¿Qué celebramos? Si hasta te has vestido y todo.

Jose era mucho más observadora que su marido. Candi miró de nuevo al filólogo y se fijó en la camisa limpia y la corbata.

—Nada... Bueno, nada que os afecte. Pero he hecho un gran avance en el trabajo.

—Si lo llego a saber hago algo especial. Te he preparado el arroz de siempre.

—Jose, el arroz de siempre es lo mejor que podías haber hecho. Sabes que me vuelve loco.

—¿Qué avance es ése? —Candi estaba intrigado. León solía contarle algunos descubrimientos y curiosidades de su trabajo intentando no aburrirlo demasiado.

—Bueno... he encontrado las diferencias que buscaba. Ya sabéis que la mayoría de los textos están en un idioma muy parecido al sumerio y a las primeras lenguas indoeuropeas. Es como si compartieran una raíz común. Como si el idioma de estos marcianos y nuestros primeros lenguajes vinieran de una misma lengua común más antigua. Pero ¡aunque sea parecida no es igual! Algo así como el francés y el rumano, ¿no? Por más que las dos te suenen a lengua latina, no entiendes una aunque conozcas la otra. No pillas nada si no conoces el idioma realmente. Una traducción literal te llevaría a muchos errores. Además, esto no se parece tanto como el francés y el rumano... Pero aunque sea parecido no es igual. —Hablaba deprisa, apasionado, se perdía en sus propios pensamientos—. Bueno, el caso es que creo que ya sé cómo traducirlo; tengo las diferencias. Mañana meteré un buen

porrón de textos en el botón y seguramente me hará una traducción mala, pero ¡una traducción! Si la cosa va bien, con el programa adecuado, en seis meses podría tener una gran parte de los textos.

Jose y Candi se quedaron callados. Una sombra parecía crecer por todo el salón.

—¿Qué pasa? ¿No os alegráis un poco?

—Sí, claro, hombre —dijo Candi.

—Entonces te irás enseguida. —Jose se puso a recolocar las servilletas en la mesa ya puesta para la cena—. Cuando acabes el trabajo, quiero decir.

León lo comprendió de golpe. Pensó en la vida de toda esa gente que acudía a Marte pensando sólo en cuándo iba a poder largarse de ese lugar extraño. Si esas reuniones para él eran un alivio, para ellos eran una esperanza. Aún no había fecha para la gran evacuación, era una especie de amenaza lejana. Mientras tanto sólo llegaban trabajadores temporales y los turistas millonarios que ayudaban a sufragar todo el tinglado. Jose y Candi veían pasar a la gente como bestias de un zoo a las que no permiten que los visitantes las alimenten. Se imaginó la silla del comedor junto a la ventana en la que él se sentaba normalmente y comprendió que en todos esos años fue ocupada seguramente una veintena de veces. Primero debió de ser algún ingeniero brillante recién salido de la facultad, una joven promesa que hizo las prospecciones de la ciudad y de los puentes, pero que tras promocionarse aquí le salió algo mejor en Alaska o en Finlandia. Luego seguro que llegaron otros: algún profesor que buscaba soledad pero no supo soportarla, una pareja de doctoras recién casadas que cuando llegó la hora de adoptar un crío decidieron regresar, otro ingeniero, otro profesor, etc., etc., etc. Mientras que Jose y Candi no iban a moverse. Llevaban veinte años en Marte, éste era su hogar y no tenían adónde ir. Aquí eran importantes, eran los guardeses del planeta; si volvían a la Tierra no tendrían nada. Años en busca de amigos estables, encariñándose de gente que los acababa abandonando y que rara vez llamaba para interesarse por ellos. Porque es lo que suele pasar cuando conoces gente en un viaje: te das las direcciones y las guardas en el botón para no llamar jamás. De algún modo se sintió un poco celoso al darse cuenta de que él no era el primero y que tampoco sería el último.

—No lo sé... Todavía queda muchísimo trabajo y puede que lo que he descubierto no sea más que humo. Pero claro, cuando acabe me iré. Quiero ver a mi hijo.

—¿Has sabido algo de tu mujer últimamente? —preguntó Jose.

Eso fue una pulla en toda regla, prefirió dejarla correr y simplemente negó con la cabeza y se acercó a *Boris* para hacerle una caricia. *Boris* era un loro gris, concretamente un yaco de cola roja que descansaba la mayoría del tiempo sobre su pedestal. Se había adaptado muy bien a la casa y de vez en cuando se echaba un vuelo por el salón, pero no dejaban que saliera al exterior por los niveles de oxígeno en el aire. Llevaba con Jose y Candi desde que llegaron. Una de las ventajas de Marte: podías tener mascotas. Por lo visto, los loros podían hablar, pero nadie había conseguido todavía que dijera ni una palabra. León lo intentaba cada noche sin éxito.

—¿Tú también me vas a echar de menos? —le susurró al loro.

Se sentaron a la mesa. Empezaron la velada en un ambiente frío, la conversación no parecía fluir.

—¿No vienen esta noche tus hijos?

—Quién sabe. Ésos hacen lo que les viene en gana.

Jose y Candi tenían dos hijos, gemelos idénticos. Bautizados en Marte como Pablo y Matías. León, en su cabeza, los llamaba los Cándidos, porque eran bastante inocentes. Tenían diecisiete años y ya eran más grandes que sus padres. La primera vez que los vio se acordó de inmediato de Tweedledum y Tweedledee de *Alicia en el País de las Maravillas*. A pesar de estar en plena adolescencia, llenos de granos y reproches, lo cierto es que adoraban a sus padres y los ayudaban en lo que hiciera falta, ya fuese construir un granero o tender la ropa. Como suele pasar con los gemelos, por muy similares que parecieran no eran ni mucho menos iguales. León se dio cuenta enseguida de que uno era el fuerte, el que lo probaba todo primero, y el otro iba a remolque, siguiendo el rastro. Sin embargo, el menos lanzado de los dos era también el más cariñoso y el que, de alguna manera, conseguía despertar más simpatía en la gente. Algo que no pasaba inadvertido a su hermano. De modo que mientras el menos hábil admiraba a su gemelo, el fuerte lo envidiaba secretamente. León los diferenciaba bien, pero casi nunca recordaba cuál era

Pablo o cuál Matías, qué personalidad iba asociada a cada nombre.

Fueron comiendo y bebiendo y las tensiones se disiparon. León volvió a sentirse como de costumbre, como con unos padres adoptivos orgullosos que se esforzaban porque estuviera siempre cómodo.

—Sabes lo que creo, para mí que todo eso lo colocaron ahí en los primeros viajes, como una engañifa para poder convertirlo en monumento para los turistas. Por eso se parece al rumano y todo eso.

—Lo mismo pensé yo, Jose.

—No seas burra, mujer. Yo estaba cuando lo encontraron. Y nadie pudo hacer eso ahí así como así. Nadie puede haber hecho eso sin poner un andamio de tres kilómetros... Vamos, que no. Eso es marciano como que nos estamos mirando ahora a los ojos. Además, tú ni siquiera lo has visto. ¿Te puedes creer, León, que ni siquiera ha ido a verlo? Yo podría llevarla aunque no esté permitido. Una maravilla del Nuevo Mundo y no le ha picado la curiosidad.

—¿Para qué?, me voy a quedar igual. Ya sabes que yo no soy de visitar museos. Ya me has contado como es. Y por mucha cosa que haya ahí escrita no voy a entender ni papa. Cuando León lo traduzca, si hay algo importante, que me lo enseñe.

—Di que sí, Jose, yo te hago un resumen, no te preocupes. —Le guiñó un ojo y se rieron los dos. Jose no era ninguna idiota. Carecía de estudios y cultura, pero tenía carácter y la suficiente confianza como para hacer alarde de su ignorancia—. No son más que grabados en la piedra de hace cinco millones de años.

—¿Tanto tienen? —preguntó Candi.

—Sí, si nos fiamos de las pruebas.

—Que eso es un timo, ya veréis. Te están tomando el pelo y trabajas de balde. —Jose volvió a llenarle el plato—. Anda, acábatelo.

—Joder, cualquiera que nos oiga... Una civilización superavanzada vivió aquí y desapareció sin dejar rastro. Deberíamos estar sobrecogidos, embargados, estupefactos... y ya casi me parece normal.

—A todo se acostumbra uno —dijo Jose levantándose de la mesa—. ¿Vais a querer café?

—Pues yo me sigo sorprendiendo todos los días. Aquí hay cosas nuevas a cada paso. Cincuenta años antes de que llegásemos estaban metiendo los primeros animales. Unos bichitos muy pequeños, como medusas, que no necesitan casi oxígeno; luego metieron otros y otros. Y algunos mutaron muy rápido, ya lo creo. Cuando vinimos aquí había un buen lío montado. Yo no estaba de jefe, vine de obrero mondo y lirondo, a trabajar en fontanería, pero mi abuelo era de campo y a mí me encantan estas cosas, así que me fijaba... Bueno, que me voy por las ramas, le había salido una enfermedad a un escarabajo que le hacía como un casco rojo que lo volvía tarumba, se lo comía todo y empezó a infectar a las plantas. Los únicos pájaros que se habían adaptado se comían esas plantas y también morían. Tuvieron que traer lagartos para que se comieran a esos escarabajos, pero claro, típico, demasiados lagartos. Así que hubo que traer un tipo de rata que aguantara bien y se comiera a los lagartos...

—¿De verdad nos vas a contar todo eso, esposo? —Recalcaba lo de esposo cuando quería burlarse de él—. Acaba, ten piedad del invitado.

—Ahora tenemos un ecosistema que parece equilibrado, pero qué va. Se está cocinando todavía. Lo que quiero decir es que aquí todo es nuevo, las cosas cambian muy deprisa. La Tierra se está muriendo y esto está empezando. Yo nunca me aburro.

—He puesto a hacer café, porque si espero a que me lo digáis...

—Gracias, Jose... Vale, todo eso está muy bien, pero no hablamos sólo de vida en otros planetas. Aquí hubo vida civilizada, o al menos pasaron por este lugar y dejaron esto para que lo vieran civilizaciones futuras... Eso lo cambia todo. No somos el centro del universo, no somos la única vida inteligente.

—Bueno bueno, tampoco es para armar tanto jaleo. Lo raro es que habiendo más estrellas que culos fuéramos los únicos en tirarnos un pedo en todo el espacio. ¿Leche vas a querer?

—No, gracias. Solo mejor.

El loro carreteó, eso era que llegaban los niños. Los niños de metro noventa. Candi se colocó en la silla y respiró fuerte varias veces, había bebido y no le gustaba que sus hijos lo notaran.

—Anda que tamaña tontería, si sólo con lo que hueles desde aquí...

—¡Coño, el champán! Ni nos hemos acordado.

—Lo que os faltaba a vosotros dos. ¿No le habéis dado bastante ya?

—¿Qué hay de cena, ma? —interrumpieron los Cándidos al unísono.

Jose los reprendió, se ocupó de hacerlos sentirse culpables porque últimamente se pasaban el día por ahí en lugar de volver a casa a estudiar. Soltó un montón de tópicos sobre si creían que esa casa era una pensión y si pensaban que ella era su esclava. A la vez que se quejaba hizo que se sentaran y les puso un plato de arroz a cada uno. Por lo visto no se lo había terminado León; siempre había más. Pablo y Matías parecían más callados que de costumbre. León estaba recogiendo sus cosas para irse cuando vio que uno de ellos le daba un codazo al otro. Se miraron ambos murmurando y finalmente Matías, o era Pablo..., empujado por su hermano, lo soltó.

—Ma, ¿sabes que en la Tierra se está montando una buena? Por lo visto hay revuelta. Los zombis están pasando al otro lado. No les importa que los maten —dijo el lanzado.

—¿Cómo que zombis? —Jose le dio un collejón—. Habla bien y ten un poco de respeto.

Ni a Candi ni a ella les gustaba que usaran esos términos. Mucha familia había acabado al otro lado de la frontera y hasta llegar a Marte ellos siempre habían sido pobres.

—Perdona. —El simpático miró a su hermano con dureza para que no metiera más la pata—. Es que nos han hecho una oferta en el instituto. Es una oportunidad...

—Si vamos a ayudar, ya sabes, haciéndonos soldados y eso... nos pagan el viaje, que es lo que dura el entrenamiento.

Se pusieron a discutir. Jose reaccionó tajante diciéndoles que quién les había metido semejantes ideas en la cabeza. León se disculpó y se retiró antes de las lágrimas. Porque Jose se echó a llorar. Algo que sorprendió no sólo a los hijos, sino también a Candi, que no recordaba haberla visto así desde que vivían en Argentina. Esta vez fue Candi el fuerte y el que templó los ánimos. Ellos acostumbraban a dejar a sus hijos obrar con libertad, y aunque intentaron razonar con ellos, lo tenían decidido, se iban a alistar. Poco les importaba que en el viejo mundo hubiera tantas enfermedades, radiación y

miseria, les pesaba mucho más lo poco de todo que había en Marte.

—La Tierra está acabada, todos quieren venir aquí.

—Pues cuando vengan todos, nosotros volveremos también.

—¡Y con honores!

León se quedó fuera un rato, cerca del porche, sentado en una roca. Por el aislante no podía oír lo que pasaba dentro, pero se lo podía imaginar. Había elegido un mal día para decirles que terminaría antes su trabajo. Ahora también se les iban sus hijos. Claro que no era comparable una cosa a la otra. Él sólo era un pedante que les daba conversación por las noches. ¿Se estaba montando una revuelta en la Tierra? ¿Soldados de Marte? Entonces debía de ser gordo. ¿Cómo es que no sabía nada? ¿Por qué no le había llamado Sonia? Estaba preocupado. Hacía mucho que no hablaban. Sólo un par de veces desde que le pareció que... Claro que ella seguía negándolo todo. Se olvidó del cabreo y llamó con el botón. Sabía que si llamaba desde fuera del hotel le cobrarían mucho más, pero para eso estaban las dietas. No tenía gastos, el hotel lo tenía pagado el tiempo que estuviera y el sueldo íntegro lo mandaba a casa.

Nadie contestaba. Esperó. Insistió. Y nadie descolgó. Le volvió el cabreo. Habría dejado el botón en silencio. Seguro que el niño estaba con los vecinos o con su hermana y ella andaría follando con un hijo de puta del trabajo. O peor, con algún amigo común. Le dolía la cabeza. No sabía si era por la tensión y la mala leche, por el vino malo de Jose o por las gafas de oxígeno y el maldito aire embotellado de ese planeta. Sintió que le faltaba el aliento. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? En la cristalera de la casa de los Cándidos ya no se veía a nadie discutir. Decidió echar a andar hacia casa. El oxígeno aún le daría autonomía suficiente para la hora y media de paseo que tenía hasta el hotel. Era noche cerrada, pero allí no había depredadores grandes, que supiera. Total, lo peor que podía pasarle era que se perdiese y se acabase el aire, o tropezar y quedarse tirado en una zanja hasta que se acabase el aire, o caerse en uno de esos famosos túneles del Planeta Rojo y no poder salir y que se acabase el aire... Qué alentador todo. Seguramente nadie lo iba a echar de menos. Sonia, con su hombre nuevo, estaría encantada, lo mismo le hacía un favor. Su hijo, sí, pero en poco tiempo ni se acordaría de él. Mira, lo mejor es

que me quite el aire ya y me vaya andando muriendo de a poquitos. Estaba exagerando. Ni él sabía si hablaba en serio o en broma. Le gustaba fantasear con la muerte. Y más cuando bebía.

—¡Profesor!

Era Candi, con la botella de champán en la mano y un montón de gafas de oxígeno en la otra.

—Vámonos, te llevo a alguna parte. Necesito dar una vuelta.

Enseñaron su pase al soldado de guardia, que aunque se sorprendió por la hora, no se atrevió a hacerles ninguna pregunta. Entraron en la cueva entre risas, pero intentando no hacer ruido, eran como dos adolescentes que llegan tarde a casa y no quieren despertar a sus padres. Habían abierto la botella a mitad de camino.

—Silencio, vas a despertar a los marcianos...

León soltó un sonoro eructo que viajó reverberando por los pasillos de la gruta.

—Caray, profesor, no te pega nada.

—¿Cómo que no? Tú te crees que porque he cenado veinte veces en tu casa ya me conoces al dedillo, pues te equivocas. Hay muchas cosas que no sabes de mí.

—¿Ah, sí? Como qué.

—Eh... No lo sé. Pero te digo una cosa: nunca llegas a conocer a las personas.

—Pues yo creo que con un primer vistazo te haces una idea más que aproximada.

—Entonces, ¿qué van a hacer tus hijos?

—Preferiría no hablar de eso. ¿Has hablado ya con tu mujer...?

—*Touché...*

—Cuidado con la cabeza, profesor.

León se golpeó con un sonido hueco que dolió más en realidad de lo que se enteró. Candi llevaba una linterna que no dejaba quieta en ningún momento; se dedicaba más a cegar a su amigo que a alumbrar el camino.

Ambos se subieron torpemente al trenecito y se pusieron en marcha. León se puso a balancear los pies y a vociferar, increpando a los antiguos moradores de esas cavernas. Extintos pretenciosos, los llamaba. Si erais tan listos, ¿por qué coño os extinguisteis? Candi se reía un poco avergonzado, pero disfrutando de la irreverencia del profesor. León vomitó. La cena cayó proyectada al vacío.

—Mierda, los zapatos. Creo que el café no me ha sentado bien.

—El café, claro. —Candi soltó una carcajada.

Tras el viaje en el tren la cosa se puso más seria. Se sentaron a contemplar una parte del mural. Candi le confesó que Jose tenía problemas serios de salud. Problemas circulatorios, hepáticos y metabólicos de todo tipo, debidos a la malnutrición y a lo que habían sufrido en la juventud. Problemas que se le acentuaron en el embarazo de los gemelos. Seguramente no viviría diez años más. Si los gemelos se marchaban ahora, tal vez no los volvería a ver nunca. León no entendía por qué no se lo había contado.

—Ya sabes cómo es Jose, no le gusta que se compadezcan de ella. Además, tampoco lo tuyo es escuchar, profesor.

Eso sí que le dolió. Candi se lo decía sincero, no pretendía ofender. Era verdad que León iba a lo suyo. Candi no se lo reprochaba, lo aceptaba como era. Ese tipo de gente intelectual, «sesuda», habría dicho Jose, necesitaba de su egoísmo para llegar adonde llegaban, aunque muchas veces se perdían el mundo que tenían delante de sus narices. Candi tenía claro que prefería las personas antes que las ideas.

Charlaron un buen rato y León vio un poco del alma de su amigo, si es que algo así existía. Le pidió perdón por ser un capullo y el otro esquivó lo que le parecían palabras inútiles de borracho. No pidas perdón, que me haces sentir incómodo y yo no te he reprochado nada. Hablaron de Víctor y de Sonia. El filólogo dijo que la entendía, que era normal que su mujer estuviera con alguien. Siempre había estado ausente, pero ahora lo estaba de verdad. A millones de kilómetros. Y Sonia necesitaba afecto. Llevaba mucho tiempo necesítándolo. Se les acabó el champán. Orinaron al pie del muro, meándose en la más antigua obra de arte del universo conocido. Candi le sugirió que se quitaran las gafas de oxígeno. Un rato largo y te dolerá la cabeza como con

un vino malo. Él lo hacía a menudo, para aclimatarse. Si hay animales que pueden, por qué yo no. Y lo hicieron hasta que Candi se quedó dormido. León lo miró. Tan grande, como un oso en hibernación, con su pelo corto y oxigenado y sus manos como patas de tigre. Era un animal noble. Decidió ponerse a trabajar.

Tenía transcrito en su botón apenas un diez por ciento de lo que había en esa parte del muro, quizá un poco más. Edgard Edgard le había pasado todo el material escaneado, pero la forma de poder hacerlo suyo era empezar desde el principio. Le quedaba una infinidad por registrar, no obstante. Casi de un primer vistazo uno podía ver que era algo así como una enorme enciclopedia gráfica. Como la que sus abuelos le regalaron en una especie de disco diminuto cuando era niño. Ésas con dibujos y animaciones en las que podías ver con todo detalle la circulación sanguínea o qué pasa cuando un volcán entra en erupción o aquello del ciclo del agua, de los ríos al mar, del mar a las nubes y de las nubes otra vez a la tierra en forma de lluvia. Poco decía de la mierda que se había echado a los ríos, de la que se había echado al mar y de lo ácida que era la lluvia que volvía a caer en la tierra. Y eso que cuando nació, el mundo globalizado ya se había puesto en marcha. Energía limpia, conservación, reforestación y purificación. Demasiado tarde. El desierto es voraz, crece y se contagia. Su mente se estaba dispersando. Se sentía ligero. En la cueva se estaba bien, a gusto. Un sitio para pensar sin interrupciones de nadie, cuántas veces había soñado con eso en la Tierra. Aquí podía desconectar su botón y olvidarse de todo. Sólo el trabajo, nada más. No hacía ni frío ni calor, apenas había humedad. El lugar perfecto para conservar durante millones de años el mural más grande del mundo. Claro que durante todo este tiempo ha estado a salvo de todo, sin pájaros, ni insectos ni nada que se cague encima. Y mucho menos turistas ignorantes que vengan a poner «Willy te quiero» o «María estuvo aquí». Pensó en si tal vez habría más monumentos en otros planetas. Y en lo bien que podrían estar las obras de arte sin nosotros, aunque nadie las contemplase nunca. Las pirámides en Saturno, la muralla china en Júpiter, flotando libres en el espacio durante una eternidad de calma.

En todas esas semanas de trabajo había elegido sin quererlo sus partes

favoritas. Había un gran cuadrado en el que aparecía representado en su interior una especie de huevo, de él salían las palabras como de una fuente, en cascadas y remolinos. Podía pasarse horas mirando ese huevo. Estaba esa cascada de rombos que se mezclaban con las palabras como en una figura de Escher. O ese ojo pequeño y almendrado que parecía rubricar el final de uno de los textos. Pero sin duda el que más le gustaba era el de la figura de esa especie de... ¿cómo decirlo? No es que fuera una mujer, sin embargo, era innegable que era femenina. Rodeada de planetas y galaxias como una madre creadora.

Hizo la prueba que tenía planeada para la mañana siguiente. Le indicó al botón los valores que él creía correctos y los asignó. Activó el programa y la máquina se puso a operar, transformando así los signos en conceptos y fonemas, en preposiciones, verbos, adjetivos, adverbios... Se sentó a esperar. Lo más difícil ya estaba hecho o vendría luego. El algoritmo buscaba en milésimas de segundo opciones con sentido. No debería llevar demasiado tiempo. Y eso que ni siquiera era un programa moderno. Usaba un traductor que no era en absoluto de última generación. León era de la vieja escuela, seguía empleando muchos de los programas con los que trabajaba en la facultad. La máquina era lo de menos, lo importante era el enfoque humano. Por eso lo habían contratado. Edgard Edgard tenía razón, era un experto en lo suyo.

Las similitudes con la escritura sumeria eran más que llamativas, pero la sintaxis y la gramática parecían las de un lenguaje mucho más moderno, directo, conciso, sin declinaciones ni demasiados giros complejos. Luego estaban esas frases sueltas por el muro a modo de leyendas en otros idiomas pero con grafía latina. La mayoría eran letras sin sentido «xgjj pokdmfppujh», «reftihtresa» o «druimmghtuy». Pero en una esquina, como le había dicho Edgard Edgard, se podía leer claramente en inglés «el camino de la vida». Era verdad que no estaba escrito perfectamente: ni el artículo ni la preposición ni la palabra «vida» aparecían con su grafía correcta, pero era imposible no hacer esa traducción cuando lo mirabas: «thawai ox live». Luego estaban todos esos dibujos tan fáciles de comparar con los de los mayas o los aztecas. ¿Eran serpientes, calaveras, flores, ojos? No podía estar

seguro. Lo que resultaba evidente es que eran figuras de apariencia antropomórfica. Los que hubieran hecho eso se parecían a nosotros, se tenían que parecer muchísimo a nosotros.

Aunque tradujera los textos, sólo la interpretación de esos dibujos daba para tesis y tesis. ¿Sería una broma, como apuntaba Jose en la cena? Una broma demasiado compleja para nadie, una broma trabajada y tallada durante décadas, algo así como la Capilla Sixtina de las bromas.

El programa pitó con un sonido cristalino y agradable. El mismo sonido de cuando guardas tus resultados en un procesador de texto: cling. El trabajo estaba hecho. León se acercó corriendo al botón que había dejado en el suelo. Estaba mareado. Por el vino, pensó. Perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en la pared. Se dio cuenta de que no llevaba el oxígeno puesto. ¿Durante cuánto tiempo había estado así? Unas horas, seguramente. Miró a Candi, que seguía profundamente dormido, y cogió una de las gafas de oxígeno de su mochila. Se la puso y se sentó en el suelo cruzado de piernas como los nativos norteamericanos. Cogió el botón para revisar la traducción. Le daba miedo mirar.

Afirmaba que un treinta por ciento de la traducción tenía sentido. Era demasiado. Una civilización desconocida, hace millones de años, lo normal es que ni siquiera lo reconociésemos como lenguaje. Seleccionó uno de los textos catalogados como coherentes. Comenzó a leer. La traducción era rara pero comprensible.

Un trueno. Fuera rompió a llover y ya no paró en dos semanas.

Capítulo 9

Cruzó las piernas con total intención, conocía bien el efecto que producían sus piernas. Sacó un finísimo cigarrillo de su pitillera y todos los presentes se desvivieron por darle fuego. Nadie fumaba hoy en día. Melissa Preminger no era cualquiera.

A pesar de la insistencia no permitió que ninguno pagase su cuenta. Se levantó con la satisfacción de haber conseguido el acuerdo y se subió al taxi que la esperaba en la puerta. Aprovechó el trayecto para responder mensajes y cerrar un par de gestiones. Cuando pasaba por el Boston Common, indicó al transporte que se parara. La máquina recalculó el precio y abrió la puerta. Hacía una noche espléndida para caminar y así darse un rato para ella. El terapeuta la animaba a forzarse a esos pequeños momentos que tanto le costaban.

Se tocó el cuello, tieso como un tronco de bambú. Lo masajeó y respiró el aire limpio. Adoraba Boston. Sus abuelos eran de Nueva York y ella la visitó una vez. Le dio miedo. Todas esas avenidas de alquitrán fundido por el sol, edificios abandonados, parques convertidos en solares. Si hubiese creído en fantasmas habría ido a buscarlos allí. Qué pena de mundo abandonado, cuánta civilización perdida. La Tierra le recordaba a esos limones secos que permanecen en el cajón de la nevera, duros como piedras, pero que si aprietas aún les queda un poco de zumo en el fondo. La hemos exprimido bien y soy tan responsable como los demás. No era cierto, si alguien se había dejado la piel por el bien común, ésa era Melissa Preminger, ministra de Economía y Salud del bloque occidental.

Su padre fue alcalde de Boston después de la guerra. Era ya muy mayor cuando la adoptó. La educó él solo y se lo tomó muy en serio. Melissa era su proyecto tanto como lo había sido la ciudad. Uriah Preminger era un hombre recto y tenaz y se ocupó hasta su último aliento de que Melissa también lo fuera. Lo echaba de menos. Estaba enterrado en el cementerio público, a escasos metros de donde ella se encontraba en ese momento. Qué pena que no creyese en el alma, qué pena que no lo sintiese cerca. Su padre ya no existía, ya no estaba en ningún sitio, ya fue. Por eso nunca iba a visitar su tumba, era una pérdida de tiempo. Ahora bien, su legado sobrevivía. Aunque por poco tiempo, eso sí. Dentro de nada la Tierra se quedará como un parque de atracciones abandonado, a merced de los zombis que no hayan podido salir. Y después se la comerá el calor, la radiación y las cucarachas.

Se dio cuenta de que caminaba muy deprisa, como de costumbre; debía reducir el paso. Respirar y reducir el paso, no era tan difícil. El botón le indicó que la estaban llamando, lo ignoró. Se fijó en los árboles iluminados por las farolas y lamentó que no fuera de día. En otoño era cuando más le gustaba ese paseo. Todos esos tonos rojizos y ocre a juego, como un vestuario bien combinado, las montañas de hojas, la bruma, la tierra. Mañana por la mañana pienso cruzar por aquí. Tuvo la sensación de que alguien la seguía. No apretó el paso, una cosa era caminar rápido por el estrés y otra por miedo. Su padre la había enseñado a no dejar que el miedo la atenazara nunca. No a negarlo, no a no sentirlo, el miedo era una emoción importante y no se debían bloquear las emociones, pero sí a que no la paralizase, porque lo peor era la inacción. Siguió su recorrido y se paró en sus estatuas favoritas, compartiendo el trayecto con la sombra misteriosa. Imaginó que podría ser su padre, velando por sus intereses, y aquel juego la divirtió.

Salió del parque y miró de nuevo su botón. Se metió de nuevo en sus llamadas y mensajes mientras caminaba hacia el hotel y no volvió a sentirse observada.

—Buenas noches —le dijo el botones al abrir la puerta.

Ella, abstraída, no le devolvió el saludo. Pero no se lo tuvo en cuenta, ya sabían cómo era. Siempre había vivido en hoteles, con su padre ya era así y nunca quiso cambiar esa costumbre. Tenía claras sus prioridades en la vida y

desde luego entre ellas no estaba la de ocuparse de la comida, la casa o la intendencia en general. Era consciente de que el tiempo de una biografía no se estiraba como un chicle y había que aprovecharlo si uno quería llegar a alguna parte. Decidió no ir a su habitación todavía y pasarse por el bar restaurante. Se sentó a la barra y el barman le puso un gin tonic sin que tuviera que pedirlo. Era una bebida pasada de moda, algo que a Melissa le gustaba, al igual que apreciaba que el camarero fuera humano y no mecánico. Esos detalles para Melissa eran como una declaración de principios, un a mí qué me importa lo que se lleve. No tenía nada que demostrar a esas alturas.

Se había abierto camino en el mundo de la política con las ventajas de ser hija de quien era pero con la permanente presión de la comparanza. A pesar de ser un claro fruto del tesón formativo del antiguo alcalde de Boston, las diferencias entre Uriah Preminger y su hija eran enormes. Por lo pronto, ideológicas. Mientras que Uriah representaba al defensor de la estabilidad, ella era casi una revolucionaria, una de esas personas que cambian el sistema desde dentro, aprovechándose de las reglas del juego. También había grandes divergencias en lo personal. El padre tenía una gran capacidad de amar que su hija no había heredado, o no había absorbido del mismo modo que las enseñanzas morales. Uriah tuvo tres grandes amores antes del que sintió por su hija, que fue el mayor de todos. El primero le rompió el corazón en la adolescencia: había tenido que abandonarla justo antes de la guerra para ponerla a salvo, algo que ella no pudo comprender. Se quitó la vida. Su siguiente pareja fue una doctora que estuvo tratándolo durante tres años. Se casaron y, aunque lo intentaron durante más de una década, jamás pudo darle hijos. Uriah era estéril y entonces aún se podían tener hijos de forma natural en la parte del mundo civilizado sin necesidad de obtener un permiso gubernamental. Ella lo abandonó por un hombre que por lo visto no tenía ese «problema». La tercera fue una arpía. Una mujer tan inteligente como fría que supo encarrilarlo en la política como se merecía. Uriah no adoptó a Melissa hasta que cumplió los setenta años, uno de los motivos por los cuales se separó de la bruja, o más bien la bruja lo dejó a él. Uriah murió a los ciento veintidós años de un ataque al corazón siendo alcalde todavía. Murió sentado en el váter. Si su secretario hubiese llegado diez minutos antes al despacho

esa mañana los daños cerebrales no hubieran sido irreparables y el alcalde más querido de la capital habría podido gobernar diez años más con un corazón nuevo.

—Ese caballero quiere pagarle la copa —le indicó el barman con una sonrisa.

Miró un segundo en esa dirección y vio sonreír a un ejecutivo guapo de aire trasnochado al que se le intuía demasiada colonia de caballero.

Gustaba a los hombres. Era soltera, independiente y además tenía fama de ser muy activa sexualmente. Si eliminásemos todo lo que representaba, nadie hubiera dicho que Melissa fuese guapa. Los ojos pequeños y juntos y los labios finos. Aunque poseía una cara con carácter y con nariz. Por supuesto, vestía con estilo y se sacaba partido. Transmitía seguridad por todas partes.

Con un gesto educado denegó la invitación.

La verdad era que a Melissa no le interesaba el sexo. No es que no le gustara, le parecía agradable, en ocasiones incluso divertido, pero rara vez intenso y nunca turbador. No tenía orgasmos, demasiadas cosas en la cabeza. No se corría ni siquiera cuando se masturbaba. Lo hacía de vez en cuando por liberar tensión acumulada. No perdía el sentido con nada y el sexo no era una excepción. Comía lo justo e intentaba mantener un equilibrio en casi todo. Sin embargo, era muy activa sexualmente. Tenía diferentes líos con otros políticos, empresarios y asesores a los que hacía babear como perritos. Su padre le enseñó a usar sus recursos, y aunque él hubiera esperado otra cosa, eso era lo que hacía. El sexo había sido una herramienta perfecta para obtener lo que quería de los hombres, que, por mucha mejora genética, seguían siendo más tontos.

Terminó la copa. Se masajeó las pantorrillas. Estaba cansada. La lucha por los derechos de los zombis le estaba trayendo serios problemas. Su proyecto no era bien recibido por nadie, ni por los desarrollistas ni por los humanistas. Ella pretendía llevar a Marte al mayor número de personas, sin importar su condición ni su crédito económico, tan sólo atendiendo a criterios de salud. Quería llevar al Nuevo Mundo a todas las personas sanas que pudieran ayudar a construir la futura civilización. Pero las plazas estaban muy contadas incluso dentro de nuestras fronteras. Quien pensara que sólo los

zombis se quedarían fuera era un ingenuo. No se podía llevar a tantos. Bueno, no se podía o faltaba voluntad, según Melissa.

Lo vio claro nueve meses atrás, cuando estuvo en una celebración en la residencia habitual de los Harrington-García. Los Harringtons, como se los conoce popularmente, eran un matrimonio modelo. Un referente para millones de personas del éxito merecido. Emma y Fernando. Emma era bellísima y Fernando era guapo a su manera, tan alto, con su cuello largo y su frente y nariz prominentes. Junto con la de Aaron Morgan y cuatro más, la del matrimonio chileno era una de las más importantes fortunas del planeta. Ambos fundaron Safety World, la única organización sin ánimo de lucro que tiene poder para velar por los deportados. Repartían comida, enviaban personal sanitario y financiaban la mayoría de los juicios de reportación.

—Tiene razón, querida, lo siento. Hasta tú tienes que dársela.

—Los términos son retorcidos. No es comparable, es pura demagogia.

—No pretendía ofenderla, señora.

Había unos treinta invitados a la reunión. El padre de Melissa la había prevenido: «en política tendrás innumerables desayunos, comidas, meriendas y cenas, a veces tres comidas seguidas, come lo menos posible en todas ellas». Eso hacía, probaba lo mínimo para no resultar grosera. Y por lo general escuchaba. Los Harringtons discutían con el alcalde de Marte. Un hombre del que Melissa había oído hablar pero al que nunca le habían presentado. Quizá porque desde que lo destinaron allí apenas había pisado la Tierra en tres ocasiones. Desde antes de que le estrechara su mano blanda y seca ya le cayó mal. Melissa acababa de presentar el proyecto de ley para asegurar la progresiva inclusión de todos los reportados en el programa de traslado. Safety World apoyaba el proyecto, al igual que cientos de asociaciones y miles de intelectuales. Era la primera vez que el bloque conservador se tambaleaba y parecía posible. Melissa era cínica, pero albergaba esperanzas. Esa ley jamás vería la luz.

—No quiero crear un problema conyugal, sinceramente. Sólo digo que somos dos mil millones de habitantes...

—No es verdad. Son un gran número de ciudadanos nacidos en la franja seca los que no están ni tan siquiera censados.

—Más a mi favor, señora Harrington-García. No conozco todos los detalles como me gustaría del proyecto que empiezan a llamar Arca de Noé; piense que yo dirijo la ciudad más importante de Marte y aún no sé si el año que viene veremos nuestra población elevada a la décima potencia; pero por mucha prisa que se dé el gobierno, aun con toda la Alianza trabajando junta, hablar de más de mil millones me parece muy optimista.

—Por eso será progresivo.

—¿Dónde los metemos? Marte no sólo es mucho más pequeño que este triste y viejo planeta, es una tierra salvaje donde no hay nada más que algas F5 y F6.

—Lo que el señor Edgard Egard quiere decir... —Fernando acostumbraba a frenar a su esposa en los conflictos.

—Sé muy bien lo que quiere decir. He conocido a muchos fascistas.

—Se equivoca enteramente conmigo, yo simplemente había hecho una pregunta, quizá algo frívola, lo reconozco. Decía que si se aprobase la ley tal como ahora está redactada por el equipo de la ministra aquí presente, un zombi... un reportado sano, tendría prioridad sobre un enfermo, aunque éste fuera un miembro relevante de la comunidad. Habría que dejar fuera a Aaron Morgan, que todo el mundo sabe que tiene manitú.

—Hay que establecer un filtro. Usted mismo ha dicho que no cabemos todos. ¿Debe ser el dinero la única variable?

—Déjeme decírselo de otra manera: no creo que todos seamos iguales. Por ejemplo, en Toronto están a punto de llevar al congreso la inclusión de la fibrosis neutra como enfermedad crónica incurable...

—Hijo de puta.

Por lo visto, Melissa no era la única que sabía de la enfermedad de la hija de los Harringtons.

—Sus sentimientos los honran y los creo honestos. Pero créanme, son ellos o nosotros.

—Salga de mi casa. —Fernando señaló la puerta.

—¿Va a querer otra copa, ministra?

—No, muchas gracias.

Los momentos en la barra del bar del hotel eran de verdad suyos.

—Esta tarde he oído que están saltando la valla miles de zombis. Aquí, en Europa, en Asia. Las imágenes son horribles. Una sangría. Dígame que no debo preocuparme.

—No debes preocuparte, Ramón.

—Hablaban de intifada.

—A la gente le encanta hablar, sobre todo si sirve para meter miedo.

—Pero muchos de ellos tienen manitú.

—Te sorprendería cuántos de nosotros también lo tenemos. Manitú no es sólo de los pobres.

—Ahora sí que me deja más tranquilo...

—No se contagia así como así, de verdad.

—Entonces sólo tengo que ir con gente limpia —dijo el barman con una sonrisa cómplice.

—Eso es —se rio Melissa. Realmente le caía bien ese camarero.

Le transfirió una buena propina desde el botón y se levantó. No le hacía falta decir cárguelo a mi cuenta ni nada parecido, el hotel era su casa. Se dirigió a los ascensores y tomó el del centro. Era una manía casi supersticiosa, le gustaba la simetría. Entró junto con un camarero que subía una cena tardía. Qué pena, disfrutaba más del ascensor en soledad. Le parecía incómoda esa cercanía cargada de distancia que se produce forzosamente al compartir espacio con un extraño. Era grosero mirarse y al mismo tiempo absurdo el no hacerlo. Dos personas codo con codo manteniendo la vista al frente. Recorrió la puerta, los botones, la manga del camarero. Siempre miras un poco de reojo. No le sonaba. Su rostro era joven, pero parecía mayor. Repasó el encuentro con los consejeros en la cafetería. Estaba recopilando suficientes apoyos para hacer ruido aunque no lo consiguiera. El país tendría que escucharla y también el mundo entero. Algo no estaba bien. El camarero... No era sólo su edad indefinida, una camisa negra asomaba bajo la chaqueta. El timbre avisó de que habían llegado a su piso. Una mano nervuda la envolvió por detrás hasta taponarle la boca. La otra se deslizó rápido por su cuello. El dolor apareció un instante después. Miró atónita a su acompañante

y pudo sentirlo como la sombra acechante del Boston Common, estaba segura. La sangre se deslizó por su cuerpo como un delantal rojo que se desenrolla, silencioso, denso y caliente. Vio en la mano del falso camarero una fina cuchilla que asomaba entre sus dedos manchados. Las puertas se abrieron. Lanzó una pierna hacia atrás clavando el tacón en el empeine de su agresor. Éste se echó hacia atrás, retrayéndose, encogiendo la piel como haría una serpiente acorralada, pero sin emitir sonido alguno. Melissa echó a andar por el pasillo regando la moqueta a su paso, rojo sobre rojo. Sólo debía doblar el recodo y estaría en su habitación. Todo comenzó a dar vueltas. Los números de las puertas se echaban sobre ella, insultándola. No quería mirar hacia atrás. Llegó tambaleándose a la esquina, se volvió y vio al fondo a una pareja que pasaba de una habitación a la otra. Se besaban y reían a la vez, con hambre de muchas cosas. Gritó. O lo intentó porque su boca se abrió sin emitir ningún sonido. Apenas unas burbujas. El hijo de puta le había cortado las cuerdas vocales. Perdió pie y una de sus rodillas tocó el suelo. Después sus manos. A cuatro patas, con la cara blanca y el cuerpo teñido de rojo, ya no podía avanzar más. Menudo cartel para sus votantes. Volvió la cabeza hacia el ascensor y allí estaba él, contemplándola desde dentro. No se había molestado en seguirla, sabía que no llegaría lejos. Vio cómo las puertas se cerraban y entonces se le nubló la vista. No tuvo tiempo de oír el ruido amortiguado de su cabeza al golpear contra la moqueta.

Capítulo 10

Sonia estaba vistiéndose para salir. A Víctor le gustaba ver cómo lo hacía y mirar el cuerpo desnudo de su madre. Ella lo sabía y lo entendía con naturalidad. Se puso el vestido que le habían regalado en su empresa y que tanto divertía a León y al niño. Tenía cinco vestidos. Probó a ajustar los colores frente al espejo.

—Ponlo azul, mamá, es el que mejor te queda.

—Venga, a la cama zumbando, mozalbeta.

—¿Con quién has quedado?

—Con unos amigos.

—Nunca te pones guapa cuando quedas con los amigos.

—Y tú nunca te acuestas a la hora.

—Porque papá era el de las horas.

Miró el botón. Lo mejor sería esperar abajo, no le apetecía que subiera. No después de aquello. ¿Qué estaba haciendo? Se estaba dejando ir o simplemente deseaba dinamitarlo todo. Mover el avispero. Que pasaran cosas. Ella quería a León. Volvió a mirar la hora. Ni siquiera tenía claro que le apeteciera salir con nadie. Pero una ausencia de tres años era demasiado grande... y podían ser más.

Una llamada. León. No puede ser, no la había llamado en semanas, desde la discusión. ¿Acaso tenía un radar? ¿Por qué justo ahora? No podía saber nada. Le costaba no coger una llamada. Y menos de él. No quería hacerle daño. Seguía sonando. Contestó.

—Hola, Leo. —Nadie respondió—. ¿Leo? ¿Me oyes?

Al otro lado podía oír su respiración, incluso le pareció captar un leve gimoteo. Joder, no me hagas esto. Esta noche no.

—¿León, me oyes? (...) León, ¿estás bien? (...) Oye, cuando quieras hablar me llamas.

Colgó. Miró la hora otra vez, ya iba tarde. El mes pasado, cuando León creyó que estaba con otro hombre, no era verdad. Bueno, sí, estaba con alguien, pero no era su amante. Aún. Sólo estaban tomando algo, desahogándose. Ni siquiera se habían besado. Entonces ¿por qué se sintió tan culpable? Porque no pasó nada pero quería que pasara. León lo que hizo fue anticiparse a los acontecimientos. Igual que tantas otras veces. Era su especialidad: el vaticinio. «Tú me quieres dejar», le había comentado unos meses antes de irse. Igual no se anticipaba, igual sembraba la semilla a propósito y sus ideas se colaban en el inconsciente de Sonia como un gusano cerebral, como el grano de arena que va haciendo la perla en la ostra.

Y luego estaba la culpa. Esa culpa permanente que siempre arrastraba, el goteo constante de una cisterna que no funciona bien. Desde pequeña. Recogió los juguetes del salón a toda prisa. Sólo iba a tomar algo. Víctor estaba monitorizado, si pasaba cualquier cosa tenía su botón. Estaba en su derecho, ¿o no?

Sonia fue lo que cualquier progenitor autorizado habría llamado una buena niña. Algo parlanchina, curiosa, pero sin malicia. Con los extraños era tímida hasta que les cogía confianza, pero rara vez desobedecía una orden directa. Además, demostraba una gran empatía a muy corta edad. Lo que pasa es que su madre no lo veía así. A diferencia de sus dos hermanos, daba la sensación de que la pequeña Sonia nunca estaba a la altura. O no era suficientemente aguda, o suficientemente mujer o suficientemente cualquier cosa. Su madre la sentó en un orinal desde que contó con un año y la instó a hacer sus necesidades solita antes de que aprendiese a sostener una cuchara. A la mujer le espantaba ensuciarse las manos, literalmente, de mierda. Al padre no digamos, aunque eso daba igual, porque no estaba demasiado en casa. Sonia la recuerda lavándose, ¿cuántas veces podía lavarse esa mujer? Y lavándola, frotando con el ceño fruncido cada vez que Sonia se manchaba con algo. Tenía la misma obsesión por la higiene que aversión a los besos y

abrazos. Y contención, mucha contención. Todo esto le provocó a la niña un estreñimiento crónico y mucha culpa. Sentimientos que no la abandonaron cuando se hizo mujer. Sonia sabía que la culpa era un lastre más difícil de soltar que las heces, que a fin de cuentas se solucionaban con una dieta saludable y paciencia. Ahora, saberlo no era suficiente para librarse de esa cochina. Sentía culpa cuando se gastaba dinero en algo superfluo y sentía culpa cuando algo era demasiado barato. Culpa al sentir placer y culpa cuando no sentía nada.

Sonia era fiel en sus amistades, en su trabajo, con su pareja. Sonia era leal, pero necesitaba afecto. No valía con saber que la querían, necesitaba el roce. León había jugado sus cartas aunque no fuera consciente. Estaban en crisis y había aceptado un trabajo que superaba el concepto de relación a distancia. Estaba en Marte, casi parecía un chiste. Miró la hora. ¡Ahora sí que iba tarde!

—Víctor tiene fiebre —anunció su botón. La cálida voz que había elegido ella misma se le antojó impertinente—. Treinta y ocho coma dos.

¿Le estaba tomando el pelo? ¿A qué venía ahora eso? Fue al cuarto de Víctor, que estaba leyendo tan tranquilo. Sonia se acercó y le puso la mano en la frente. Estaba caliente. Víctor no se quejaba. Cuando tenía fiebre jugaba con sus muñecos como si tal cosa, y con las otitis cantaba, sólo en unas anginas galopantes se quejó un par de días de que le dolía al tragar. Su madre se habría sentido orgullosa con un niño así que jamás se hacía caca encima.

—¿Qué animal es éste, mamá? —le dijo proyectando una ilustración de lo que estaba leyendo segundos antes a ojos cerrados.

—Es un oso polar. Antes, en los polos de la Tierra había nieve, y mucho hielo. Y esos osos eran blancos, para confundirse con el hielo.

—¿Como los camaleones?

—No, no cambiaban de color, eran así por la evolución. Se adaptaban al medio. ¿Sabes lo que es la evolución? Los que nacían blancos tenían más probabilidades de sobrevivir que los otros. Y éstos tenían hijos blancos.

—Pues no sobrevivieron.

—No. ¿Te duele la cabeza?

Víctor negó. Se ha puesto malo para que no me vaya. Esto es una

confabulación moralista contra mí. Primero la llamada y ahora esto. Un absurdo complot contra la infidelidad conyugal.

—¿Por qué se acabaron? ¿Es porque comíamos animales? ¿Nos comimos a los osos?

—No. No nos los comimos, fue la nieve la que se acabó. Como casi todo lo demás. Vamos, apaga tu libro y duérmete. ¿Vale?

Puso un mensaje: «Víctor se encuentra mal. No puedo salir. Lo siento. Hablamos mañana».

Sonia se sentó en el sofá. Miró el hueco donde a estas horas estaría León leyendo, o viendo cualquier tontería. Acarició el botón tanteando. Estuvo a punto, pero no lo llamó.

Capítulo 11

Era jueves y Lora cumplía veintiocho años. Aunque ella no lo quisiese airear, siempre se acordaba algún compañero listillo. ¿Vas a celebrarlo con tu novio? Lo mismo te ha preparado la cabeza de algún político con unas velitas encima.

Repasó una y otra vez los archivos y se oyó refunfuñar en susurros. Tantos vuelos le hacían perder la paciencia: Francia, Alemania, Alaska, Boston, de vuelta a Alemania... El *jet lag* era lo de menos, se encontraba mal por un cúmulo de cosas. ¿Su cumpleaños? No, le importaba bien poco. Estaba sola porque quería, y encerrarse en su despacho no le parecía malgastar su día, mucho peor sería forzarse y salir a tomar algo para hacer el idiota con compañeros que le importaban un carajo. Tampoco era el terremoto que habían sentido esa mañana, ni sus réplicas, eso era rutina. Estaba jodida con la investigación, por no avanzar, porque él fuera siempre por delante, porque las pistas sobre el Enterrador se le escapaban entre los dedos como las cenizas de los muertos que dejaba tras de sí. Y porque Melissa Preminger le caía bien. Joder, para una política decente que había. Hacía más de ochenta años que las mujeres habían conquistado realmente ese mundo en genuina igualdad, y ahora eran mayoría, pero mayoría de hijas de puta. Cuando estudiaba, pudo leer a las últimas feministas del siglo XXI esperanzadas de crear un mundo más justo cuando alcanzaran el poder. Pero justicia y poder se dan eternamente de hostias y casi siempre gana el mismo. Melissa Preminger le parecía distinta, parecía íntegra, sonaba creíble cuando

hablaba de los pobres y predicaba con el ejemplo, que es mucho decir. ¿Por qué huevos se la había cargado el Enterrador? Tenía que reconocerlo, sentía cierto respeto por ese asesino sanguinario. Mataba fundamentalmente a ricos y poderosos. No podía evitar una sonrisa interior dentro de sus tripas. Una boca pequeña que le susurraba: la muerte ha cambiado de bando. Porque aunque la justicia no esté ahí para nadie, está bien que la injusticia también esté contra ellos alguna vez. ¿Por qué te has cargado a Melissa Preminger? Si hubieran sabido lo que le pasaba por la cabeza, sus compañeros se habrían reído a gusto. ¿Te has enfadado con tu novio? ¿Ya no lo quieres? Oooh.

No podía olvidar su cadáver en el hotel Plaza de Boston. Su cara blanca, los ojos vueltos y esa gargantilla negra perfectamente dibujada en su cuello. No había restos de ADN. O sea, había cientos de restos, de clientes, del personal, pero ninguno en el cuello, ni en el ascensor... Ninguno que coincidiera con las otras escenas del crimen. Jodido cabrón cuidadoso. En algún momento tendrá que cometer un error. A lo mejor lo había cometido ya y lo había pasado por alto. Por eso repasaba y repasaba hasta la obsesión.

Once atentados. Todos realizados por una sola persona. No había reivindicado nada hasta la fecha, no buscaba ningún crédito. Muchas teorías pero nadie sabía de qué iba todo eso. El nombre surgió al quinto atentado por un periodista de carácter anarcoide que tituló el artículo «El enterrador de los ricos». Dicho artículo le costó el puesto en el periódico, que al final resultó no ser tan anarcoide. Se había luchado desde el poder mediático para que no se relacionaran los crímenes entre sí, para no generar alarma, pero al cabo resultó evidente. El equipo designado para investigar los crímenes del Enterrador era de unos dieciocho agentes directos. Distribuidos en casi todo el planeta habitable. Aunque implicaba a muchos más en todos los departamentos. Al tercer atentado, la policía militar parecía una máquina bien engrasada que no dejaba de echar vapor. Los agentes se llamaban cada dos días, colaboraban, y no paraba de llegar información. En dos meses habían comprobado al ochenta por ciento de los ciudadanos no reportados con antecedentes penales. Tenían que haberlo atrapado entonces. Hace un año que el ambiente se ha destensado. Llegan informaciones rutinarias a final de semana que no aportan nada nuevo. El Enterrador no parece ser nadie.

Muchos ciudadanos piensan que son las fuerzas de seguridad del Estado que realizan crímenes selectivos, una policía del gobierno, y que lo del asesino en serie es una cortina de humo. Otros más románticos aseguran que es un zombi, una especie de Robin Hood, una sombra proletaria y vengadora que actúa contra el sistema con su grupo de desarrapados. No, Lora estaba convencida de que era un solo hombre, y de ningún modo un reportado. Se levantó para desayunar algo. Le pidió a la máquina un sándwich caliente y un té.

—Buenos días, Pocahontas.

Lora podía parecer una nativa norteamericana. El pelo negro y la nariz algo curvada. Si hubiera sido cualquier otro se habría llevado un bufido o algo peor.

—Hola, Randall.

—¿Entras o sales?

—Ni una ni otra.

—Te vas a quedar amarilla de estar encerrada bajo esa luz de tu despacho. Es una pena.

Randall formaba parte de los detectives de la Interpol militar. La barbilla partida le daba un aspecto hosco, difuminado por el brillo infantil de sus ojos.

—Perdona, Ran, ando un poco liada...

—Tengo algo que te puede interesar. Ven.

Randall poseía el talento de saber tratarla. Sin florituras. Lo mejor era no dejarle tiempo para pensar. Como hacía en el boxeo. Golpea, golpea, mantén la distancia, golpea.

El despacho de Randall estaba muy desordenado.

—Estamos Bruno y yo con un suicidio, presunto suicidio, vamos, pero que el tío se ha matado él solito, me juego el cuello. El tío tenía deudas por todos lados, aparte de estar enganchado al sexo virtual. Nos lo encontramos colgado de una viga, pero en pelotas y todavía con los sensores puestos. Le gustaban las japonesas pero medio alienígenas, ya sabes, mujeres de dos cabezas, de las que te pueden hacer varias cosas a la vez.

—Ahórrame los detalles, capullo, que estoy con el sándwich.

—Bueno, la cosa es que mirando en los documentos del tío me he

acordado de lo de la bomba de ácido del sur de Francia. Todo ese cargamento de grano que volaron era para él.

—Se supone que eran las reservas de los pueblos de la zona.

—Mira la factura. Y luego los mensajes que le mandó a la empresa proveedora. Se supone que todo ese cargamento debía salir para Marte. Al no recibirlo, lo dejaron con el culo al aire. Si estaba jodido, ése fue el empujoncito que le faltaba.

Lora miró la información en silencio.

—¿Puedes transferirme todo esto?

—Ya lo he hecho. Justo antes de acercarme a verte. Lo tienes en tu botón.

—Ni siquiera sonrió, para qué darse bombo.

Lora tiró el resto del sándwich y salió corriendo hacia su cubículo.

—Gracias, Ran.

—¡Espera!

—¿Qué pasa?

Lora se volvió, impaciente.

—Feliz cumpleaños, Pocahontas.

Ahora sí con una sonrisa, que Lora le devolvió mientras corría.

En su despacho puso frente a ella todo el material. Tenía que comprobarlo, eso podía tener sentido. Sin hacerse ilusiones. Una vez más recordó que lo primero que te enseñan en criminología es que nunca debes trabajar sobre una hipótesis, es la mejor forma de llegar a conclusiones equivocadas. Un investigador debe limitarse a recopilar las pruebas, que éstas sean las que conformen los hechos y no al revés. No iba a perder mucho tiempo, al fin y al cabo sólo era introducir una variable y contrastarla con los atentados. Una variable bien sencilla: Marte.

Cuatro coincidencias. Cuatro de once atentados. No era para tirar cohetes, pero tampoco le pareció desdeñable. Philippa Meyer, primer atentado y primera víctima. Desollada viva. Dirigía una importante empresa de armamento. Entre otras cosas, suministraba las armas que llevan los aviones, los tanques y los soldados de la colonización. Sandor Kunga, cuarta víctima, tercer atentado. Sin ojos, sin lengua, sin manos... Responsable de una empresa de transportes. Viajes espaciales, tanto a Marte como a otros

destinos. Vasili von Mir, sexto atentado, víctima número ocho. Genetista y biólogo. Envenenado. En sus primeros años introdujo especies vegetales y animales en el Planeta Rojo. Atentado número diez. Dieciocho muertos registrados, algunos restos humanos aún sin identificar. Preparaban un cargamento de cereales a Marte. Melissa Preminger, undécimo atentado, víctima número treinta y cinco. Le rebanó el pescuezo. Ministra de los Estados Canamericanos. Luchaba por la inclusión de los pobres en los proyectos de evacuación.

Aaron Morgan, Margaret Félix, Pierre Suni, Maureen y Seymour Ostermeyer, Pedro Hernández, Malik Klint, Suko, Akira Omay, Lucaas Lans Brut, Ruth Bulleen, Red Staunton... La mayoría no mostraban coincidencias. Si tenían alguna relación con Marte habría que buscar más a fondo. En cualquier caso, esto era lo más cercano a algo con sentido desde que empezó la investigación.



RESIDENCIA ARIES EL MEJOR LUGAR PARA LA CUARTA EDAD

PASE SUS DÍAS AZULES
EN EL PLANETA ROJO.

DISFRUTE DE NUESTROS APARTAMENTOS
INDEPENDIENTES TOTALMENTE ROBOTIZADOS.

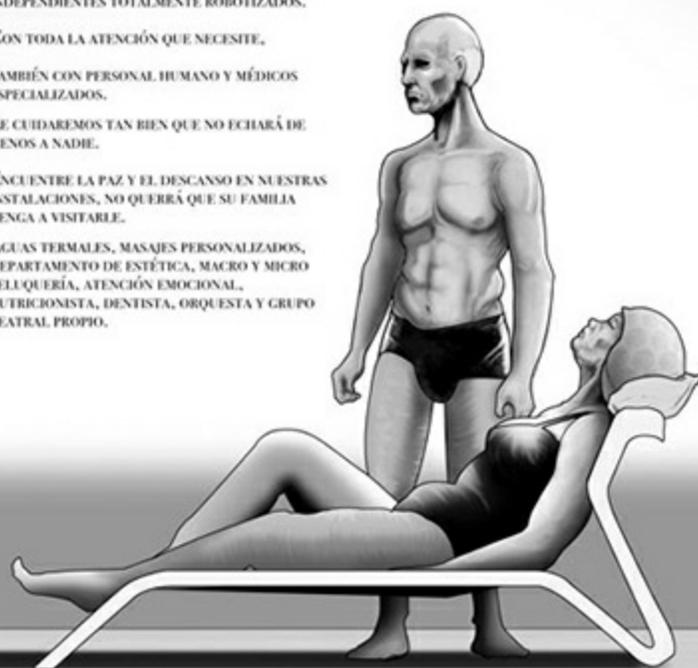
CON TODA LA ATENCIÓN QUE NECESITE.

TAMBIÉN CON PERSONAL HUMANO Y MÉDICOS
ESPECIALIZADOS.

LE CUIDAREMOS TAN BIEN QUE NO ECHARÁ DE
MENOS A NADIE.

ENCUENTRE LA PAZ Y EL DESCANSO EN NUESTRAS
INSTALACIONES, NO QUERRÁ QUE SU FAMILIA
VENGA A VISITARLE.

ÁGUAS TERMALES, MASAJES PERSONALIZADOS,
DEPARTAMENTO DE ESTÉTICA, MACRO Y MICRO
PELLUQUERÍA, ATENCIÓN EMOCIONAL,
NUTRICIONISTA, DENTISTA, ORQUESTA Y GRUPO
TEATRAL PROPIO.



ACÉRQUESE AL FINAL DE LA MEJOR MANERA POSIBLE.

Capítulo 12

Se habían colado en su parcela cinco zombis hijos de puta. Se cargó a dos. Los otros tres huyeron como pudieron entre gritos ridículos de auxilio, ayuda, socorro y blablablá. Dos. De dos tiros. Así no volverán.

Lo malo era que sabía que volverían. Seguirían viniendo porque esos miserables no tenían nada que perder. En cambio, él sí tenía mucho. Todo lo que tenía lo había ganado con esfuerzo. Le había costado mucho. Y no iba a dejar que se lo quitase nadie.

Hacía seis meses que había muerto la vieja. Se lo tenía dicho, que debía dejar los malos hábitos, comer bien, moverse un poco... pero nada, cabezota hasta el final. Los últimos dos años no había quien la levantara del puto sofá, hubiera hecho falta una grúa. Se pasaba el día con sus juegos, conectada a sus viajes virtuales, éstos en los que era un hada, una sílfide rosa con alas que acudía a todas las fiestas de su reino mágico. A ponerse morada, porque comía también en sus mundos de fantasía, la muy tragaldabas. Se ahogó un día durmiendo. Seguramente se dio la vuelta en pleno sueño y se asfixió con su propio peso. Notaría que se estaba ahogando, pero por no moverse, prefirió dejarse ir. Vaya forma de irse. Nadie pudo decir nada malo de los oficios funerarios. Se fue como lo habría hecho una reina. Félix se encargó de que no se escatimase en nada. Sólo faltaba. El ataúd bañado en oro, como a ella le hubiera gustado. Y con todas sus joyas puestas. Hizo acudir al mejor peluquero del país para que la dejara bien bonita. Tenía un pelo larguísimo. El muy cretino nunca había peinado a un muerto y quiso negarse, pero cuando Félix le sacó la pistola se le acabaron los remilgos. Era su madre, y

nunca toleró que nadie se pasara de la raya con ella. Sólo él se permitía gritarle a veces. Pero luego se arrepentía y le pedía perdón llorando. La Aurora era lo más grande, por dentro y por fuera. Doscientos kilos de grandeza.

Ya casi nadie acostumbraba a enterrar a los muertos. No sólo iba contra los hábitos, también contra la ley. Eso hace que no sé qué gases contaminen el aire, y si todos pusiéramos a nuestros difuntos en el suelo, ya no habría sitio para nadie. Sin embargo, los mercheros seguían manteniendo vivas muchas de sus costumbres ancestrales. Las tradiciones son importantes. Dan sentido a la vida y nos distinguen de la chusma. Que se atrevan los militares a decirle algo, que vengan con una orden a decir que tiene que levantar la tumba de su madre de su jardín, que toquen un solo pelo de la Aurora si tienen cojones. Si llegara ese momento se llevaría a unos cuantos por delante. Zombis o policías, lo mismo le daba. Eran sus dominios. Su imperio. Lo que tanto tiempo y esfuerzo le había costado levantar. Y ahora todo se iba a ir a la mierda.

—¿Lo tienes? ... ¿Cómo problemas? No me jodas ahora con problemas. —Vivía colgado de las comunicaciones, se cambiaba cada mes de implante telefónico, era su modo de vida—. ¿Cuánto te has llevado ya? Me da igual, necesito esos billetes.

No quieren delincuentes ahí. Félix tiene antecedentes, y no dejan volar a Marte a nadie con un pasado criminal, da igual si los crímenes han prescrito o no. Pero eso se tiene que arreglar con dinero. El oro. En todas las culturas se aprecia el oro. Desde que el mundo es mundo la gente ha venerado el oro. Lo ha visto en todos los documentales. Da igual chinos que turcos que negros. Seguro que en otros planetas pasa igual. Allá donde haya vida inteligente habrá oro. Y él tiene mucho oro.

—No quieren gente de tu calaña.

—No digas eso, mama.

—No nos quieren. Y ya te puedes comprar un palacio que los ricos te van a oler el culo a pobre igual.

—No, mama, ellos también fueron pobres alguna vez, ¿no?

—No, éstos tienen la sangre podrida de follar primos con primos, desde

siempre. Sí, de vez en cuando se les cuele alguno, bueno, se les cuele, qué digo, lo dejan entrar, pero porque lo eligen ellos, menudos son. Mi niño bonito siempre será un mojón de perro entre esa gente. Y cuanto antes lo sepas, mejor.

—Mama, te voy a llevar a Marte. Nos compraremos una isla, ya verás. Y no pasará de veinticinco grados al sol, podrás estar en pelotas sin pasar ni calor ni frío.

—Lo que tienes que hacer es llamar a Luna y pedirle que vuelva, que nos vas a volver locos a todos. Y déjame, que no puedo hablar con estos chicos tan guapos. —Cerró los ojos y se sumergió en un crucero de placer. Pasteles y brisa marina.

Que llamara a Luna, decía. Antes se hubiera pegado un tiro. De las cuatro mujeres de Félix, la Aurora no tenía ninguna duda de que Luna era la buena. Bah, un bicho malo, como todas; además, no sabía qué hacer con una polla en la boca. Sus mujeres no le habían dado más que quebraderos de cabeza. Habían chupado del bote mientras estaba con ellas y después igual. Sanguijuelas, víboras, comadreas. Encima le habían quitado a sus hijas, a las ocho, a las que no podía ver ni los días de su cumpleaños. Luna nunca soportó que se dedicase a lo que se dedicaba, lo odiaba. A Katy, en cambio, le gustaba el tema demasiado, menudo peligro tenía con la droga la muy zorra, y cómo gastaba. Tenía una obsesión por todo lo de plástico, con lo jodido que era encontrar cualquier cosa derivada del petróleo. Jade... Al principio pensaba que el nombre era bonito, pero no tardó en darse cuenta de que era una abreviatura de hi-jade-puta. Loise era un veneno, quizá la más mala de todas. A Loise tuvo que matarla con sus propias manos.

No se le daba muy bien hacer felices a las mujeres. Se le escapaba qué coño querían de él. Le daba la impresión de que sólo les interesaba que él estuviera jodido. Las echaba de menos, a todas, a su manera. Y no sólo a esas cuatro. A todas. Amantes, putas, yonquis... Él las hubiera querido a su lado, bellas, como panteras silenciosas, como complementos que realzasen su figura, ahora un poco descuidada. Fieles. Que por lo menos hubieran sido fieles. Como su madre. A la que no había podido sacar de esa podredumbre. Claro que, si no aceptaban a personas con antecedentes, seguramente

tampoco hubieran querido a su madre. Habría necesitado tres plazas para ella sola. Aparte de que le daba pánico volar. La primera y única vez que volaron a aquel hotel en los viñedos de la Antártida tuvo que darle morfina como para tumbar a un buey. Imagínate en un vuelo de tres meses. Pero Félix no era de los que se daban fácilmente por vencidos y todos éstos no eran más que problemas técnicos, como él solía decir.

—Mama, allí casi no hay gravedad, ya verás, te voy a poder llevar en brazos y todo.

Problemas técnicos. No había nada que no pudiera arreglarse con el oro. Así había sido hasta ese momento. Y si no se la había podido llevar en vida, se la llevaría muerta. La tumba entera, sí, señor. Cruzando el espacio. ¡Toma cortejo fúnebre!

—Los billetes para los turistas están imposibles, Félix. Está todo cogido en un par de años si no tienes un contrato de trabajo. Desde que han estallado las revueltas de los zombis se han agotado las plazas...

—¿Me estás diciendo que si alguien importante quiere ir a Marte no puede? No jodas. Se han agotado las plazas para los parias, para los pringados, pero no para el Narco Merchero, ¿me oyes? ¡Consígueme unos putos billetes maldito cabrón de mierda o verás lo que hago contigo!

Quería reventarlo todo, cargarse a alguien, hacer estallar las paredes. Malditos meapilas chupaculos burócratas estirados. ¿A qué venían todas esas complicaciones? Había hecho favores a todo el mundo: policías, alcaldes, empresarios... ¿Y ahora que venían mal dadas nadie lo conocía? Este mundo se estaba yendo al carajo y no se iba a quedar viendo cómo todo se desmoronaba. Él también tenía derecho a una plaza en el paraíso.

Decidió contenerse y meterse en la ducha de presión. La puso casi al máximo, para que doliera. Unos minutos bajo los chorros abrasadores y se sintió mucho mejor. Jugó a dar pequeños buchets y a escupirlos bajo la cortina de agua. Salió bastante más calmado. Se miró en todos los espejos: ahí estaba el Narco Merchero repetido una y otra vez, multiplicado hasta el infinito. Su pelo negro y rizado goteaba por todo su cuerpo, creando remolinos en sus piernas, en su espalda, pequeños caracolillos oscuros adornándolo aquí y allá. A pesar de la prominente barriga, estaba aún bastante fuerte. Se puso todos

los anillos uno a uno, los siete. Y por último el cordón de oro al cuello, con la manzana de oro partida por la mitad, gemela a la que le regaló a su madre el último cumpleaños. Dos medias manzanas de oro que encajaban perfectamente. Pero la de la Aurora estaba bajo dos metros de tierra, apretada entre sus dos enormes pechos embalsamados.

Abrió la puerta a Pipo, que parecía asustado. Félix no le dio importancia, porque la verdad era que Pipo siempre parecía asustado.

—Pasa, cojones, no me gusta que te quedes ahí.

Félix echó una ojeada a la calle, revisando, por si había alguien espionando su casa. Nunca se podía estar seguro. Pipo temblaba como una hoja.

—¿Tienes un empujoncito? —Así llamaba a sus dosis.

—Enseguida viene la carga, tranquilo. Si todo está en orden te vas a poner morado. Y siéntate, que me pones de los nervios con tanto bailecito.

—Pero ¿no tienes nada? ¿Ni un poquito? Es que he pasado muy mala noche, y si tardan me voy a volver loco.

—Sabes que no le doy a esa mierda.

—Tú no, pero las putas que te traes a casa...

Félix lo miró con odio y Pipo se encogió como un perro con miedo a demasiados palos. A Pipo lo llamaban el Fusterrier. Él probaba la droga, era el filtro para saber si las partidas eran de calidad, y tenía muy buen olfato, el mejor. Su cuerpo lo aguantaba todo. Eran primos segundos. Pipo era cuatro años mayor aunque parecía un viejo. Un viejo enjuto vestido como un adolescente. Félix no entendía por qué se vestía tan mal. Estaba harto de regalarle trajes, pero daba igual, incluso las mejores prendas le quedaban como el culo. «No puedes ir así vestido, Pipo, hay que dar buena imagen al negocio.» Lo cierto es que cuando eres un adicto del nivel que él lo era, la imagen importa bien poco.

—Voy a ver qué te puedo encontrar.

Félix subió al cuarto del amor, como lo llamaban sus secuaces. El Fusterrier sabía bien que Félix tenía ahí una cajita, un kit con todo lo necesario para lo que las chicas que llevaba a casa pudieran querer. Serotonina, cocaína, adrenalina, biorfinas y demás inas. Y por supuesto hermesina, la droga del momento, la que te hacía volar de felicidad.

—Toma, tarado. No pienso darte más. Si no, no me vas a servir cuando la traigan.

—Lo justito, de verdad. Sólo para ahuyentar al enemigo.

Pipo se colocó la tableta bajo la lengua y ésta se deshizo instantáneamente. A Félix le daba asco. Hacía años que le irritaba verlo. Demasiado tiempo viviendo de ello. Y ver a Pipo así... Su primo nunca fue demasiado listo, ni siquiera cuando no se metía nada. Siempre hacía lo que Félix le pedía. Vete a ése y dale una colleja, corre donde esa señora y quítale el bolso, pégale un tiro a esa rata, métete este chute a ver si está bueno. Cuando detuvieron a los padres de Pipo le pidieron a la Aurora que cuidara de él. Cuando ambos murieron al otro lado de la valla, estaba cantado que la responsabilidad era de Félix. Y sí que se ocupó, lo entrenó como a un perrillo, explotó lo que parecía su único talento, el de meterse todo lo que pillara. Nada le sentaba mal, lo toleraba todo, y encima tenía una capacidad para detectar la pureza de las mezclas, un maravilloso paladar innato. Y lo seguía teniendo, a pesar de su deplorable aspecto. A Félix le costaba mirarlo; el pobre Pipo era su retrato de Dorian Gray.

Le subió la droga y toda su cara y su cuerpo se relajaron. Un chorrito de baba se le escurrió hasta tocar la alfombra blanca. Félix chasqueó los dedos frente a su cara.

—Pipo, no te duermas.

Pipo lo miró y Félix pudo ver en sus ojos turbios que seguía asustado. El miedo era ya inherente en este muchacho. Bueno, muchacho de cuarenta y cinco, y con aspecto de viejo. Pero para Félix siempre sería ese muchacho bobo de la pandilla. Ese simpático perro faldero, ansioso de caricias y de huesos. Por mucho que se metiera o por muchos dientes que perdiera.

—¡Pipo!

—Que no, que no me duermo.

Llamaron a la puerta. A Félix no le gustaba usar su casa, sabía que no era lo más recomendable, pero quería ejercer de buen anfitrión e impresionar a esos clientes. Necesitaba hacer un par de buenas operaciones antes de largarse. Abrió y ahí estaban los dos chilenos y su guardaespaldas. Menudos estirados. Se podía oler a leguas que se habían criado en una zona rica.

Incluso el matón que llevaban parecía un finolis. Los invitó a algo de beber y los llevó al salón. Les presentó a Pipo, que seguía en trance, y tras muy poca cháchara sacaron la merca. Diez kilos. Sí, señor. Ahora era cuando su Fusterrier debía demostrar lo que valía.

Algo crujió en la parte de atrás. Quizá eran esas mierdas de ratas o las comadreja que cada vez se acercaban más a la basura por falta de comida. Habría jurado que el chico de la limpieza se había llevado toda la porquería con él a mediodía para no atraer a las alimañas. Cuando reventaron la puerta ya era demasiado tarde. Vio sacar el arma al guardaespaldas y a los chilenos tirarse al suelo. Ya poco le importaba.

Las ventanas volaron y empezó a entrar el humo. Del amarillo y del azul. Estaban jodidos, eso lo llenaba todo en un segundo. Félix sabía cómo reaccionar de prisa, se tapó la cara con un cojín y se lanzó hacia el cajón de su pistola cuando un disparo cruzó la estancia atravesando una de las paredes. Se echó sobre Pipo y lo tiró al suelo cubriéndolo como si su gran cuerpo peludo fuera un escudo antibalas.

—Primo, tenemos que salir de aquí cagando hostias.

Se volvió y vio cómo el disparo había dejado tuerta a la Aurora en el cuadro que le hizo pintar a aquel artista mexicano. Hubiera jurado que lo estaba mirando con expresión de reproche, aun con un ojo menos, con un claro te lo dije. Agarró a Pipo, blanco como un azucarillo, y lo arrastró hacia la escalera. Varias sombras se colaban enmascaradas desde el piso de arriba, dio media vuelta, tenía suerte de que su Fusterrier pesaba poco más de cincuenta kilos, y eso lo movía él con las mancuernas de gravedad sin despeinarse. Los botes de humo seguían entrando, casi no veía y le empezó a picar todo. Pero la casa la había diseñado él con el dinero de su droga, palmo a palmo, gramo a gramo. Llegaron más disparos, y gritos. Pipo empezó a llorar. «No quiero morir, Félix, no quiero morir», o algo por el estilo se imaginó, porque eran balbuceos entrecortados. Llegó a la puerta que había junto al baño, bajó al sótano y echó el cierre al portón blindado. Tiempo, ganaría tiempo. No podrían entrar fácilmente. ¿Qué podía hacer? El mundo se desmoronaba, ya lo sabía, por eso había hecho planes, por eso quería los billetes, pero de pronto todo se había acelerado. Y su casa se había llenado de

antidrogas, porque tenían que ser antidrogas, ¿no? El humo se empezó a colar por debajo de la puerta. Si no pensaba rápido se quedaría dormido. Su botón estaba arriba, con todos sus movimientos, con todas las cifras. Normalmente lo tenía todo en una cápsula de memoria bajo la piel, pero dos días atrás vació el implante interno para evitar que se lo leyeran en unas pruebas médicas, por seguridad. Seguramente ya estaría en manos de los policías. Arriba estaban también sus preciados tesoros, las joyas y el oro. Y las cosas de su madre. ¿Iba a dejar que revolvieran las bragas de su madre?

—¿Sabes usar un arma, Pipo?

Félix tenía una salida secreta. Un túnel que llevaba al otro lado del muro, a la zona zombi. Pero estaba en el otro lado de la casa. Félix levantó una tabla y sacó dos armas cortas de repetición.

—No puedo, Félix.

—Sólo tienes que sujetarla.

—No puedo ni sujetarme el pito.

—Yo te cubro, no voy a dejar que te pase nada.

—¿No tendrás un poco más?

—No, Pipo, no tengo. Y te necesito despierto.

En cuanto el Fusterrier se vio sujetando el arma se orinó encima.

—Vamos a salir a la de tres... Yo iré delante, tú dispara hacia los lados, o no dispares, pero no me pegues un tiro en el culo, ¿vale?

—No puedo hacerlo, Félix... Me voy a quedar aquí.

—No lo entiendes, primo, si te quedas te cogerán...

—Me da igual, sal tú, yo me quedo...

De pronto la duda le cayó encima como un cubo de agua sucia, llenando cada hueco de un suelo viejo de madera. ¿Quién sabía del puto trato? Sólo los chilenos y él mismo. No se lo había dicho a sus tres chicos de confianza. Ni siquiera a su abogado. Ése iba a ser su pequeño secreto. Dinero para Marte del que no iba a dar cuenta a ninguno de esos buitres. Aparte de a Pipo, claro. Pipo nunca se enteraba de nada. Las mercancías y los billetes pasaban bajo sus narices, pero él sólo tenía olfato para su hermesina.

—¿Qué te han ofrecido, primo?

—¿De qué estás hablando?

—Joder, Pipo, ¿te trato mal? ¿No tienes pasta? ¿No tienes droga suficiente? ¿Qué te han dicho esos hijos de puta? Para ellos eres peor que una mierda, eres un desecho...

Dos lágrimas asomaron a sus ojos amarillentos.

—Yo... yo sólo quiero que me dejen en paz.

Sólo quería eso. El pobre diablo llevaba buscando tranquilidad desde que tenía algo de memoria, que siempre fue bien poca. La policía antidroga lo había estado acosando desde que murió la Aurora. Agobiándolo a todas horas. Y ya no podía más.

A Félix le hubiera gustado darle un poco de lo que le quedaba en el bolsillo. Antes no le quiso dar más que una dosis pequeña, tenía que probar la carga. Eso le hubiera dado un momento de felicidad efímera, le habría quitado un poco de ese miedo. Cerró los ojos antes de pegarle un tiro. No quería quedarse con esa imagen toda su vida. La sangre lo salpicó.

Félix se echó el pelo para atrás, abrió y salió a tiro limpio. Su casa era un banco de niebla verde. Ni siquiera intentaba hacer blanco, sólo disparaba. Cincuenta proyectiles por segundo, lo mejor que le pudo dar aquel gilipollas japonés que acabó comiéndose las balas de sus propias armas. El humo verde lo mareaba, pero por sus santos cojones que no iba a dejar de disparar. Una sombra frente a él. Apretó el gatillo y la sombra cayó al suelo, luego otra, y otra. Siguió corriendo y disparando. La boca le supo a metal. Tropezó pero no cayó, saltó. Le pareció que eran los dos chilenos muertos en el suelo, abrazados el uno al otro. Algo lo mordió en la pierna. ¿Habían traído perros? En la escalera vio arrastrándose piso arriba al guardaespaldas. Un disparo le borró la cabeza justo mientras levantaba un brazo en un esfuerzo inútil de pedir auxilio. Félix siguió corriendo. Cuando llegó al túnel estaba a punto de desmayarse. La puerta se cerraba automáticamente. Sabía que no podía pararse, que debía continuar aunque no pudiese más. Ochocientos metros, que no eran tantos. Se le dobló la pierna. ¿Qué tenía ahí?, joder. Vamos, setecientos metros, un pie después del otro. No veía nada, el sudor se le colaba en los ojos, le picaba todo el cuerpo, le latían las sienas. Y el humo le había dejado rígidos los pulmones. Quinientos metros. La pierna otra vez. Estaba mareado. Cuatrocientos metros... Cayó a plomo.

Félix era un búfalo, un animal de los que apenas quedaban tres o cuatro ejemplares. Un animal de otra época que había sido herido por los conquistadores del Nuevo Mundo. No podía levantarse y muy pronto le sacarían la piel a tiras para hacerse abrigos y gorros y guantes. Guantes del Narco Merchero. Colgarán su cabeza en un despacho, como un trofeo para presumir de lo que una vez atraparon. Te lo dije, le repetía su madre una y otra vez. ¿Qué haces aquí, mamá? ¿Has venido a ver cómo acaban conmigo? ¿Estás disfrutando? Sus exmujeres también acudieron a reírse de él. Katy, Loise, dando vueltas alrededor de la presa como hienas. No te vas a levantar, vago de mierda. Y Luna... No, Luna, no. No te rías tú también, tú no eres como ellas. De Loise no le extrañaba, siempre fue así. Le decía que la tenía pequeña. Algo que no era verdad, quizá no era enorme, o no tan grande como él, no la que correspondía a un búfalo. Tan sólo era normal, como la media. Nunca había querido injertarse. Ahí no se toca. Reíd, zorras, reíd. Pero Luna, tú no, tú no te rías de mí. Todos los fantasmas empezaron a acudir. Narcos, policías, incluso los dos chilenos abrazados... Y Pipo. Triste. Mirándolo acusador. Debiste cuidarme, tenías que cuidarme.

La puerta del túnel se abrió. Lo habían encontrado, los muy hijos de perra.

Los mercheros tienen un origen incierto. Son un grupo originario de España que la gente relaciona con los gitanos, pero no son gitanos. Son nómadas y conservan costumbres arcaicas, machistas, rancias, pero ellos son menos festivos, más voluntariosos. Ellos tienen clase, coño.

Se levantó. Oyó pasos y disparos que resonaron por el túnel; qué más daba ya. No podía andar, y sin embargo corrió.

Cuatrocientos metros, trescientos cincuenta...

Sintió su cuerpo calentarse, el búfalo galopaba y resoplaba. Harían falta muchas flechas para tumbarlo. Disparó hacia atrás mientras corría. Acercaos si os atrevéis. Moriré matando.

Doscientos metros, cien, cincuenta...

Otro mordisco, en el hombro. Era una bala, esta vez lo supo. Le hizo rodar por el suelo. Perdió las armas, las dos. Pero no se paró.

Veinte metros.

Sonó un disparo. Bien, la bala que oyes nunca te mata, la que suena no te da. Es una ley física. Si la oyes silbar, no va en tu trayectoria.

Diez metros. Cinco...

Allí estaba la trampilla, sobre él. Se aferró a ella, empujó. La luz le pegó una hostia tan fuerte como la de las balas. Cerró los ojos. A tomar por culo. Estaba fuera.

Dejó caer la escotilla. Y se sentó encima. Que lo levanten si pueden. Estaba lleno de sangre y las moscas se lanzaron a por él. El búfalo era un toro bravo tras una de aquellas corridas de las que hablaban sus abuelos. Que vinieran ahora los fantasmas; él iba a dormir.

Capítulo 13

No salía de la habitación del hotel. Le llevaban las comidas que la mayoría de las veces apenas tocaba, y tampoco iba a cenar a casa de Candi y Jose. La lluvia incesante sonaba muy lejana en la 305. El hotel estaba bien aislado. Si aguzabas el oído podías percibir una nota sostenida indefinidamente. Como un zumbido. Como el de la nave en la que había estado encerrado cuatro meses. Sin embargo ya no lo oía. Tenía otras cosas en qué pensar.

Había hecho que Edgard Edgard le mandara papel a través del personal del hotel. Al principio se mostró reticente, le pareció un gasto superfluo ya que acostumbraban a cuidar mucho los recursos en la colonia. La celulosa sintética no era complicada de obtener en la Tierra, pero en Marte la industria estaba en pañales. León sabía que Edgard Edgard tenía una buena cantidad de papel de importación, puesto que se deleitaba dejando esas cursis notas manuscritas, así que insistió. Lo justificó aduciendo que su método de trabajo era excéntrico y en cierto punto artístico, y que necesitaba el papel para ponerlo en perspectiva. Lo cual era cierto. No le gustaban las proyecciones, quería que el texto permaneciera ahí todo el tiempo. Eran los folios o, si lo preferían, una pantalla del tamaño de cada pared de la habitación. Consiguió dos mil quinientas hojas de 30 por 20 y de 0,20 gramos.

Lo malo fue, como suele ocurrir, que cuando exiges a tus jefes, éstos recuerdan que existes y te empiezan a exigir ellos a ti. Despertó al saltamontes dormido, y desde entonces, Edgard Edgard llamaba cada día pidiendo resultados. No pensaba cogerle la llamada. No de momento. ¿Qué le iba a decir? Primero tenía que asimilarlo él. Hasta la fecha había

profundizado en textos antiguos que como mínimo habían sido traducidos cien veces por expertos a lo largo de la historia, y miles por los estudiantes. Lo que tenía entre manos no lo había leído nadie nunca en millones de años. Un sueño que superaba las pretensiones de cualquier etimólogo. La piedra Rosetta, el disco de Festos... eran pequeñeces al lado de esto.

Cuando se ponía a trabajar aquellas frases le abordaba una sensación desagradable que nada tenía que ver con la excitación de la posible gloria que podía alcanzar con ese trabajo. Sí, claro, lo había pensado. Edgard Edgard se lo dejó caer. Si esto se hacía público, podría vivir de los derechos de autor el resto de su vida. Su traducción la tendría cada estudiante de arqueología, y los de lenguas, los de historia. Pero no tenía un gran mérito, no se podía comparar con el trabajo de un Jean-François Champollion. Lo suyo era un fraude. No podía quitarse de la cabeza que la traducción le estaba resultando demasiado sencilla, demasiado para un texto escrito en otro planeta millones de años atrás por una civilización desconocida. La lógica le decía que su lenguaje ni siquiera debería parecernos lenguaje. Él no era bueno en cálculo, pero consideraba que las posibilidades matemáticas que se pueden dar en la génesis de un idioma eran infinitas. Y sin embargo era tan familiar...

Ahora que tenía algunas partes, le daba la impresión de que no se trataba de una enciclopedia gráfica. O quizá sí, pero toda la información, todo ese conocimiento, parecía integrado en una estructura mayor. Era más bien un relato, un diario, una crónica.

Golpearon en la puerta. En todos esos días, como no paraban de llamarle, tanto a su botón como al domo de la habitación, había decidido ponerse tapones en los oídos. Tampoco dejaba entrar a los robots de limpieza para que no descolocaran nada. Él se hacía la cama y lavaba sus mudas. Pom, pom, pom. Más golpes en la puerta. Tanta tecnología y él todavía no había encontrado unos tapones que eliminaran el ruido al cien por cien. Cuando Sonia estaba embarazada de Víctor le dio por roncar como a una morsa con vegetaciones y no había forma de librarse del ruido. Daba igual lo que hiciese. No era sólo el sonido, también la vibración, la cama temblaba. Más golpes.

—¡No estoy! —La rabia no le impidió darse cuenta de lo ridículo de esa

expresión—. ¡Cómo quiere que trabaje si no me deja en paz!

—Profesor, abre, soy yo, Candi.

León gruñó. Malditos tapones. Lo había oído y ya no podía fingir que no. No quería pagarlo con Candi. Se quitó los tapones.

—¿Qué quieres, Candi? Ahora no puedo.

—Déjame pasar, anda.

León echó un vistazo a la habitación. Sintió una punzada de vergüenza. Justo ese día no había hecho la cama, aunque tampoco estaba seguro de qué día era. ¿Hacía cuánto que no dormía? No soportaba el desorden y se estaba dejando ir. De pequeño aprendió que, pase lo que pase, estés como estés, haz tu cama por las mañanas.

—No puedo. Vuelve mañana.

—No me fastidies, profesor. Mañana me vas a decir lo mismo.

Era verdad. Decidió salir él al pasillo, en ropa interior y con las pantuflas del hotel. Cerró la puerta tras de sí. A Candi le dio tiempo a ver que había forrado la habitación con hojas manuscritas, igual que esos psicópatas que se obsesionan con la Biblia o el demonio. León llevaba días sin afeitarse y el pelo no parecía muy limpio.

—¿Qué quieres?

—Necesitas salir.

—¿Con esta lluvia?

—Vente a casa a comer. Ayer cacé un conejo en el valle. Ya sabes que nos dan permiso; esos viciosos no dejan de procrear. Jose va a hacer un guiso con patatas. Seguro que no recuerdas cómo sabe la carne de verdad.

—A final de semana voy, te lo prometo. Seguro que entonces ya estaré acabando con esto.

—A final de semana vas a estar horrible. Así no vas a durar mucho.

—Gracias por preocuparte, Candi. Tú no lo entiendes...

—Sí. El muro puede volverte loco. Ya lo he visto antes, León. No serías el primero.

No se estaba volviendo loco. Había pasado por procesos parecidos. Estuvo

dos años dedicado a esas tablillas elamitas. Se sumergió tanto que se olvidó de comer dos días seguidos. Aunque esta vez era diferente, lo sabía.

Candi dio media vuelta y se fue. León lo vio alejarse hacia el ascensor, pero antes de que terminara de recorrer el pasillo ya estaba pensando en el texto otra vez. Se metió en la habitación.

¿Dónde se había quedado? No trabajaba en orden, le gustaba picotear, mordía la traducción aquí y allá, llenaba el texto de agujeros, como un queso gruyer, saltaba al principio, al medio, al principio de nuevo, hasta terminarlo. Antes de la interrupción estaba inmerso en uno de los fragmentos complicados, quizá el que más lo había desconcertado. En lugar de continuar por ahí, decidió repasar lo que él consideraba los puntos fuertes. «Hoy partiremos.»

Así acababa el muro. Había colocado esa frase en un solo folio, sobre la puerta, como un gran *The End*.

Y así empezaba:

«Hemos elegido nuestro hogar, nuestro camino. Una vez más. Cien vidas nos separan del viaje. No es demasiado tiempo, debemos comenzar a prepararnos.»

Se sentía orgulloso de esa traducción, sonaba bien. Decidió que la palabra «viaje» era la más aproximada, una versión literal sería «ser» (*hur*) más «movimiento» (*finnn*). Como en la mayoría de las palabras que conjugaban una raíz más un concepto, cabían varias interpretaciones. Era importante puesto que *hurfinnn* era una palabra clave, se repetía miles de veces sólo en el primer cuarto del muro. En cuanto a lo de «cien vidas», no sabía cuánto tiempo sería eso. Cien generaciones, cien años, ¿cien vidas de cuánto tiempo? No sabía cuánto vivían esos... seres.

Dejó huecos sobre la pared, pero según iba colocando más folios, le quedó claro que esa crónica narraba los preparativos de una civilización para un éxodo.

Había partes con estilos muy distintos, la mayoría parecía poseer una carga de pomposa solemnidad, pero también había algo así como artículos de opinión, cálculos matemáticos, largas listas de extraños elementos... Fragmentos sueltos aparecían claros, mientras otros seguían siendo

indescifrables.

Parecía evidente en cualquier caso que el planeta había sido habitado por una civilización muy parecida a la nuestra. Con gramática y conceptos muy similares. Una gran civilización que se tuvo que ir. «Los cauces se secan, el alimento desaparece.»

Algunas expresiones preocupaban a León por sonarle demasiado, como si en millones de años las cosas hubieran cambiado demasiado poco. La palabra «sequía», una suma de los conceptos «agua» y «nada», aparecía más de dos mil veces; «tierra que se mueve» o «tierra que tiembla», quinientas; «extinción», ochocientas.

Uno de los relatos lo tenía pulido casi de forma completa, con apenas sólo dos términos de los que no podía precisar la traducción exacta:

«Nuestros padres nos enseñaron Tiamate, hace ya más de un *lit* de giros. Estaba poblada por grandes bestias. Seres gigantes que podrían devorarnos. El mal de las bestias reinaba en Tiamate y nuestros ancestros hicieron el trabajo más difícil, el de obrar como dioses. Sabían hacia dónde debíamos ir. Muchos fueron criticados entonces, muchos llamados *skull*. Pero nosotros sabemos que ellos eran los auténticos emisarios de la paz. Gracias a ellos tenemos hoy la salvación. Nosotros amamos también la paz, pero la paz del Ur. La paz del Ur está por encima de las bestias. Nosotros somos el espejo de Dios.

»La paz del Ur a veces obliga a la guerra. Dios nos dio las herramientas y las usamos. Algunos deben morir para que otros puedan vivir. Supieron calcular cuánto necesitábamos. Tiamate es hoy un lugar seguro.»

León entendía que aquellos seres eran el Ur o los Ur. Algo así como para nosotros el concepto ser humano. Había traducido «*Hal*» por «Dios», aunque podía referirse al «padre» o al «creador». Le resultó algo sorprendente que una sociedad sin duda desarrollada tuviera una idea de un dios tan calcada a la nuestra. Tan similar al concepto hebreo, el católico o el musulmán. A Sonia, tan segura en su ateísmo, le habría indignado. Le diría a León con el ceño fruncido que eso demostraba que la estupidez era algo universal, algo de todo el universo, que la ignorancia trascendía a nuestra civilización y a nuestras fronteras y que nunca nos libraríamos de ella por mucho que nos

creyéramos nuestro espejismo de evolución. Eso habría pensado Sonia. Pero otra persona con fe habría podido decir que quizá aquello demostraba que la idea de dios estaba ahí mucho antes que nuestra existencia. Que si otras civilizaciones creían en él por algo sería.

El texto aparecía con un nombre al pie, firmado, y daba la sensación de ser un bando o un sermón. Lo más inquietante desde luego era lo de «Dios nos dio las herramientas y las usamos. Algunos deben morir para que otros puedan vivir». ¡Vaya con los Ur!

Había textos más complejos y científicos sobre cómo iban a preparar su marcha. Se podía deducir que «Landa» era donde vivían. Y «Tiamate» el lugar al que pensaban ir. Sería posible pensar que se trataba de territorios o países, pero si nos fijáramos en los dibujos...Y en las flechas...

El botón le advirtió de falta de potasio y de azúcares. Debía tomar algo o podría tener una lesión cerebral. Las piernas se le acalambraron. Los tendones de la planta del pie se le agarrotaban últimamente... En la habitación había unas chocolatinas. Bocadoitos o también Ensueños Espaciales. Eligió los segundos por el aspecto del envoltorio, con esa ilustración de un cohete tal como la dibujaría un niño.

Se tumbó y cerró los ojos. Esperaría unos minutos y luego seguiría trabajando. No quería dejarlo, pero tampoco tenía prisa. La sábana de la cama fue como el néctar pegajoso de una planta atrapamoscas.

Cuando abrieron la puerta llevaba más de diez horas durmiendo. Sintió cómo lo levantaban por las axilas y lo sacaban por la puerta de la habitación sin darle tiempo a reaccionar más que con unos murmullos de protesta.

Lo metieron en un vehículo. Notó un leve pinchazo que terminó por despertarle.

—Está todo bien. Sólo es una hormona.

—Ten cuidado no se vaya a cagar encima, que luego nos toca a nosotros limpiarlo.

Olía a hierba mojada. Era de agradecer en ese planeta que no olía a nada. La lluvia había dejado paso a un sol radiante que se mostraba triunfante entre gordas nubes blancas. Los dos agentes, o lo que fueran, lo llevaban a empellones por una gran pradera verde-azulada. Seguía en pantuflas y

calzoncillos y los agentes, o lo que fueran, le habían ofrecido una bata para que su aspecto fuera aún más innoble.

—Si me matáis, espero que me vistáis un poco antes de avisar a mi familia...

Los agentes, o lo que fueran, se miraron un segundo. A León le dio toda la impresión de no caerles muy bien.

Distinguió a lo lejos a Edgard Edgard, que estaba junto a su secretario. Iba vestido como un actor de Hollywood de 1920. Con chaleco, pantalones bombachos y gorra. Todo de color beige y crudo. La imagen lo relajó; al menos no era el más ridículo de los presentes. El secretario le entregó una madera a Edgard Edgard, que se colocó en posición. Con un simple botón, el palo se ajustó al número adecuado para el golpe. Zas. La pelota salió despedida hasta desaparecer confundándose con el blanco de las nubes. Su *swing* no era malo, aunque tampoco se podía decir que fuera bonito. Como todo en él.

—Señor Miranda, qué gusto verlo de nuevo. —Las gafas de oxígeno, perfectamente acopladas a su nariz, subían y bajaban al hablar.

—¿A qué viene todo esto? Me ha secuestrado de mi habitación.

—Querrá decir que lo he liberado de su encierro. ¿No le han dejado vestirse? —Chascó la lengua varias veces, contrariado—. ¿Juega usted al golf?

—Me importa una mierda el golf. Dígales a sus matones que me suelten.

Una mirada de Edgard Edgard bastó para que los agentes, o lo que fueran, se alejasen de él.

—Yo adoro el golf. Una de las cosas que me enamoró de Marte era poder practicarlo al aire libre. Aunque fuera con aire embotellado. Eso sí, debemos hacer las pelotas de plomo, o con esta gravedad necesitaríamos campos gigantescos.

León vio a lo lejos cómo un objeto blanco y pequeño se movía a toda velocidad directamente hacia ellos. Era la pelota, que regresaba rodando hasta los pies de su amo. Edgard Edgard volvió a ajustar el palo y repitió su *drive*. El golpe fue seco y limpio y la pelota desapareció de nuevo en el horizonte. Un mechón de su pelo blanco se separó del resto a pesar de la gorra. Algo

que no le pasó inadvertido, pues se peinó con las manos hasta asegurarse de que todo quedaba de nuevo en su sitio.

—¡Doscientos cincuenta y dos metros, señor!

—Excelente. Que se quede donde está. ¿Nos acompaña?

—¿Tengo alternativa?

Edgard Edgard se rio en un registro agudo y fino bastante comadreja.

—Claro, siempre hay alternativa.

Edgard Edgard se subió a su coche de golf, un pequeño vehículo blanco. Le indicó a León que se sentara a su lado con unas suaves palmaditas en el asiento. León accedió. Estirándose la bata, incómodo, para evitar que se le viera más de la cuenta. El secretario hizo ademán de ir a sentarse, pero Edgard Edgard lo frenó levantando la mano.

—Espéranos en el hoyo cuatro.

—Por supuesto —dijo el secretario, cortés pero sin poder disimular su descontento.

El vehículo arrancó. Edgard Edgard se veía encantado en su minicarro solar, como un príncipe de cuento en una calesa contemplando sus dominios.

—Bueno bueno, cuénteme. Me tiene usted en ascuas.

Edgard Edgard le dio una palmadita en la pierna.

—Pues... —León sólo pensaba: «por favor, que no me toque otra vez»— he avanzado bastante.

—Eso me han informado.

—¿Le han informado? ¿Tiene usted espías?

Una punzada de dolor se instaló en su ánimo como una pelusa. ¿Era Candi un perrito faldero de Edgard Edgard? ¿Podía haberse acercado a él simplemente por indicación del empresario?

—Con lo pequeño que es esto, todos son espías casi sin quererlo. Cuénteme cómo va esa traducción.

—Va.

—Veo que está muy parlanchín. Espero que al menos esté encontrándole algo de sentido.

—Lo tiene.

Edgard Edgard respiró ruidosamente y se volvió, retiró la cabeza para no

mostrar cómo torcía el gesto en señal de desagrado. Se estaba poniendo nervioso, que era lo que León andaba buscando. Cuando León estaba enfadado disfrutaba viendo cómo se irritaban los demás.

—¿Se encuentra cómodo aquí? ¿Están llegando los pagos de forma regular?

—Sí. —León no tenía ni la más remota idea. Suponía que si el dinero no hubiese llegado a su cuenta, Sonia se lo habría hecho saber—. Todo está perfecto.

—Entonces, no entiendo cuál es el problema.

El problema era que estaba molesto porque lo habían sacado de la cama, porque era un cascarrabias y porque Edgard Edgard le caía mal.

—Ninguno.

—Pues hábleme de lo que ha descubierto.

—No sé qué es lo que he descubierto.

El vehículo se detuvo en lo alto de un promontorio. El mar verde se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Una moqueta ondulada, de un césped como León no había visto jamás. En la Tierra todo está lleno de jardines. Llevan noventa años reforestando, pero el césped es un lujo que no se pueden permitir. Aporta poco a la atmósfera y consume mucha agua. Con los niveles tan bajos de oxígeno le extrañaba que estuviera tan verde. Se preguntó si se trataría de alguna especie particular, alguna modalidad creada en laboratorio preparada para el clima marciano. Estuvo tentado de preguntárselo a Edgard Edgard, que sin duda se habría deleitado contándole todos los detalles, pero no lo hizo. Se quedó mirando al secretario que se acercaba a todo correr, con la bolsa con los tres palos de golf y la lengua fuera. Edgard Edgard esperó a que llegara y le diera una madera. Ésta se ajustó al número cinco. Golpeó la bola de nuevo. Se quedó unos segundos callado, como rumiando un trocito de comida que llevara ahí molestándolo desde el desayuno, y dijo:

—Ya me he cansado. Vayamos a comer.

El Blue Wellington era sin duda el mejor restaurante de todo Marte. No era mucho decir porque a lo sumo había siete operativos, sin contar la cantina

militar ni la macrocafetería del aeropuerto. Tenía sólo unas diez mesas y era al que acudían los turistas y los colonos ricos. Estaba decorado con lo que alguien debió de considerar como estilo clásico. Las camareras y camareros iban en patines y había una *jukebox* con música de 1950, mezclado con cortinajes y lámparas de araña. Edgard Edgard había abandonado su ridículo traje beige y llevaba un no menos estúpido traje cruzado de aire marinero y pañuelo al cuello. León se había cambiado, se puso unas prendas de la ropa medio decente que tenía pero no se afeitó, y si se peinó, no se le notaba en absoluto. Les sirvieron la especialidad, que no era otra que un solomillo Wellington de auténtica carne de res, prohibida en la Tierra desde hacía más de cincuenta años, donde toda la carne era fabricada a partir de células madre. Sin embargo, la ganadería, especialmente la vacuna, estaba en auge y era beneficiosa en el Nuevo Mundo por lo mismo por lo que era perjudicial en el viejo: los gases de efecto invernadero. Se podría decir que los pedos eran algo valorado por esos lares.

—¿No es delicioso? —dijo Edgard Edgard llevándose un trozo prácticamente crudo a la boca. El único que se comería en toda la reunión.

—Si soy sincero, sabe un poco a muerto. La falta de costumbre, supongo.

—Me pregunto por qué se marcharían los marcianos. Creo que éste es un sitio excelente para vivir. —Se pasó la lengua por los dientes, inspeccionando en busca de restos—. Y ahora, señor Miranda, quiero respuestas. ¿Quiénes eran? ¿Por qué ya no están? ¿Piensan volver? Estoy ansioso de conocimiento.

—¿Por qué no me dice la verdad?

Edgard Edgard lo miró asombrado, se secó los finos labios con pequeños toques de servilleta antes de beber de su copa de vino blanco en la que había un pequeño pez dorado nadando.

—¿La verdad? No sé muy bien a qué se refiere. Pero tómese conmigo este vino del Rin y le aseguro que le diré todo lo que quiera.

—El lenguaje que utilizan es muy parecido a las antiguas lenguas terrestres. Me ha costado tan sólo un mes dar con una clave para empezar a interpretar los textos...

—¡Alabado sea Dios! ¡Por fin cuenta algo de su trabajo!

—Todo esto ya lo sabe, ¿no es cierto? No soy el primero. Es imposible

que yo sea el primero al que han llamado para traducir eso.

—Ya le he dicho que pasaron por aquí muchísimos científicos... Pero no traductores propiamente dichos...

—Vamos, usted ya tiene una traducción, sólo está buscando una segunda opinión.

Edgard Edgard dejó un momento los ojos abiertos como si se le hubieran secado, pero enseguida parpadeó buscando algo a lo que asirse con la mirada.

—Camarero, por favor, más vino, y cámbieme el pez de la copa.

El saltamontes se tomó su tiempo para pensar. León se sentía satisfecho, le estaba cogiendo el truco a sacarlo de sus casillas. Se comió un trozo de carne. Esta vez le supo diferente... joder, estaba realmente bueno.

—Creo que no duerme usted bien y se está volviendo paranoico.

—¿Qué pasó con esa traducción? ¿Qué tiene que no le gusta? Venga, dígamelo. Lo voy a descubrir tarde o temprano.

—Tal vez nos hemos equivocado con usted.

—Eso seguro, soy bastante decepcionante cuando se me conoce. Sí que está buena la carne, felicite a la familia de la vaca de mi parte. Dígame, hay una verdad incómoda, ¿no es cierto? Están buscando una teoría que les guste más a la que agarrarse.

—Esta conversación se ha acabado, no vamos a llegar a ninguna parte.

—No, vamos a hablar —dijo León mirando el plato mientras cortaba la carne—. Toda esta farsa me parece lamentable. Me ha levantado de la cama y me ha paseado como a un pelele para intimidarme. —Pinchó un trozo y levantó el tenedor apuntando a Edgard Edgard. Clavó los ojos directamente en su cara cerúlea—. Y ahora se pavonea con su filete, su vino y su pez. Si quiere que acabe mi trabajo, déjeme en paz y no me vuelva a molestar.

León se llenó la boca y volvió a centrarse en su plato. El corazón estaba a punto de salirse del pecho. Si hubiera llevado el botón, éste habría hecho saltar todas las alarmas. Se sentía victorioso. ¿Qué le había pasado? No acostumbraba a tener arrebatos de violencia. Edgard Edgard se limitó a retraer los labios, apretar los dientes y a entrecerrar los párpados hasta dejar unos ojos finos como dos cuchilladas en una patata.

—Relaje su tono conmigo. Aunque ahora estoy molesto, le aseguro que

no querría verme realmente enfadado. Llevo dos semanas intentando comunicar con usted por las buenas... Le pago mucho dinero para que me responda de forma tan grosera. Está usted muy lejos de su casa. En Marte no hay tribunales, ni siquiera hay una policía real todavía. ¿Recuerda el lejano Oeste americano? Bueno, pues yo soy lo más parecido a un *sheriff* que hay por aquí.

—¿Me está amenazando? —León disimuló un eructo con el puño.

Edgard Edgard se puso de pie.

—No necesito amenazar a nadie, señor Miranda, soy una persona respetable. Para evitar hostilidades futuras, las cosas se harán de la siguiente forma: hasta que no me entregue algún material no recibirá ningún pago en su cuenta en la Tierra ni ninguna dieta. Si persiste en ese comportamiento, congelaremos sus cuentas y procederemos a embargar sus bienes. La casa en la que viven su mujer y su hijo se encuentra a su nombre, si no me equivoco.

Edgard Edgard se secó con la servilleta la espuma de saliva que se le había quedado en las comisuras de la boca y abandonó el restaurante. León estaba preocupado, pero nada impidió que se terminara su carne de más de seiscientos gramos. Se ayudó con una salsa que el camarero tuvo a bien de indicarle que era mostaza a la antigua.

Fue caminando hasta un lugar de donde salían transportes colectivos. Se dio cuenta de lo poquito que se había movido por C-2. Salvo sus viajes a la cueva, apenas había hecho excursiones más que para ir a comprar bagatelas al aeropuerto. Cuando llegó a la parada, subió al primer colectivo y le aseguraron que pasaba por su hotel. Cuando se iban a cerrar las puertas se bajó corriendo. Los pasajeros del furgón lo miraron como si estuviera loco. La barba y el cabello revuelto no jugaban a su favor, y se preguntó qué habrían pensado si lo hubieran visto por la mañana con la bata en el campo de golf. Decidió saludarlos a todos con la mano mientras se alejaban. Se fue hasta el hotel caminando. Tres horas. Tuvo que comprar oxígeno a mitad de camino.

Durante el paseo se planteó volver a la Tierra y dejar atrás la dichosa cueva, el muro y todo lo demás. Le habían sentado mucho mejor esas horas fuera que todas aquellas semanas de trabajo, no cabía duda. Si volvía ahora, a

lo mejor conseguía salvar su matrimonio. Incluso llegaría para el siguiente cumpleaños de Víctor.

Un crujido blando bajo su pie le produjo una desagradable sensación. Miró al suelo y vio que algo culebreaba en el suelo, asomando por debajo del zapato derecho. Levantó el pie. Un pequeño gecko alzó la cabeza, asustado y desconcertado. León se puso en cuclillas para mirarlo mejor. El gecko le devolvió la mirada temiendo un terrible final. Parecía tener rota una de las patas traseras. León se preguntó si lo habría herido al pisarlo, o lo había pisado porque ya estaba herido. Extendió la mano.

Cuando llegó al hotel no se sorprendió de ver a Candi esperando en las puertas de entrada. Intentó ignorarlo y subir a la habitación, pero ya había gastado su ira hacía mucho, en el restaurante.

—¿Dónde estabas? ¿Nos tenías preocupados?

¿A quién? ¿A Jose y a él? ¿O a Edgard Edgard y su corte de espías? León suspiró y escrutó su cara grande de oso pardo en una búsqueda de malicia que no pudo encontrar.

—Anda, sube.

En el ascensor no hablaron, los dos miraron incómodos hacia la nada, analizando cada detalle de un mobiliario que ya conocían de memoria. Piso uno..., piso dos..., piso tres, por fin.

León abrió la puerta y lo dejó pasar.

—Caray, profesor, has estado muy ocupado.

Candi miraba las paredes, impresionado.

—Te has hecho una copia del muro en la habitación... Vaya faena que te has dado.

—Esta mañana me has dicho que el muro podía volverte loco.

—Hombre, loco igual es exagerar...

—Dijiste también que yo no era el primero... ¿Quién más ha hecho este trabajo?

Candi se mostró visiblemente incómodo. Había hablado de más.

—No sé si estoy autorizado.

—Seguro que no lo estás. Pero eres mi amigo, ¿no? No me jodas. ¿Cuántos más han pasado por esto? ¿Quién tradujo esto antes que yo?

—Sólo uno antes que tú.

Una sacudida de vanidad lo sorprendió. Los ojos se le encendieron. ¿Quién había tocado sus textos que hasta entonces creía vírgenes? No es que quisiera hacerse famoso ni nada así. Tan sólo el reconocimiento profesional. Candi se quedó mirándolo, extrañado.

—No sé... de todas formas... no hay ninguna otra traducción. El que la hizo la dejó a medias...

«León Miranda descifró los escritos de Marte.» «No, realmente el trabajo lo hizo antes un eminente profesor, que no pudo terminarlo, el pobre.» El estrecho de Magallanes lo conoce todo el mundo, nadie recuerda a Elcano. León se sentó en la cama junto a Candi. Se sintió ridículo.

—Max Pinaud.

—¿Qué?

—El que se puso a descifrar el muro. Se llama Max Pinaud.

—No me suena. ¿Os hicisteis amigos?

—Cenó unas cuatro veces en casa, nada más. Un chico muy joven, nervioso. Ya sabes, como un pajarillo. De eso hará ya unos seis años por lo menos. Aquí todo va deprisa... pero tarda mucho.

—¿Qué le pasó?

—No lo sé. Creo que se obsesionó con el dichoso muro. Yo lo llevaba y lo traía como a ti, aunque entonces aún no me dejaban entrar en la cueva. Al final iba a buscarlo y no salía, me dejaba horas esperando para que luego se quedara a acampar dentro. No es que fuera muy sanote, el chaval, pero comenzó a tener un aspecto realmente enfermizo. Sé que tuvo problemas con Edgard Edgard y que al final se marchó a la Tierra. —Hizo una pausa y después continuó en voz más baja, con pudor—: Hay quien dice que lo que pasó es que se enamoró de un chico del club, ya sabes, de compañía. Quería sacarlo de ahí, retirarlo de la mala vida, pero el otro no se dejó... Habladurías.

—Tengo un presentimiento, Candi. Hay algo en ese muro... —León se levantó de nuevo—. ¿Has oído hablar de los Anunnaki?

—No.

—Cuando estudiaba historia tenía compañeros muy colgados con todo ese rollo alienígena: Puma Punku, las pirámides, Baalbek, la isla de Pascua, el cohete de Pacal, las líneas de Nazca, los cráneos de cristal...

—Sabes que tampoco conozco nada de eso que estás diciendo.

—Bah, hay todo tipo de leyendas, a cuál más chusca e inverosímil, todas vienen a decir que unos hombres bajaron del cielo y nos enseñaron a construir nuestros grandes monumentos. Estas teorías perdieron fuelle en el siglo XXI, pero van y vienen. Son comerciales. Es mucho más divertido pensar que un grabado maya del año 1000 antes de Cristo es en realidad un astronauta con una escafandra en lugar de un hombre al que se le escapa el alma por el cráneo. No sé si me explico.

León daba paseos, nervioso, por la sala. Candi lo seguía más con la vista que con el pensamiento.

—¡Todo eso es una patraña! ¡Mierda arqueológica! ¡Basura histórica! ¡Sabemos perfectamente cómo se construyeron todos esos monumentos! ¡Los Anunnaki, por favor! No puede ser verdad. ¿Entiendes por qué estoy cabreado? Se supone que los Anunnaki... —resopló, abrumado—... bueno, dicen que eran una raza que llegó a la Tierra y que nos enseñó todo lo que somos. Incluso hay quien asegura que nos dieron el don de la inteligencia. Ellos necesitaban esclavos, pero inteligentes... De modo que cogieron monos y los mejoraron. Como si fueran dioses y nosotros su creación.

—Sí, creo que sí que he oído algo de eso.

León puso ambas manos sobre las rodillas de Candi. Le acercó la cara y lo miró directamente a los ojos.

—Se fueron a la Tierra, Candi. Los que escribieron esto, abandonaron este planeta y se fueron a la Tierra hace cinco millones de años, justo cuando nacimos nosotros. Son ellos, nuestros padres, los malditos Anunnaki. Ellos nos crearon.

León, devastado, se dejó caer sentado en el suelo. Candi se fijó entonces en una cabecita que asomaba del bolsillo de la camisa del profesor. Era un gecko que contemplaba asustado la habitación. La mirada de Candi hizo que León recordara su existencia. Lo cogió con delicadeza y lo posó sobre la palma de su mano.

—Me parece que tiene una pata rota. ¿Sabes qué comen estos bichos?

Capítulo 14

Entraron todos ordenadamente y se fueron distribuyendo en los asientos del ágora. Lora escogió un sitio discreto, no muy adelante, para no llamar la atención, ni tampoco muy atrás para no dormirse. Todo aquello le recordó sus tiempos de estudiante. Una época de la que no guardaba demasiados buenos recuerdos.

La idea de pasarse dos horas sentada no le hacía ilusión. Encima, la sala se estaba llenando, así que si se agobiaba no podría salir sin que todo el mundo se fijase en ella.

El azafato les entregó a todos el prospecto animado con la información: «Los problemas de la terraformación». Una animación muy simple mostraba un Marte rojo que se iba volviendo verde y azul para finalmente acabar en llamas y desaparecer. No estaba mal, tenía pegada. Un trabajo de tarjetas animadas Wu. 100 % limpias. 100 % reaprovechables. Había elegido un asiento con varios sitios libres a cada lado con la esperanza de que quedara alguno vacío, pero no tuvo esa suerte. A su lado izquierdo se sentó un señor bastante obeso, algo raro en esos días en los que se disponía de tan buenos tratamientos metabólicos, y al otro lado, un cincuentón enjuto que olía a cerrado. Demasiada gente para ella. Un baño de humanidad. De entre las tres cosas que Lora detestaba más, las aglomeraciones era la tercera.

Se apagaron las luces. Le dio la sensación de que el enjuto que olía a cerrado le rozaba el brazo con intención, pero igual era sólo manía persecutoria. Por si acaso retiró el suyo del apoyabrazos. Al escenario salió Albino Rosso, un hombre esbelto y jovial. Desde el primer segundo se podía

apreciar que sabía pisar un escenario. Iba vestido como lo que uno puede esperar de un profesor: sobrio, con colores apagados, sin adornos ni complementos que distraigan la atención. El toque excéntrico se lo daban un bigote y una perilla puntiaguda de mosquetero.

—Buenas tardes, público. Hoy os propongo un juego. Quiero que retrocedamos todos cien años. O mejor doscientos. Retrocedamos al tiempo de los abuelos de nuestros abuelos. Antes de la tercera guerra, todavía a la sombra de la segunda. Vayamos al inicio de la carrera espacial.

El falso cielo se llenó de estrellas y Albino Rosso no le prestó atención. Según hablaba iba recorriendo el proscenio mirando a cada uno de los espectadores de forma metódica, fila por fila, tendiendo hilos imaginarios desde sus ojos a los de todos los asistentes.

—El ser humano siempre ha mirado hacia las estrellas, desde que el mundo es mundo se ha preguntado qué habría más allá, ¿verdad? Pero fue entonces, en aquellos años, cuando empezó a tocarlas.

Hizo un gesto de prestidigitador y agarró en el aire una estrella imaginaria. Sobre su mano, holográficamente flotó un pequeño punto de luz titilante. Sopló y el punto se disolvió en una nube de purpurina intangible. Un sonido de campanillas terminó de subrayar el momento.

—Mandamos a una perra al espacio y luego a un hombre y luego a dos... Imaginaos lo que debió de sentir Yuri Gagarin al ver la Tierra desde allá arriba. O los primeros que pisaron la Luna... Debió de ser como salir del cascarón, ¿no creéis?

Conforme avanzaba en su discurso, si notaba que alguno de los hilos se aflojaba, que el espectador perdía interés, lo miraba y proyectaba su voz hacia él con maestría hasta que el hilo volvía a estar tenso. Podía ser que las dos horas no se fueran a hacer tan largas.

—Ha habido pocas épocas en la historia de la humanidad en las que todo cambiara tan rápidamente como en el siglo XX. Nuestra tecnología evolucionó a velocidad de vértigo, pero ¿lo hizo igual nuestra conciencia?

Vamos, venga ya. A Lora le repitió el bocadillo. No debería haber comido mientras caminaba. Tenía estrés, y gases. No la ayudaba que le hablasen de conciencia.

—Al principio fue divertido. ¡Todos disfrutaron de la fiesta! Compraban, tiraban, compraban... Pero nos quedamos sin recursos. Y la basura no paraba de aumentar, generábamos montañas de residuos que no había dónde poner. Cuál fue el resultado: calentamiento global, mares contaminados, millones de especies desaparecidas, medio planeta desierto... y una guerra. Una guerra que no ganó nadie. Todos conocemos esa historia, lo sé. Parecía imposible que pudiéramos tener una sociedad desarrollista como la que hoy disfrutamos, ¿verdad? Todo indicaba que nos dirigíamos a nuestra extinción, o como poco teníamos que volver al medievo, que no habría manera de conservar nuestra forma de vida moderna... y sin embargo lo conseguimos. Modernidad y cero residuos, tecnología sin impacto ambiental... Nos salvamos.

Eso díselo a los zombis. Las palabras del señor Rosso a Lora le parecían basura bien envuelta. Los mares seguían siendo un vertedero asqueroso, el planeta era un desierto, la comida seguía estando en manos de cuatro gatos... Sabía que al final se iba a poner de mal humor. Había tragado mucha charla insulsa en la academia, no quería más. Decidió activar música interna. Algo de *rock n' soul*.

Se relajaba con música fuerte, la ayudaba a pensar. ¿Por qué estaba en la conferencia de ese cantamañanas perdiendo la tarde tras una jornada laboral interminable? Seguía sin tener nada sólido hasta el momento. Una moto, una niña zombi perdida en algún lugar de Francia y una huella de bota. Lo de Marte era lo único un poco decente. Lo más parecido a una línea de trabajo.

—Nosotros nos hemos salvado; sin embargo, no hemos podido salvar a la Tierra. Llegamos tarde. Los excesos han sido demasiados y ahora la casa se nos cae a cachos. Y claro, queremos cambiar de casa. Una casa nueva, a estrenar, hecha a nuestra medida. Pero ¿hemos aprendido? ¿De verdad? ¿Quién se atreve a decir que todo esto no va a volver a suceder? ¿Tú?

Albino miró a Lora, había notado claramente que el hilo estaba destensado.

—Seamos sinceros, no sé vosotros, pero yo no me fío ni de mí mismo. —
Risas de nuevo.

Albino Rosso era supuestamente un eminente científico que hasta hacía

poco representaba una parte de la corriente alarmista. Aunque dentro de los que consideraban un peligro la marcha al planeta vecino, él era de los positivistas, de los menos radicales. Sin embargo, hacía un año se había pasado directamente al otro lado. Sumándose al bando de los procolonizadores. Lora evitaba pensar en el traslado. Si había que irse a Marte, pues se iría a Marte, pero lo cierto era que no se lo terminaba de creer, una de esas amenazas que nunca llegan. Su desconfianza natural le hacía ver todo ese tema como si se tratara de una gigantesca cortina de humo: nos mantienen entretenidos con todo esto para que no pensemos en nuestra desesperanza.

Una hora y media de conferencia. Empezó a girar los tobillos para no entumecerse; Albino había pasado a los gráficos. Hay que ver cómo cualquier afirmación, si la adorna con colorines, parece más veraz. Luego hologramas y demás fuegos de artificio. Por fin llegaba al final.

—No soy un fundamentalista. Para salvarnos debemos irnos, no lo dudo, pero debemos hacerlo bien. No podemos exprimir Marte hasta que tampoco quede nada. Debemos hacerlo bien esta vez. ¿Vamos a dejar que lo organicen los mismos que no consiguen controlar el manitú? ¿Los mismos que no saben contener nuestras fronteras? No pueden ser los políticos, sino los expertos, los científicos, los sabios, los que gestionen la colonización. ¿Quién querríais que levantara vuestra casa? No sé vosotros, pero yo prefiero a un arquitecto.

Albino se inclinó. Un fuerte aplauso que aceptó de buen grado con una sonrisa sincera. Las luces se encendieron y la mayoría se levantó y comenzó a abandonar la sala. Otros se acercaron al escenario para conocer al ponente. Lora esquivó al obeso y salió a respirar fuera. Esperó a que los últimos abandonaran del todo el recinto. Entró de nuevo. Al pie del estrado estaba el profesor recogiendo sus cosas.

—Mucho gusto, señor Rosso.

—El gusto es mío. —Le cogió la mano y la besó. Tan rápido que a ella no le dio tiempo a retirarla.

Lora le mostró su identificación.

—Qué lástima. Por un momento creí que se acercaba a conocerme por gusto.

—Me gustaría enseñarle una lista.

Lora proyectó con su botón todos los nombres. Albino Rosso apenas le prestó atención al principio, pero al tercer nombre miró a Lora y le dedicó su mejor sonrisa.

—Veo que ya se han dado cuenta.

—¿Darnos cuenta de qué?

—Si quiere charlar, ¿por qué no vamos a un sitio en el que estemos más a gusto?

Lora tuvo que reconocer que Albino tenía atractivo, una forma de moverse y de proyectar su presencia que lo hacían agradable. Además, olía a madera perfumada.

—Preferiría que habláramos aquí.

—Como quiera.

Cerró una bolsa negra que dejó junto a su abrigo, se apoyó en el borde del escenario y se quedó mirándola fijamente.

—Por favor, explíquese, ¿de qué nos hemos dado cuenta? Y no sea críptico. Imagine que está hablando con una idiota.

—No se haga de menos. Tiene cara de inteligente. Usted ha establecido la misma relación que yo, si no, no habría venido a mi conferencia y tampoco estaríamos hablando.

—Muy bien, los crímenes están relacionados con el traslado de la humanidad a Marte. Pero Aaron Morgan, Margaret Félix, Pierre Suni, Maureen y Seymour Ostermeyer, Pedro Hernández, Malik Klint, Suko, Akira Omayá, Lucaas Lans Brut, Ruth Bulleen y Red Staunton no están relacionados con Marte.

—¿Seguro? Hoy en día todo está relacionado con Marte. Más si son personas ricas e influyentes. Akira Omayá trabajaba en vacunas, ¿para quién eran esas vacunas? Pedro Hernández en purificación del agua... Lucaas Lans Brut, ése no me suena, pero seguro que sólo tiene que hurgar un poco. ¿Y Aaron Morgan? Ese hombre estaba relacionado con cualquier avance científico del planeta.

—¿Y el resto?

—¿Quiere que le haga todo su trabajo? Yo cobro bastante por mis

informes. Puede consultar mis tarifas, son públicas.

Lora obvió el comentario y reprimió una mala contestación.

—¿Y por qué Marte? ¿Por qué un terrorista va a querer atacar la colonización?

—No lo sé. Puede que una empresa le pague para así hacerse con el monopolio de todo el negocio... Es una posibilidad.

—O tal vez un fundamentalista de los suyos. Es otra posibilidad.

—No sé, usted es la experta en maldades humanas.

—¿Es usted el Enterrador?

La pregunta lo descolocó por completo. Lora, y cualquiera que hubiera estado ahí, habrían podido ver cómo se incomodaba.

—Estoy en contra de toda forma de violencia, agente. Lo mío es más el amor. ¿Seguro que no quiere que hablemos en mi casa?

—No, pero podemos continuar esta charla en el departamento de investigaciones mañana. Me gustaría que le contara todo esto a mi jefa. ¿Le va bien a las doce?

—No. Pero imagino que no puedo negarme.

—A no ser que quiera que iniciemos un protocolo de detención.

—¿Ha pensado que si yo he hecho esta asociación, así sin más, muchos de sus superiores ya debieron de haberla hecho hace tiempo?

Lora conectó la música interna y se fue de allí a grandes zancadas. Apenas reparó en el enjuto que olía a cerrado que entraba otra vez en la sala. Sólo quería llegar a casa.

En su apartamento se quitó las botas. Abrió la ducha de arena y metió los pies en la tierra caliente. Las cosas no iban tan mal, lo de Albino Rosso no había sido una pérdida de tiempo. Estaba segura de que a su jefa no le iba a gustar todo el asunto marciano. Demasiadas implicaciones. ¿O tal vez ya lo sabía? ¿Cuánta gente lo sabía ya? ¿Los tenían investigando en cada punta del planeta como simple fachada? ¿Los investigadores no eran más que una coartada de una operación bien planeada? El Enterrador podría ser muchos: asesinos a sueldo, militares o expolicías de alguna empresa privada o del

gobierno. Los atentados iban dedicados a retrasar la colonización, eso le parecía claro ahora. Se sentía estúpida por no haberse dado cuenta antes. Al científico le había bastado con un simple vistazo. Tenía que compartir la información con el equipo. Se desvistió y se sumergió por completo. Dejó que las arenas hicieran su efecto en cada rincón perdido de su cuerpo. Se quedó dormida durante unos minutos.

Soñó con Albino Rosso, hablaban de la investigación y tomaban vino en un lugar tan familiar como desconocido. El científico llevaba un batín negro demasiado pequeño, y ella le hizo ver que estaba ridículo. Sin previo aviso y sin preliminares estaban practicando sexo mientras se miraban, serios, a los ojos. Estaba a gusto, pero con la sensación de que algo no iba bien, no la dejaba soltarse del todo, con una culpa creciente como el orgasmo que se acercaba. De pronto, Albino Rosso ya no era Albino Rosso, sino el Enterrador. Un enterrador sin cara, vestido de negro, que la dominaba con sus fuertes brazos mientras la penetraba. Lora llegó al orgasmo y dos luces rojas se iluminaron en el rostro ausente de aquel hombre que no parecía saciarse nunca. Sintió miedo. Intentó liberarse, pero las manos del hombre sin cara se aferraban a ella como pinzas de acero. Se dio cuenta de que sus piernas apresaban una moto enorme. El suelo corría bajo sus pies. Temió caerse y se agarró al sillón de cuero que hacía resaltar los limpios tubos cromados. Rodaban a toda velocidad por una pista roja, una tierra roja de sangre. La sangre de los zombis que se arrastraban por el suelo y estiraban los brazos intentando asirse a la moto que los atropellaba. Los miembros despedazados saltaban hacia los lados, desbrozados por los tacos de las ruedas mientras el Enterrador la violaba incansable, sin rostro tras sus dos ojos de fuego. Se abrazó a Lora y ella pudo sentir el olor, un olor rancio.

Despertó al borde del grito y con taquicardia.

Pidió una ración de tallarines en el chino-vasco de la esquina del bulevar. No tenía hambre, aunque confiaba en que la comida le calmara esa ansiedad, ese gato enfadado que se afilaba las uñas en las paredes de su estómago. Seguía revuelta por el sueño y el corazón no se relajaba. Se sentó en un banco y miró

toda la avenida iluminada de noche. Los balcones repletos de inmensos árboles y hiedras. Así se imaginaba las junglas y los bosques lluviosos que estudió cuando niña. Boston era un vergel, un inmenso parque donde la flora y la tecnología parecían fundirse en perfecta armonía, igual que Copenhague o Ciudad del Cabo. ¿De verdad ya no había esperanza en la Tierra? ¿De verdad había que irse? Era cierto que los filtros antirradiación estaban permanentemente trabajando y que ya no se veían las estrellas, pero observando la calle parecía imposible creer que todo era un proceso irreversible. Marte, ¿qué se le había perdido en Marte? Le había costado tanto llegar hasta donde se encontraba...

Evitaba pensar en el traslado por muchas razones. El viaje en sí le resultaba muy angustiioso. Quizá porque la segunda cosa que más odiaba Lora era estar encerrada. Tenía claustrofobia.

O quizá lo evitaba porque sabía que una vez que subiera a esa maldita nave, la posibilidad de encontrar a sus padres desaparecería por completo. Porque nadie le daría un pasaje a dos zombis costosos. Eso suponiendo que siguieran vivos. Tiró los tallarines sin tocar.

—Tenía que salir.

Randall Phillips no contestó. De todas las visitas que podía esperar, Lora no era una de ellas.

—¿Te he pillado mal? Como dices que nunca me paso...

—No, no, deja que ordene un poco el salón, sólo un segundo.

—No te molestes, Ran, vuelvo otro día...

—¡No! ¡Un segundo, te lo juro!

Randall tropezó por el pequeño pasillo antes de desaparecer. Volvió enseguida. Impresionaba verlo, tan grande como era, moviéndose tan deprisa. Pasaron al salón, que a Lora no le pareció desordenado en absoluto, infantil, tal vez, por los recuerdos de sus logros deportivos de adolescente. Lora quería alcohol, pero no había nada, tan sólo refrescos Recuerdos de Cereza, del que ambos comentaron entre risas que les hubiera gustado probar las auténticas cerezas, por saber si aquellos «recuerdos» tenían algo de verdad.

Cuando se les acabó la risa los envolvió un silencio incómodo que terminó rompiendo Randall.

—Todavía me acuerdo a veces de aquella vez que cabreaste a Básiel, el instructor, y te puso a hacer flexiones delante de todos.

—Sí, todo un hito en mi carrera. Lo de cantar fue lo peor.

—Sí, no es tu fuerte.

—Pero yo no hice nada para mosquearlo. Tenía una fijación conmigo.

—Sí, te quería follar.

Randall se ruborizó al decirlo, disimuló levantándose y sirviendo un poco más de refresco. Lora se fijó en sus grandes brazos y sus hombros, como los de un extinto gorila de lomo plateado.

—Bah. Había chicas mucho más guapas en nuestro curso.

—No más listas.

—Nunca te acercaste a mí en la academia.

—No. Me dabas miedo. Bueno, como a casi todos. Por esa forma que tienes de hinchar las aletas de la nariz.

—Ya se sabe, los tíos más duros de la policía militar ven unas aletas bien hinchadas y salen por pies.

Randall se rio mientras daba un trago. Echó un poco de refresco por la nariz y Lora lo celebró con una sonora carcajada. Había conseguido relajarse por fin, ya casi no tenía la pesadilla pegada al pecho y a las manos, había soltado lastre. Intentaron hablar de todo lo que no fuera trabajo, pero se les acabó muy pronto. La vida de un investigador estaba tan ligada a los casos que les dejaba muy poco tiempo libre, bueno, si no eras uno de esos sinvergüenzas que permitían que se les acumularan los expedientes y que tanto les jodían a Randall y a Lora. En un momento ya estaban hablando de la oficina y de los compañeros, y en cuanto quisieron darse cuenta, se encontraron comentando los asesinatos del Enterrador.

—He estado conectando a las víctimas. Diste en el clavo con lo de Marte... Pero no lo entiendo... ¿Por qué alguien querría cargarse a toda esa gente? Ni siquiera los pocos grupos contrarios a la colonización se oponen de verdad. Todo el mundo quiere una salida.

—Porque es un hijo de puta, Lora. Ya sé que tú lo defiendes, pero es la

verdad.

—No, no empieces tú también como ellos. ¿Cómo lo voy a defender?

—Lo veo en tus ojos, Pocahontas.

—Simplemente pienso que no es un loco.

—El Apache.

Lora lo miró sin entender.

—No sé si te acuerdas, pero me obsesioné de verdad con ese tipo de Chile, uno que arrancaba las barbas y las cabelleras...

—Ah, el Apache.

—Para justificar sus crímenes, el tío se había montado un discurso que te cagas. Estaba convencido de que iba a dejar un mundo mejor, y casi me convence a mí. El pueblo oprimido, la ecología y todo eso. Cuando lo atrapamos me llevé una desilusión, era un simple imbécil. Un tonto de infancia desgraciada que dejó los estudios demasiado pronto. Tenías que verle la cara en los interrogatorios, parecía un pez ahogándose, así, con la boca abierta. Lo malo de meternos tanto en la mente de los asesinos es que los encumbramos, queremos entender sus razones y al final nos las creemos.

—No compares, Ran, el Apache era un paleta.

—Lo único que tiene tu Enterrador es que mata peces gordos. ¡Guau! Deberías coger otros casos para desengrasar. Yo podría pasarte algún asesinato, un caso sencillo de violencia entre gemelos. Sueñas con él a menudo, ¿verdad?

—No, todavía no estoy tan loca.

Randall la miró entrecerrando los ojos. Esta vez fue Lora la que se ruborizó.

—¿Lo saben arriba? Lo de Marte, digo.

—No, estoy esperando a tener una buena respuesta a algunas preguntas... Ya sabes lo nerviosos que se ponen cuando se tocan asuntos de Estado. Estoy mirando en los archivos a antiguos científicos apartados del proyecto, empresarios que se quedaron fuera del juego, ya sabes...

—Sí que tienes que estar agobiada para haber venido aquí —dijo Randall reclinándose con los brazos tras la nuca—. Desde que nos conocemos no lo habías hecho nunca. Y no será porque no te haya invitado.

—Es muy tarde. No te estoy dejando dormir. Lo mejor será que me vaya.

—Como quieras. No te voy a retener.

—Pues a lo mejor deberías.

Lora le puso la mano sobre el muslo. Randall se quedó mirándola, no movió un músculo.

—¿Qué haces, Pocahontas?

—¿No es lo que quieres? ¿No es lo que has querido siempre?

Randall no respondió. Ella se sentó sobre sus rodillas y lo besó pasándole las manos por el pelo. Randall cerró los ojos. Lora los dejó abiertos. Pudo sentir cómo crecía su erección bajo el pantalón. Era enorme, como el propio Randall. Comenzó a desabrocharlo.

—Lora...

Ella lo calló besándolo de nuevo. Sabía que hacía mal, pero lo necesitaba. Necesitaba que la abrazaran, que la tocaran, que la quisieran. ¿Cuánto tiempo llevaba sin tener sexo con nadie? Hombre o mujer Habían pasado casi dos años. Y había pagado por ello. Randall la sujetó por las piernas y la puso contra la pared. Qué grande era, le gustaba que fuera tan grande. Nada podía pasarle ahora mismo, ni el Enterrador se atrevería a acercarse. Cerró los ojos. Olía bien, a sudor limpio. Ni a rancio ni a cerrado. Entonces vio al tipo, lo vio a su lado, lo vio cruzándose con ella en la sala de conferencias, lo sintió tocándole el brazo. Y tuvo un escalofrío que le recorrió toda la columna vertebral y que Randall interpretó como el culmen del placer.

Música de Wagner. Un aria de *El holandés errante*. El botón la despertó antes de la hora prevista. Estaba programado para que cualquier noticia que pudiera tener relación con el caso hiciera saltar la alarma. Sólo necesitaba parpadear tres veces y la música dejaba de sonar dentro de su cabeza. La cara de Randall descansaba plácidamente frente a la suya. Miró su botón anticipándose, y de alguna manera presintió lo que iba a encontrar. «El científico Albino Rosso aparece muerto en un callejón tras una conferencia.» Por supuesto, no se mencionaba al Enterrador, aunque algún medio pirata lo haría pronto. Retiró el brazo moreno de Randall y se vistió en silencio. Su

arma descansaba junto a la de su compañero, como dos mascotas que se llevaran estupendamente. La cogió y se la llevó a la cartuchera del cinturón. Vio los ojos de Randall que la miraban con calidez y respeto. Lora se recogió el pelo en una tirante cola de caballo.

—Por favor, no te muevas.

Randall no hizo nada, sólo permaneció observando.

Cerró la puerta. Tomó el elevador. Abandonó el edificio, culpable. De las tres cosas que Lora más detestaba, la primera era el amor.

Capítulo 15

Félix intentó abrir los ojos. Las legañas no le dejaron hacerlo del todo. Sol, sombras, pero sobre todo sol. Y calor. Quiso frotarse los párpados, por alguna razón no podía mover los brazos siquiera. La garganta era puro polvo y púas. La cabeza le dolía igual que si la tuviera dentro de una prensa. Tenía la cara contra el suelo. Sintió que algo se movía a su alrededor. Lo mismo era una comadreja que se acercaba a alimentarse de sus despojos, que acudía al olor de la sangre. Porque había sangre, de eso estaba seguro. Los disparos de los antidrogas lo habían alcanzado en un par de sitios por lo menos. No entendía por qué no se había muerto ya. No sonaba a comadreja. Algo lo tocó en el costado, un golpe rápido. Más dolor. Bueno, no importaba, dentro de poco estaría con su madre, aguantando reproches. Eso si el Justo era capaz de perdonarlo. Porque si no iría con todos los demás, con todos los otros, a enfrentarse a todos ellos. Y eran muchos sus muertos. Más dolor. A lo mejor el infierno era eso, sin brazos, sin ojos, sin poder ver ni moverse y con dolor.

Si no sonaba a comadreja tenía que sonar a zombi de mierda. Una mano pequeña se le coló en un bolsillo del pantalón. No, no estaba muerto. Los rateros le parecían algo demasiado terrenal. No parecía que en los bolsillos hubiera nada, porque enseguida sintió cómo la mano buscaba más deprisa por todas partes. Algo lo sujetó por un hombro e intentó girarlo, quería ponerlo boca arriba. Entonces supo por qué no podía mover los brazos, los tenía debajo del cuerpo. Gruñó. Quería ser un rugido, pero apenas fue un murmullo. Los ruidos cesaron y quien lo estuviera intentando desvalijar se quedó muy quieto. Ni respiraba, el cabrito. Vaya un final. Desvalijado por un

ratero muy silencioso en el desierto de los zombis. Tras un tiempo indefinido, puede que un minuto, tal vez cinco, el ratero volvió a la carga. Empujó el cuerpo de Félix y consiguió darle la vuelta. Sus brazos se liberaron. Sintió un peso sobre su barriga, tal vez una rodilla. Los dedos pequeños del ratero cogieron uno de sus brazos y empezaron a pelear para quitarle los anillos. No era la primera vez que Félix se encontraba en esa posición. Le habían retorcido el brazo en más de una ocasión en las calles de Marsella, cuando era un mocoso bravucón. Debía ser rápido e ignorar el dolor. Pero nadie le iba a quitar el oro hasta que estuviera muerto, y menos un maldito zombi enano. Había oído historias de pueblos enteros de gente deforme por la radiación. No, no iba a ser carroña de esos monstruos. Si querían llevárselo tendrían que matarlo primero. No era fácil quitarle los anillos, había engordado. Y él engordaba de todas partes, cuello, tobillos, dedos... Esos dedillos cabrones eran jodidamente habilidosos, ya estaban sacando el más gordo de todos, el de la cabeza de Cristo. Relajó los músculos para que no hubiera tensión, para que nada alertase al ratero. Dejó que se llevara el primero. Sin pausa, empezó con el segundo, un sello de oro macizo con un diminuto rubí en el centro. Dentro tenía una inscripción con la fecha del nacimiento de su primera hija. Un movimiento rápido que casi le dislocó el hombro y estuvo hecho. Tenía el fino cuello del ladrón entre sus dedos. Un jadeo sordo llegó hasta su oído. Era el poco aire que dejaba pasar con la presión de su mano. Varios golpes comenzaron a impactar contra sus riñones. Eran patadas. Pero no iba a aflojar, era como un perro de presa, una vez que agarraba ya no se le escapaba la pieza. Sólo tendría que apretar y podría partirse la tráquea.

—Suéltame, cabrón.

Era una niña. El zombi era una niña. Félix intentó tragar saliva de nuevo, en su lugar fue sangre y arena.

—¡Suéltame!

—Devuélvemelo.

—No, tú ya estás muerto.

—Si no lo haces, tú sí que lo vas a estar.

Félix apretó un poco más. Lo justo. Podía sentir el pulso de la cría acoplándose al suyo, acelerándose. Más patadas. Eran inútiles, sólo lo

estaban despertando. En el fondo eran el empujoncito que necesitaba.

—Devuélvemelo.

Félix estiró la otra mano y la dejó palma arriba. Tuvo que esperar bastante hasta que la jodida ratera depositó el anillo. El Narco Merchero se pasó la lengua por los labios: sangre. Estaba sudando y la costra de los ojos empezaba a ablandarse. Aflojó un poco la presión, lo justo para que la ratera pudiera respirar.

—Agua. Consígueme agua, niña.

—Consíguetela tú, gilipollas. En dos horas te habrás desangrado del todo. Eso si no te encuentran primero otros más cabrones que yo.

Le soltó el cuello y la niña cayó al suelo. Gateó rápidamente alejándose un par de metros. Era rápida, sí.

—Ahí te pudras.

Que se fuera. No pensaba recibir ayuda de una zombi asquerosa.

—¡Aguarda, no te vayas!

Félix se colocó de nuevo el anillo.

—Si me ayudas te lo doy.

—No, mejor me quedo a esperar y te lo quito luego, cuando estés muerto y tieso.

Félix pudo abrir un poco los ojos. La cría estaba fuera de su alcance y no dejaba de moverse a su alrededor, acechando. Una vez vio un viejo documental: los dragones de Comodo mordían a un búfalo y luego sólo tenían que esperar una semana rondando hasta que moría de la infección.

—¿Estás segura? Luego vendrán otros, como tú dices, y no creo que quieran compartir nada contigo.

Ella lo miró entrecerrando los ojos.

—¿Si te doy de beber me lo das?

—No, si consigues que sobreviva te lo doy.

—Estás hecho una mierda. No apostarí ni un yuan por ti.

—Bueno, si muero, entonces podrás quedarte con todo. Pero sácame de aquí.

La niña se acercó un par de pasos, guardando todavía la distancia.

—Estás muy gordo para que pueda moverte.

Tenía imaginación. La vida de zombi te obliga a darle al coco, no hay duda. Le vendó las heridas de forma improvisada con bastante maña. Después lo puso sobre un trozo de chapa, una pieza de un coche antiguo o algo así, atada a un cable. Y en el suelo iba colocando cilindros a modo de ruedas. Tiraba de la chapa, paraba, volvía a colocar los cilindros delante, tiraba de la chapa, paraba... Era el método que los antiguos egipcios usaban para transportar los bloques de piedra con los que construyeron las pirámides. Esta niña había inventado en un rato lo que a los egipcios les costó siglos. Bueno, si no fueron los extraterrestres.

—¿Cómo te llamas, niña zombi?

—¿A ti qué te importa?

Tiró de Félix durante un par de horas y nadie pudo oírla quejarse ni una sola vez. Poco a poco las chabolas se hicieron más frecuentes, algunos zombis se asomaban a mirar el desfile: una porteadora arrastrando al gran faraón moribundo.

—¿Vas a cocinar un cerdo? Invítanos a cenar.

—No os acerquéis, desgraciados, el cerdo es mío.

Luego pasaron las chabolas de largo, seguían alejándose de la frontera hacia el sur. ¿Adónde lo llevaba? Lo iba a enterrar en algún agujero perdido, lejos de ninguna parte. La pista de arena se acabó. Habían llegado a una zona de suelo pedregoso por el que ya no iba a poder arrastrarlo más. Antes de que pudiera preguntarle nada, la niña había desaparecido. Qué imbécil había sido. Su madre lo habría visto claro, las mujeres siempre se la jugaban. La zombi no quería compartir. Ahora estaban lejos de cualquier parte, sólo tendría que quedarse esperando y podría quitárselo todo sin problemas. Pero volvió.

—Toma.

Puso frente a él una especie de cuenco con un líquido de color caqui.

—Quieres envenenarme.

—Es agua. No hay nada mejor hasta que llegemos. Vas a tener que andar un poco, y si no bebes no creo que puedas levantarte.

Félix obedeció. Estaba realmente sediento. Sus tripas vacías sonaron

como quejidos de una vieja máquina de vapor. Ella le puso un hombro bajo el cuerpo y lo ayudó a levantarse. Aquello sí que dolió. Al primer intento se fue al suelo. Y también al segundo.

Después de una hora larga caminando entre rocas a paso de caracol y al borde del desmayo, la niña le anunció que habían llegado. Debía de tratarse de una broma, ahí no veía nada más que piedras. Le costó darse cuenta de que el refugio estaba muy bien camuflado. El techo no se diferenciaba del paisaje, parecía hecho de piedra y arbustos. Por dentro era una covacha asquerosa. Aquello apestaba a miseria y a muerte.

—¿Dónde estabas? Dijiste que volverías a mediodía.

Una mujer en un camastro se quedó aterrada al verlos entrar.

—Nunú, ¿qué hace aquí éste?

—Es un pavo que nos vamos a comer por Navidad.

Capítulo 16

Su cuerpo había sido separado en dos mitades. En cuclillas, Takayama lo miraba fascinado. Los ojos de Takayama estaban conectados directamente a la central, y no sólo los suyos, los de todo el equipo forense, con lo que no era necesario fotografiar nada, todo quedaba registrado. Cada palmo de la escena del crimen. Eso sin contar las cámaras de la calle.

—Sin lucha, sin violencia, la víctima no debió de enterarse de nada hasta que fue demasiado tarde. Qué limpieza —dijo con una sonrisa de admiración—. No lo habría hecho mejor en una mesa de autopsias.

—Das miedo, Tak.

—Soy inofensivo. Lo mío es sólo voyerismo, ya lo sabes.

—No, ni quiero saberlo. ¿Cómo pudo hacer esto?

—El corte está cauterizado; mira, apenas hay sangre. Apostaría a que es un hilo de calor para metal.

—¿Qué es eso?

—Ya sabes. Uno de esos chismes para cortar cañerías, tubos de acero... Un juguete industrial. No sé si habrá sido el Enterrador. Demasiado aparatoso, ¿no crees?

—Sí, ha sido él, te lo aseguro. ¿Hora de la muerte?

Takayama apenas tuvo que pinchar la parte superior del cadáver con el termómetro de precisión. Miró los datos y le bastaron un par de segundos.

—Doce y media de la noche. De todas formas, estará todo grabado, ¿no?

Lora comenzó a echar un ojo a todo el callejón. Los servicios de limpieza esperaban a que se les permitiera acceder a la zona. Lo bueno de los robots es que no se impacientan. De nuevo, ni una huella, ni ADN, ni nada. Por un momento se le pasó por la cabeza que tal vez el Enterrador no era humano. Eso explicaría la falta de rastros y huellas. Hubo un caso en Ciudad del Cabo, pero fue un accidente. Las máquinas no piensan, por mucho que se empeñen algunos fanáticos defensores de los derechos de los robots. ¿Cómo iba a creer en el alma de una mierda de tostadora cuando dudaba de que los humanos la tuvieran? Se fue a la oficina en transporte público y se encerró en su despacho. Se echó un par de gotas de café en los ojos, lo suficiente para olvidarse de dormir en siete horas. Analizó los vídeos. Toda la calle estaba monitorizada. Buscó la hora que le había dado Takayama y se fue un poco más atrás, por si acaso, pero el japonés no se equivocaba casi nunca. A las doce y cuarenta y cinco y pocos segundos, quince minutos después de la supuesta hora de la muerte sin previo aviso, apareció ahí. La cámara barría la calle de forma lenta pero constante. En el minuto 45,03 se podía ver la calle limpia. Bueno, con «limpia» se refería a que no había cadáver. Pero cuando volvía en el 45,09 el cuerpo ya estaba ahí. Albino Rosso en dos mitades, como un ridículo barón de Münchhausen. Rebobinó, por si se había perdido algo. Pasa la cámara, acera sin muerto; vuelve la cámara, cadáver. En ese tiempo no podían haber cortado a nadie por la mitad. Además, en ningún momento se veía a Albino llegando por la calle. Eso significaba que era imposible que hubiera muerto ahí. Tenía que haber muerto en otra parte y el asesino, u otra persona, habría dejado el cadáver en el callejón, las dos piezas, en ese punto, en el instante exacto en que las cámaras «no miraban». Otra vez. Y otra. Lo vería hasta que se lo supiera de memoria. Esperaba ver llegar a un tipo con dos maletines, uno para cada medio Albino. Alguien que se acercara por la acera con un fardo y saliera luego más ligero. Nadie. Ni antes ni después pasó nadie. La calle entera desierta. Nada por aquí, nada por allá...

Siendo muy pequeña fue con sus padres a ver esas pantomimas que dicen que invadían las calles cada fin de semana. Uno de los pocos recuerdos divertidos de una infancia miserable. Sus padres no eran zombis, todavía. Eran de América Central y se habían marchado a Francia por una gran

oportunidad que nunca fue tal. Trabajaban todos los días, pero ese domingo habían conseguido «el permiso». Pasearon por Burdeos en lo poco que quedaba de lo que seguramente fue una bella avenida antes de los tornados, los incendios y la guerra. Le compraron una corteza salada que se hacía con saltamontes secos y pimentón y se detuvieron con todos esos niños a ver aquellas marionetas que se pegaban de cachiporrazos. El padre contemplaba ansioso a su hija esperando verla disfrutar, queriendo que cada minuto fuera único, ya que había conseguido ¡el permiso! que tanto habían estado ansiando. Lora lo miraba interesada pero seria, con recelo. Hasta que apareció ese hombre, calvo, regordete, con aquella chaqueta con las mangas arrancadas, convertida en chaleco, algo sucia pero, de alguna forma, elegante. Quizá por sus movimientos sincronizados que conformaban una danza casi hipnótica. Sacaba el cuello hacia delante y miraba a su público con los ojos muy abiertos. Nada por aquí, nada por allá. De sus manos vacías salió un pañuelo rojo. Y de ese pañuelo, un huevo. Lanzó el huevo de una mano a la otra, a punto estuvo de estrellarlo contra el suelo, seguramente con fingida torpeza, y tras romperlo entre sus dedos, salió de la cáscara vacía un hermoso periquito azul. Lora miraba a aquel mago atónita, como quien toca la nieve por primera vez.

—¿Qué hace, papá? Es imposible...

—Es magia.

La función terminó, pero Lora se quedó a ver el siguiente pase. Vio el espectáculo tres veces más. Unos grandes aros metálicos se entrelazaban y se separaban delante de sus ojos. Un vaso vacío se llenaba de agua, se convertía en vino, luego en leche y finalmente en una lluvia blanca y plateada que parecía flotar y no caer nunca al suelo. Estaba fascinada, excitada, pero, en cierto modo, algo molesta. Enfadada con sus padres, con sus profesores, con el mundo. Si eso era posible, ¿por qué no lo usaban sus padres para traer comida a la mesa? Aunque fuera uno de esos pájaros tan bonitos. La sensación de desconcierto le duró mucho tiempo, días, tal vez meses. Un tiempo que fue un mundo para esa niña pequeña. Su padre le preguntó si quería aprender magia.

—¡No! ¡Nunca!

Un no tan rotundo que desconcertó al señor Walters. Lora seguía obnubilada por ese mago... Y si aprendía magia... Desde que vio la actuación, algo en el fondo de su corazón le susurraba que todo aquello no era más que una ilusión, puro cartón, una mentira, y eso la hacía sentir muy desdichada.

Todo enigma debe tener una respuesta, y ésta ha de ser lógica también. Un pañuelo no aparece de la nada, está en alguna parte antes de que el público lo vea, escondido. Si el Enterrador ha hecho un truco de magia, es sólo un truco, nada más. Y las soluciones suelen ser simples y decepcionantes. Tal vez el Enterrador ni siquiera tenía intención de hacer un truco. Es posible que todo sea un problema del punto de vista, una deficiencia de nuestros sentidos, como cuando vemos pasar un perro por el rabillo del ojo, pero no estaba ahí realmente.

Subió a la azotea. Cuando otros compañeros estaban bloqueados se ponían a pegar tiros en las salas de prácticas o iban a darle duro al saco de boxeo. Ella subía a la planta ciento ochenta y siete, hacía el último tramo de escaleras andando y salía al exterior. La torre de la prensa, el parque con el cementerio, el estadio, todo Boston frente a ella. A lo lejos, más allá de los filtros de aire, las nubes negras. Se acercó al borde. Pudo sentir el edificio vibrando bajo sus pies. Las alturas le daban seguridad. «Música», ordenó. Sintió algo suave.

—Hola, Pocs.

—Hola, Randall. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Todos saben que estás aquí.

Pensó en volverse pero no lo hizo. No quería mirarlo a la cara. Si no hubiera recibido el aviso por la muerte de Albino Rosso se habría largado igual al despertar. Pobre Randall, por eso había estado evitando todo este tiempo que eso pasara. No quería hacerle daño, a él no.

—Te lo he dicho, yo no sirvo para esto...

—¿De qué hablas, morena? Te dejaste esto en casa.

Lora se dio la vuelta y Randall le enseñó la invitación con su pase para la conferencia de Albino. Lora la cogió. Por un lado Marte cambiando de color:

rojo, verde y azul, llamas...; por el otro, un mapa con el lugar exacto del evento parpadeando en ámbar. Lora se quedó mirándola.

—Ayer estuve hablando con él, a sólo cien metros de donde ha aparecido el cadáver.

—¿Con quién?

—Con Albino Rosso. Fui a su conferencia. Y al poco de irme estaba muerto. Es posible que el Enterrador también estuviera ahí.

Lora dio un paso más hacia el borde y miró hacia abajo. Randall tuvo que contenerse para no abalanzarse y sujetarla. Sabía que agarrar a Lora Walters era la peor forma de conservarla.

—Ya sé cómo lo hizo. —Sonrió de medio lado—. Le he pillado el truco.

Volvió al callejón. Ahora lleno de vida, transeúntes apresurados, mensajeros saliendo de una empresa de repartos y un olor a curry y verduras que lo envolvía todo desde un puesto humeante de comida para llevar. Los robots de limpieza habían hecho un magnífico trabajo. Si querías tener tu calle limpia, lo mejor era un asesinato. Se colocó donde encontraron a Albino y miró para arriba. Era evidente. Como dijo alguien, una vez descartado lo imposible, lo que queda, por improbable que sea, ha de ser la respuesta. Tuvo que llegar de arriba. El cadáver cayó del cielo. Pero la primera ventana estaba a más de veinte metros. Si arrojas un cadáver desde esa altura, se dañaría inevitablemente, se despanzurraría contra el cemento.

—Takayama, ¿qué encontrasteis en la sala de conferencias?

—Nada de momento. —Los ruidos delataban que Takayama hablaba desde el laboratorio, sin dejar de trabajar—. Ni huellas coincidentes ni nada. En el asiento contiguo al tuyo parece como si no se hubiera sentado nadie. ¿Seguro que me has dado bien el número?

—¿Crees que pudo matarlo en la sala?

—Tendría que haber salpicaduras de sangre, algo. De momento no hemos encontrado nada, pero seguimos buscando. Hemos identificado un cincuenta por ciento de las huellas de pie de los asistentes. Entre ellas las tuyas. ¿Te pusiste tacones? Y estuviste hablando con Albino.

—Muy bien. Yo no lo maté.

Lora había revisado la grabación de la entrada y la salida del público de la conferencia. Vio a Albino entrar tres horas antes de la charla. Se vio a sí misma entrar y salir. También vio al obeso que se puso a su lado, sin embargo, ni rastro del tipo enjuto con olor a rancio. La gente entró muy agrupada, pudo colarse entre la muchedumbre sin que las cámaras lo registrasen. Había unos cuantos cogotes que podrían pertenecer a cualquiera por su indefinición. En cualquier caso, lo que sí pudo comprobar era que Albino no abandonó el edificio por esa puerta, ni tampoco por la puerta de emergencia, y lo más seguro era que no lo hiciera por ninguna otra, al menos no de una pieza.

Fue a la sala de conferencias. En el cartel de la entrada una foto del científico con una animación sobre ella en la que se podía leer «anulado» de forma continuada junto a un intermitente crespón negro. Puso sus ojos a grabar. Entre las butacas y sobre la tarima seguían los de la científica rastreando cada mota de polvo, cada resto de piel, dirigidos desde la oficina por Takayama. Se colocó allí donde habló por última vez con él, al pie de una pequeña escalera. Subió y cruzó hacia detrás del escenario.

—Lora, no pises la escena del crimen. ¿Sabes cuántas horas llevamos aquí?

—No vais a encontrar una mierda.

Siguió entre bastidores. Estaba oscuro y tardó en acostumbrarse. Tenía que haber otra salida. Vio una puerta pequeña junto a una caja de luces. Fue hasta ella, la abrió y pasó al otro lado. Un pasillo llevaba hacia los camerinos en una dirección y probablemente a unas oficinas hacia el otro lado. Y al frente, una escalera. Subió. En el tercer piso encontró el esperado brochazo de sangre. Más que un brochazo era una fina línea, una firma en la pared de un antiguo pintor abstracto.

—Takayama, di a tus chicos que ya sé dónde lo partieron en dos.

Con los guantes puestos abrió la ventana, aunque estaba convencida de que allí tampoco habría huellas, ¿por qué iba a haberlas? Salió al exterior por la escalera de incendios. Trepó buscando un camino hasta la azotea, pero no lo había. Dos pisos más arriba la escalera se volvía impracticable. Faltaba un

tramo. Esos edificios antiguos, de principios del siglo XX, estaban que se caían. Se fijó en el bloque de enfrente y vio una ventana abierta. Se encontraba a apenas tres metros y casi un piso más abajo. El Enterrador tuvo que acceder por ahí, estaba segura. Podía llamar a sus superiores, pedir una orden y hacer todos los trámites... o podía saltar. El Enterrador lo hizo. Y con un cadáver de setenta kilos partido en dos. Lora tomó impulso y saltó.

El golpe contra la cornisa de enfrente le cortó la respiración. Había alcanzado la ventana y no pensaba soltarse. Eres gilipollas, Lora, qué pretendes demostrar, no te pagan tanto. Se quedó unos segundos eternos recuperando el aliento y se aupó. Metió su cuerpo por el hueco de la ventana y se dejó caer sobre un viejo suelo de tarima de madera. Y allí estaban los regalos, como el día de Navidad esperando a ser abiertos. Sus padres nunca podían celebrar la Navidad. Parece que al final su nombre sí que estaba en la lista del viejo Santa Claus, aunque los regalos llegaran con más de veinte años de retraso.

Allí, en la planta de aquel piso abandonado, estaba todo: cuerdas, dos bolsas de deporte en las que seguramente llevó a Albino Rosso, incluso el hilo de calor que sugirió Takayama. Eso debe de costar una fortuna... Y una escalera de cuatro metros. Idiota, para pasar de un edificio al otro usó una escalera.

Se acercó a la ventana del otro lado de la estancia. Se asomó y pudo ver justo debajo el lugar donde habían aparecido las dos mitades de Albino. Desde donde ella se encontraba, el Enterrador bajó el cadáver a la acera. No lo arrojó, usó una cuerda a modo de polea y depositó las dos partes en el suelo, con delicadeza. ¿Para qué tomarse tantas molestias? Podía haberlo dejado donde lo asesinó. Sabía que el cuerpo en el callejón les haría perder tiempo. Y era evidente que tenía que burlar a las cámaras. Quería evitar que lo vieran saliendo del auditorio. Encontrar un camino para su huida.

No le dio tiempo a oír los pasos. Un golpe fuerte en la sexta vértebra, bajo la cabeza. Y luego otro en la coronilla, tal vez al chocar contra el suelo. Parecía que la hubieran golpeado con un yunque.

Cuando despertó no había regalos. Santa se los había llevado una vez más. Desde su posición pudo contemplar el suelo vacío y limpio. Las

cuerdas, la bolsa, todo había desaparecido. Seguro que no quedaban restos de ADN, ni fibras ni nada. Era de noche y Lora se sentía a morir. La cabeza le daba vueltas. No era la primera vez que lo estropeaba todo por moverse sola. Su jefa había desistido de buscarle compañeros, que siempre pedían el traslado a las pocas semanas. Intentó moverse, no pudo. No sentía el cuerpo de cintura para abajo. Se había quedado parapléjica. Otra vez. Al menos sus ojos seguían grabando. A lo mejor tenía suerte.

Cerró los ojos y rebobinó. Saltó de un edificio al otro. La grabación era monocular, pero tan real que Lora casi se tambalea. Entró por la ventana, comprobó la zona..., vio las cuerdas, la bolsa, el arma del crimen... La otra ventana, el lugar donde apareció el cuerpo, de nuevo la sala, un golpe, un tambaleo y... al suelo. No se veía nada. Había estado tan cerca... Como el día anterior, en la conferencia. Estaba convencida de que el Enterrador estuvo allí.

Lora acercó una manga hasta la nariz. Reconoció el olor en su ropa. Un olor rancio y viejo.

¿Había visto al hombre que se sentó a su lado en la conferencia? La verdad era que no estaba segura. Recordaba su mano, pero no su cara. No se fiaba demasiado de su memoria, pero iba a hacer que le sacaran ese recuerdo de la cabeza.

Capítulo 17

La música era mala y estaba terriblemente alta. A León le sorprendió ver tanta gente junta. Desde que llegó y cruzó la aduana, apenas había visto más de veinte personas en un mismo sitio. Todos permanecían quietos, bailando. Sus cuerpos inmóviles apenas vibraban abducidos al ritmo de la música. En los tiempos de universidad de León todavía se bailaba más con el cuerpo que con la mente; hoy eran estatuas. Sólo tres jóvenes serpenteaban y daban botes lanzando gotas de sudor al aire que se recortaban contra las luces parpadeantes. Una chica que bailaba quieta abrió los ojos y lo miró mientras se humedecía los labios con la lengua. Era guapa, de pelo muy corto y rubio, con los ojos algo perdidos por el baile. «Así que los marcianos son así», pensó divertido.

—Van todos drogadísimos. Sólo biodrogas legales. Hasta que empiecen a llegar narcotraficantes, claro, porque llegarán, profesor. Todo lo bueno se acaba.

Se abrieron paso por el local hacia la barra. Candi iba delante. León se había afeitado, incluso se había cortado el pelo. Tenía un aspecto bastante decente aunque lo delataban las ojeras, que no habían desaparecido. Tuvo que apartar a un par de mujeres que casi se le caen encima. Podría pegarse una juega y olvidarse de toda esa historia, liar a Candi y armarla bien gorda hasta el amanecer. ¿Sería Candi de los que engañan a su mujer? Lo dudaba. No se lo imaginaba dejándose arrastrar por las pasiones, pero si algo había aprendido a lo largo de su vida era a no poner la mano en el fuego por nadie. Se acordó de Sonia. No la había engañado jamás. Bueno, nadie consideraría

engañar a ese beso que le dio una compañera en un tren. Estaban muy borrachos y era cierto que no rechazó el beso. Le gustó, sin más. Y la cosa quedó ahí. Aun así los remordimientos lo persiguieron durante todo aquel verano. Tampoco creía que Sonia lo hubiese engañado nunca. Hasta el otro día. ¿Quién sería el cretino que estaba en su casa por la noche? Lo mejor sería no pensar en eso.

—¿Lou Marini? —dijo Candi haciéndose oír por encima de la música.

—¿Quién? No me suena —contestó la camarera, tan guapa como bizca.

—Lou Marini. Es un bailarín, trabajaba en el Rosas.

—Pues buscadlo en el Rosas. ¿Por qué no os relajáis tomando un néctar de pino? Invita la casa.

—No, gracias. Si lo ves, dile que lo estamos buscando.

—Ya os he dicho que no lo conozco.

—¿Y Max Pinaud? ¿Te suena el nombre de Max Pinaud?

La camarera bizca se encogió de hombros y Candi alejó a León de la barra.

—Lo conocen, estoy seguro —le gritó al oído—. Pero se creen que somos policías en busca de prostitutas ilegales.

—Pensaba que aquí el sexo estaba bien regulado.

—Si no recuerdo mal, Lou Marini es bailarín, no tiene licencia de prostitución. Aquí se persigue más el pluriempleo ilegal que otra cosa. La actividad es lo de menos, lo importante es que tributes por ello.

Candi se rio y le pidió al profesor que salieran a tomar el aire. Ese aire lleno de humo aunque vacío por dentro al que ya se había acostumbrado.

La última semana León había estado ocupado. Desde que Candi le confirmó que podía existir una traducción anterior, dejó la suya aparcada y se volcó en averiguar todo lo que pudo sobre ese otro texto y su predecesor, que era bastante poco. Max Pinaud. Su botón le dio la información básica. Fecha y lugar de nacimiento, grupo sanguíneo, implantes y mejoras registradas. Hijo de granjeros, se crio en Rusia, donde realizó sus primeros estudios de etimología, se doctoró en Quebec y obtuvo siempre muy buenas

calificaciones. Sin embargo, no aparecían escritos relevantes ni ningún trabajo que le otorgase notoriedad exceptuando su tesis *El futuro del lenguaje*, disponible de manera gratuita para cualquiera que deseara leerla. En ella defendía los neologismos y se burlaba de lo absurdo de agarrarse a las antiguas formas de expresión. Planteaba la idea de un idioma siempre vivo. Rechazaba los conceptos de correcto o incorrecto más allá de la comprensión entre emisor y receptor y cuestionaba todo lo que se podría considerar «norma gramatical». León leyó su tesis con bastante interés y con una sombra de envidia. Tuvo que ser seleccionado para el trabajo por sus altas calificaciones, simplemente. No era de buena familia, no trabajaba para nadie importante. Lo extraño era que no figuraba ni siquiera que hubiese ido a Marte a trabajar. Ni un pasaje a Marte, entonces, ni ninguna publicación, reseña, dato, enfermedad, nada de ningún tipo en los últimos siete años. Tampoco ningún billete de vuelta. Si no fuera porque sabía que Candi no tenía tanta imaginación, parecería que se hubiera inventado al personaje.

—Profesor, te aseguro que yo mismo lo recogí en el aeropuerto cuando vino...

—Vale, pero ¿lo llevaste cuando se fue?

Candi negó con la cabeza. ¿Seguiría aún en Marte? Candi no lo creía posible. Al menos no con vida. Alguien se había encargado bien de borrar sus pasos en el Planeta Rojo. Tal vez Edgard Edgard, o los jefes de Edgard Edgard, o los jefes de los jefes de Edgard Edgard. Eso era lo de menos, lo importante era que lo que le hubiese sucedido no le pasara también a él. Con la intención de poder seguir el rastro de Max Pinaud, León le había entregado a Edgard Edgard parte del trabajo, suficiente para que lo dejara tranquilo un tiempo.

—Veo que ha empezado a tomárselo en serio, señor Miranda. Así me gusta. ¿No se siente más a gusto con los deberes hechos?

—Me sentiría mejor trabajando desde mi casa, en la Tierra.

—Lo dice de una forma que parece que le tengamos aquí cautivo.

León le dedicó una sonrisa simpática.

—Dese prisa en acabar y regresará cuanto antes.

Pero cuanto más recibía Edgard Edgard de la traducción, más quería

saber.

—Los Ur, así que esos seres eran los Ur, ¿no? ¡Me gusta! ¡Abramos una botella! ¡Beba conmigo!

Parecía sorprenderse sinceramente con cada dato nuevo. Quizá Max Pinaud jamás terminó la traducción... Lo inquietante era por qué no lo hizo. León estaba asustado. En buena hora había cogido ese trabajo. ¿Quién lo recomendó? Fue a través de su antiguo jefe, ese armenio, menudo tipejo. Se sentía como Scheherezade, entregándole al sultán trocitos de historia, a sabiendas de que el día que acabase su relato le cortarían la cabeza. Luego mandarían un comunicado a su mujer diciéndole que había ocurrido un fatal accidente debido al aire contaminado. O peor, borrarían todo su historial y simplemente parecería que nunca había existido. ¿León Miranda, dice? No me suena. Su mujer, desesperada, se enfrentaría a una burocracia imposible y al final se daría por vencida, porque total, ya tendría a un hombre nuevo, un marido menos ausente y más eficaz que sabría ocuparse de ella y de Víctor sin tener que largarse a otro planeta. León era de natural pesimista, no podía evitarlo.

Candi intentaba calmarlo. Le intentaba hacer ver que todo eran especulaciones, pero no encontraba los argumentos para refutar sus teorías conspiranoicas.

—Todo esto debe de tener una explicación. Algo aburrido. Lo mismo lo despidieron por no ajustarse a los plazos. A lo mejor no supo hacerlo, le quedaba grande... y él mismo se ocupó de que no quedara constancia en su expediente. Si pagas suficiente dinero puedes hacer que desaparezca lo que sea.

—Tú piensas lo mismo que yo, Candi, que Max Pinaud no salió nunca de este planeta.

León se dedicó a buscar en C-2 todos los rastros sobre Max Pinaud. Se dio cuenta de que, exceptuando el centro comercial, el aeropuerto, el hotel, la cueva y la casa de Jose y Candi, no conocía Marte en realidad. Así que se puso a hacer turismo. No era raro que nadie conociera al joven filólogo, ya que muy pocos aguantaban ciclos de más de tres años allí. Los permisos de turismo nunca superaban el mes, los contratos laborales no solían exceder el

año. Los marcianos más veteranos eran Jose y Candi. Y por supuesto Edgard Edgard. Todo eso cambiaría pronto, en cuanto empezaran a acudir los residentes.

Fue a ver a Úrsula, una mujer que había sido cocinera durante muchos años en el hotel y que ahora trabajaba en los fogones de las oficinas centrales. Daba de comer a diario a unas siete mil personas. Pero ni le sonaba el nombre ni le quería sonar.

—¿Tú crees que estoy yo como para andar fijándome en la gente? Haz que estos capullos me paguen unos ojos decentes y una cadera que funcione y a lo mejor empiezo a fijarme más.

La mejor pista hasta el momento le llegó a León en la escuela de baile. Allí conoció a un tal Lou Marini. La música del local de baile desapareció tras la puerta insonorizada. León también agradeció salir fuera del local y liberarse de aquel baño caliente de humanidad. Intentó rascarse en el omoplato izquierdo, pero no conseguía alcanzarlo. Días atrás le había salido un sarpullido en la espalda. En el consultorio médico se lo habían quitado tres veces con cápsulas y parches de zovifarm, pero lo volvía a tener al día siguiente. El primer día barajaron la posibilidad de una reacción al agua de Marte, el segundo optaron por saturación mineral debido a la alimentación de Marte, el tercero a un efecto por la baja gravedad de Marte... Ahora León tenía claro que era sólo miedo, miedo a no salir de Marte. En cualquier caso, no había manera de alcanzar ese dichoso omoplato. Le habría gustado pedirle a Candi que le rascase, a dos manos, como hacía su madre cuando era pequeño. Pero ni había suficiente confianza ni se sentía cómodo con el contacto masculino.

Un chico largo, casi jirafesco, salió buscando con la mirada. Iba en mallas y con un abrigo plateado sobre los hombros. Parecía muerto de frío.

—¿Vosotros sois los que preguntáis por Lou?

—Sí, no somos policías —se lanzó a decir Candi.

—Ya, tú eres Baloo.

León pudo ver cómo Candi se ruborizaba, incómodo.

—¿Baloo? —dijo León, sorprendido.

—Es el oso de un cuento, me parece —se excusó Candi.

—¿Eres el de mantenimiento de sistemas, no? Nosotros te conocemos por Baloo.

—¿Tienes algo que contarnos o no, niño?

Candi era amable con todo el mundo, nunca mostraba hostilidad gratuita. Pero pudo ver cómo aquel chico no le gustó a su amigo desde el primer momento.

—Conocí a Lou cuando llegué a C-2. Me ayudó a instalarme, me lo enseñó todo y consiguió que no me sintiera tan solo. Porque aquí uno está solo que te cagas. Bueno, como en cualquier parte, pero aquí más, ¿no creéis? Fue mi novio hasta que un alien se encaprichó con él.

—¿Alien?

En pocos días había aprendido más vocabulario local que en todo el viaje.

—Es como llamamos a los que venís a hacer un trabajo temporal —le aclaró Candi—. Ese alien, ¿no se llamaría Max Pinaud?

—Pues lo mismo, soy muy malo para los nombres. Me acuerdo de Lou porque era Lou, pero tampoco era su nombre. Era Lucas, o Lewys, no lo sé. El caso es que el alien no lo dejaba en paz, pero le daba yuanes y a Lou la pasta le tiraba. Nunca los pillé juntos. Yo no soy muy de compartir a mi chico, ¿sabéis? Ojalá me lo hubiera cruzado. Le habría arañado la cara a ver si se la regeneraban...

El chico se frotó las manos y sopló acercándoselas a la boca. De verdad tenía frío.

—¿Y Lou? ¿Dónde está Lou?

—Lou está en la Tierra, con sus padres. Y eso que no se hablaban. Se lo encontraron hace cinco años en una zanja, aquí, en Marte, con el cerebro frito y sin lengua. Sin lengua. Puto Lou, mira que se lo decía. Qué clase de hijo de puta te corta la lengua. Lo mandaron con sus padres, unos zombis pobres como ratas. Ellos no le hablaban y ahora él tampoco les habla, claro.

León se tiró sobre el suelo enmoquetado de la habitación. Dejó delicadamente a su amigo reptil sobre su tripa. El gecko no apoyaba la pata mala, la dejaba en alto como si se hubiese quedado en un movimiento a medias. Contempló

expectante a su amo mientras éste sacaba del bolsillo la pieza del día.

—Mira lo que te traigo. Un saltamontes gordo y rico.

El gecko abrió la boca y León le dio de comer. Se fijó en su lengua, pequeña, gruesa, elástica y, de momento, entera.

—No voy a dejar que nadie te corte la tuya, amigo.

¿A quién deseas?

Ten sexo con quien tú quieras, él o ella nunca lo sabrá.



*Amas a tu jefa, a tu profesor, a un familiar,
al marido de tu mejor amiga?*

Elige el lugar, la intensidad, el nivel de pasión y violencia.

*Puedes incluso crear a esa persona tan deseada,
con lo mejor de cada uno, un poco de todo.*

Ponle sal a tu vida sexual.

*Nuestros simuladores son tan perfectos que no podrá
distinguirlos de una experiencia real...*

Salvo porque será mucho mejor.

Capítulo 18

Una zancada, dos, tres, ¡salto! Nunú alejó un poco más el palo de la meta. Volvió a tomar carrerilla. Una, dos, tres, ¡salto! Sus pies pisaron el palo. Ése era su límite. Debía entrenar. Nunú subía donde los coches abandonados a observar cómo los pobres diablos saltaban la valla. La noche anterior se juntaron unos mil y saltaron por lo menos ochocientos. Murieron todos. Dispararon a algunos, pero a la mayoría los quemaron desde un camión lanzallamas. Ella no iba a saltar. No de momento. Pero si saltaba tenía que hacerlo bien. Alejó la meta diez centímetros. Ése era su límite... por poco tiempo. Zancada, zancada, ¡salto! Pisó la marca otra vez. Se dio una bofetada. ¡Puedes hacerlo mejor, niña! Saltó otra vez y otra y otra. Se hizo daño al caer varias veces, se raspó las piernas y las palmas de las manos, pero siguió saltando. Cada vez se quedaba más atrás, ya ni siquiera pisaba la meta. Cada vez lo hacía peor, niña estúpida. Estaba cansada. Se sentó un momento en el borde de una rueda de camión. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y la palpó. Ahí seguía. Su piedra negra. La tranquilizaba, le gustaba saber que la tenía. Pasaba los dedos por ella. Pesaba. Era un rectángulo perfecto. Nunú valoraba los objetos, en el mundo que le había tocado vivir nada se tiraba, pero éste era diferente. Era especial. Aquel hombre se lo había dado a ella y nunca le habían hecho un regalo. Se puso de pie, tomó carrerilla y volvió a saltar. Sobrepasó la meta unos milímetros. Lo justo. Lo había conseguido.

Regresó con agua y dos cuervos atados a la cintura. Detestaba comer cuervo. Estaban llenos de parásitos y sabían a muerte. Pero sin proteínas no habría forma de que Fiona se recuperase. Haría un caldo con el cuervo y con

el nabo que consiguió por la noche. Un vecino —por llamarlo de alguna manera—, Gustaf, tenía un huerto pequeño, de cinco por cuatro metros. Allí plantaba todo lo que podía. La mayoría se moría, por supuesto, pero él no cejaba en el intento. Cualquiera semilla que llegara a sus manos era un nuevo experimento con el que ilusionarse. Lo complicado era regar, claro. No llovía prácticamente nunca. Y cuando lo hacía, lo que caía del cielo era tan sucio que a veces mataba los brotes a las pocas horas. El agua dejaba surcos manchando todo lo que tocaba, era como ver pintar con acuarelas. Nunú y Fiona solían comentarlo, hoy viene amarilla, hoy roja, aunque en general era tirando a los marrones y los grises. Gustaf defendía su huerto con uñas y dientes. Bueno, sobre todo con una escopeta de dos cañones. Nunú no estaba segura de si esa vieja arma estaba cargada realmente; lo más probable es que no funcionase, aunque no tenía ganas de averiguarlo. Nunú estudiaba los movimientos del viejo y siempre esperaba a que se hubiese dormido. Tenía un sueño muy ligero, el cabrón, pero ella unos pies más ligeros aún. La noche anterior se llevó un nabo, no había mucho más.

—Niña, ¿has traído alcohol?

Nunú no contestó al gordo. Intentaba ignorarlo todo lo posible. Dejó los cuervos junto a la olla y el nabo y fue directamente al lecho de Fiona. Le retiró la venda. Apestaba. Olía aún peor que la semana pasada. ¿Por qué la herida del gordo sanaba tan bien y la de Fiona iba cada vez peor?

—Hay que cortar esa pierna.

El gordo estaba de pie, en el marco de la puerta. Nunú le devolvió una mirada heladora, dejándole claro que no se metiera donde nadie lo llamaba.

—¿Qué pasa? ¿Todo el mundo es médico ahora?

—No, pero he visto a gente irse a tomar por culo por menos que eso. Si no se corta de raíz, la infección irá por dentro hasta que se muera.

Fiona abrió los ojos.

—He tenido una pesadilla.

El gordo se retiró. Si la pequeña no lo tragaba, la enferma mucho menos aún.

—No quiero fastidiar, niña.

—Entonces, cállate.

—Muy bien.

El gordo cerró la boca. Nunú dio una patada al suelo, rabiosa.

—¿Por qué te voy a creer? Eres un mentiroso.

El gordo se rascó en lo alto del muslo de la pierna herida. No añadió nada.

—Dijiste que si te salvaba la vida me darías ese anillo y te irías. Si no me quieres dar nada, por lo menos vete de aquí.

El gordo escupió. Nunú lo miró y sintió que la rabia se le iba igual que el aire por el agujero de un globo pinchado.

—¿Es verdad?

—El qué.

—Que si no le corto la pierna se va a morir.

—Es verdad.

—¿Y si se la corto se salvará?

—No lo creo, niña.

Nunú se volvió a mirar a Fiona, tumbada en su lecho. Desde donde se encontraba no consiguió apreciar si estaba despierta o dormida.

Félix no podía evitar acordarse de sus hijas. Lloraban si la comida estaba fría o si un refresco estaba caliente. Y allí estaba esa mocosa, dura como el diamante, con todos los motivos para romper a llorar y sin soltar ni una lágrima. Le sacó las dos balas, la del gemelo y la del hombro. Le hubiera gustado ver hacer algo así a sus hijas o alguna de sus mujeres. Le habrían dejado desangrarse antes de romperse una uña. La niña negra era dura de cojones, la verdad. Toda esa semana la vio cargar con todo de aquí para allá, sin una queja. Qué bien le hubiera ido una niña así en su organización, aunque fuese negra.

—Ya te puedes mover. No te voy a hacer la comida como a un bebé. Toma.

La niña le lanzó los dos cuervos para que los desplumase. Félix obedeció. Se puso a hacerlo sin pensar. No le molestaba el trabajo manual, no se le caían los anillos. Era una actividad mecánica, y mientras podía pensar en sus cosas. No debía quedarse ahí, no podía dejar todo lo suyo a merced de las comadreja, las ratas y los cuervos. Y ella. Necesitaba un plan. Debía salir de

ahí cuanto antes. El olor a zombi le revolvió el estómago. Si hubiera tenido un rifle se habría cargado a unos cuantos de esos que vagaban por ahí con sus caras de pena. Le llegó el olor del nabo hervido, menuda mierda, era peor que el de zombi. Nunca pensó que fuera un exquisito para comer, todo lo contrario, tragaba casi con cualquier cosa. Eso era lo que le había mandado más de una vez al hospital. Pero todo tiene un límite.

—Toma tus cuervos, niña.

Ella los cogió al vuelo.

—Pues si son míos, no comas.

La niña observó los pájaros, terminó de limpiarlos y les quitó la cabeza y las patas de sendos tajos. Guardó los miembros mutilados en un trapo y echó los cuerpos al puchero. Nada se desaprovechaba. Seguramente lo que le quedaba lo usaría para intentar cazar. O peor, se lo acabarían comiendo si era necesario. Había que salir de ahí o serían ellos el alimento de los cuervos.

Le supo mejor de lo que cabía esperar. La niña le echaba unas hierbas secas que le aportaban un toque anisado y servían para disimular la falta de sabor. Félix se quedó observando los esfuerzos de la niña por darle el guiso a la otra. La otra ya no quería comer. *Yeti*. Félix tuvo un perro cuando ya nadie tenía mascotas. Estaban prohibidas. No era ético malgastar recursos en cebar a un animal. Lo compró en el mercado negro y se llamaba *Yeti*. Lo adoraba. Era mitad mastín mitad bóxer. Era bueno y noble, como cabía esperar de un perro bueno y noble. Dormían en la misma cama, salían a correr, cuando Félix estaba en fase de hacer algo de ejercicio. Después de la Aurora era el ser al que más había querido. Claro que el amor por *Yeti* era mucho más sano y la relación mucho menos conflictiva. Cuando el animal cumplió doce años le diagnosticaron diabetes. Tenía que pincharle insulina mañana y tarde. Cuando parecía que empezaban a controlarle el azúcar en sangre, comenzó con ataques epilépticos. No conseguían averiguar por qué era, tal vez un tumor en el cerebro. El perro, antes musculoso y grande como su dueño, empezó a adelgazar y a orinarse encima. Félix lo sacrificó. Sollozando, lo estranguló con sus propias manos. Le rompió el cuello de un golpe seco. Y ahí estaba la niña dando de comer a ese perro que tenía la muerte escrita en el rostro. Intentando que se bebiera un caldo, o al menos que chupara el ala de

un cuervo repugnante. Qué desperdicio. Nadie tiró los huesos. La niña los guardó todos en un cubo.

Intentó dormir una siesta, pero fue imposible. La otra se puso a gritar. Un lamento constante que subía y bajaba en el viento, un violín mal tocado, una armónica desafinada. Así cómo iba a pensar un plan. En la cara de la niña podía ver que también se desesperaba y que, aunque no soltara una mala palabra, estaba más harta aún de esos gritos que él mismo.

—Me voy, Fifi.

No podía más. Si él pudiera también se iría.

—Niña, ven aquí.

—¿Qué quieres?

—Tengo una propuesta que hacerte.

—No me fío de ti. Eres un mentiroso.

Félix tuvo que escupirse en la mano. Con el calor se le hinchaban los dedos. Se quitó el anillo y se lo entregó a la niña.

—Toma, es tuyo. Y ahora escúchame.

Félix le dio instrucciones precisas, sabía que no tendría que repetírselas. La niña se fue.

Se acercó a ver a la otra. El sudor le cubría las sienes y apretaba los dientes picados como si quisiera cortar alambre de espino. Debió de estar bastante buena hacía poco. Al otro lado del muro, con ropa, aseo y cosmética adecuada, se habría llevado de calle a hombres y mujeres.

—¿Tú qué miras?

Félix no se molestó en contestar, ni tampoco retiró sus ojos de su ingle, su costado, su clavícula.

—Mátame.

La mirada de la mujer estaba llena de todo. De rabia, de súplica, de aburrimiento, de leucocitos, de pus. El blanco de sus ojos ya no era blanco, tenía un amarillo plagado de venas púrpuras, marrones y anaranjadas.

—Mátame. Seguro que has matado a gente antes. Se te nota en la cara de hijo de puta. Mátame, por favor, ella no se atreve.

Claro que sabía lo que era un botón. Era pobre pero no idiota. Que nunca hubiera tenido uno no quiere decir que no observara a los citys a través de la valla, abducidos con sus máquinas. A veces creías que te estaban mirando, con sus ojos abiertos, pero estaban viendo un acontecimiento deportivo. Muchas veces tampoco escuchaban, veías que movían los pies y las cabecitas por la música que debía de sonar en su interior. Todos lo tenían, hasta la policía de frontera. Parecía que eran de otra especie, una que funcionara a pilas.

Llegó a la trampilla donde lo había encontrado. Era de acero, blindada, como la puerta de una caja fuerte. Introdujo el código alfanumérico y tiró hacia arriba. Nada, imposible. O el código estaba mal o la habían sellado desde dentro. El gordo ya contaba con esa posibilidad, por eso le había indicado el otro camino. Lo malo era que el otro camino tenía una alta probabilidad de muerte. Se acercó a la valla. No había que ir a las zonas bajas. Todos iban a las zonas bajas. Te exponías a mayor vigilancia por ahorrarte un metro de nada. Cogió un palo y comenzó a caminar junto al perímetro, golpeando con el palo la malla metálica. Se fijó en dos policías. Uno de ellos no era de la frontera. Por el uniforme diría que era un judicial, de narcóticos, seguramente. Ellos también repararon en ella.

—Aléjate de la valla, pequeña.

Podía no hacerlo. Tenía el anillo del gordo. Podía volver con Fifi y no hacer nada de todo este embrollo. El gordo no se lo tomaría muy bien. Habría que librarse de él. Si les dijera a los policías que lo tenía ella, sólo tendría que dejar que entraran a llevárselo. Igual hasta ofrecían recompensa.

—Eh, vosotros, mirad lo que tengo. ¿Qué me dais por él? Debe de valer una pasta. Se lo he quitado a un gordo que estaba medio muerto en el valle.

Los policías se miraron, extrañados. El judicial se acercó.

—¿Qué gordo?

—Uno. Con mucho pelo en el cuerpo. Pantalones cortos, sandalias... No parece un zombi, la verdad.

—Déjame ver eso.

Nunú miró el anillo, dudando, pero finalmente metió el brazo y abrió la mano. Los dos policías se abalanzaron a cogerlo.

—Es suyo, seguro. Nos ha tocado la lotería. ¿Dónde dices que estaba?

El judicial levantó la vista del anillo y ahí no había nadie. ¿Dónde estaba la *jodía* niña? Nunú estaba arriba, a tres metros, entre las concertinas. Se había encaramado como un gato. Fue el jovencito, el policía de frontera, el que la vio. Lo que no vio venir fue la piedra, justo entre los ojos. La lanzó y saltó. Cayó sobre el judicial. Le mordió la nariz hasta que los dientes se clavaron en esa carne blanda y grasa. La sangre le supo a hierro. El judicial se dobló hacia delante y Nunú saltó al suelo. Cayó junto al policía de frontera que yacía inconsciente. El judicial braceaba cegado por su propia sangre, intentando darle caza y cubrirse a un tiempo. Nunú apenas le prestó atención, buscó el anillo en el suelo, lo tomó y salió corriendo hacia el norte.

La casa asomaba por encima de la gran muralla. Era la suya, sin duda, grande y gorda como él. Con cuatro torretas doradas que hacían difícil perderse. Dos vehículos negros en la puerta la alertaron de lo que podía haber dentro. Apoyado en uno de los coches, un agente malencarado mascaba algo mientras acariciaba su arma en la cartuchera. Maldito gordo, debería haberle pedido todos los anillos. Esta muralla era mucho peor que la valla de la frontera. No podía trepar, no había árboles ni nada a lo que subirse, tenía que buscar otra forma de entrar. En la puerta estaba la entrada del correo, una trampilla estrecha por la que no cabía una persona. Ni siquiera una tan pequeña y delgada como ella. A no ser... que pudiera ensanchar un poco esa ranura. Probó con una piedra. Por más que golpeará, aquello no cedía, el material era muy bueno. Maldito gordo presuntuoso. Golpeó rabiosa un par de veces más. Estaba haciendo demasiado ruido y eso sí que no le interesaba. Se acordó de las lecciones de Omar. A Omar le gustaba mucho la mecánica. No había sido zombi siempre, como ellas, él nació al otro lado. Se fijó en los dos vehículos aparcados. Uno de ellos era un clásico, con cambio manual. Lo conocía bien, eran pocos los modelos que no había en el cementerio de coches. Abrió la puerta del conductor con el tirador sin necesidad de forzar nada. Buscó bajo el volante y ahí estaba la palanca. Tiró. Oyó el clic que hacía el maletero al abrirse. Fue a la parte trasera y vio la rueda de repuesto. La levantó y sonrió: ahí estaba el gato hidráulico. Lo introdujo en la trampilla y comenzó a darle a la palanca. El metal se abrió como una boca que llevara

tiempo deseando bostezar. No quiso perder el tiempo, abrió lo justo para que le pasase la cabeza. Si la cabeza pasa, entra todo lo demás. Había visto muchos partos en su lado del mundo. Se coló por el agujero. No fue tan fácil como pensaba. Se hizo daño en los pechos, que le estaban empezando a crecer, y se quedó encajada al llegar a las caderas. Estaba colgada como una prenda en el tendedero. Las piernas a un lado de la puerta y el cuerpo al otro. Si llegaba alguien en ese momento no tendría forma de defenderse. Intentó soltar todo el aire para no inflar el vientre. Tiró, empujó, se revolvió. Por fin pasó el culo y cayó basculando hacia delante. Se dio de morros contra el suelo. Se puso de mal humor, no por el dolor sino por su torpeza. ¿Todos los anillos? Eso era poco, debió haberle pedido un millón de yuanes por lo menos. Al ponerse de pie se quedó impresionada. Había verde por todas partes. Plantas y flores. Una trepadora con flores fucsias y violetas, otras con forma de pompón y otras con forma de campana. Era el paraíso, como en los cuentos que le contaba Fiffí. En el centro del camino hacia el caserón había una estatua de un hombre forzudo, y de su boca y de sus ojos brotaba ¡agua clara! Agua que caía hacia vete tú a saber dónde, sin aprovecharse, sin que regara nada. A dos kilómetros de allí se matarían por un litro y aquí la estaban tirando. Tenía entendido que los citys no podían usar el agua como quisieran, que había restricciones. Se acercó, hipnotizada. Estiró un brazo, tocó el agua y la dejó correr hasta el codo. Si alguien la hubiera visto en ese momento, no habría notado la diferencia con cualquier otra niña, no hubiese sabido que Nunú no solía sonreír. Metió la cabeza bajo el chorro y tragó varios buchets llenos de agua y aire. Oyó un ruido que le hizo resistir la tentación de lanzarse a beber hasta que le doliera la tripa. Tenía que moverse rápido. Se acercó a la casa. Dos mujeres hacían las veces de columnas que sujetaban un porche. Entre ellas había una inmensa puerta blanca y dorada. El gordo le dijo que no entrara por la puerta blanca, así que la ignoró y continuó bordeando la casa. Oyó voces.

—Yo también tengo un hijo.

Nunú se pegó como un papel adhesivo a la fachada cuando un hombre se apoyó en el alféizar. Lo tenía justo encima, sólo con extender el brazo podría tirarle de la corbata.

—No te entiendo, pibe. Todos queremos hacer bien nuestro trabajo, pero una cosa es una cosa y otra es ser imbécil. Lo tenemos delante y a nadie le va a importar. —La voz del otro le llegaba nítida, debía de estar muy cerca.

—Me importa a mí. Cállate, anda.

El de la ventana bajó la cabeza. Nunú ya no estaba ahí. Corrió hasta encaramarse a la siguiente ventana, de ahí saltó hasta un saliente con forma de cara. Una cara de piedra con barba y bigotes que asomaba de la pared soplando hacia el infinito. Nunú tuvo tiempo de pensar que al gordo le debían de encantar las caras de piedra, las había por todas partes. Sus dedos se aferraron a los bigotes y subió a pulso hasta poner los pies donde hacía un instante estaban las manos. De ahí dio un salto y se colgó del balcón del piso superior. Ya estaba donde quería. No le hizo falta deslizar el cristal hacia el lado como le dijo el gordo, ya estaba entreabierto. Entró.

Estaba en el dormitorio de invitados. Todo era blanco. La casa olía muy fuerte. Le recordó al olor que había cuando aquella explosión del Enterrador atrajo a tantos policías. «No me extraña que tuvieran todas las ventanas abiertas.» Salió al pasillo. Oía a los dos agentes discutiendo abajo. Se volvió a la izquierda y fue hacia el fondo del pasillo. Entró en una habitación que era como una casa en sí misma. Todo en piedra negra y dorado. La cama ovalada, muy alta en el centro de la estancia. Había un Cristo muy grande en la pared y al otro lado esa foto de esa señora tan gorda. Nunú pensó que tendría pesadillas si tuviera que dormir en ese cuarto. Siguió hasta el baño. Se vio reflejada en todos los espejos. Por primera vez en medio de todo ese lujo se sintió realmente pobre. Su pelo fosco, la mugre sobre su piel oscura, los brazos tan delgados, los huesos de las clavículas sobresalientes. Nunú era bonita, pero ni ella misma lo sabía. Cómo saberlo. La belleza quedaba muy lejos de su mundo, tan lejos como Marte. Retiró la vista del espejo y la fijó en el baño. Omar le había hablado de todo aquello, de grifos, bañeras, al igual que de frigoríficos y lavadoras. Juntos se reían de que los citys necesitaran aparatos para todo, hasta para limpiarse el trasero. Le hacía más gracia cuando todo eso parecía formar parte de un cuento. Se acercó al bidet. Ése sí que era un objeto inútil. Lo levantó tal como le dijo el gordo. Bajo el bidet estaba lo que andaba buscando. El famoso botón. En eso gastaban miles de

yuanes las familias. Una vez que te lo ponías ya no podías soltarlo. Se convertía en tu padre, tu hermano, tu muleta, tu amigo imaginario. Había una pistola, la cogió también. Es más, cogería todo lo que pudiese, ya que se había jugado el pellejo al ir hasta ahí. Volvió al armario y buscó algún tipo de bolsa. No encontró lo que quería, así que se apañó con un bolso rosa pálido de mujer. De una vitrina sacó todo tipo de medicinas: opiáceos, antibióticos, antisépticos... ¡le había tocado la lotería! Con esto podría sacar a Fiona adelante. Sólo tenía que salir de ahí sin hacer ruido. Unos pasos que subían la escalera siguieron avanzando por el pasillo. Alguien se acercaba. Los pasos entraron en la habitación, se oían menos que en el pasillo porque los amortiguaba la moqueta; sin embargo, estaban tan cerca... «Vamos, Nunú, no respire, no te muevas, no tosas. Por favor, que no venga para el baño.» Nunú se asomó a mirar por la rendija de la puerta. «No te muevas, te he dicho, ¿qué haces fisgando?» El policía no era el de la ventana, éste no llevaba corbata. Debía de ser el otro. O a lo mejor no era ninguno de los dos, no sabía cuántos había. Parecía nervioso. Colocó sobre la cama una bolsa de deportes. Ésa era la bolsa que Nunú quería, no ese maldito bolso rosa. El policía sacó de una de sus sobaqueras dos lingotes de oro, y de otra, dos lingotes más de lo que debía de ser coral rojo. Omar también le había hablado del coral, con lo que se hacían las coronas de las princesas de los cuentos. El policía iba a cerrar la cremallera cuando lo interrumpieron.

—¿Qué estás haciendo? —Acababa de entrar el de la corbata.

—Nada que te importe, William. Déjame en paz y dedícate a lo tuyo.

—No puedes hacer eso.

—Soy tu superior, así que deja de hincharme las narices.

—No. El reglamento me obliga a informar aunque seas mi superior. Si te llevas esa bolsa, adjuntaré mi visión al informe.

—Escucha, gilipollas, los zombis están saltando por todas partes. Esto está reventando, ¿no lo ves? El mundo se ha acabado. Nos vamos a ir de aquí, y no en treinta años. Todo se va a acelerar, nos vamos a tener que ir mucho antes de lo previsto. ¿Y en qué vas a trabajar allí? ¿Crees que conservarás tu puesto, tu sueldo? De aquí sólo va a salir el que tenga dinero, pero allí muchos seremos unos desocupados, lo mismo acabamos siendo zombis, ¿o

crees que en Marte no habrá parias? Piénsalo bien, párate a pensarlo dos minutos... ¿Qué crees que van a hacer con todo esto en la central? ¿Crees que van a destinarlo a causas nobles? Se lo van a quedar arriba para sus acuerdos de pacotilla. No les importamos, desengáñate, tenemos que salvarnos nosotros, ayudarnos entre compañeros. Coge uno de éstos y le darás a tu familia una posibilidad de una vida mejor.

—Suelta la bolsa, William.

—Como quieras.

El policía sin corbata cerró los ojos un instante antes de darse la vuelta. Nunú percibió la detonación sin poder ver de dónde procedía, aunque se lo imaginó. El de la corbata tampoco lo vio venir. Miró hacia su vientre, que rápidamente empezó a teñirse de rojo. Su cara era de sorpresa más que de dolor. Cayó al suelo. El otro policía cerraba la cremallera cuando sonó el segundo disparo. La bala le dio en la parte más baja de la espina dorsal. Lo hizo caer sobre la cama. Desde el suelo, la pistola del que llevaba corbata humeaba. Volvió a apretar el gatillo, otra vez, y otra, y otra. Hasta que el cuerpo del que no tenía corbata dejó de moverse. El policía del suelo estaba pálido, se agarraba el vientre, furioso.

—Central, estoy herido. El teniente Cotillard ha caído. Todo está grabado, ¿me oyen?

Nunú salió del baño con el bolso rosa en la mano. El policía con corbata se quedó mirándola, atónito, parecía que hubiera visto un ángel, o un demonio. Nunú se acercó a la cama, abrió la cremallera de la bolsa de deportes y puso el bolso rosa dentro. El policía con corbata la apuntó con su pistola. Nunú cerró la cremallera de nuevo de la bolsa de deporte y se la echó al hombro sin quitar los ojos del policía. Ninguno de los dos dejó de mirarla ni un segundo. El que no tenía corbata fue a decir algo, pero la boca se le llenó de sangre. Nunú abandonó la habitación.

Resonó la puerta principal al cerrarse. Los disparos habían alertado al malencarado que vigilaba fuera.

—¡Clarence, William! ¿Qué ha sido eso?

A través de los barrotes de la balastrada vio al tipo con el arma en la mano que con pasos de elefante comenzaba a subir la escalinata. Nunú saltó

la barandilla y se quedó colgando del hueco de la escalera. El malencarado llegó al piso superior. La bolsa pesaba y las manos le dolían, sólo tenía que aguantar lo justo hasta el momento adecuado. Venga, orangután, busca a tus compañeros. Esperó hasta que oyó un gemido ahogado seguido de una arcada y ahí se soltó. Se torció un tobillo al caer, pero no gritó. Corrió hacia la puerta principal. Ya estaba casi fuera cuando vio a los dos vigilantes de la valla. El judicial con la nariz rota y el poli de frontera con la brecha en la cabeza. La vieron. Mierda, mierda, mierda. Nunú dio la vuelta en busca de otra salida. Echó a correr, una puerta, luego otra. Había manchas de sangre seca por todas partes, marcas de una matanza anterior. Bajó una escalera y cerró la puerta. La iban a coger, se había confiado, debería haber salido a hurtadillas y no por la puerta principal. Necesitaba algo para atrancar la puerta, cualquier cosa para ganar un poco de tiempo... y entonces los vio. Habría seis o siete coches como no había visto nunca. No es que no hubiese visto coches antes. Al revés, los conocía muy bien. Pero así, brillantes, sin un rasguño, como si acabaran de salir de la fábrica, con todas esas partes plateadas que lo reflejaban todo como un espejo pulido, jamás. A Omar le hubiera encantado ver aquello, vaya que sí. Se habría caído de culo. Omar era un enamorado de los coches, especialmente los de cambio manual. Buscó lo más deprisa que pudo una prolongación para los pies como Omar le enseñó. Sus piernas eran aún demasiado cortas. Allí había retales de madera y cinta y herramientas. Sólo le faltaba tiempo.

La puerta del garaje saltó por los aires dejando paso al todoterreno. Pisó a fondo y saltó por encima de uno de los parterres de flores. Las ruedas levantaban grava y arena, y allí estaba la salida de la finca. Golpeó el portón entreabierto, que se abrió del todo dejando el paso libre en cuanto el morro del carro lo rozó. Nunú tuvo tiempo de ver a los policías por el espejo retrovisor yendo tras ella inútilmente. Su corazón corría tan rápido como las revoluciones del motor. Le hubiera gustado coger uno de esos deportivos de reactor nuclear, pero sabía que no aguantarían los baches que la aguardaban más adelante. Tenía claro que necesitaba un vehículo bien fuerte. No iba a

levantar el pie del acelerador, debía seguir adelante y cuanto menos pensara mejor. Todos quieren saltar la valla, miles, millones, pero siempre en un sentido, ni uno solo quiere pasarla al revés, ¿por qué iban a querer? Eso no se lo espera la poli de frontera. Sólo había que elegir un buen sitio. Por ahí, por donde más gente había, a lo grande. Entornó un poco los ojos, por no cerrarlos, por no perderselo. Aquella mole de novecientos caballos chocó contra la chapa, el alambre, la malla de hierro, las concertinas. Lo tiró todo abajo. Comenzó a abrirse paso por encima de aquel amasijo de metal. En el retrovisor aparecieron los dos coches de los agentes que se acercaban cuesta abajo. Aceleró y las ruedas se quedaron dando vueltas en el vacío. No la iban a coger ahora, ya no. Maniobró un poco y salió de ahí derrapando y picando rueda. Los zombis, alertados por el ruido, comenzaron a mirar, llenos de estupor como conejos en la noche deslumbrados por las luces. En cuanto comprendieron que había una brecha abierta comenzaron a correr en tropel. Primero una veintena, enseguida fueron cientos. Cuando los coches de la policía llegaron al hueco, los zombis se abalanzaron pasando por encima, por los lados, por todas partes, rodeándolos, aquello era como una fuga de agua a presión en una cañería. Nunú gritó sacando el brazo por la ventanilla. Era una guerrera, una diosa, y tenía el mundo a sus pies.

Félix conocía aquel motor igual que el ronquido de su madre cuando se echaba la siesta. Salió cojeando a la entrada, justo para que el derrape lo envolviese en una nube de polvo.

—¡Cagoendios, niña, te has vuelto loca!

La pequeña soltó una carcajada, salió del vehículo de un salto y cogió la bolsa de deporte. Se podía ver su cara de orgullo ante el asombro de Félix. Estaba claro que nunca había visto a una zombi conducir. Y menos a una cría de once años.

—¿Lo tienes? Dámelo.

La niña metió la mano en la bolsa, sacó el botón y se lo lanzó a Félix.

—¿Y todo eso que llevas ahí?

Félix se acercó y ella agarró la bolsa, seria, apretándola contra su pecho.

—Medicinas para Fifi. Es el pago por jugarme la vida.

La niña se metió en la choza. Félix no dijo una palabra. Cogió el botón y se lo colocó en el brazo, en su lugar. El último botón estaría en manos de la policía, pero siempre guardaba uno de repuesto. Haría las llamadas pertinentes. Conseguiría un helicóptero si hacía falta. Lo iba a arreglar todo y se largaría de esta mierda de planeta. Se iría, sí, pero antes debía llevarse a algunos por delante. Entró a beber agua sucia. La niña zarandeaba a su amiga inútilmente. Estaba fuera de sí, ni siquiera se daba cuenta de que Félix la estaba mirando, hasta que tropezó con unas latas que colgaban de una cuerda, precisamente para alertar de posibles intrusos. La niña se volvió y le clavó una mirada terrible, llena de dolor y rabia, de las más heladoras que Félix había visto, y había visto muchas.

—¿Qué has hecho, gordo hijo de puta?

—Yo no he hecho nada.

La niña metió la mano en la bolsa y sacó una pistola. Joder, su pistola.

—La has matado, gordo cabrón.

—No, yo no lo he hecho, te lo juro. Baja el arma.

La niña empuñó fuerte la pistola con las dos manos. Le encañonó a la cara, con precisión. Félix sabía que si tiraba del gatillo no fallaría. La pequeña miró a la otra, muerta, con una navaja clavada debajo del esternón.

—Ella no pudo hacer eso. ¡No tenía fuerzas! ¡Has sido tú!

—Niña, ¿por qué querría matarla? Se lo ha hecho ella, te lo juro. Te lo juro por la tumba de mi madre. —¿Cómo se atrevía?, miserable, usar así el nombre de la Aurora. Pero no era mentira, al menos no del todo—. Baja el arma, por favor.

Nunú apretó los dientes sin soltar la pistola, sin dejar de apuntarlo. Dos lágrimas redondas cayeron alternativamente de sus grandes ojos negros. Redondas y blancas, como el agua cuando toca una sartén muy caliente.

—Tenía medicinas, tenía medicinas... Se iba a curar.

Los dos sabían que eso no era cierto.

Capítulo 19

Señora Kadaui. Lo que tiene su hijo es...

Sonia dejó de respirar. ¿Qué frase puede haber más espantosa que ésta? Uno no quiere oír algo así jamás. Y no hay curso oficial que te prepare para ello.

Las últimas semanas habían sido un infierno. Desde aquella noche en que la fiebre de Víctor no remitía. Era verdad que al día siguiente el niño seguía sin quejarse, pero los síntomas no tardaron en aflorar. Primero fueron las ronchas, luego la inflamación de las mucosas y también las encías, y por último esas repugnantes flemas negras. Dos semanas de pruebas y falsas esperanzas, de vamos a descartar esto primero, y esto otro, y de no se preocupe, no nos pongamos en lo peor.

El médico hablaba con cuidado. Con los niños no necesitaba fingir empatía, de verdad se preocupaba. Cogió las manos de Sonia y apretó los labios, compasivo. Ella le miró la calva reluciente y se fijó en cómo arrugaba la barbilla en esa cara sin mentón. No escuchaba. Las palabras le llegaban muy lejanas, envasadas al vacío. Sin timbre, sin tono. No hacía falta que se lo dijeran, lo sabía, su hijo tenía manitú.

No podía llorar. Todo aquello le provocaba dos vertientes de sentimientos. Por un lado culpaba a León y a su ausencia. Si él se hubiera quedado en la Tierra... Por otro se sentía una madre horrible, la peor de todas las madres. Una adúltera que por su egoísmo y su lujuria le había provocado a su hijo una terrible enfermedad. No creía en Dios, ni en la justicia divina, es más, le repugnaba todo aquello tanto como el olor de los huevos podridos.

Entonces, ¿por qué sentía que una plaga bíblica había caído sobre ella por culpa de sus pecados? Era una zorra, la ramera de Babilonia. Ella sabía que no estaba en su mano, que no era su responsabilidad, ni la de León, daría igual si no hubiese cogido ese estúpido trabajo. Pero aunque lo supiera, el sentimiento estaba ahí. Como una mancha de petróleo, como un chapapote que calaba hasta el fondo, se metía debajo de las uñas y en cada poro de la piel.

Claro que le haría todos esos tratamientos experimentales. Tenía que intentarlo todo. No podía permitirse no haberlo intentado todo. Si hacía falta poner velas al patrón de los locos, lo haría. Pero a estas alturas todos sabían que no había cura. Su hijo iba a morir.

No, no era culpa de León ni suya. Manitú era la respuesta a toda la porquería que habíamos generado, a todo el dolor, a la aniquilación. A lo que le habíamos hecho a la Tierra. Era el moho que le sale a la fruta cuando se pudre.

Durante todos esos días de incertidumbre no le había dicho nada a León. Y ahora que lo sabía tampoco pensaba llamarlo. Se sentía incapaz. Ni tampoco lo podía compartir con Jon. Jon era su amante. Le costaba decirlo. Amante. Qué pena que una palabra tan bonita se cargara de connotaciones tan negativas. Cuando Jon y Sonia se veían dejaban a un lado todo lo que olía a realidad. ¿Cómo iba a irle con eso? Nadie quiere saber del sufrimiento ajeno y menos aún de niños enfermos.

Jon era un buen hombre. Un tipo normal, sólido, sin todos esos altibajos que caracterizaban a León. Sin todo ese egoísmo infantil. Le gustaba el deporte, pasear y todo ese ocio intrascendente que León detestaba. Se conocieron en un concierto que organizaba la empresa. Él era el responsable del catering. Tenía una empresa de alimentación especializada en dar de comer en eventos y cosas de ese tipo. Sonia se aburría, nunca le gustó la música en directo. Prefería escucharla mientras hacía otra cosa, o bailando. Lo de quedarse mirando a los intérpretes le parecía insufrible, estaba bien los primeros diez minutos, pero enseguida se le iba la cabeza a otra parte. Salió a la terraza que habían dispuesto para el ágape posterior y ahí estaba Jon, comprobando que todo estuviera en orden. Controlando cada detalle con

calma, sin ponerse nervioso. Cada cubierto, cada pastel. Parecía tener tiempo para todos, incluso para Sonia, a la que se dirigió en cuanto la vio desubicada.

—El catering se abrirá en una hora, pero si necesita algo de beber...

Evitó mirarla de arriba abajo, pero fue evidente que se interesó por Sonia nada más verla. Era guapo, olía bien y la escuchaba, al menos con aparente interés. Era verdad que diez años antes no se habría fijado en él. Seguramente si hubiese intentado ligar con ella entonces le habría dedicado una mirada condescendiente, puede que hasta hubiese ironizado con León acerca de su aspecto impoluto, su pelo perfecto o su hoyuelo bien afeitado. Pero hacía diez años las cosas eran bien distintas. Jon había llegado en el momento justo, cuando más lo necesitaba, cuando más sola estaba. O eso pensaba, porque la soledad que la aguardaba era mucho mayor aún.

Salió de la consulta totalmente perdida, no le fallaron las piernas hasta que dio treinta y dos pasos. Se agarró a una farola. Tenía que ir a recoger algunas cosas de Víctor para su habitación del hospital. Su lupa de detective, la peonza y su pájaro digital. También cogería ropa para ella, cosas de aseo y alguno de aquellos viejos libros, para poder leer en papel, oliendo y tocando... Dos pasos y tuvo que pararse otra vez para coger una bocanada de aire. De la consulta había salido a la calle directamente en lugar de acercarse a ver a Víctor. No podía verlo así, no con la muerte dibujada en la cara. Debía ir a casa, hacer algunas cosas y soltar lastre. Necesitaba echar todo ese aire viciado y negro y... No iba a poder. Seguía sin llorar. Si llorase se limpiaría un poco, se echaría colirio y tal vez podría sonreír a Víctor. Tampoco había que sonreír, bastaría con darle afecto, pero sin hundirlo, bastante dolor tenía que soportar ya. Echó a andar, una pierna detrás de la otra. Podía hacerlo, ella no estaba enferma.

Sonia ya sabía un poco, había que estar fuera del mundo para no saber algo de manitú. La primera fase era la más aguda, todo el cuerpo se rebelaba contra el virus. Muchos no sobrevivían a la primera fase, los cuerpos colapsaban en los primeros días. Víctor la había superado. La segunda era la más tranquila, el cuerpo se acostumbraba y los dolores se hacían algo más soportables. Podía durar entre dos meses o seis, y había algún caso de pacientes en los que había durado un par de años. Era la fase engañosa, la de

la esperanza, en la que los más optimistas sentían que podían darle esquinazo a la muerte. Y luego la tercera fase. Sonia no quería, no podía pensar en la tercera fase.

No reconocía la calle. Había pasado por ahí centenares de veces. No se fijaba, por qué habría de hacerlo. Un sudor frío empezó a brotar en sus sienes. No estaba lejos de casa y caminar era lo mejor para el cerebro en un momento así, que la sangre circule. Seguro que era por la izquierda, donde esa tienda de fruta, y luego a la derecha. O quizá primero a la izquierda. Todas las calles, todos esos edificios, parecían iguales. Los transeúntes, los vehículos, las farolas, incluso las plantas colgantes se echaron sobre ella, ajenas, grotescas, despreciables. Giró en un callejón y se paró y apoyó la espalda contra la pared, jadeando. Las pequeñísimas gotas de sudor se habían unido y empezaban a rodar por sus mejillas. Unos dedos se aferraron a su tobillo como un grillete. Pensó que era una sensación más de su proceso de angustia. Miró al suelo y allí estaban esos dedos nervudos. Una cara asomó entre sus piernas con los ojos apenas visibles en esas enormes cuencas oscuras, y colgando como pelusas los restos de lo que algún día debió de ser pelo humano.

Dos sombras salieron de detrás de un depósito de agua. Iban demasiado abrigados, tal vez por la falta de grasa corporal, o quizá simplemente cargaban con todas sus pertenencias.

—No se asuste del abuelo, sólo tiene hambre —dijo él.

—No es nuestro abuelo, es por los dientes, que no tiene. Ni siquiera sabemos si es viejo. Lo mismo es el más joven de los tres —dijo ella.

Sonia los miró sin reaccionar. Aquello parecía el colofón lógico a todo el esperpento que estaba viviendo. El número final de los payasos del circo de los horrores.

—Queremos comer.

El del suelo intentó morderle el tobillo, pero, como ya le habían dicho, no tenía dientes.

—Llévanos a tu casa.

Otra mano sobre su hombro, la de ella. Una parte de Sonia se dio cuenta de que tenía que salir del letargo.

—¿Queréis crédito? Os puedo transferir...

—¿Transferir adónde? —dijo ella—. Vamos a ir contigo, guapa.

Los zombis no tienen botón, ni código, no tienen identidad. Los atracos callejeros prácticamente desaparecieron muchos años atrás, desde que el dinero tenía nombre y apellidos. Aunque les hubiera dado un millón de yuanes sólo podrían haberse limpiado el culo con ellos, y eso en sentido figurado, pues hacía mucho más aún que el dinero no era papel.

—Vas a llevarnos a tu casa, milady. Sólo un poco, lo justo para seguir camino.

—Hasta que recuperemos fuerzas...

Sin identidad tampoco podrían entrar en su edificio. Ya la habían rodeado. El abuelo le sujetaba las piernas. Y él y ella la agarraban de ambos brazos.

—¿Has visto qué suave? Y mira las uñas. Ésta no ha tenido que escarbar para coger lombrices.

—Debe de tener un chocho bien limpio.

—Bien limpio, sí, señor. —El abuelo se chupó las encías.

—De ésta saben bien hasta las boñigas —dijo él.

Víctor, piensa en Víctor. Tienes que ir al hospital, coger sus cosas, te necesita. El zombi la mordió en el brazo, fue algo instintivo, descontrolado, una reacción a la piel sonrosada.

—¿Qué haces, imbécil? Así no nos va a llevar a su casa.

—Mírala, está muerta de miedo, a ésta no la movemos de aquí. Lo mejor es que saquemos lo que podamos ahora. —Él se agarró una erección evidente—. A mí me están viniendo las fuerzas.

Sonia lo empujó a él y le soltó una patada al abuelo. Echó a correr, pero ni siquiera pensó hacia dónde. En lugar de volver hacia la avenida, lo hizo hacia el final del callejón. Tropezó.

—Hay cámaras, lo están grabando todo.

—A mí qué, milady, nosotros no somos nadie.

Los tres zombis se abalanzaron sobre Sonia. Fue la mujer la que se sentó a horcajadas sobre ella comprimiéndola con sus piernas y le rompió la camisa.

—Toda tuya, primo.

Sonia se revolvió inútilmente. Él se bajó esos andrajosos pantalones mientras el abuelo jaleaba, suplicante, por las migajas. La desaparición del abuelo hacia atrás en las sombras le pasó inadvertida. Sí que vio cómo la cabeza de él se torcía bruscamente, los ojos se le desencajaron, vueltos hacia arriba, y su cuello se quebró a la altura de la nuez. El cuerpo cayó a plomo. Sonia lo contempló sin procesarlo. Ella seguía apretando su cuerpo con los muslos, esperando.

—Hazlo pronto. Quiero llevarme un trozo antes de que venga la policía.

Cuando se volvió ya era tarde. Una patada rápida le golpeó la mandíbula arrojándola a un lado de Sonia. «Ahora me golpeará también a mí», pensó cuando una mano se tendió ante ella, amistosa.

—Venga conmigo. Será mejor salir de aquí cuanto antes.

Capítulo 20

Más ataques de zombis», «Las fronteras fuera de control», «Se comen a una familia al completo en Brasil». Las noticias de la Tierra eran muy poco tranquilizadoras. Confiaba en que fueran una estrategia alarmista para favorecer el ascenso de la derecha en las próximas elecciones. Algunos amigos le dirían que derechas e izquierdas era una clasificación obsoleta cuando estaban tan cerca del siglo XXIII, pero para León esa afirmación pertenecía a un viejo, eterno y planeado discurso. Siempre habría derecha e izquierda y olvidarlo era un error peligroso. En cualquier caso lo tranquilizaba saber que Boston quedaba muy lejos de la frontera y confiaba en que los zombis no subieran tanto. Era imposible. La policía militar se encargaría de que eso no pasara. Se avergonzó al poner sus esperanzas en las fuerzas del orden que tan poco le gustaban. Él estaba a favor de los derechos de todos los habitantes, pero tampoco era un anarquista ni un ingenuo. Sabía que la solución no podía ser tan simple como derribar las vallas y dejar entrar a la gente en masa. Creía en el respeto a la ley y en cambiar las leyes injustas de forma pacífica. Los zombis no eran culpables de su situación. Se acordó de los Cándidos, los hijos de Candi y Jose, Pablo y Matías. Ahora estarían camino de la Tierra, en una nave militar, aprendiendo a usar todo tipo de armas y protocolos de defensa, acostumbrándose a obedecer, a actuar sin pensar. Pobre Candi, no le había vuelto a preguntar cómo estaba desde la noche en que sus hijos les dieron la noticia, desde que se emborracharon en la cueva.

No había avanzado en la traducción. Nadie en su sano juicio podría concentrarse en una tarea así con todo lo que había pasado. El antiguo traductor, Max Pinaud, había desaparecido sin dejar rastro. Y a su amante, aquel bailarín, lo dejaron imbécil y le cortaron la lengua. León estaba muerto de miedo. No quería saber nada de los Ur, ni de Tiamate, ni de toda esa locura alienígena. Sólo quería volver a casa, olvidarse de este mal sueño. Pero no podía. Edgard Edgard no se lo permitiría, estaba seguro. Además, quién le aseguraba que en casa le quisieran. Seguía sin hablar con Sonia. Los últimos intentos de comunicación habían resultado imposibles, parecían jugar al gato y al ratón. Él, por supuesto, se sentía ratón. Pequeño, huidizo, cobarde.

Miró al pequeño lagarto y le ofreció un dedo. Había engordado. Por la noche lo sacaba a la trasera del hotel. Había un foco junto a un riego que se cubría de mosquitos. El gecko se podía hartar sin tener que moverse apenas del sitio. Seguía torpe de movimientos, aunque empezaba a hacer pequeños amagos de apoyar la pata. Esa pata nunca llegaría a curar del todo, seguramente León lo había dejado cojo de aquel pisotón. Era un lisiado, incapaz de valerse por sí mismo, era su responsabilidad. El gecko abrió la boca y le pellizcó la yema como si fuera a comer, pero tan sólo era un juego, una caricia. León sonrió, imaginó que el reptil también lo hacía. Dos sonrisas tristes, de perdedores.

Entró una llamada en el botón. Llamaban de casa. Había pasado tanto tiempo que le daba pánico contestar. Podía ser la llamada definitiva, la de búscate la vida, todo se ha acabado. No, no se sentía preparado, no iba a responder.

—Sí. —Descolgó.

León pudo ver a Sonia tumbada en el sofá, con los ojos cerrados. Parecía cansada, incluso mayor, pero estaba preciosa. Algo lo arañó por dentro y le hizo darse cuenta de cuánto la echaba de menos. ¿Qué hora sería en su casa de la Tierra? Desde que ya no llamaba había dejado de llevar la cuenta. Qué bien que Sonia hubiese llamado. Él era un evitador y podría haber dejado pasar los meses. Menos mal que ella no era así.

—¿Sonia?

Ahí estaba, tumbada en el sofá. Parecía dormida. ¿Por qué no lo miraba? A lo mejor había llamado Víctor. ¿Qué hora era? Era de día. Era muy raro que Sonia se tumbase durante el día. Apenas se dejaba descansar, por lo menos hasta que estaba el crío acostado y todo bien colocado en su lugar.

—¿Sonia?

Una figura se interpuso entre Sonia y él. Se le pasó por la cabeza que iba a descubrir a su amante. Era una mujer. ¿El amante de Sonia era una mujer? No le habría parecido un despropósito. Me llama tal vez para decirme que me olvide de mi hijo y de mi esposa, que me quede en Marte y que mi familia le pertenece.

—¿León Miranda?

Era mucho más joven que Sonia. Y guapa. ¿Por qué llamaba esa mujer en lugar de Sonia? ¿Y si no estaba dormida? Podría ser que no estuviera dormida.

—Señor Miranda, es muy importante que hablemos.

—¿Qué le ha hecho a mi mujer? ¿Qué hace usted en mi casa?

Era inútil. El desfase era de varios minutos, le estaba gritando a una imagen del pasado.

—Hablaré de un tirón y luego esperaré su contestación. —Parecía intuir las futuras palabras de León—. Su mujer está durmiendo. La asaltaron a dos portales de su casa. No se preocupe por ella, se encuentra bien. Ella ni siquiera sabe que lo estoy llamando. Soy Lora Walters, investigadora de la policía militar. Me ha dicho que usted, su marido, está realizando un trabajo en Marte, algo de lengua. Estoy buscando a un hombre, Max Pinaud. Desapareció hace cinco años y no hay modo de dar con él. Lo único relacionado con él han sido unas búsquedas en la red. Peticiones de datos como partida de nacimiento, licenciatura... Esas búsquedas se han realizado desde su botón. ¿Por qué le interesa Max Pinaud? ¿Sabe algo de su paradero? Tenemos sospechas de que puede ser una persona peligrosa. Relacionada con los crímenes del Enterrador. ¿Sabe a quién me refiero? Supongo que no lleva tanto tiempo en Marte. Por favor, cualquier cosa que sepa podría sernos de utilidad.

Lora se sentó a esperar los ocho minutos que León tardaría en recibir la

información, pero éste cortó la comunicación. ¿Por qué había hecho eso? Sintió pánico, tenía que hacerlo. Respiró profundamente, tres veces.

—Necesito volver a la Tierra.

Edgard Edgard lamió un palito muy fino de madera que previamente había mojado en un diminuto frasco de miel. Puso la lengua como un cuenco, evitando que cualquier pequeña gotita cayera al suelo accidentalmente.

—Es normal, les pasa a todos los colonos, el mal de Ares. Pero como ya le dije, está especificado en su contrato: no podrá abandonar Marte hasta que esté finalizado su trabajo.

—Usted no lo entiende...

—No, créame que lo entiendo, yo mismo pasé por ello a los pocos meses de llegar. Tuve un episodio de angustia muy agudo, llegué a pensar que había un fallo en el aire, me ahogaba. Mi psiquiatra me diagnosticó el mal de Ares. Una mezcla de nostalgia y miedo a lo desconocido. Una vaguedad tan obvia como inútil. Yo creo que esa etiqueta no alcanza a describir lo que sucede aquí. Ante un planeta nuevo, a estrenar, uno se apabulla. Es más parecido al miedo a la página en blanco. ¿No cree?

—Quiero volver en el próximo vuelo. Por poco tiempo. Sólo ver a mi familia y volver.

—Me temo que eso es totalmente imposible, señor Miranda. El viaje ha sido lo más costoso de su contratación. No se marchará de aquí hasta que demos por finalizado el trabajo. ¿Es por la llamada que ha recibido hoy en el hotel? ¿También tengo que recordarle que en su contrato pone expresamente que no podrá divulgar ninguna información relativa al proyecto ni que perjudique a la empresa? La empresa soy yo —añadió con orgullo—. La abrí hace tan sólo dos años.

—¿Cómo sabe lo de la llamada?

—Vamos, no ponga esa cara. Tenemos que tomar medidas para nuestro acuerdo de confidencialidad. ¿O pretende que lo arriesguemos todo?, ¿que confiemos en que usted tenga a bien cumplir su palabra? Si no hubiese cortado la comunicación lo habríamos hecho nosotros.

—No tiene derecho a espiarme. Dudo que ponga nada de eso en mi contrato.

—Todas las comunicaciones aquí pasan por un filtro. Nada entra ni sale del planeta sin que lo escuchemos antes. Y lo mejor es que nos ampara la ley de seguridad militar. Hasta que nuestros viejos gobiernos vengan con sus tribunales y sus parlamentos, las cosas aquí seguirán siendo mucho más sencillas.

—Sólo le pido un mes en la Tierra. Ha visto que he cortado la llamada. Le aseguro que no diré nada... Déjeme ir o rescindo mi contrato ahora mismo.

—No quiere hacer eso. Tendría que indemnizarnos. Y como es insolvente nos veríamos obligados a detenerlo. No saldría de Marte nunca.

Aquellas palabras resonaron en León, rebotando una y otra vez hasta lo más lejos que alcanzaba su consciencia.

—Haga su trabajo, señor Miranda.

—Max Pinaud...

—Max Pinaud desapareció sin hacer su trabajo. No haga usted igual.

Jose estaba tumbada con las piernas en alto y los tobillos hinchados, tenía un trapo húmedo en la frente. León no la había visto así jamás. Candi le hizo señas a León para que lo siguiera a la terraza y cruzara el salón sin hacer demasiado ruido. Allí sacó unas cervezas del arcón frigorífico. Habían puesto la jaula del loro fuera para que no molestara a Jose y parecía agitado. Tres días atrás se había alcanzado el récord de niveles positivos de oxígeno en el aire. Los equipos de comunicación de C-2 se habían dedicado a anunciarlo a los habitantes a bombo y platillo. ¡El aire era por fin apto para el consumo! Aunque en la letra pequeña se recomendaba el uso de oxígeno suplementario por si acaso. En una mesa, sobre un hule de flores, había un barreño lleno de arroz. León observó con desagrado que, disimulados entre los granos, pululaban un sinfín de bichitos negros del tamaño de piojos.

—Gorgojos del arroz. Se los estaba quitando. A Jose no le gusta encontrárselos cuando hace la paella. Acaban saliendo cuando tienes mucho tiempo el arroz almacenado; sus huevos están ahí desde el principio... Podrías

comértelos y no pasaría nada.

León le contó lo que había sucedido, la llamada y la charla con Edgard Edgard. Candi escuchó con paciencia, como acostumbraba a hacer.

—¿Esa mujer te preguntó por Max Pinaud?

—Dice que puede estar relacionado con el Enterrador.

—Por Dios, profesor, tienes que llamar a la policía.

—¿A cuál? Aquí no hay policía. Ni siquiera puedo hablar con la Tierra. Ese tarado de Edgard Edgard no me deja. Tampoco puedo mencionar a Max Pinaud, si lo hago me meterán una querrela por no sé qué de no sé cuántos. Y además, ¿qué le diría a la policía? ¿Que el tal Max Pinaud trabajaba en una traducción y desapareció? Es lo único que sé. No sé nada. ¡No puedo decirles nada!

—¿Cuánto te falta para finalizar el trabajo?

—No lo sé. —Lo sabía, nueve meses fácilmente—. Tengo que volver a casa. ¿Y si le ha pasado algo malo a Sonia?

León le pidió a Candi si le podría ayudar a encontrar la manera de abandonar el planeta sin que Edgard Edgard se enterara. Él era el encargado de mantenimiento de C-2. Si alguien podía hacerlo era él. A Candi, la idea de organizar una fuga no le agradaba lo más mínimo, es más, le ponía los pelos de punta. Él era un empleado obediente que respetaba la jerarquía y las normas de juego. Una cosa era comprar a los soldados licor de contrabando o cosas así y otra bien distinta... Pero vio la desesperación en León, y para aquel jefe de mantenimiento la familia era lo primero.

—Intentaré ayudarte, pero tienes que llamar a tu mujer. No puedes irte sin hablar antes con ella. Sólo faltaría que salieras tú para allá mientras ella coge una nave hacia Marte.

León le prometió hacerlo, pero fue Candi el que hizo un par de llamadas. En ellas pidió a unos colegas que fueran a verlo, no dijo nada que pudiera ser interpretado como que había un plan en marcha. León lo observaba mientras esperaba e intentaba ignorar los gritos del loro en la jaula que se hacían cada vez más ansiosos. ¿Por qué tenía tanta necesidad de irse? ¿De verdad estaba preocupado por Sonia? Esa mujer le había dicho que se encontraba bien, que sólo estaba descansando. Lo que quería era huir de Marte, alejarse de ese

trabajo que tal vez le había costado la vida a Max Pinaud. O al menos había forzado su desaparición.

Al poco llegaron los dos colegas, de la aduana, supuso León. Los presentó y después Candi se marchó con ellos a charlar en privado. León recordó su promesa y probó a llamar a Sonia. La señal en el chalet de Jose y Candi solía ser muy débil, sin embargo, ese día, por lo que fuera, era nítida y cristalina. Nadie respondió al otro lado.

Si los amigos de la aduana se habían marchado, no los oyó, y le pareció que Jose y Candi discutían. Algo de Pablo y Matías, algo de malas decisiones. Al cabo de una hora y media, Candi salió a la terraza y le dio la noticia.

—Te vas mañana. Vas a salir en el vuelo de reparto, te irás con los chicos de mercancías, llevarás la identidad de uno de mis empleados. Subirás al transbordador. Y dos horas después embarcarás hacia la Tierra. No se darán cuenta hasta que hayas despegado.

León se abalanzó sobre Candi y lo abrazó por última vez.

Esa misma noche recogió sus pertenencias. Dobló las tres camisas y el par extra de pantalones. El jersey y los zapatos de vestir. Las medicinas, el zovifarm, que sabía a ciencia cierta que no volvería a usar, sus cosas de aseo...

—Éste será tu equipaje. Todo lo que no te quepa aquí, déjalo.

Candi se lo había dejado bien claro. Había visto esas bolsas infinidad de veces. Las llevaban muchos de los trabajadores de C-2. Eran algo más pequeñas que un saco de boxeo. Iba a tener que dejar parte de sus pertenencias, pero le había cabido casi todo. Era poco hábil calculando volúmenes, pero le chocó que su vida ocupase tan poco. El equipaje con el que llegó abultaba más que esa bolsa ridícula. Era como si de alguna forma su mundo se hubiera hecho más pequeño por alguna de esas leyes físicas que escapaban a su comprensión. Aquello de que si dos gemelos idénticos vivían en un bajo y en el ático de un rascacielos, respectivamente, el del ático viviría más tiempo. Porque al rotar la Tierra sobre sí misma, el del ático recorría más distancia en el mismo tiempo y... bueno, tal vez por una de esas mierdas cuánticas, al viajar dando vueltas tan lejos de casa, sus pertenencias habían

encogido como si se hubiera equivocado de programa en la máquina de lavar algodón.

Sin darse cuenta empezó a descolgar uno a uno los folios de la traducción de la pared y a colocarlos ordenadamente. ¿Qué haces, León? No te puedes llevar eso. Puede que, una vez en la Tierra, los tentáculos de Edgard Edgard no pudieran alcanzarlo, pero si se llevaba el trabajo consigo, estaba seguro de que no descansaría hasta dar con él y hacérselo pagar. Seguro que había alguna cláusula para ese supuesto en su contrato. Porque no pensaba volver. Candi lo sabía también. No pisaría Marte hasta que lo obligaran a hacerlo dentro de treinta años. O quizá tampoco. Podría convencer a Sonia para que se quedasen en la Tierra, con los zombis y los renegados. ¿Y si él no quería salvarse? No podían obligarlo a sobrevivir, no lo meterían en una nave contra su voluntad. Se fijó en que ya había descolgado la traducción por completo, y sin darse cuenta había apilado todas las hojas en tres montones. Se quedó mirándolos mientras se mordisqueaba un pellejo del labio.

Tras semanas sin querer revisar un mal párrafo, de pronto, al saber que se iba, le había entrado un renovado interés por el texto. Se sentó en el suelo y se puso a trabajar. No iba a poder dormir aunque lo intentara; lo mejor que podía hacer para dejar pasar el tiempo era traducir hasta que tuviera que marcharse. Fue ya bien entrada la noche cuando León vio caminar por la moqueta al pequeño lagarto, que lo miró sin sospechar que iba a abandonarlo, que le había fallado.

El coche saltaba por encima de los baches levantando restos de barro escarlata, vestigios del desierto que lo llenaba todo antes de nadie lo habitara. Bueno, los Ur lo habitaron antes. Ellos ya estaban aquí. Había llovido el día anterior y se apreciaba aún el olor a tierra mojada. El pelo corto de Candi apenas se movía, pero el de León se agitaba dando latigazos haciendo honor a su nombre. Cruzaron el campo de algas abriendo dos surcos paralelos que se perdían hacia atrás en el horizonte.

Se habían tomado una última cerveza de despedida antes de salir. Jose seguía mal, pero al menos no estaba echada. Puede que se hubiera levantado

sólo para despedirse de él, no lo sabía. Lo abrazó, sentida. Era un gesto que León supo apreciar, a Jose no le gustaba el contacto físico. León se metió la mano en el bolsillo de la camisa. Sacó al lagarto y lo dejó sobre su palma, con la cabeza gacha entre unos hombros inexistentes.

—¿Podéis cuidarlo vosotros?

León sabía que no le dejarían embarcar con él. No pasaría el detector de alarma biológica. Ambos se miraron. Le había fallado, así era como demostraba ser responsable de su suerte, abandonándolo.

—No tenéis que hacer mucho, puede alimentarse él solo. Basta con que no lo piséis, o que no se lo coma el loro. —El pájaro debió de oírlo porque carreteó aún más fuerte.

El coche comenzó a subir una ladera empinada. Ése no era el camino al aeropuerto.

—¿Adónde vamos?

—Quiero mostrarte algo, profesor.

El ascenso culminó en una pequeña y alargada meseta que se interrumpía en un cortado. Una especie de Gran Cañón del Colorado en una versión menos majestuosa. La caída no tendría más de quince metros. Candi detuvo el coche a tres metros del borde, se bajó y caminó hasta el abismo. León lo siguió. Tras el acantilado no había valle, ni ríos, ni siquiera un inmenso desierto. Después de la tierra y la roca se sucedía un inmenso mar de... cosas. Objetos de todas las formas y colores, un catálogo informe de trescientos años de civilización.

—Esto que ves aquí pertenece a C-1. Aquí es donde empecé a trabajar realmente. Aquí es donde veníamos todos los colonos al principio. Todo esto es... basura. ¿Quieres un caramelo?

Candi sacó un caramelo, tiró de ambos extremos del envoltorio y lo hizo girar para abrirlo.

—Y no te creas, la porquería estaba mucho más desperdigada. Nosotros terminamos de apilarla.

León observó las pequeñas fumarolas de gases que se arremolinaban aquí y allá. Candi continuó:

—Marte ahora es la salvación, pero ya salvó a la Tierra en el pasado.

Cuando ya no cabía nada más, cuando no se pudo tirar ni un envoltorio de caramelo al mar y parecía que íbamos a morir todos ahogados en nuestra propia porquería, encontraron aquí la solución. El millonario ese...

—¿Aaron Morgan?

—¡Ése! Le dieron no sé qué medalla por salvarnos a todos de la basura. Se supone que inventó un sistema maravilloso para deshacerse de toda ella, pero la verdad es que la metieron debajo de la alfombra. Creo que tiraron la mayor parte al espacio, como islas flotantes a la deriva. Pero mucha vino aquí. Llegaban montañas de desechos remolcadas en redes enormes. Y lo bueno es que mataban dos pájaros de un tiro, como el que dice, porque los gases ayudaron a acelerar el calentamiento del planeta. —Candi dio una sustanciosa chupada a su caramelo—. Los desechos abarcan más de cien veces lo que alcanza la vista. Es tan grande como Argentina.

Candi arrojó el papel del caramelo al mar de desperdicios. León lo vio volar hasta que cayó junto a una pantalla de cristal con un logotipo gris metalizado de una manzana mordida.

—Nunca había traído a nadie aquí. No nos dejan. El muro de los extraterrestres no es el único secreto de Marte. Por favor, no digas que te he traído aquí.

Era un macizo montañoso, colinas redondas que se solapaban unas con otras en un ritmo armonioso. La suma de tantos colores configuraba una gran colcha colonial americana hecha de ganchillo y retales, entreverada con material electrónico, coches, tubos, cables y papelitos de caramelo. De algunos puntos salían pequeñas columnas gaseosas a modo de volcanes. León percibió movimiento, algún mamífero hurgaba en los escombros. No sabría decir si era un perro pequeño o una inmensa rata.

—Te voy a echar de menos, profesor.

Candi parecía realmente emocionado, le temblaba la barbilla y los ojos le brillaban como dos monedas en un estanque. León ni siquiera se fijó, ya se había despedido de él el día anterior. Ya había pasado página, tenía su mente en otro lugar. Cada minuto que transcurría iba recorriendo miles de kilómetros que lo acercaban más a su casa.

—Vámonos o llegarás tarde.

Volvieron al coche. Estaban más cerca del aeropuerto de lo que León creía. Sólo se habían desviado un poco. En media hora tomaron la autopista de cristal. Y una hora después estaban en la zona de bajada y subida de viajeros.

—Bájate, profesor. No pueden verme contigo. Yo también tengo que pensar en mi familia.

León obedeció, descendió del coche y Candi salió rápidamente sin mirar atrás. Se echó la bolsa a la espalda y entró en el vestíbulo del recinto. No había pérdida, apenas había vuelos internos y éstos no coincidían en fecha con los de regreso a la Tierra. Todo el mundo que estaba ahí se dirigía a la estación espacial. Los vuelos siempre partían de las estaciones espaciales. Vencer la gravedad del planeta suponía un mayor consumo de energía que el viaje en sí. Los transbordadores, por tanto, no aterrizaban nunca, sólo iban de un muelle espacial al otro. Pasó de largo el embarque para turistas y se fue hacia el de servicio. Allí debería esperarlo uno de los amigos de Candi.

Al fondo del pasillo reconoció a un hombre de traje. Tardó unos instantes en ubicarlo, es lo que pasa cuando ves a la gente fuera de su contexto. Cambias el escenario y es como si el actor se caracterizara de alguien desconocido. Era el secretario de Edgard Edgard. No lo había visto aún. Hablaba para su botón y le daba uno de sus perfiles, distraído. León comenzó a dar la vuelta, buscaría otra entrada si la había. Seguramente encontraría otro pasillo desde el extremo opuesto del aeropuerto. Dos manos lo agarraron simultáneamente por los hombros. Ni siquiera los miró, sabía que eran los gorilas de Edgard Edgard.

Capítulo 21

Sonia despertó en absoluta oscuridad. El tacto inconfundible de la tela la tranquilizó. Estaba tumbada en su sofá. Todas las luces apagadas. Todos los sistemas desconectados. Ni siquiera sabía que se pudiera hacer eso, siempre quedaba algún testigo en el pasillo, en la cocina, algo. Cerró los ojos unos instantes, a sabiendas de que ni su botón ni nada podría perturbarla. Aún con un pie en el sueño, saboreó una paz que una parte de su cabeza sabía que no podía durar. Pero en ese instante todavía podía cerrar la puerta y quedarse sola, ignorante de los monstruos que acechaban fuera. Monstruos terribles como enfermedades incurables.

Abrió los ojos de nuevo. No recordaba cómo había llegado hasta ahí. Había dormido la noche anterior en el hospital. Por la mañana tuvo la reunión con ese eminente especialista como se llame que vino a confirmarle sus temores. ¿Y después? Después se encontró con esos zombis en el callejón. No llevaba esa ropa puesta, no recordaba haberse cambiado. Olía a jabón.

Fue esa mujer. Ahora lo recordaba. La sacó de aquel callejón. Pero no tenía memoria de que la hubiese llevado hasta casa y mucho menos que la hubiera cambiado y enjabonado. Era fuerte, porque la sostuvo con un brazo por encima de su hombro. Vio pasar las calles una tras otra hasta llegar al barrio. Las piernas dejaron de responderle y la cargó como un fardo. Fueron hacia su casa. Ella no le había dicho en ningún momento dónde vivía.

Sonia tocó su botón y todos los sistemas del hogar se activaron. Los cristales viraron hasta dejar pasar las luces de la ciudad. Era de noche, ¿cuánto tiempo llevaría solo Víctor? Se puso lo primero que encontró y salió

hacia el hospital.

Cruzó el pasillo corriendo y llegó hasta la habitación. Ahí estaba Víctor mirando hacia la ventana. Parecía más pequeño en esa cama tan enorme. El pijama estaba decorado con motivos galácticos: Saturno, un cohete, una estrella fugaz. Rodeado de todos esos botones, Sonia lo vio como a un pequeño astronauta, y aprovechó esa imagen para buscar una sonrisa antes de acercarse.

—¿Dónde estabas?

—No es fácil encontrar nada en tu cuarto. He necesitado un mapa del tesoro. ¿Cómo estás?

—No me duele casi. Y no he vomitado.

—Ése es mi niño.

Estuvieron despiertos hasta que amaneció. Charlaron. Ninguno de los dos era especialmente de charlar. Puede que Víctor supiera más de lo que manifestaba, que al menos intuyera que nada iba como debía; quizá estaba asustado, o a lo mejor era sólo por estar en el hospital sin poder moverse y jugar, el caso es que le dio por preguntar y recordar. Quería saberlo todo, saber qué hacían papá y mamá cuándo lo engendraron, dónde se conocieron, cómo se enamoraron. «Porque os enamorasteis, ¿no?» Fue una buena noche, de las mejores que Sonia y Víctor pasaron juntos. A veces tienen que suceder cosas terribles para que saboreemos de verdad lo que nos llevamos a la boca.

Al amanecer, a Víctor le volvieron los dolores. Se doblaba agarrándose las rodillas y se cubría de sudor, pálido, como un huevo empapado de rocío. Sonia pidió al robot asistencial que le adelantaran la morfina. Se resistió al principio, pero ella amenazó con denunciar al hospital y a la empresa de enfermería. Teóricamente, los enfermeros mecánicos tienen un protocolo de empatía que debe prevalecer sobre otras directrices. Finalmente accedieron a suministrarle la dosis al niño, pero a condición de que la madre se tomara un ansiolítico y dejara de elevar el tono. Ver cómo Víctor se calmaba con la inyección de morfina era una mezcla de alivio y angustia a dosis iguales. Su carita se relajaba y pasaba de ser la de un fruto seco arrugado a la de un niño

al que le doliera la tripa o que tuviera una pesadilla. Sonia sabía que todo lo que le dieran era sólo un paliativo. Se trataba de que pasara el trance con el menor sufrimiento posible. También sabía que en pocos días su hijo sería un yonqui. Habría que ir aumentando gradualmente la morfina conforme fuera creciendo la tolerancia. Ya lo vivió con su madre. La diferencia era que con la vieja Trudy sólo quería que el proceso se acabara cuanto antes. Con Víctor, daría lo que fuera por parar el reloj de arena.

En un par de semanas le dirían que se fuera con él a casa, porque «dónde iba a estar mejor que en casa». Instalaría una cama como la del hospital en el salón, porque en su cuarto no cabría. Tendría que contratar a una persona o dos que estuvieran con él mientras Sonia trabajaba. O peor, comprar un robot asistencial. Tendría que pedir un crédito que pagarían en quince o veinte años para unos pocos meses de gastos. Unos pocos meses en el mejor de los casos. Existía la opción de hipotecar la casa, pero nadie quería invertir en vivienda cuando de aquí a unos años no quedaría nadie en la Tierra, sólo zombis.

Decidió llamar a León. Era su padre y tenía que decírselo, no podía escamoteárselo más tiempo. Además, necesitaba repartir la carga. Entre los dos tal vez pudieran soportarlo mejor. León se portaba razonablemente bien en los momentos graves. Seguramente volvería en la primera nave. Se sentía avergonzada de no habérselo dicho aún. Quizá no quería decirlo en voz alta. De algún modo, mientras no lo verbalizara, el monstruo de la enfermedad sería menos real. Al entrar en su botón descubrió que tenía cinco llamadas de León desde Marte. ¿Se habría enterado? No era posible. Tal vez los del seguro médico lo habían avisado. Lo que le extrañó fue una llamada de ella al botón de León. La llamada era del día anterior. No recordaba haber llamado. No, no lo había hecho.

—Quiero hablar con León.

Tardaba un poco en conectar. La primera señal era la del repetidor inicial. Había diez repetidores que amplificaban la señal en el trayecto. Sonia los imaginaba como boyas en el mar que le decían a la llamada por dónde debía ir para no perderse por el espacio.

«Este botón ha sido anulado, no está asociado a ningún usuario.»

Sintió miedo. Pensó que León había desaparecido y que ya no lo volvería

a ver. Que estaba sola con lo de Víctor. Y que todo era, por supuesto, culpa suya. Todas esas llamadas del día anterior y la de ese día le decían que ese número no era de nadie. No podía ser casualidad. A lo mejor habían hablado y no lo recordaba. Quizá le había dicho algo, algo fatal e irreparable. Una confesión en un ataque de sinceridad. Y León había decidido cortar toda posibilidad de comunicación.

O peor, podía haberle sucedido alguna cosa. Marte quedaba tan lejos. No conocía a nadie que la pudiera ayudar a localizarlo, ni compañeros de trabajo, ni jefes, ni nada. Ni siquiera sabía seguro dónde se hospedaba. ¿Para qué necesitaba saberlo? No hacía falta nada de eso, con llamarlo al botón era suficiente. Desde que se conocían, jamás habían estado ilocalizables. Todo el mundo estaba localizable hoy en día. Como mucho, podías aparecer como ausente u ocupado.

—¿Qué vas a querer?

—Nada.

—¿Cómo que nada? Seguro que no has comido. Déjame que te traiga el menú degustación. Es variado y ligero.

—De verdad que no quiero nada.

—Pues un postre. Los postres te garantizan una buena digestión.

—Un café. —Sonia comprendió que si no pedía nada sería una batalla muy larga.

—Como quieras.

Jon le cogió ambas manos.

—Tenía ganas de que vinieras. Si me hubieras avisado lo habría cerrado para los dos solos. Estás muy guapa.

—No, no lo estoy. Por favor, no me mientas.

Jon no mentía. Le parecía preciosa. Esa arruga hacia abajo de las comisuras a cada lado de su boca. Incluso las pequeñas bolsas en los ojos. Todo en Sonia le gustaba. No es que no la conociera lo suficiente, simplemente no habían pasado los años para que lo que ahora lo fascinaba fuera justo lo que después pudiera irritarlo. Precisamente era lo que quería,

que pasaran los años. Sonia le producía esa sensación, le entraban ganas de sentarse con ella a esperar a que ocurriera cualquier cosa, a escucharla, a dejar pasar las horas. Jon la quería, daba igual que la acabara de conocer. Lo supo ese día y lo sabía en ese instante, sentado con ella en su restaurante.

—He pensado dejar a mi hija de encargada la semana que viene y llevarte a donde tú quieras. Elige un lugar.

—¿Perdona?

—Ella lleva no sé cuánto tiempo intentando convencerme de que necesito unas vacaciones... y nunca hago caso. Pero es que tampoco veía una razón para separarme de esto. Pero ahora sí que la veo. ¿Qué te parece? Por supuesto, nos llevamos a Víctor si quieres.

Sonia se quedó congelada, mirándolo, atravesando su cara con sus ojos como si allí no hubiera nadie. Y lo vomitó todo. Empezó por la noche en la que no pudieron quedar porque el niño tenía fiebre, se remontó a sus problemas de pareja, luego volvió a la primera noche en el hospital. Un relato que iba hacia atrás y hacia delante, como una bola de demolición destrozando un edificio antiguo, sin interrupción. Los ladrillos caían, la cal volaba por el aire, las vigas se doblaban lanzando esquirlas en todas direcciones. Toda la estructura se desplomó en una nube de polvo y lágrimas. Sonia se puso a llorar en público, no lo había hecho desde el colegio. Qué absurdo cuando uno está mal tener que preocuparse por si lo están mirando.

Jon estaba pálido, todo aquello le quedaba grande, le habría quedado grande a cualquiera. Cuando Sonia acabó, permanecieron ambos unos minutos en silencio.

—Sonia, yo...

—Creo que sí que me voy a tomar un postre.

Jon se encargó de que le sirvieran un pedazo de tarta de auténtico chocolate. Sonia se enjugó las lágrimas y se tomó la porción ceremoniosamente, cucharada a cucharada. Poco a poco sintió que le volvían las fuerzas.

—Dime qué quieres. Si necesitas cualquier cosa...

—Tu hermano es médico, ¿verdad?

—Sí, claro. ¿Quieres una segunda opinión? Estoy seguro de que en el

Boston Childrens lo estarán tratando muy bien. Son los mejores del mundo.
Sonia rebañó con el dedo el último resto de chocolate.
—Quiero morfina, Jon, toda la que puedas conseguir.

ENCARGA TU HIJO AHORA

En BIRTH OPTIONS te lo ponemos fácil



MARY Y JOHN WATSON
NOS CUENTAN SU EXPERIENCIA:

*«Quedamos encantados.
En BIRTH OPTIONS hicieron un magnífico
trabajo, con los ojos
del abuelo y el carácter de
mi madre»*

No dejes el trabajo a la cigüeña

SIN ENFERMEDADES CONGÉNITAS, ASEGURAMOS UNA LARGA ESPERANZA DE VIDA.
SI QUIERE UN HIJO AGRADECIDO, QUE NO LE DEJE TIRADO EL DÍA DE MAÑANA,
NOSOTROS SOMOS LA EMPRESA QUE ESTÁ BUSCANDO.

Un 80% DE NUESTROS NIÑOS HAN SIDO SELECCIONADOS POR EL Child Pride Institute.

Agilizamos los trámites con el gobierno, contamos con un excelente equipo de abogados.

Capítulo 22

Levantó los hombros de Fiona para que no le pillaran el pelo. Colocó sus brazos sobre el pecho y la contempló unos segundos antes de prenderle fuego. Los ojos grandes y negros de Nunú eran dos espejos perfectos y en cada uno de ellos ardía Fiona.

—No quiero que se la coman los cuervos.

No todavía, no delante de ella.

Félix esperaba en el coche. Le dijo a la cría que él no la había matado y era verdad. Al menos en parte. Cuando mandó a la niña a por su botón, la otra le pidió que acabara con su vida y él se negó. Se negó no porque no fuera capaz, sino porque sabía que a la niña no le haría gracia y que era mejor no cabrearla. El día de la muerte de Fiona él estaba fuera de la choza, había salido a aclarar las ideas. A Félix, pensar le requería la atención de todo su cuerpo, se distraía con facilidad y necesitaba todos los sentidos centrados. Oyó un grito. Hizo lo posible por ignorarlo. La pierna le dolía horrores cada vez que se levantaba o se agachaba, así que pensó que ya se calmaría, al fin y al cabo se pasaba el día quejándose. Cuando los lamentos se prolongaron comenzó a detectar que el tono no era el habitual, no estaba cargado de esa autocompasión irritante. Cuando se decidió a echar un vistazo se la encontró con aquello medio clavado y resoplando con los ojos a punto de salirse de las cuencas. La muy loca se había acuchillado a sí misma. Había conocido a un par de suicidas —no de los que montan el numerito, no, no como una de

sus ex—, suicidas de verdad, de los que triunfan en lo suyo, y ninguno había tenido los santos cojones de apuñalarse. Apuñalarse es extremadamente difícil y casi nunca sale bien, a la vista estaba. La mujer chillaba mientras hacía inútiles aspavientos. Félix no pudo soportarlo más y se acercó. La sujetó por el cuello con una mano mientras hundía aquel hierro con la otra. Ella lo agarró y le tiró del pelo; de haber tenido más fuerza le habría arrancado el cuero cabelludo. Se lo iba a poner difícil hasta el final, como todas las mujeres. Cuando por fin soltó el último aliento, Félix estaba sudando.

No debía haber ayudado a morir a esa mujer, no debía haber ayudado a nadie, es más fácil así. Eso pensó al hacerlo, y más aún cuando la niña lo apuntó a la cara con su propia pistola.

—Yo no he sido, te lo juro.

La niña no estaba dispuesta a bajar el arma, y lo entendía, seguramente él habría hecho lo mismo. Qué cojones, él habría disparado, habría vaciado el cargador, y más a un mentiroso fullero traficante como él. Esperó a que bajara la guardia, a que los ojos se le inundaran de lágrimas, y le quitó la pistola. Luego ella lo golpeó y Félix dejó que lo hiciera, que lo pegara hasta cansarse, eso también lo había hecho con más de una de sus ex. Los golpes ya no dolían.

Quemó también la choza, su refugio, el lugar que a Omar, a Fiona y a ella tanto les costó levantar, su hogar. Recogió todo lo que le pareció más útil de sus tesoros. Félix le dijo que aquello no era más que basura, pero Nunú no entendía eso de basura. Todas las cosas servían para algo o para alguien; si no sabías qué hacer con un objeto era porque aún no le habías encontrado el uso. Las llamas devoraban la madera seca sin miramientos, como si llevaran siglos sin comer. Montar aquel refugio fue un trabajo de años; destruirlo, apenas costó unos minutos. La casa la construyeron Fiona, Omar y ella, poco a poco. Lo más difícil fue encontrar las telas para el camuflaje del techo. Estuvieron semanas y semanas de ratoneo. Cuando ratoneaban juntos, el tiempo pasaba de otra manera, incluso se reían. Esa choza era lo más cercano a un hogar que había tenido y seguramente lo más cercano que tendría nunca. Podría servir de refugio a otras personas, allí podría esconderse un grupo de zombis, por

eso la quemaba. No quería que fuera de nadie. Sólo faltaba. Ella la levantó y ella la echaría abajo. Si otros zombis querían refugio, que se buscasen la vida. A ellos nadie los ayudó cuando lo necesitaron. Y ahora se marchaba con el gordo. Se podría quedar ahí sola, no necesitaba la ayuda de nadie. Llevaba un año cuidando de Fifí, y la mayoría de los zombis eran más torpes, más ruidosos, más glotones, llenos de necesidades, débiles y llorones. Y viejos. No necesitaba a nadie. Entonces ¿por qué se iba con el gordo? Tenía un arma, parecía fuerte, no era el típico quejica. No era por eso. Iba a llevarla al otro lado. Ella no conocía el otro lado, su primera excursión había sido el día anterior. Le vendría bien un guía en el nuevo mundo, temporalmente. Hasta que ella encontrara un lugar y él estuviera curado de la pierna. No, no era por eso. Pero no quería admitirlo. Tenía miedo de reconocerlo, como si identificar la debilidad fuera a derrumbar todo el castillo de naipes. Había perdido a su familia y no quería estar sola. El gordo era alguien a quien mirar, aunque fuese con rabia. El asesino de Fifí. Debería haberle volado la tapa de los sesos cuando lo tuvo a tiro. Niña estúpida, niña boba. Se iría con él mientras lo necesitara, pero cuando se descuidara le pegaría un tiro. Vamos que si lo haría.

Félix había pasado las horas haciendo llamadas. Intentando hacerlas, porque nadie respondía al otro lado. Unos días fuera de circulación y todos se escondían de él como las cucarachas del sol. Ni su abogado, ni la administradora, ni los supuestos amigos. Estaba en busca y captura, las comunicaciones de sus allegados debían de estar intervenidas y los muy cobardes andarían como locos intentando borrar su pasado para poder decir que nada habían tenido que ver con el Narco Merchero. Qué hijos de puta, bien que cogían su dinero, todos bebían del mismo cuenco, sin él muchos serían zombis en lugar de tener una piscina en su salón. «Cría cuervos», pensó. Todos ellos, todos iguales.

Se le ocurrió llamar a Luna. No tenía su contacto pero sabía su número de memoria.

—¡Félix, Dios santo! ¿Estás bien? —No le preguntó dónde estaba. Ella

sabía, siempre supo cómo comportarse.

—Estoy entero.

—Ha salido tu casa en la info. Dicen que encontraron más de diez quilos de hermesina y que mataste a un montón de policías.

—Diez quilos, cochinos mentirosos.

—¿Quieres hablar con Pandora?

—No, llamo para despedirme. Dile tú adiós de mi parte.

(...)

—¿Te vas? ¿Para siempre?

—Mañana desaparezco. A media noche me largaré hasta que todo esto se calme.

—No se va a calmar.

—Ya, bueno, ya veremos.

—¿Sabes que estamos en guerra?

—¿Dónde?

—En todas partes.

Félix colgó. Confiaba en ella. Lo había entendido, todo iría bien. El todoterreno les daría ventaja. Había tenido una gran idea, la mocosa, tenía iniciativa. Le dejó cargar todas sus mierdas en la parte de atrás. Intentó convencerla de que no le iban a hacer falta, pero fue inútil. ¿Para qué iban a querer muelles, latas vacías, tornillos, trozos de piel sintética, horquillas y rodamientos? Esos días en el mundo de los zombis le habían parecido más que suficiente. Por suerte habían estado aislados, sin vecinos, sólo algún zombi ocasional pasaba por ahí, perdido y enfermo. Todos parecían enfermos. Añoraba su ducha de presión. Le haría falta mucho tiempo dentro para limpiarse de todo aquello. Tal vez un día o dos bajo los chorros le quitarían ese olor a pobre. Se quedó mirando a la niña. Su pelo encrespado se recortaba contra el fuego. No quedaban muchos negros como ella. Todo el mundo estaba mezclado. Las razas se vislumbraban, pero estaban diluidas. Él no, él era merchero cien por cien: madre, padre, abuelos, tatarabuelos... Sus mujeres no, sólo dos de ellas eran mercheras, su descendencia no iba limpia, buenos disgustos le había traído eso con la Aurora. Daba igual. Mercheras o no, sus hijas eran todas gilipollas.

—¡Nunú, al coche!

La choza se derrumbó lanzando miles de chispitas naranjas a la noche como una lluvia de perseidas enloquecidas. Era la primera vez que el gordo la llamaba por su nombre. Poca gente pronunciaba su nombre, sólo Omar y Fiona. Los demás sólo «niña», «cría», «mocosa», «tú», porque no sabían cómo se llamaba ni debían saberlo. Se subió al vehículo y se marcharon. Sabía que no volverían. En diez minutos estarían en la frontera, así que al poco de salir el gordo apagó los faros. Aminoraron la marcha, el terreno tenía muchas piedras y socavones, un error y se quedarían embarrancados. El gordo conducía bien, serio, con movimientos cortos y precisos. Oyeron un helicóptero que barría el suelo con un potente foco-escáner. Esperaron a que pasara. Ya debían de estar en la línea, sin embargo, algo no encajaba. No había valla, nada, en ninguna parte. Avanzaron poco a poco. Hasta que no estuvieron prácticamente encima no vieron que la valla estaba en el suelo, toda entera. Nunú sonrió. Ella había hecho la brecha y lo demás vino solo. No había gente esperando a cruzar porque ya habían cruzado todos. Pasó otro helicóptero. En el horizonte se veía una hilera de ellos, al menos diez. ¿Cómo vigilas setecientos kilómetros de frontera? Nunú miró al gordo. También estaba impresionado, pero no sonreía, había miedo en sus ojos. Siguieron el camino. A los pocos minutos encendió los faros. Pasaron del campo a una pista y de ésta a una carretera. Ninguno habló. En la negrura de la noche todo le pareció igual que al otro lado, igual de seco, igual de feo. Esperaba al menos un cambio de color. ¿A qué tanta historia? La valla sólo separaba dos partes de desierto.

—Queda bastante. Duérmete si quieres.

No se iba a dormir. No sin saber dónde iba a despertar. Necesitaba confianza para dormirse junto a un extraño. Poco a poco fue viendo más vehículos en la calzada. En las cunetas caminaban grupos de zombies, avanzando, sin rumbo. O mejor sin destino, rumbo al norte, con la esperanza de llegar quién sabe a qué lugar. De vez en cuando veían camiones militares en los que metían a los zombies a empujones. Da igual lo que hagan los citys,

por mucho que lo intenten no va a haber camiones para todos los zombis. Pararon frente a un local con luces en el techo. «Bistro-bar», decía el cartel. El gordo hizo un gesto para que salieran.

—Vamos a cenar.

Cenar. Nunú conocía esa expresión de los cuentos de Omar. Cuentos con sirenas, minotauros y opíparas cenas. Lo siguió hasta el interior y se sentaron a una mesa. Apenas había tres paisanos dentro.

—Aquí aceptan oro, no es fácil encontrar sitios en los que pagar en efectivo.

—¿Qué van a tomar?

—Quiero dos hamburguesas, huevos con bechamel y dos raciones de patatas. —Se volvió hacia Nunú—. ¿Y tú quieres algo?

Nunú no contestó.

—Trae otra hamburguesa más y otras patatas.

—Y huevos, también quiero huevos.

En toda Francia, la carne que podías encontrar hecha a partir de células madre era muy buena, pero los huevos eran aún mejores. Lo cierto es que la comida superó con creces cualquier expectativa. Nunú engullía aquella mezcla de cereales y carne de laboratorio llena de jugos y salsas con un ansia y un hambre que no sabía que tuviera. No paró hasta haber dejado el plato limpio, lo cogió entre sus pequeñas manos y lo lamió hasta que no quedó nada. El gordo la miró con una sonrisa que a Nunú le pareció ofensiva.

—¿Qué?

—Vámonos. No queremos tener el coche ahí parado mucho tiempo.

Salieron de allí llenos como boas. Ella iba nerviosa, con el azúcar disparado y todos sus sentidos en revolución. A la cuarta curva vomitó. Al gordo no le hizo ninguna gracia. Hizo ademán de ir a pegarle, pero se contuvo. Tuvieron que parar y ella limpió el suelo y el asiento para quitar el mal olor. La inundó una pena terrible, una culpa por la comida desaprovechada. «Maldita niña glotona, debiste guardarlo para más adelante. Con esos platos podías haberte alimentado dos semanas.» Siguieron el camino.

—Si notas que va a pasar otra vez, avisa.

Nunú no contestó, se mantuvo callada y enfurruñada mirando el tramo serpenteante de la carretera que iluminaban los faros. Una curva a la izquierda, otra a la derecha, otra a la izquierda, otra... Sin darse cuenta, los párpados empezaron a cerrársele. Demasiadas horas alerta, demasiados años siempre en guardia.

Se despertó sobresaltada en su asiento: era de día. A su lado, donde debería estar el piloto, no había nadie. Se volvió a mirar en todas direcciones, nerviosa. El coche estaba parado dentro de un maizal. Abrió la puerta corriendo y saltó afuera. El aire la tranquilizó. Aguzó los sentidos. Una voz venía con el viento de alguna parte cercana. Decidió aproximarse sin hacer ruido, a gatas. Las plantas estaban secas y oxidadas. Ese cultivo jamás daría nada, en ese clima era casi imposible cultivar, que se lo dijeran a Gustaf, su vecino zombi. Aunque a veces conseguía que brotara alguna cosa. La vida se abre camino. Entre los tallos secos vislumbró al gordo, pero no era él el que hablaba, era ella. Una mujer, guapa y triste. Tenía una enorme cabellera negra que llevaba a medio recoger. Y un vestido largo, blanco, estampado de flores.

—Sabías que esto te iba a pasar tarde o temprano.

—Ni en un millón de años. Te juro que esperaba acabar en una playa de Marte, gordo y rico.

—Entonces eres tan tonto como tu primo Pipo.

La mujer le entregó un sobre y un paquete del tamaño de un ladrillo.

—¿Está todo?

La mujer se encogió de hombros.

—En cuanto pueda volveré a ocuparme del dinero. No os preocupéis que no os va a faltar de nada.

—No nos falta desde hace tiempo. Ya no te necesitamos.

El gordo fue a hacerle una caricia en la cara, ella le apartó la mano y él la miró, herido.

—Si me odias, ¿por qué has venido?

—¿Quién te odia? Nunca te has enterado de nada.

La mujer lo repasó de arriba abajo con cierta pena.

—¿Quién es esa niña, Félix? ¿Qué vas a hacer con ella?

—Eso no es asunto tuyo.

Félix se alertó al oír un ruido entre los tallos secos.

—¿Qué has hecho, Luna? ¿Te has traído a la policía?

—Vete a la mierda.

Luna escupió en el suelo, la duda ofendía.

—Estamos en paz, Félix, no vuelvas a llamarme. Ni a tu hija tampoco.

Se despidieron sin tocarse, cada uno en una dirección. Félix cojeó hacia el coche, alerta, apuntando con el arma al suelo. No se cruzó con nadie. La niña estaba dormida en su asiento, con la cabeza apoyada en la ventana. Félix golpeó el cristal.

—Nos vamos. Dejamos el coche.

—¿Y mis cosas?

—Coge lo que puedas llevar encima. Hay muchas cámaras a partir de aquí. Si ven el carro estamos jodidos.

La niña obedeció a regañadientes. Metió todo lo que pudo en una bolsa que se ató a la espalda. Lo que no le cabía lo enterró junto a una señal en la carretera. Era un perro escondiendo un hueso, como su *Yeti*, que los enterraba y luego no sabía dónde estaban. Empezaron la marcha. Echaron a andar hacia el norte por el borde de la carretera, aunque cuando podían tomaban algún camino que era supuestamente un atajo. Iban muy despacio. Félix notaba unas punzadas terribles cuando apoyaba la pierna mala, pero sentía que debía moverse para coger fuerzas o se anquilosaría. Se apoyaba en la niña todo lo que podía, todo lo que ésta se dejaba. El primer día hicieron sólo veinticinco kilómetros, el segundo mejoraron a los cuarenta, y los siguientes días llegaron a los cincuenta. La niña apenas tenía ampollas en los pies, alguna en los talones, pero Félix estaba destrozado. Sus mujeres se habrían sorprendido al verlo, bajaba al menos un kilo cada dos días, y en la cara se le empezaba a notar bastante. Félix se pasaba el camino llamando y enviando mensajes con su botón, maldiciendo y refunfuñando por no obtener el resultado esperado. Luego, una vez al día, buscaba sitios razonablemente decentes para comer, y la niña comía con cuidado: había aprendido la lección y no iba a malgastar el alimento nunca más. Por las noches, la niña hacía el

fuego y los dos dormían por turnos, vigilando que nadie se acercase a robar. Por la mañana, cuando el rocío los dejaba tiritando, levantaban el campamento y vuelta a empezar. En tramos del trayecto se les sumaban zombis que marchaban en la misma dirección y que siempre pedían alguna cosa. Ellos se desmarcaban y los evitaban en cuanto podían. A ninguno de ellos les gustaba la compañía ni las conversaciones vacías e innecesarias.

Pasaron un tornado. No era de los gordos, pero sí el primero que Félix vivía fuera de la comodidad de su mansión. Se quedaron hechos un ovillo bajo el porche de una vieja casa. Félix miraba a la niña, esperando ver el miedo en sus ojos, pero Nunú parecía dormida. Tal vez sólo estaba meditando, respirando tranquila hasta que amainase el temporal. Secretamente, le hubiera gustado que la niña se abrazara a él buscando refugio. Él sí que tenía miedo. Sentía que no había nada entre ellos y la muerte. Ni paredes, ni filtros de aire, sólo su piel fina y mortal. A la semana llegaron a la ciudad.

—La familia de mi madre era de aquí, esto era una tierra de vinos hace muchos años.

—No me gusta el vino.

Nunú señaló con los ojos abiertos. Hasta ese momento no había visto una verdadera diferencia con el mundo zombi. Aquí y allá había chabolas desperdigadas en las zonas desérticas, carreteras viejas y señales oxidadas. Esto era distinto, un círculo de unos gigantescos arcos invertidos rodeaba la ciudad, al fondo. Tendrían una altura de unos cincuenta metros o más, a su lado una persona no parecía más alta que un champiñón.

—Son los filtros de aire. A la gente de la ciudad no le gusta respirar la mierda. Venga, no te pares, niña, ya queda poco.

Tras aquellos arcos se veían cientos, miles de casas salpicadas de vez en cuando por edificios altísimos de los que salían árboles y plantas colgantes. Siguieron caminando media hora cuando Nunú vio cómo se les acercaba un vehículo de la policía. El gordo lo vio también y se puso tenso.

—Deberíamos abandonar el camino. —Estaba preparada para salir corriendo, agazapada, como un gato.

—Espera.

El gordo agarró a Nunú con una mano mientras con la otra echaba mano de la pistola con disimulo. El vehículo paró junto a ellos y abrió las puertas. Dentro no había nadie. El gordo la empujó al interior sin mediar palabra y se metió tras ella. Las puertas se cerraron con un sonido de aire comprimido y el vehículo invirtió la marcha en dirección a la ciudad. Nunú intentó abrir las puertas sin éxito, muy nerviosa. Una voz surgió nítida de unos altavoces que no pudo localizar.

—¡Merchero, cuánto tiempo! ¿Quién es tu invitada? Cada vez te las buscas más jovencitas.

—Calla la boca y llévanos dentro.

—Sabía que tarde o temprano acabarías en un coche patrulla.

Capítulo 23

A León nunca le habían dado una paliza. El dolor de cabeza se unía con el de todo el cuerpo. Lo primero que vio al recuperar la consciencia fueron sus manos apoyadas en el suelo. Estaba a cuatro patas.

—¿Cómo estás, profesor?

León reconoció la silueta de Candi, de pie, en la puerta de la celda. Porque aquello era una celda. Le sobrevino la risa y escupió sangre. Su viaje a Marte no tenía pinta de acabar bien.

Los gorilas de Edgard Edgard lo interceptaron en el aeropuerto y lo llevaron a una gran mansión. No le hizo falta ver la decoración para saber a quién pertenecía. Pero los muebles victorianos mezclados con toda esa influencia oriental mal entendida se lo confirmaron. Lo dejaron esperando en una habitación majestuosa. Una cama con dosel y mosquitera, un tocador antiguo, un espejo de pie, un reloj de pared. Cerraron la puerta al salir. No sabía cuánto tiempo transcurrió hasta que entró un militar, colocó una silla en el centro de la sala y volvió a salir. Minutos después hizo su aparición Edgard Edgard. Llevaba un traje blanco, de corte colonial, con un sombrero panamá. Abanicó el asiento con el sombrero y, tras sentarse, ceremonioso, lo depositó sobre una de sus huesudas rodillas. Observó a León con interés antropológico mientras se humedecía sus finos y agrietados labios con esa vieja y pequeña lengua.

—Hoy no voy a invitarlo a comer.

—Y yo que me había alegrado al verlo...

Edgard Edgard sonrió, agrio. A fin de cuentas sí que albergaba algo de sentido del humor bajo ese caparazón de artrópodo.

—No creo que lo hayamos tratado tan mal. Usted tenía sólo que limitarse a hacer su trabajo. En lugar de eso se ha dedicado a darme largas, a jugar con nosotros y a hacer preguntas incómodas que no interesan a nadie.

—Si algo he aprendido es que todas las preguntas son interesantes.

—Es usted como los escritores. ¿Conoce a algún escritor? Pues es usted igual. Los escritores me producen un gran agotamiento. Ojalá pudiéramos contar con sus obras sin tener que soportarlos a ellos. Ese ombliguismo, siempre hablando para sí mismos, como si hubiera una audiencia invisible dispuesta a aplaudirlos, a reírles el chiste o a emocionarse con una reflexión hermosa. Estoy seguro de que tuvo unos padres blandos y complacientes que ni siquiera lo obligaban a recoger su cuarto.

—¿Por qué no hacemos una cosa? Usted me habla de sus padres y yo le hablo de los míos. Intercambiamos anécdotas de la infancia. Cuando nos conozcamos bien será más fácil estrechar lazos, ¿no cree? Me da que hemos empezado con mal pie.

Edgard Edgard suspiró y un aroma mentolado llegó hasta la cara de León. Casi le provocó una arcada.

—A eso es justo a lo que me refiero. No sabe cuándo cerrar la boca.

Edgard Edgard apretó su botón. Acto seguido, entró el joven militar, se acercó a León y le dio una patada en la boca. El dolor le hizo perder la visión durante un par de segundos. Los dientes se le inundaron de sangre. Sintió que el labio inferior se hinchaba como una pera de agua. Realmente la hinchazón no era tal, pero es lo que pasa con los labios, son así, escandalosos, y sus terminaciones nerviosas producen esa sensación exagerada. La sangre sí, la sangre era real. Por favor, León, calla, no digas nada, aguanta hasta que pase. Todo pasa, nada dura para siempre.

—Necesito que termine el trabajo, señor Miranda. Si colabora dejaré que se quede en esta habitación. Tendrá una cama decente, un escritorio y comida. Podrá salir a pasear a los jardines. Pero si se empeña en esa actitud tan poco profesional lo trataremos como haríamos con un inmigrante ilegal.

¿Sabe lo que les hacemos aquí a los inmigrantes ilegales?

Sigue así, no contestes. A nadie le importa lo que tengas que decir. Buen chico, asiente y traga. Pero traga en sentido figurado, no tragues demasiada sangre o vomitarás.

—Como le dije una vez, aquí no es como allí. Aquí tenemos nuestras normas. ¿Ha visto lo que está pasando en la Tierra? Era de esperar. Los pobres se han hartado. Allí todo se ha desmadrado y tienen demasiado encima para preocuparse de lo que pasa aquí. Si hace bien su trabajo... Yo no tengo nada contra usted, se lo prometo. Si termina la traducción le pagaremos lo establecido y podrá marcharse. Y si no... Bueno, échele imaginación, usted que la tiene.

Su imaginación le decía que en ningún caso se iría de ahí por la puerta grande, hiciera el trabajo o no. Lo sacarían como a la basura, de noche, a escondidas, por la puerta de atrás y con los pies por delante. El aire marciano los volvía locos, estaban todos enfermos.

—Hemos limpiado su botón. Contactos, historial, juegos, todo. Tan sólo le hemos dejado el texto para la traducción. Espero que sepa apañárselas.

—¿Sabe una cosa?, se le va a acabar. —No, León, ¿en qué hemos quedado?, cremallera, boca cerrada, chitón—. Esto se va a llenar de gente antes de lo previsto, gente poderosa e importante. Cuando se quiera dar cuenta, sus días de *sheriff* se habrán terminado. En el nuevo Marte nadie va a querer a un viejo cacique con aires de dictador.

Edgard Edgard volvió a mojarse los labios para no rajarse la carne al sonreír. Salió él y entró el joven militar. León cerró los ojos para no ver la paliza. Tuviste que hablar, tuviste que hacerlo. Los golpes empezaron a sucederse de tal forma que León se perdió en el dolor y la confusión. Otros militares debieron de entrar a continuación, porque sintió cómo lo agarraban de pies y manos y lo sacaban del cuarto, y la verdad era que no se imaginaba a Edgard Edgard cargando con él. Lo tiraron sobre el suelo de otra habitación. Sin muebles, oscura.

—¿Cómo estás, profesor?

Capítulo 24

Éramos náufragos.

El avión se deslizaba sin ruido sobre las nubes de color azufre y ella dejaba que el sol se pegara a su cara, protegida por los filtros del cristal. Se pasaba los vuelos mirando por la ventana. No tanto porque lo disfrutara, sino porque le proporcionaba una sensación de salida, mitigaba la claustrofobia. Todo era desierto. Una gran extensión blanca, amarilla, marrón, gris, interminable. Sólo las ciudades eran verdes. Islas verdes en un mar de polvo. Éramos náufragos. Robinsones hacinados en nuestros oasis esperando a que un barco nos rescate y nos lleve navegando a otro planeta.

Las cosas habían cambiado tras la muerte de Albino Rosso. De pronto todo parecía fluir, como si se hubiera desatascado una bañera con el desagüe lleno de pelos. Cuando despertó en el hospital, Randall estaba allí, en silencio. Médula nueva y dos vértebras de una aleación superresistente. Lora contaba con cuatro prótesis más. Fémur, rodilla, vértebra y muñeca. No eras un auténtico policía hasta que no te habían introducido un cuerpo extraño. Tras cinco días de hospital fue a que le extrajeran los recuerdos en la oficina de Obtención de Información. Lora no sabía si a la mayoría de la gente le molestaba, pero a ella no le gustaba nada que hurgaran en su cabeza. Ni siquiera con permiso.

—Sólo van a buscar lo que tú quieras. No van a mirar tus cosas privadas.

—Todo lo que hay aquí dentro es privado.

—Estuve tres meses en Obtención de Información y te sorprendería lo parecidos que somos todos por dentro. Gráficas prácticamente iguales entre

una adolescente de Johannesburgo y un anciano de Boston.

—Idiotas hay en todas partes, sí.

Si nunca te han escaneado el cerebro en Obtención de Información, es difícil de explicar. No es un proceso ni mucho menos doloroso, apenas es molesto. Es como leer una novela cuando no puedes concentrarte. Enhebras un párrafo con otro sin enterarte realmente de lo que lees mientras sigues pensando en el trabajo, tu pareja, tus miserias. Cuando te escanean el cerebro tus pensamientos se dividen. Mientras tú oyes música en el salón, notas cómo varias personas están desordenando tu dormitorio y probándose tu ropa. Ellos aseguran por contrato que sólo extraen lo justo y necesario, que no analizan nada que el cliente no quiera que se encuentre. Lora no se lo creía. Para encontrar hay que buscar primero.

De la cabeza de Lora sacaron mucha información válida. La mayoría de los rostros que Lora recordaba como asistentes a la conferencia de Albino Rosso se pudieron cotejar con las entradas adquiridas y con las grabaciones de la sala. Su memoria apenas había distorsionado a cuatro, inventando caras que nunca tuvieron. Posiblemente caras de su infancia. Pasaba muy a menudo: el subconsciente llenaba los huecos, desde un tres a un treinta y cinco por ciento en ocasiones. El porcentaje de acierto de Lora era de verdad bueno. Por algo era policía. El tipo que se sentó a su lado, el que Lora recordaba como un cincuentón, era el mismo con el que se cruzó al salir tras su conversación con Albino. Su rostro no pertenecía a ninguna de las identidades de la lista de asistentes. Debió de usar la entrada de Juan Leter o de Susanne Greek, que fueron las únicas dos personas que pagaron entrada y que no parecieron asistir. No había rastro de ellos ni en los vídeos ni en el cerebro de Lora. La cara del cincuentón, sin embargo, estaba nítida en el recuerdo X0619/WU que Obtención de Información entregó a la agente Walters. Y en las máquinas de reconocimiento de la policía militar, el programa tardó menos de trece segundos en ofrecer un resultado de una validez superior al setenta y ocho por ciento. Según decía la pantalla que tenía frente a ella, el hombre de la conferencia era un tal Max Pinaud.

Cuando tienes un nombre, lo primero que haces es introducirlo en el sistema y situar en el mapa dónde está su botón. Por supuesto, no tenía botón. Sólo encontró información básica. Nació en un pueblo de Rusia hacía treinta años, y fue a la universidad en Quebec, donde se hizo experto en lenguas muertas o rollos así. Ninguna enfermedad importante. ¿Sólo treinta años? Lora buscó las fotos que pudo de Max. Aunque se parecía al hombre con el que se cruzó en la conferencia, no podría jurar que fuera el mismo. El que ella vio era más viejo, más duro. Desde luego no parecía un delicado y joven etimólogo. Ese empollón que podía ver sonriendo en su graduación no daba mucho el perfil del terrorista. Algo no encajaba. O simplemente era que Lora no podía creerse que tuviese la identidad del Enterrador. Se resistía a aceptar que pudiera ser así de fácil.

Sus superiores la felicitaron. Por todo. Por la conexión con Marte y por poner un nombre sobre la mesa. Por fin tenían algo que contar como avance a sus superiores, y éstos a los suyos. Estaban todos tan contentos que aceptaron sin problemas la hipótesis de Lora acerca del sabotaje a la colonización marciana. No sólo la aceptaron, también la abrazaron, la celebraron. Aquello era mucho mejor y más conveniente que un terrorista que mataba poderosos. Eso podía despertar simpatías en ciertos sectores menos favorecidos de la sociedad. Era mucho mejor un terrorista enemigo de la humanidad que pretendía acabar con nuestras esperanzas como especie. Cómo no lo vieron antes; resultaba evidente. Ese cabrón quería cargarse la única salida que nos quedaba.

Dieron orden de busca y captura de Max Pinaud, pero no lo identificaron como el Enterrador, sino como un sospechoso de traición a los estados aliados. En diez días todavía no habían dado con ningún rastro de él. Lora no podía negar que la falta de resultados le producía cierta satisfacción. En la central todos la felicitaban, pero lo cierto era que no había hecho nada. Randall fue quien la puso sobre la pista de Marte. Y que el Enterrador asistiese a la conferencia no era más que una casualidad. La superagente Walters era un fraude.

Organizaron un encuentro de todo el equipo de investigadores. Fue en Moscú. Intercambiaron impresiones y sacaron un plato decorado para Lora.

«Por el primer paso. Para la agente Lora Walters.» Fue un momento ridículo. Ya le habían dado una medalla en Boston y tuvo que pronunciar un discurso que Randall la ayudó a redactar. No podía más con todo aquello. En Moscú tampoco fue emocionante, se limitó a dar las gracias. Ninguno de sus colegas sabía nada nuevo de Max Pinaud. Los más optimistas coincidían en que como a esas horas su aspecto estaba en todo el sistema, si cualquier cámara detectaba sus rasgos en cualquier lugar del mundo saltarían todas las alarmas. Lo tenían acorralado, no podía moverse. Otros pensaban que seguramente se escondería una buena temporada. El francés y la australiana estaban convencidos de que habría saltado ya la frontera y estaría en territorio zombi. Era la opción más razonable. En el mundo libre todo queda registrado en los archivos, no puedes subirte a un vehículo o caminar tres calles sin que se produzca una identificación. Sólo los zombis viven de forma anónima. Si en diez días no había habido señal alguna era porque no se encontraba en ninguna de las ciudades importantes.

La australiana daba el caso por cerrado.

—No lo atraparemos, pero lo más seguro es que no pueda volver a atender, tal vez para siempre. Al menos dentro de las fronteras.

El francés, sin embargo, opinaba que la colonización de Marte era una gran oportunidad de censar de una vez por todas a los zombis, que todo era cuestión de voluntad.

—Si el traslado se acelera, como todo parece indicar, tal vez tengamos al Enterrador antes de lo que creéis.

Si eso era cierto, localizarían a sus padres. Lora miraba las necrológicas que publicaban organizaciones como Safety World por si acaso, pero sabía que la mayoría de los zombis morían sin ser mencionados en ninguna parte.

El francés esperó hasta el final de la reunión para abordar a Lora. Empezó con que era obvio que sólo ellos dos mantenían un genuino interés por el caso. Le contó que había hablado con la universidad de Quebec, con todos los que lo conocían: profesores, alumnos, celadores... Nadie había vuelto a verlo desde que dejó el campus.

—Vamos, que no tienes una mierda.

El francés pasó directamente al plan B. Tenía su habitación arriba porque

había peleado por no ir al otro hotel, que dejaba mucho que desear.

—Podemos follar para conocernos mejor.

Lora declinó la oferta y se fue al hotel malo. Podría haber aceptado la oferta. Encajaba en el tipo de hombre que solía elegir para el sexo. Hombres con los que nunca temes mirar a largo plazo porque sabes que ya no estarán ahí. Nunca habría admitido que Randall pasó por su cabeza y que no tenía ganas de que llegara a sus oídos que se había acostado con su homólogo francés. La cama era una atrocidad hasta para una espalda joven, y estuvo tentada en tres ocasiones de llamar a su colega sólo por asegurarse unas horas de descanso. Pero no lo hizo. Tomó el tren a las siete de la mañana.

El matrimonio Pinaud era deprimente. Residían en un apartamento mínimo de la capital rusa y trataron en todo momento a los policías como si les debieran una disculpa. Les ofrecieron unos dulces infectos y una especie de infusión turbia a la que Lora no tuvo opción de negarse. Luego sacaron un licor, y a eso sí que dijo que no, tres negativas hicieron falta. Los Pinaud eran pequeños y afilados, como dos pistachos con su cáscara. El padre tenía una voz muy fina que parecía salir de una vieja flauta. Se excusaron por recibirlos en ese pequeño piso, antes no vivían ahí, tuvieron que vender la granja hacía pocos años, cuando todo empezó a morirse. Ninguno de ellos tenía estudios, ni ahorros, ni seguro médico, ni vida más allá de esos visillos. El señor Pinaud estaba enfermo de ambas piernas y la madre todas las mañanas debía ir a cuidar a un anciano que no podía permitirse un robot asistencial. Desde que entró, Lora quería salir de esa casa. Sin llegar a parecerse realmente, aquellos pobres diablos le recordaban demasiado a sus padres.

La policía ya los había interrogado. No sabían nada de Max desde hacía cinco años. Su madre se disgustó mucho con él cuando quiso irse a esas misiones. Ellos no le habían dado una educación religiosa. Recordaban cuánto daño habían hecho antes de la unificación teológica. Tardaron mucho en conseguir la licencia parental. Sólo eligieron el sexo y la orientación sexual. La comunidad homosexual era muy grande en Rusia y pensaban que así tendría más oportunidades de ser feliz. Pero Max no lo era mucho. Buscaba relaciones muy complicadas con hombres que no lo querían.

—Se castigaba. Por eso le dio por lo de ayudar a los pobres. No lo hacía

por ellos. No era una persona que se entregara de esa forma. Lo hacía para hacerse daño.

—Nosotros éramos pobres. Hemos estado a punto de ser deportados varias veces. ¿Por qué no nos ayudaba a nosotros?

—Era un niño muy especial.

—¿Era?

—Mi hijo está muerto, estoy segura. Aunque no nos hablábamos casi, se ocupaba de hacernos llegar noticias, para que supiéramos que estaba bien. Él no nos habría dejado tanto tiempo sin saber...

Ella sí, ella desapareció sin mirar atrás. Los padres de Lora ya no eran más que una foto en su memoria, restos del naufragio. Salió de ahí y pudo respirar. Hacía un día cálido.

En el tren no pudo dormirse. ¿Qué le había pasado a ese chico? ¿Dónde había estado esos quince años? ¿Por qué parecía tan viejo? Y sobre todo, ¿cómo se había convertido en un asesino sanguinario y despiadado? Tenía que ser él. Si no fuera él ya lo habrían encontrado y no tendría que esconderse así. Lora estuvo unos minutos revisando la casa de los Pinaud. Había esa vitrina con trofeos. El más reciente era uno de una sociedad científica, tan sólo de unos meses antes de su desaparición. Lora había visto ese trofeo alguna vez, en algún despacho.

Se reencontró en el aeropuerto con los compañeros que volvían a sus respectivos países. El francés. Lora los dejó hablar deseando que llegara rápido la hora de su vuelo. No tenía intención de compartir dudas con sus colegas. Hablaron principalmente de la guerra. Ya era un hecho innegable. Pero nadie se la tomaba verdaderamente en serio debido a la clara desproporción. Eran piedras y palos contra Zetas 20 y cosas así. La australiana dijo que había habido un par de incidentes muy complicados y que alguien estaba repartiendo armas a los zombis.

—¿Por qué iba alguien a armar a éstos? Eso no beneficia a nadie. Hasta pronto, seguiremos en contacto, lo vamos a coger, ya veréis, los días del Enterrador están contados, nos recordarán por esto.

El francés ni siquiera se acercó.

En Boston, Lora descubrió algo curioso. Alguien había buscado

información sobre Max Pinaud desde Marte antes de que su nombre saltara a los medios. Se trataba de un hombre mayor que Max que había estudiado lo mismo, otro empollón. Podía ser una casualidad, a lo mejor simplemente se interesaba por su tesis doctoral, pero era raro y muy oportuno. Fue a ver a su mujer. Le pareció encantadora a pesar de que estaba muy alterada tras haber sufrido un ataque en la calle. Charlaron un poco, aunque apenas supo decirle qué hacía su marido en Marte. «Una traducción» fue todo lo que sacó. Ella se quedó dormida en el sofá y Lora aprovechó para mirar en su botón. No encontró nada relevante, pero llamó a León Miranda. La comunicación se cortó antes de que ella pudiera verle la cara. Confiaba en que al menos le llegara su mensaje. Después de esa tarde siguió intentando comunicarse con León Miranda; sin embargo su botón le aparecía como desconectado.

Seguía evitando a Randall. Apenas se habían visto desde que pasó la noche en su casa. Se cruzaban en el trabajo y Lora llamaba para alguna cosa concreta, pero no habían pasado más de un minuto a solas.

Lora había averiguado que el premio era de la fundación Aaron Morgan. Otorgaban los premios más importantes en el campo científico. Había constancia de un reconocimiento por un trabajo de investigación, pero el trabajo no aparecía por ninguna parte. Preguntó a toda la cúpula directiva y a los trabajadores que se prestaron y nadie recordaba qué trabajo realizó Max Pinaud para la fundación. Fuera lo que fuese lo que hiciera Max Pinaud y por lo que al parecer mereció un premio, se había perdido en el olvido.

¿Por qué no había registro? No era fácil borrar nada del sistema, por no decir imposible. Cuántos casos de suicidio había investigado de pobres diablos que querían borrar su pasado. Sólo el gobierno tenía poder para borrar. No era un secreto que la fundación Aaron Morgan colaboraba con todos los gobiernos: armamento, agricultura, genética, carne, todo tipo de desarrollo tecnológico. De poco le servía sospechar que el trabajo que realizó Max Pinaud era una colaboración secreta con el gobierno, nunca accedería a dicha información. Sólo se le ocurría una posibilidad.

—Hola, Randall.

Esta vez sí que su apartamento le pareció un desastre. Era como si nadie hubiera limpiado desde aquella noche.

—Ya no trabajo en Obtención de Información.

Obtención de Información era sólo medio privada. La mayoría de sus técnicos son policías militares que eligen ir allí en lugar de a las calles.

—Tú no.

Randall sabía por qué lo decía. Era por Diana. Diana era una chica bastante lista y de cuerpo espectacular, aunque de rasgos redondos y anodinos que a Randall jamás lo habían atraído. Diana estaba enamorada de Randall desde la academia.

—Si Max Pinaud iba a firmar un contrato de alto secreto con la fundación Aaron Morgan y el gobierno, estoy segura de que le plancharon el cerebro. Tiene que haber una grabación suya en algún sitio.

—Teóricamente tiran toda la información no relevante a los dos años.

—Vamos, ni siquiera tú te crees eso.

Lora quería convencerlo. Se acercó para besarlo.

—No hagas eso. Veré lo que puedo conseguir.

Tres días después Randall le llevó el archivo W8753/FE con un escáner por orden federal para el cliente Max Pinaud. Lora no le preguntó si había tenido que tener sexo con Diana. Sólo le dio las gracias. No podía saber que aquello le costaría el puesto a Randall.

Al día siguiente volaba de nuevo. Ni una nube en todo el camino. No sabía qué esperaba encontrar. Éste era su cuarto vuelo en una semana. Abajo, en tierra, vio un surco gigantesco, el cauce enorme y gris de lo que un día fue el Nilo. Qué pena. Qué naufragio el nuestro. Se nos hundió el mundo entero. El avión iba por una ruta corta. Normalmente los vuelos tenían que dar grandes rodeos a causa de los huracanes.

El avión tomó tierra en el desierto. Porque todo era desierto. Costaba pensar que aquel lugar fue alguna vez uno de los lugares más ricos del planeta. Quizá el más rico. El que cualquier civilización habría elegido para comenzar su vida. Cuántas guerras habrían ocurrido allí, cuánta sangre y cuántos cuerpos habría bajo ese suelo. No fue buena en historia, pero le tocó en su graduación la gran guerra de Irak. Casi cien años de guerra, aunque su

profesor le decía siempre que la guerra había empezado mucho antes, que desde Mesopotamia nunca había cesado. Ahora era propiedad de los Estados Canamericanos, cuando ya sólo era polvo y ruinas. Ni siquiera los zombis vagaban por ahí, tan lejos de la frontera.

En el aeropuerto alquiló una moto de arena, uno de esos cacharros que no se detenían ni se embarrancaban jamás, con una autonomía de mil kilómetros y cuarenta y ocho horas sin luz. Manejar eso amortizaba el viaje.

Tomó una pista inmensa que debió de ser una autopista algún día. La moto levantaba remolinos de polvo blanco como los que haría el humo de una arguila. Estaba nerviosa. No sabía qué esperar. ¿Estaría el Enterrador allí aguardándola? Tal vez en una jaima, envuelto en ropas de tuareg, sólo con los ojos al descubierto. No sería ese joven debilucho de Rusia, no, el Enterrador que ella imaginaba era grande. Le serviría un té a la menta y lo beberían en silencio. Después ella sacaría el arma y lo detendría, pero primero follarían como salvajes, sobre la arena, con la ropa puesta. Y él mismo le diría ponme las esposas, estoy cansado de todo esto, quiero que seas tú quien me detenga. No pensaba ruborizarse siquiera. Tenía derecho a fantasías de novela rosa. Aceleró.

Nada parecía indicar el final del trayecto. Una construcción mínima en medio de la nada. Unas ruinas que no levantaban un metro del suelo. Aparcó la moto y se acercó. Había un cajón metálico, como una caseta de esas que ponen en las obras para hacer tus necesidades. En una de sus caras tenía una puerta. La tanteó. Estaba cerrada. Junto a la puerta había un botón. Lo pulsó. Nada. Probó la puerta de nuevo, seguía bloqueada. Se sacudió un poco el polvo de los pantalones. A pesar del casco tenía polvo en el cuello, el pelo, incluso en la boca. Pudo sentirlo en la lengua al pasarla por los dientes.

—¿Oiga?

Una voz masculina surgió de un altavoz de la chapa metálica.

—Hola... soy...

—Lora Walters, ¿verdad? Pase, le abro.

Un zumbido y un clic y la puerta se desbloqueó. Lora terminó de abrirla y pasó al interior.

Los ojos tuvieron que acostumbrarse a la penumbra. Dentro no había

nadie. Un par de luces pequeñas en la pared y una plataforma central con una barandilla a los lados.

—Por favor, colóquese en el centro, procure mantener los brazos cerca del cuerpo.

Lora se colocó como le indicó la voz. El suelo vibró y la plataforma comenzó a descender. Estaba en un ascensor. Bajó lo que debieron de ser unos veinte metros en la roca viva, pero que le parecieron mil. Como si viajara al mismo núcleo del centro de la Tierra. Tuvo que controlar la respiración para olvidar la angustia que aquello le producía. La plataforma se detuvo en una caja metálica idéntica a la que dejó arriba. Una puerta se abrió. Frente a ella un pasillo de roca, ahora sí, bien iluminado. No se oía ni un ruido. Apenas un zumbido de la electricidad y los leds. Lora acercó la mano a su arma cuando comenzó a oír pasos. Del fondo del pasillo surgió una figura de un hombre con bata blanca. Caminaba a pasos cortos y rápidos. Lora no dejó de observarlo mientras se acercaba. Era un chico fino de raíces árabes, con la tez muy morena, nariz aguileña y pelo rizado corto y escaso. Llevaba unas gafas de ver, algo poco frecuente en esos días.

—Usted es la agente Walters. Habló conmigo por teléfono. No la esperábamos hasta mañana.

En el archivo de la mente de Max Pinaud había descubierto que efectivamente firmó un contrato para una expedición arqueológica en Amerirak. Lora pensó que con tanto secretismo le sería imposible acceder. Pero respondieron muy amablemente a su petición. Pásese y estaremos encantados de contestar a sus preguntas.

—Tiene que identificarse ahí. —Le señaló un panel biométrico sobre el que había que poner la palma de la mano. Estaba polvoriento. No lo habían usado en mucho tiempo—. No recibimos muchas visitas.

—¿Hay más gente trabajando aquí?

—No. Sólo yo. Hablo en plural por la empresa... y por costumbre.

—¿Usted es...?

—El conservador. Me ocupo de que no se eche a perder.

Lora lo acompañó por el pasillo, que resultó interminable. Tras girar dos veces a la izquierda y otras dos a la derecha, pudo ver al final una gran puerta

de doble hoja con dos bandas amarillas y negras. Lo que fuera que tuvieran allá abajo tenía que estar ahí. Pero pocos metros antes de llegar a la gran puerta, entraron por una puerta más pequeña que daba a uno de los lados del corredor. Salieron a una sala llena de luz y de plantas de todo tipo.

—¿Quiere un café, un té?

Aunque no fuera una jaima, resulta que sí le iban a ofrecer té.

—No, muchas gracias. ¿Conoce a un hombre llamado Max Pinaud? Probablemente lo habrá visto en las noticias.

—No hago mucho caso de lo que pasa fuera. ¿Max qué?

—Pinaud. Está desaparecido. Trabajó aquí hará unos cinco años.

El chico puso las hojas y las flores de té en una tetera plateada. Las prensó y vertió encima agua de un cazo humeante. Cerró la tapa.

—Llevo aquí tres años. En ese tiempo no ha trabajado nadie aquí aparte de la chica que viene cuando cojo vacaciones. Y ya le digo que esto es la nada. Diez kilómetros de aire filtrado y medio limpio y una piedra que hay que evitar que se ponga mohosa.

—¿Puedo verla?

—Sí. Pero tiene que esperar, la cámara acaba de cerrarse hace quince minutos y hay que dejar pasar otros quince para que pueda abrirse de nuevo.

—Claro. Creo que sí que tomaré un té. —Le quitaría un poco la arena de la boca.

El chico le sirvió una taza. Ella dio el primer sorbo a ese té ardiente y comprendió que no iba a querer más. El joven se puso a regar las plantas con mucho cuidado mientras retiraba hojas muertas y revisaba cada tallo y cada brote.

—No crea que porque paso mucho tiempo solo no estoy entretenido. Debo cuidar las plantas, son mi sustento. Cultivo mi propio té y mis patatas. Y no me dan polinizadores, debo hacerlo yo todo.

Sonaron unos grillos y el chico le comunicó que ésa era la alarma que indicaba que ya podían entrar, que la ponía suave porque no le gustaban los ruidos molestos, y que la puerta ya se podría abrir. Claro que debía dejar el té en esa sala. «Oh, no hay problema.» Dejó la taza todavía humeante y salieron de ahí.

El joven empujó la puerta de doble hoja y entraron en una cámara del tamaño de una pequeña cabaña. En la pared frente al acceso, en una roca incrustada en la piedra, había una serie de signos que indicaban algún tipo de escritura.

—¿Esto de cuándo es?

—¿Ha visto? Está en perfecto estado. Ni una humedad. Nada. Se supone que del cien mil antes de Cristo.

El joven sonrió al ver la cara de asombro de Lora. A ella no le hizo falta esforzarse en recordar las olvidadas clases de historia. Cien mil años. Eso era hacía muchísimo tiempo. No creía que hubiera escritura entonces.

—¿Qué quiere decir?

—Pues si le digo la verdad, no tengo ni la más remota idea. Nadie lo sabe. No lo han traducido, que yo sepa. Sé que intentaron algo, pero es demasiado poco texto. Yo aquí he pasado las horas muertas haciendo conjeturas, combinaciones, pero nada.

—Eso parece una A.

—Sí, eso parece una A.

Lora se acercó a la piedra.

—¿Por qué no es más famoso esto? ¿Por qué no hay una reproducción en cada museo?

El chico se encogió de hombros.

Extendió la mano, tenía ganas de tocar aquellas inscripciones. Quienes hubieran hecho aquello eran cuidadosos, incluso se podía decir que tenían buena caligrafía. Lora se volvió para preguntarle si podía tocarlo cuando las puertas se cerraron y una luz roja se encendió. Corrió hasta la puerta. Del otro lado le llegó la voz lejana del chico:

—La cámara no se podrá abrir hasta dentro de quince minutos.

Lora forcejeó comprobando que decía la verdad.

—Lo siento, debo retenerla aquí. Me llamo Nadir Patel, ni siquiera me he presentado. Lo siento, yo...

Estaba jodida. No quería pensar en lo pequeño que era el lugar. Al cerrarse la puerta hacía un ruido de vacío. Aquello era una cámara de vacío, iba a quedarse sin aire. Golpeó la puerta con todas sus fuerzas, una y otra vez.

—Cálmese. No se activa el vacío si no se pulsa un botón del cuarto de mandos. Imagínese si se conectara sólo por un cierre accidental.

Si nadie sacaba el aire de la cámara, ése era todo el que habría hasta que la puerta se abriera de nuevo, dentro de quince minutos. Ahí había oxígeno para horas. Sólo debía controlar la respiración. Volvió a observar la inscripción. Algo de aquella piedra le producía miedo, un miedo profundo, al mismo tiempo que una atracción indescriptible. La tocó. La roca estaba fría y seca. Lora empezó a respirar más rápido. El botón le indicó una bajada de tensión. Se suponía que el aire duraría horas. Lo último que vio fue el suelo acercándose a toda velocidad.

Abrió los ojos en el cuarto de las plantas. El joven la miraba a cierta distancia, subido en cuclillas en un asiento como si quisiera poner un huevo. Ella estaba sentada en una silla, descalza.

—Tranquila, sólo te has desmayado.

—¿Qué mierda había en el té?

—Es sólo Dalcerán, nada malo, te lo juro.

Lora lo miró con los ojos entrecerrados. Si no tenía sus botas tampoco tendría su arma. El chico la sacó y apuntó hacia ella. Tendría veinte años como mucho, seguramente era uno de esos genios que acaban los estudios superiores con dieciséis. Lo más probable era que tuviera algunos genes seleccionados, partiendo con ventaja. Los ricos siempre parten con ventaja. Intentó levantarse, pero cayó de nuevo sobre la silla.

—Es normal que estés un rato mareada.

—Soy policía. Te puedes meter en un buen lío.

—No lo creo. Eres policía internacional... He visto tu licencia —dijo con pudor—. Pero estamos al otro lado de la frontera. Aquí eso no vale nada. Además, yo sólo he hecho lo que me pidieron. Retenerte hasta que envíen a alguien. Me protege la ley laboral.

—Podrías al menos acercarme las botas.

—Lo siento... No puedo.

Lora no le quitaba el ojo de encima. Tenía unas manos delicadas, estaba

segura de que jamás había disparado un arma.

—Deben de estar a punto de llegar.

—¿Llegar desde dónde? Porque no me esperabais hasta mañana.

Le gustaba adelantarse; ya no era una precaución, era una costumbre. El chico agarró con más fuerza la pistola. Bastó una mirada.

—Al menos podrías darme un poco de agua.

El chico desvió fugazmente la vista hacia una botella que había sobre la mesa. Lora se volvió sobre sí misma, apoyó las manos en el asiento y elevó las piernas hasta agarrarlo con ellas del cuello. La pistola salió despedida rompiendo un par de orquídeas. El chico cayó al suelo y Lora sobre él con una rodilla haciendo presión sobre su cuello.

—Escucha, Nadir, todo el que pasa por esa puerta pone la mano ahí. Habrá un registro. Quiero verlo. Puedes acompañarme o te meto un tiro aquí mismo. No le va a importar a nadie, estamos al otro lado de la frontera.

El pobre temblaba como una hoja. No dejó de hacerlo mientras Lora recogía su arma y se ponía las botas. La guio hasta donde guardaban los datos del registro de entrada.

Encontró, efectivamente, una visita de Max Pinaud un 17 de noviembre de cinco años atrás. Y ya está; no le servía de mucho. Lo contrataron para mostrarle un descubrimiento arqueológico, ¿y qué más? El mismo 17 de noviembre había otro nombre junto al de Max. Ese nombre se repetía con frecuencia. El mes anterior, y el anterior a ése. Durante años, la misma persona había acudido aquí una y otra vez.

— ¿Cuándo se descubrió esa piedra?

—No lo sé. El primer registro es de hace unos sesenta años.

Salió al exterior y la luz gris pardo la cegó. Se puso las gafas, subió a la moto y desapareció de allí. Pensó en el nombre que se repetía. Le sonaba, sabía que lo había oído en alguna parte. Edgard Edgard.

Capítulo 25

Cuando Sonia llegó al hospital era noche cerrada. Poca gente en la entrada y nadie o casi nadie en los pasillos. Lo llevaba todo en esa mochila escolar. Tenía miedo.

Mucha gente piensa que la vida se le desmorona cuando la deja su novia o cuando la echan del trabajo. Eso no es que tu vida se desmorone, eso son cambios, cambios normales, y si no eres capaz de sobreponerte es que ya venías mal de fábrica. Seguramente te lo merecías, merecías que te echaran y también que te dejaran. Por inseguro, por aburrido y por todo eso que tú ya sabes. Que tu vida se desmorone es otra cosa. No es que tu marido se marche a otro planeta, no es que no te devuelva las llamadas, ni siquiera que a tu hijo le diagnostiquen una enfermedad mortal. Es todo eso junto.

«¿Dónde coño te has metido, León? Espero que estés muerto, por tu bien lo espero, porque no hay excusa que te permita hacerme esto.» Tenía que estar muerto. Porque León no hacía eso, podía encerrarse en sí mismo y dejarte de hablar. Ignorarte por completo aunque estuvieras ahí, pero no desaparecería de esa forma. Sonia había localizado el número del hotel, pero allí le dijeron que hacía días que había dejado la habitación. Tras varias llamadas frustrantes, consiguió hablar con las autoridades militares de Marte y poner una denuncia para que lo incluyeran en las listas de desaparecidos, que no eran pocos. ¿Adónde lo había mandado? Allí no había policía. Se sentía culpable. Sabía que lo había presionado para coger ese trabajo, eran ya tres años de agonía económica. Cuando pensaba en él se lo imaginaba con un traje espacial y una escafandra con el cristal roto, ahogándose en un paraje de

tierra roja, como en los relatos de ciencia ficción con los que se asustaba de niña, aquellos que su madre le prohibía leer por temor a que le quitaran el sueño.

Tenía miedo y se sentía culpable. Toda la vida con miedo y culpa. Y no por eso te acostumbras a ello. Te atenaza igualmente.

Sonia no hablaba jamás de su trabajo, pero no era consciente. El trabajo de León, cuando lo tenía, lo eclipsaba todo. En las reuniones sociales dejaba que él se explayara monologando sobre los sunitas y los hititas, o lo que fuera, nunca fue buena en historia. Creía que a nadie le interesaba lo suyo, cuando la realidad era que a quien no le interesaba era a ella misma. Pero hasta que no se empieza a desmoronar tu vida no te das cuenta de lo que te importa. Y su trabajo no formaba parte de eso.

—Lo siento, no voy a poder ocuparme. Díselo a Javier o a Luc.

—Ellos están hasta arriba, ya han cogido varios de tus proyectos. Sonia, hemos sido muy pacientes. Nos hacemos cargo de tu situación, pero no has venido en toda la semana. Si quieres conservar tu trabajo...

—Vengo a recoger mis cosas. No voy a volver.

Da gusto hacer eso. Sí, culpa también, pero sobre todo gusto. Adiós. Abandonó el edificio y pensó: un problema menos. Luego llamó a Jon. Sonia quería quedar en la calle para evitar dramas innecesarios. Sabía que él intentaría convencerla de algo, lo que fuera. Decidieron verse en casa de él, a fin de cuentas era un lugar poco expuesto, lo suficientemente privado.

Él intentó besarla al abrir la puerta, Sonia esquivó su boca y pasó al interior. Echó un vistazo buscando lo que ella quería. El piso de Jon, el estupendo piso de Jon. Olía a éxito, con sus dos cuadros bien seleccionados, la gran mesa de cristal, el sofá perfecto y, al fondo, el centro de deporte. Habían follado en ese salón unas cuantas veces. No vio lo que buscaba. Sonia se puso nerviosa, lo miró a los ojos, le había fallado.

—¿No lo tienes?

Jon la obligó a sentarse, ella se resistió. Él le dijo que debía calmarse, que no estaba pensando con claridad. Ella no quería tranquilizarse, en su mente todo empezaba a ser cristalino, nunca había pensado con tanta claridad. ¿Por qué tuvo que traer al mundo a un niño? ¿Por qué hacer venir a este mundo de

mierda a una criatura inocente cuando sabía, ambos lo sabían, que todo estaba agotado, que ya no quedaba nada ahí? Deberían haber tenido la decencia al menos de adoptar a un niño zombi, había millones de ellos muriéndose de hambre, pero no, los señoritos tenían que tener uno propio, con sus mismos genes de mierda. Pues ya lo había conseguido, ya tenía su recompensa.

—Sonia, me estás asustando, ni siquiera puedes mirar a un punto fijo.

—¿Lo tienes o no?

Jon estaba pálido, intentó abrazarla pero ella se revolvió.

—Mira, sé que es horrible, no se me ocurre nada más horrible... pero yo no quiero salir corriendo, yo quiero pasar esto contigo, ayudarte... Déjame ayudarte.

Ella ya le había pedido lo que quería. Quería morfina, mucha.

—Sonia, te quiero.

Era la primera vez que lo decía. De hecho, no sabía cuánto hacía que no se lo decía nadie. Tal vez Víctor hacía un verano o dos. ¿Y León? Dudaba mucho que algo así hubiera salido de sus labios en la última década. Rompió a reír. El pobre Jon se quedó desconcertado.

—Te parezco ridículo.

—No, Jon, me pareces maravilloso. Pero yo ahora no puedo. Tú crees que me necesitas, pero te aseguro que no soy la persona que necesitas. Si de verdad te importo, si de verdad quieres ayudarme, dame lo que te he pedido.

Jon le enseñó una caja, dentro había al menos medio kilo en ampollas inyectables. Las volcó todas en la mochila de Víctor.

—¿Qué vas a hacer? Dime qué vas a hacer.

Sonia le acarició la cara. Era una cara grande, de ángulos rectos, rasposa por la barba de dos días. Tenía los ojos llorosos, se vio reflejada en ellos. Le dio un beso y se fue.

Le sudaba la mano, agarraba tan fuerte la mochila que tenía los dedos blancos, sin circulación.

—¿A qué habitación va?

Delante de ella surgió como una aparición una enfermera grotesca, pequeña y nariguda, de belfos caídos y un exceso de maquillaje que taponaba todos sus poros como miel en las celdas de una colmena.

—Al fondo del pasillo.

—¿Paciente?

—Víctor Miranda.

—¿Sabe que ya no es horario de visita? Cuando se acaba el horario de visita hay que registrarse abajo. Usted no se ha registrado abajo, porque no me aparece.

—Paso todas las noches aquí con él...

—Señora, se ha acabado el horario de visita y cuando se ha acabado el horario de visita...

Me lo va a contar otra vez, pretende contármelo otra vez. La enfermera había entrado en bucle, ni un robot en mal estado habría sido tan molesto y, sobre todo, tan impertinente.

—Por favor, déjeme soltar los bultos, darle un beso y bajo al registro.

—¿Qué lleva en esa bolsa?

La enfermera miró la mano de Sonia, como una garra aferrada a la mochila.

—Son cosas de mi hijo.

—Por favor, ábrala.

Sonia, petrificada, permaneció mirando a la enfermera, suplicante, incapaz de articular palabra.

—Sabe que no puede traer comida bajo ningún concepto. El hospital es muy estricto a ese respecto.

Sonia continuaba sin moverse, esperando que todo se arreglase, que todo fuera un mal sueño. La enfermedad de su hijo, el viaje de Leo, todo.

—Por favor, abra la bolsa. O tendré que llamar a seguridad.

La enfermera agarró la mochila, Sonia no la soltó. Sólo queda un último esfuerzo, nada. Has llegado hasta aquí, lo más difícil ya está hecho.

—Mire, señora...

—Señorita.

—Señorita. Mi hijo tiene manitú, no sé si lo entiende. Va a morir. Pueden

ser todo lo estrictos que quieran en el hospital, pero nada de lo que hagan le va a salvar la vida, nada. A él le encantan los bombones, ¿me va a decir que no puedo traerle unos bombones? Estoy segura de que no tiene hijos, pero veo que tampoco tiene corazón.

La enfermera tragó, parecía que estuviera intentando engullir un huevo duro, entero, con cáscara y todo.

—Haga lo que le dé la gana. Yo no la he visto —dijo soltando la bolsa y arrugando la nariz a un tiempo.

Sonia continuó adelante, no quiso mirar si la enfermera la seguía o no con la mirada, tampoco le importaba. Empujó la puerta de la habitación 205 a la que lo habían trasladado. Había en la pared un panel de dibujos, algunos sin terminar. Uno era León. Papá saliendo de un cohete con Marte al fondo. Otro era un dragón de siete cabezas luchando contra un guerrero. Al dragón le asomaba colgante el pene, del que salía una línea intermitente de puntos hasta el suelo. Debajo ponía «el dragón meón de las siete cabezas». Otro era el propio Víctor, en la cama del hospital, lleno de cables y jeringuillas clavadas, como un muñeco de vudú. Su cuerpo mostraba una línea transversal que lo dividía desde la frente hasta el lugar donde se separaban las piernas. Una mitad de la cara estaba triste, llorosa y enferma; la otra mitad, alegre, con una gran sonrisa. Sonia no sabía qué mitad la espeluznaba más, si la del dolor y la tristeza pura o la de aquella sonrisa incombustible cargada de amargura.

—¿Eres tú, mamá?

—Sí...

—¿Por qué no has encendido la luz?

—No quería despertarte.

—Me gusta que me despiertes. Pero no estaba durmiendo, me duele mucho. Y no me dan la medicina hasta que amanezca. Cabrones, no quieren malgastar en una causa perdida.

—Yo te la voy a dar.

Sonia llenó un dosificador, pulsó el émbolo para sacar el aire sobrante.

—Mamá, ¿qué haces? Tú odias las agujas.

—Dame el brazo, no te muevas...

Haría que el lado triste del dibujo se pusiera sonriente, le daría la paz a su

hijo, tenía derecho a hacerlo. Víctor se relajó, no sonrió pero descansó.

—Hijo, ¿crees que puedes ponerte de pie?

—No lo sé.

—Yo te voy a ayudar. Tienes que intentarlo.

—¿Qué pasa, mamá?

—Nos vamos de aquí.

—¿Recojo mis cosas?

—No, no recojas nada. Sólo vístete.

Los dos caminaron por el pasillo. Al principio a Víctor se le doblaban las piernas, pero conforme fueron entrando en calor, consiguió mantener el ritmo. Se agarró fuerte a su madre, ella le pasaba el brazo por detrás, sujetándolo por debajo de la axila. Si notaba que perdía pie, tiraba hacia arriba, contrarrestando la fuerza de la gravedad, como si estuvieran en Marte. El control de enfermería quedaba a su izquierda. Tal vez estaría vacío, o puede que la enfermera grotesca ya los estuviera mirando, curiosa, desde varios metros atrás, esperando a que pasaran para interpelarlos con cualquier absurda normativa del hospital. No iba a mirar, seguiría hacia delante.

Conseguir licencias de madre es complejo en el primer mundo. En una sociedad que se acaba, con recursos ya agotados, el Estado no te invita a tener hijos. Si no eres un zombi no puedes ir pariendo libremente por ahí. Los niños se tienen por fecundación artificial y son esterilizados al llegar a la adolescencia mediante procesos reversibles bajo la autorización judicial pertinente. Todo esto hace que los menores de edad sean una responsabilidad estatal y uno no puede disponer de ellos a su antojo. Si Sonia era denunciada por sacar a Víctor del hospital, lo más probable era que perdiese la custodia.

—Mira hacia delante, cariño, si te hablan no te pares, ¿vale? Tú escucha sólo a mamá.

Llegaron al ascensor y Sonia pulsó el botón de llamada.

—Oiga, señora...

La voz de la enfermera le llegó sorda y lejana. Con sus pasitos cortos de enana no los alcanzaría. Las puertas se abrieron y entraron. Pulsó la planta baja y la vio acercarse hacia ellos al trote. Llevaba unas gafas colgadas al cuello que rebotaban sobre su escote arrugado. Llegó hasta ellos cuando las

puertas se cerraron dejándola fuera. Respiró tranquila, al menos en los dos pisos del trayecto estarían juntos, en paz, a salvo. Miró a Víctor. No preguntaba nada. Cogido de su madre, tan sólo lo miraba todo como un mochuelo. De vez en cuando entrecerraba los ojos involuntariamente por los efectos del opiáceo.

Al abrirse las puertas, un robot celador se dirigió hacia ellos. La enfermera debía de haber avisado desde arriba.

—Quiero hacer una reclamación. No hay agua en la habitación. También hemos experimentado un exceso de ruido, sin contar con que ha habido problemas con la comida que no llegaba y cuando lo hacía estaba fría. —Las palabras brotaban a borbotones—. Pueden ocuparse de eso luego. Como sabrá, se está originando un fuego en la planta tres.

Sonia trabajaba con ellos. Sabía que la mejor forma de alterarlos era abrir el mayor número posible de protocolos de actuación. Los humanos no escuchamos lo que no nos interesa, pero los robots no pueden, los pobres escuchan aunque no quieran. El robot tardó en responder, tuvo que mirar hacia dentro el tiempo justo para que Sonia y él siguieran adelante. Otro celador se interpuso en su camino.

—Señora, me temo que no puede usted abandonar el edificio hasta que hayamos resuelto...

Sonia le pegó un puñetazo en la base de la nariz hundiéndosela hacia dentro y le pareció que machacaba una ciruela. Víctor contempló la escena alucinado, su madre lo cogió en volandas y salieron por la puerta principal.

—Mamá, dime adónde vamos, me estoy asustando.

—¿Ves eso? Ahí es adonde vamos.

Frente a ellos había una autocaravana, redondeada y con dos grandes franjas verde y naranja, con una puerta en el lateral, otra en la cabina de conducción y todo el techo solar.

—¡Una casa camión!

—Eso es. No ha sido fácil.

En esos días ya nadie tenía sus propios coches. Los vehículos eran temporales, o colectivos. Sólo podían tenerlos los granjeros, los narcotraficantes, los coleccionistas o los que vivían anclados en el pasado.

—Nos vamos de viaje.

—¿Adónde?

—A donde tú quieras.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta cuando quieras.

—¿Y tu trabajo? ¿Y el colegio?

—Se acabó mi trabajo, se acabó el colegio. Todo eso se acabó.

Pusieron en marcha el motor. Salieron zumbando.

Capítulo 26

Al principio se negó a trabajar. No pensaba ceder al chantaje ni al secuestro. Podía desafiarlos, ¿qué iban a hacer, matarlo? Entonces no verían una sola línea más de la maldita traducción, él tenía la sartén por el mango. Pero no tardó en ceder. León no era una fiera que hubiera nacido salvaje, se había criado en el zoológico mientras lo alimentaban los cuidadores y lo volvían tan gordo y manso como ellos. Siguió con la traducción por miedo, a los golpes, a que le retirasen la comida otra vez, o peor, el agua. Dos días sin agua y comienzan las palpitaciones, los calambres y las ganas de matar. Y cedes, ya lo creo que cedes. Pidió que lo llevaran de nuevo a la habitación que Edgard Edgard le había ofrecido. Era mejor traducir que morir. Después se volcó de lleno, ya no por obediencia, sino por aburrimiento. Los primeros días traducía unas ciento cincuenta palabras, a los pocos días estaba en las quinientas, las mil, y ahora traducía entre las tres mil y las cinco mil. ¿Cuánto llevaba encerrado? ¿Dos semanas, tres, cuatro? No lo confesaría jamás a nadie, pero los últimos días, enfrascado en el trabajo y sin interrupciones, los estaba disfrutando. En algunos momentos pensaba en Víctor y en cómo lo mandaba callar para que lo dejase leer en paz. Es verdad lo que te dijo Candi, eres un viejo egoísta al que no le importa nada más que él mismo.

Al margen de los prejuicios, apartando el estupor, la lógica y todo lo que a uno le han enseñado de niño, el relato que estaba traduciendo era verdaderamente fascinante. Los Ur. La forma en la que se expresaban, la forma de dejar en piedra su legado manifestaba una necesidad de perdurar, una trascendencia. Era una civilización que sentía indudablemente estar

tocada por el dedo divino, unos seres que se sentían los dueños del universo conocido y que reinaban en aquel planeta como faraones. Por primera vez se estaba dejando fascinar por los textos. Tras miles y miles de siglos, que él pudiera entender lo que quisieron decir era prácticamente magia. Para León la palabra era lo más importante, más que los hechos, más que la comida, más que el agua. Las palabras habían sido su vida. Y lo que no estaba dicho o no se podía decir apenas tenía sentido. Él recordaba palabras, frases, conversaciones, muy por encima de las imágenes. Otro mes encerrado sin poder consultar su botón y ya no recordaría la cara de su hijo. Sin embargo, recordaba tantas frases, tantas charlas de camino al colegio, al acostarse... palabras que estarían ahí siempre.

Los Ur eran prepotentes, ellos habían hecho florecer los campos, ellos habían traído la ciencia, ellos habían curado las plagas y, por supuesto, ellos tenían la moral que les faltaba a las bestias. Habían calculado cuándo se agotaría Landa, su mundo, por falta de recursos, y lo más sorprendente, si la traducción era fiable, es que lo calcularon millones de años antes de que ocurriera. Localizaron Tiamate, nuestra Tierra, como el lugar al que marcharían cuando en su hogar no quedara nada. Pero en Tiamate el ecosistema era hostil, había grandes seres, animales con los que no podrían haber convivido, así que se dispusieron a su extinción. Mandaron una potente bomba que destruiría a una gran parte y que provocaría en unos pocos miles de años la extinción del resto. Los Ur destruyeron a los dinosaurios. Víctor los hubiera odiado con todas sus fuerzas. Pero es que los Ur eran los elegidos, ellos tenían que ocupar la tierra prometida, allí donde ésta estuviera. Una civilización en la cúspide de la pirámide evolutiva durante millones de años y sin embargo con una visión tan egocéntrica del universo, tan similar a la nuestra. No parecían tan evolucionados.

Durante muchos ciclos posteriores a la gran destrucción de aquellas enormes e inocentes criaturas, se dedicaron a controlar el terreno desde la distancia, favoreciendo las plantas y la fauna conveniente para cuando tuvieran previsto instalarse. De algún modo, plantas y semillas fueron enviadas a Tiamate para asegurarse la abundancia de alimento. Y después hicieron el gran experimento: los balt-ur.

León avanzaba y avanzaba y Edgard Edgard devoraba las páginas como hierba fresca para sus fauces cortantes de saltamontes. Todas las tardes, Edgard Edgard llegaba con un modelito nuevo, se sentaba en su propia sillita y leía frente a León los avances de la traducción. Aunque lo leía en la proyección de su botón, se lamía el índice para pasar de página. León no podía soportar verlo hacer ese gesto, seguramente aprendido de niño en algún tipo de colegio de monjes. Volvía la cabeza para no ver su pequeña lengua salir de ese agujero de cuero.

—Entonces los Ur vivían en un estado de cierta paz, al menos cuando el muro fue tallado.

—Bueno, paz... No lo sabemos.

—Si creemos lo que dicen, las disidencias eran mínimas. Era una sociedad unida. La mayoría trabajaba en el plan de continuidad de la especie, tenían una causa común y eso los hacía fuertes.

—Seguramente eran tiranos. Con un gobierno único, sin disidencias.

—Eso tampoco lo sabemos.

Las tertulias posteriores a la lectura eran un momento especial para Edgard Edgard, se relajaba, se notaba que las disfrutaba. Bajaba la guardia con León y dejaba que expresara su opinión con total libertad. Solía sacar dos vasos pequeños de un licor que León no conocía, un licor muy caro. A León le hubiera gustado rechazarlo o tirárselo a la cara, pero lo cierto era que cuando llegaba la hora del ritual y Edgard Edgard abría la pequeña botella, antes incluso de que lo sirviera, todos sus jugos, sus papilas gustativas, todo su cuerpo empezaba a celebrarlo.

—¡Estamos en la recta final! ¿No se siente orgulloso?

León se encogió de hombros, antes de estirar el brazo para coger su ansiado vaso.

—Brindemos, señor Miranda, brindemos. Algún día me agradecerá todo esto. Si yo no lo hubiera presionado así, jamás habría podido abarcar este ingente trabajo. Ustedes los escritores son unos vagos, necesitan el látigo, reconózcalo.

Lo detestaba, lo odiaba tanto como ansiaba sus visitas.

—¿Qué queda?, ¿cuántas páginas? Eso lo tiene usted hecho.

Descruzó las piernas para volverlas a cruzar en el otro sentido. Aquella tarde llevaba un pantalón turquesa de seda a juego con la parte de arriba. Una camisa de seda algo más oscura con un dragón bordado. León había visto algo así, estaba convencido de que era un pijama chino, pero no estaba tan seguro de que Edgard Edgard lo supiera, así que lo mejor era no decir nada.

—¿Qué va a pasar cuando termine?

—¡Nada! ¿Qué va a pasar? Supongo que se irá usted a su casa. Dependerá de su actitud. ¿Cree que lo voy a tirar al mar Nuevo? Vamos a ver, lo importante, lo realmente importante, es que haga usted su trabajo. Si terminamos satisfactoriamente, lo que diga o haga una vez que se vaya de aquí, no me preocupa... dentro de un límite, claro. Si no tendría que matarlo.

Edgard Edgard se echó a reír. Era tan extraño verlo reír, y su risa tan poco natural que, por un momento, León pensó que se había atragantado con el licor. Estaba emocionado, le brillaban los ojos como a un niño.

—Hoy estoy contento, ¿quiere que haga que le traigan algo? ¿Le gustaría alguna comida en especial? ¿Quiere escuchar música? Dígame.

Una pistola, o mejor un martillo pesado, algo con lo que despanzurrar sus sesos por el suelo y ver si su sangre era verde o amarilla.

—Nada, gracias, cuantas menos distracciones, mejor.

—Usted sabrá. Hasta mañana.

Se despedían cada tarde y León se enfrascaba totalmente en el trabajo. Sin levantar los ojos de los escritos hasta entrada la madrugada. Pero una noche volvió a quedarse atascado. De pronto fue como si el texto hubiese cambiado de idioma.

«Nuestro conocimiento es uno.» Ésa era la última frase con sentido.

Luego comenzaba una especie de enumeración inconexa: «El punto, el ojo, el plano, la mano. Oro. Agua. El punto, el ojo, el plano...».

Edgard Edgard miró el único folio sobre la cama.

—Una mala noche.

—Me sorprende usted, señor Miranda, todo este tiempo traduciendo y no ha comprendido nada.

Había una carga de satisfacción en su voz, el placer de dar una lección, de ir un paso por delante.

—Ellos no nos hicieron. El ser humano no es la obra de unos extraterrestres por muy civilizados que éstos fueran. El ser humano es un milagro único. Es el Ur. Ellos somos nosotros.

Los Ur, los dioses de Marte, los destructores de los dinosaurios. Nosotros.

—Dejamos ese legado para nosotros mismos, para que no lo olvidáramos. Por si perdíamos el control, por si pasaba lo que nos ha pasado. Los marcianos colonizamos la Tierra. Somos marcianos. ¿No lo ve?

Lo veía perfectamente.

—Entonces, ¿por qué olvidamos nuestra civilización?

—No lo sé, señor Miranda. Pero es muy importante que termine ese texto. Esta parte es la más importante de todas. El resto es folclore de nuestros antepasados que llevan muertos desde el inicio de los tiempos.

—¿Por qué es tan importante? ¿Qué es lo que sabe y no quiere contarme? Mírelo usted mismo. No hay estructura gramatical. No tiene sentido.

—Es una máquina. Son los planos de una máquina. Usted traduzca.

Cerró la puerta y lo dejó solo.

Ya es tiempo de setas

Es usted setero?

*Entonces está de
enhorabuena.*



Coja su cesta y recorra nuestros bosques y caminos marcianos.

*Boletus edulis, pleurotus ostreatus, macrolepiota procera y la
novísima pinzona de Marte, la mars caleidosea,
la deliciosa seta multicolor.*

Las setas más exquisitas esperan a ser recogidas.

Y aquí son más grandes que en la Tierra.

Recoja sus setas a gusto... pero recuerde, deje algo para los demás.

*NO OLVIDE PASAR POR NUESTRO CENTRO A QUE LAS ANALICEN LOS MICO-BOTS.
LAS SETAS SON DELICIOSAS, PERO TAMBIÉN PELIGROSAS.

Capítulo 27

Nunú contemplaba los edificios sin disimular su asombro. Todas aquellas casas enormes de tejados negros eran fabulosas. Pararon en un cruce y vio una edificación enorme, con una escalinata y columnas. Estaba llena de pequeñas figuras y caras en relieve. El techo era verde y turquesa. Encima, en el lado izquierdo, había una gigantesca estatua de oro que brillaba como el sol. Una mujer con alas que sujetaba un instrumento musical, una herradura con cuerdas, algo parecido a lo que Omar construyó con hierro y alambre. En el centro también había una figura, pero no de oro. Era verde y representaba a un hombre medio desnudo con los brazos en alto. Debía de haber sujetado algo que ya no estaba allí, se apreciaba un hueco en sus manos vacías. En el lado derecho del edificio también faltaba algo. Cerca de una estatua verde de un caballo sobre las patas traseras, se apreciaba un pedestal vacío, partido seguramente por alguna explosión. Toda la cornisa estaba decorada con extrañas caras doradas. Y había letras de oro también por toda la fachada. Una N y una E, una N y una E, se repetían rítmicamente. La N de Nunú, pensó sin saber por qué.

—Academia Nacional de Música —leyó.

—Así que sabes leer.

—Claro que sé. ¿Qué es este sitio?

—La Ópera.

—¿Qué es?

—No lo sé. —Algo sabía—. Lo llaman así.

Félix sonreía, pero Nunú se dio cuenta de que estaba nervioso. No dejaba

la vista quieta en ningún sitio. Movía ligeramente la cabeza y los ojos observando cada cruce, cada calle. Y se secaba el sudor de las manos en el pantalón. Las calles estaban bien asfaltadas, sin socavones, y estaban limpias, con las casas bien pintadas. También había comercios, con carteles de colores y fruta expuesta tapada con mamparas de cristal. Sin que se percibiera erosión de la arena.

—¿Aquí no hay huracanes?

—Sí que los hay. Yo crecí aquí.

—¿Y por qué te fuiste?

—No todo es tan bonito como esto. Antes de la guerra había una torre de metal que se veía desde todas partes de la ciudad. La fundieron.

Omar y Fifí le habían contado cosas de la guerra. El vehículo se detuvo y de nuevo la voz salió de los altavoces:

—Te he reservado una habitación para tu amiga y para ti. Nos veremos dentro de un rato.

Se bajaron frente a un enorme edificio antiguo. Dos torres separadas por una pared de arcos y columnas. Entraron por el centro.

—¿Adónde vamos?

—A lavarnos un poco. Esto es un hotel. Podemos comer y dormir en una cama si nos apetece.

—¿Un hotel?

—Antes era un hospital.

Nunú notó cómo la miraban al entrar. Mientras Félix hablaba con una mujer elegante, ésta no dejaba de lanzarle pequeñas miradas por el rabillo del ojo. Parecía inquieta con su mera presencia. Nunú lo percibió como una mezcla de pena, de miedo y de asco. Por fin le entregó dos tarjetas y pudieron dirigirse al ascensor. Félix se dio un baño de espuma y se exfolió la piel con cabeza de calamar. Los mares estaban despoblados de la mayoría de sus especies, pero había vida, mucha vida. Y sobre todo muchísimo calamar. Aun así, no los mataban, la pesca estaba absolutamente prohibida en el primer mundo. Los zombis los pescaban, claro, pero cualquier niño sabía que no era

un alimento apto para el consumo humano. Sólo se recogían los cuerpos de calamar que aparecían muertos a diario en la costa y se utilizaba su esqueleto para cosmética. «Mejor que una esponja» era el mensaje que se lanzó para promocionarlo cuando Félix era un niño. El agua de la bañera se tornó de color gris perla. Pequeñas gotas negras se desprendían del cuerpo de Félix y se mezclaban con el agua y con el jabón. A Nunú casi le da un ataque cuando oyó que vaciaba la bañera dejando escapar toda esa agua que todavía servía. Le preguntó si quería un baño ella también.

Félix preparó otra bañera con espuma mientras se aplicaba aceites y gotas de frascos que había en el kit de aseo del hotel. Cuando terminó, cerró la puerta y dejó a Nunú a solas para que pudiera bañarse tranquila. Entró en el agua con miedo. Nunca había hecho algo así. O al menos no lo recordaba. Porque sí que la bañaron de pequeña, y la perfumaron, pero Nunú había olvidado todo eso. Desde que tenía memoria tan sólo se lavaba la cara con las manos húmedas una o dos veces por semana. Había estado tentada de chapotear en un charco más de una vez tras una fuerte lluvia, pero eso habría echado a perder el agua aún más, porque ya caía del cielo hecha una pena. Permaneció un rato sentada y con las rodillas encogidas, escuchando cómo el agua golpeaba contra su cuerpo, ondulando. Estiró las piernas y se tumbó. Muy poco a poco cerró los ojos y fue dejando que el agua la cubriese por completo. Fue maravilloso. El sonido. Sus movimientos en la bañera retumbaban como truenos, pero el mundo se oía tan lejano. Todo desaparecía bajo el agua. Sólo se oía a ella misma aguantando la respiración.

¿De verdad había muerto Fiona? Claro que está muerta, tonta, ¿qué esperas, un milagro? Estaba muerta tan seguro como que Omar las había abandonado. Le habían contado muchas veces esa historia de cómo Omar las encontró justo antes de que casi se murieran de sed. Bueno, él también estaba a punto de morir de sed. Estaba perdido y se le habían acabado las provisiones. Las vio a lo lejos, en una duna. ¡Creyó que eran ángeles! Ángeles del cielo. «Omar esa noche cargó conmigo durante horas, y cuando Fiona ya no podía caminar ni un paso más, nos dejó en un escondite improvisado. Al amanecer volvió con el agua más fresca que Fiona podía recordar. Ya no se separó de nosotras. Prometió cuidarnos siempre. Malditas

promesas.» Sacó la cabeza para coger aire al borde de la asfixia.

Sus dedos estaban arrugados. Era un poco desagradable al tacto. Salió y usó esa toalla tan suave y gruesa que parecía ofrecerse colgada en la pared. Se fijó en el agua, estaba negra. Nunú sabía que Fiona y ella habían sido esclavas. Vivían las dos en una ciudad. Pero no en una ciudad verde como en la que se encontraba ahora, sino en una ciudad zombi. Los zombis decentes evitan las ciudades, decía Fiona, los zombis decentes viven en el desierto. Sin molestar a los unos a los otros. Sólo los carroñeros viven en las ruinas. Ellas eran propiedad de un hombre que dominaba un bloque de apartamentos. Un lugar horrible que Nunú creía no recordar pero con el que de vez en cuando tenía pesadillas. Todos los pisos conservaban los restos deshechos de una moqueta, una especie de piel enferma y maloliente de la que era imposible adivinar el color original. Las dos eran esclavas para compañía. A Fiona la habían arrebatado directamente de los brazos de sus padres, a los que mataron frente a ella a pedradas. Sus padres eran unos desgraciados sin choza conocida, y si habían aguantado con su hija a cuestas era porque sabían que más crecida sacarían más por ella. De hecho, estaban a punto de venderla en el mercado, y eso habrían hecho si no se hubieran cruzado con los hombres de Wang. Los padres de Fiona debían dinero al señor Wang. Los mataron y se la quedaron. Pasaron unos años hasta que conoció a Nunú.

Metió la cabeza en el tubo de secado. Cuando la sacó y se miró en el espejo le salió una carcajada. Tenía toda la melena inflada como la bola de semillas de un diente de león. Una de las pocas flores que todavía podías encontrar en el mundo zombi. Olió todos los productos que había usado antes Félix. No le gustó ninguno. Se fijó en su cuerpo oscuro y lleno de arañazos, los huesos al aire, las piernas finas y largas, la melena negra encrespada. Se tapó corriendo, como si alguien acabara de entrar sin llamar. Se puso una de esas toallas con mangas que también colgaban de la pared. Le quedaba grande y la arrastraba por el suelo. Salió del baño.

—Se me han arrugado las manos, ¿es normal eso, Félix?

No obtuvo respuesta. La estancia estaba vacía. Una nota sobre la cama.

He tenido que salir. Pide lo que quieras de comer. Si te vas de la habitación no te olvides la llave. Vendrán a traerte ropa.

Félix

Esperó sin hacer nada, quieta en una silla, las primeras dos horas. Luego empezó a ratonear. Abrió los cajoncitos, tocó todos los botones. Había pequeñas botellas en una caja de frío. Las sacó todas y las colocó en fila, una al lado de la otra. Escogió una, la menos bonita. La abrió. Olía como los frascos del baño. Dio un trago. Quemaba al bajar. Se bebió toda la botella. Guardó todas las que le cupieron en los bolsillos del albornoz. Nunú ya sabía lo que era el alcohol. Una vez destilaron ellos el suyo propio. Se lo pasó genial construyendo el alambique. Le dejaron probar un poco. Ya conocía el olor, era lo que desprendía la boca de Omar cuando llegaba a casa al caer el sol. Omar bebía.

Llamaron a la puerta. Nunú se quedó lívida. No movió ni una ceja, su respiración no sonaba. La habitación le parecía ahora un lugar hostil y desconocido, una ratonera sin escapatoria.

—¿Hola? Señorita, venimos a traerle la ropa. ¿Hay alguien?

Tenía su ropa, no necesitaba más. Era verdad que su calzado estaba casi totalmente deshecho.

—Si lo prefiere podemos volver en otro momento.

Abrió la puerta. No supo con seguridad si quien estaba frente a ella era un hombre o una mujer.

—Señorita, tenemos una gama de vestidos que seguramente serán de su agrado.

Aquella persona de género indefinido entró con sus tacones. Llevaba un maletín. Desplegó un catálogo de su botón. Con la mano iba haciendo pasar un vestidor imaginario donde colgaban todo tipo de prendas: faldas, blusas, chaquetas.

—Somos la marca que sirve en exclusiva a este hotel y poseemos un amplio surtido de prendas multifunción. Le damos una garantía de cien años.

Si la prenda se rompe puede solicitar una nueva. Por supuesto, con tela antimanchas y con opciones de cambio de color.

Hablaba como un robot. Nunú sabía que había robots muy complejos, pero se diferenciaban perfectamente de las personas. Aquel hombre-mujer de ojos grandes y pestañas pintadas seguía mostrándole todo aquello que consideraba acorde para ella. A ella no le importaba la ropa, hasta que dos palabras abajo a la izquierda captaron toda su atención. «Acción-aventura.»

Botas de formapiel, pantalones de montaña ajustables, chaqueta de caza, ajustable también, con capucha y efecto camaleón para captar el color del entorno. El hombre-mujer no parecía satisfecho. Parecía empeñado en que se llevara unos delicadísimos zapatos de charol restaurados. Una vez cerrado el trato, cuando comprendió que la niña no iba a ceder, asintió y se fue.

—Tendrá su ropa en quince minutos.

—Espere. ¿Sabe cómo se hace para que traigan comida?

Nunú se vistió con todo. No le importó que en la habitación hiciese calor. Nunca había usado nada que fuera nuevo, que no hubiese pertenecido antes a otra persona. Los pantalones estaban plagados de bolsillos. Podía meter todas sus cosas ahí. Se bebió la segunda botella y luego otra más. Al caer el sol empezó a tener hambre. Podía pedir lo que quisiera. Pidió pan caliente. Y garbanzos con limón. Y miel. Y una cosa de la que siempre hablaba Fiona: merengue.

Podría estar allí toda la vida. No en la habitación, claro. Saldría a dar paseos. En el hotel había un patio enorme con una fuente. Lo había visto al entrar. Y también iría adonde estaban las estatuas de oro. A la Ópera. ¿Podría escalar ese edificio? No lo creía, pero poco importaba. Con sus botas nuevas podría andar todo lo que quisiera sin que se le cansaran los pies. Treinta kilómetros o lo que fuera. Recorrería las calles buscando cosas útiles. Y luego volvería a la habitación. A comer algo y a darse un baño. Se daría baños todos los días. Bueno, todos los días no, le parecía mal derrochar toda esa agua, pero casi todos. Luego podrían poner música antes de dormir. Estaba borracha. Eso era estar borracha. ¿Qué cuentos de niña eran ésos?

Félix no era su amigo. Había matado a Fiona, a su madre, a Fifí. Además, ¿dónde estaba? Nada le aseguraba que fuese a volver. Se había marchado sin que ella se enterase. Sin despedirse. Como Omar.

Volvieron a llamar a la puerta.

—Disculpe. Traigo la cena.

Se levantó y casi se cae otra vez. Sí que estaba borracha. Fue hasta el recibidor entre risitas. Tenía un hambre atroz. Pensaba comérselo todo, el merengue lo último. Abrió la puerta. Dos cañones de los que salieron dos disparos. Nunú no tuvo tiempo de reaccionar, pero quizá esperaban a alguien más alto, porque las dos balas pasaron por encima de su cabeza. Dos casquillos cayeron. Ella rodó por el suelo, rápida. Se arrastró debajo de la cama sin mirar hacia atrás. Vio las botas, parecidas a las suyas. Los pantalones no tenían tantos bolsillos. Los pasos se acercaron a la cama. Nunú gateó hacia atrás, alejándose todo lo que pudo. La cama voló directamente hacia un lado. Nunú pegó un grito. Estaba acurrucada, casi enroscada, como una serpiente escondida bajo una piedra. Aquel hombre enorme la apuntaba con la escopeta. No tenía escapatoria.

—Es mi trabajo, niña. Cierra los ojos.

Nunú no iba a cerrar los ojos. Los clavó en él con rabia. Se quedaría con la cara de su asesino y, si había otra vida, se vengaría. El asesino echó la cabeza hacia atrás de forma repentina y grotesca. No disparó, se limitó a abrir mucho los ojos y a hacer una extraña mueca. La sangre comenzó a colorear sus dientes blancos. Félix agarró al agresor por el hombro y le arrancó un paraguas de la espalda. Estaba cubierto de sangre. Se dio cuenta de que la niña estaba aterrada.

—No te preocupes, la sangre es de los otros.

Félix se fijó en la ropa nueva de la niña. No dijo nada. En cambio, le señaló la puerta. Se iban, era evidente. Fue a arrebatarse la escopeta de las manos del muerto cuando las manos de Nunú se aferraron a ella.

—El arma es mía.

Corrían por la calle. Odiaba correr. Decía que lo disfrutaba cuando salía con

el perro, pero lo detestaba. Su peso le destrozaba las rodillas. Claro que sabía que podía ser una trampa. Llevaba el kilo de hermesina pura que tanto tiempo le había guardado Luna, su exmujer. Su plan era venderlo lo suficientemente barato como para que no les mereciera la pena jugársela. Pero Bilos había llegado a un acuerdo con la policía. Era más rentable que la policía te debiese un favor que ayudar a un amigo al que no le queda mucho que ofrecer. ¿A quién quería engañar? Bilos no era su amigo. Era un traficante de mierda, era chusma, como él. No tenía amigos. ¿Quién los tenía?

—¿Por qué corremos?

A Félix le había parecido que un tipo los seguía desde la recepción, no estaba seguro. Bastaría con alejarse dos o tres kilómetros. Si cruzaban el antiguo río él sabría dónde esconderse. Era muy arriesgado pararse.

—¡A la izquierda!

Aunque a lo mejor la niña tenía razón. No hacía falta correr. Las cámaras estaban por toda la ciudad, correr llamaba mucho la atención. Le estaba entrando flato. Desde que aterrizaron los antidroga en su casa tenía la sensación de no haber dejado de correr. Eso era ser un paria, ir a todo correr de un sitio a otro. No tenía dinero y lo esperaba una vida de correr hasta que lo mataran.

Aminoró el paso. La niña lo miró extrañada.

—Vamos a andar un poco.

La cogió de la mano. Había bastante gente en la calle. Gente que paseaba despreocupada, comprando o tomando cruasanes. Puede que fuera domingo. En cualquier caso, la guerra no parecía haber subido tan al norte. Al fondo, el cielo se oscurecía. Habría tormenta.

Tenía pensado vender barata esa droga. Sólo necesitaba un poco de dinero. Lo justo para comprar una identidad. En un par de años tendría un pasaje para Marte. Se buscaría la vida, empezaría de cero. Pero Bilos tenía otros planes. Estaba expandiéndose hacia Alemania. Decía que el negocio se iba a acabar y que había que forzar la máquina. Sacar en los próximos diez años lo suficiente para el resto de sus vidas. En ese decenio, la gente no iba a dejar de drogarse por mucho que fuera a abandonar el planeta, incluso lo haría más por la ansiedad. Y una vez en Marte, se envenenarían todos por

igual. Los que primero se hicieran con el mercado, ésos sí que tendrían la vida asegurada. Cuántas veces habían fantaseado con eso todos los narcos. Bilos era más joven, y Félix nunca lo percibió como una amenaza. Lo eligió a él precisamente porque era el de más confianza, del que no se esperaba una traición. Primero su primo Pipo y después Bilos. Debía hacérselo mirar. No conocía nada a las personas. Había cogido el ladrillo de hermesina y dos hombres de Bilos lo recogieron en la puerta. Lo cachearon y lo metieron en un vehículo. Bilos era socio mayoritario del hotel y dueño de las dos salas de fiesta más importantes de París. Hacía mucho que no se veían. La última vez se había arreglado tanto la cara que no lo reconoció. En cuanto se dio cuenta de que lo estaban sacando fuera de la ciudad, se cargó a los dos hombres de Bilos directamente, sin preguntar. Les golpeó las cabezas entre sí hasta siete veces. Hasta que ambas sonaron a roto.

—¡Bilos, hijo de puta, tus hombres están muertos!

Sabía que Bilos estaría viendo la escena desde alguna parte. Una voz salió de los altavoces del coche:

—Estas jodido, Merchero. No eran mis hombres. Eran policías y estás jodido.

—¡Tú sí que estás jodido!

—La policía te espera en la salida norte de la ciudad. Lo mejor es que te entregues.

—No sé qué te habrán prometido, pero no voy a ir.

Félix arremetió a golpes contra el cuadro de mandos. Iba a pararlo como fuera, aunque tuviera que desmontarlo pieza a pieza.

—Eres un animal. Deja el paquete ahí y estamos en paz. Si lo haces, no te perseguiré el resto de tu vida.

Félix arrancó un amasijo de cables como si le sacara las tripas a una bestia, hasta que el coche se detuvo. Cogió el paquete y salió.

Había nacido en Marsella, como casi toda su familia, pero ése era su barrio. Bueno, el principio, la zona cara. Tan sólo tres calles más adelante estaba la zona en la que se había criado hasta los trece. Vivían en un bajo. Su padre, Manuel, limpiaba la mierda a los propietarios del edificio. Estaba siempre disponible para arreglar cosas como grifos estropeados o puertas

desmagnetizadas. La Aurora se pasaba el día gritándole a ese hombre. Félix no le tuvo respeto jamás. La Aurora era merchera, sangre de reyes corría por sus venas. Por eso ella no lavaba, ni limpiaba ni cocinaba ni hacía nada que a uno le avergonzase pedirle a una princesa. Manuel se levantaba con las luces turbias de la mañana y fregaba la escalera. El polvo era uno de los problemas de la época que les había tocado vivir. Estaba por todas partes. Fue limpiando el polvo del tejado como murió el pobre hombre. Félix hubiera apostado a que se lo cargó la Aurora, si no fuera porque ella no habría podido subir ahí ni en un millón de años. Y eso que aún le quedaban sesenta kilos por engordar. Como la Aurora no tenía trabajo ni intención de trabajar, los deportaron. A todos. A España. Félix nunca se mezcló con esos zombis. Enseguida se puso a hacer favores en la frontera. Un chico espabilado podía beneficiarse del paso de suministros. Por aquel entonces el primer mundo todavía se preocupaba de que siguiera habiendo vida al otro lado. No pasaron hambre. Félix se ocupó de que ninguno pasara hambre. La Aurora no adelgazó ni un gramo. Pero se iba marchitando día a día. Sabía que en ese aire infecto se moriría pronto. Antes de cumplir dieciséis consiguió sacar a toda su familia de allí. Se juró que no volvería jamás.

—Entremos aquí.

Nunú se dejó arrastrar a un jardín lleno de hiedra. Todavía tenía los cañones de la escopeta y la cara del asesino grabadas en la memoria. Oía a comida por todas partes. Los citys debían de pasarse el día comiendo, eso seguro. Félix le hablaba deprisa. Necesitaban una identidad, no podían moverse por el mundo sin ella. Ni con trenes, ni coches, ni mucho menos aviones. Tenía un kilo de droga pero no podía hacer nada con él. Si lo intentaban vender en las calles se delatarían. No podían pagar en ninguna parte sin identificación. En la ciudad no podían quedarse. Y tampoco podían salir. En el mundo zombi podían sobrevivir con el trueque, pero allí necesitaban yuanes.

Nunú se quitó la mochila de la espalda. Apartó la escopeta, que dejó con cuidado en el suelo, y abrió la mochila. Dejó apenas entrever el oro y el coral.

—¡Sucia ladrona!

Félix se lanzó sobre la mochila. Sacó todo lo que había, escarbando con

ansia.

—Condenada chica lista. Estaba seguro de que esos polis me habrían desplumado.

—Iban a hacerlo.

—¿Hay más?

Nunú negó con la cabeza. Pero después metió la mano en un bolsillo y sacó el anillo que Félix le había dado.

—Toma, ya no lo quiero.

Félix la miró emocionado. Con su mano grande cerró los dedos de la pequeña.

—Es tuyo, Nunú, guárdalo.

La besó en la cabeza. La habían abrazado algunas veces. Sólo Fiona la había besado.

Capítulo 28

Desaparece la fortuna de Aaron Morgan.» Ningún medio hablaba de otra cosa. Las noticias de la guerra habían pasado a un segundo plano. No se sabía cuánto dinero guardaba el magnate. Cuando se llevó a cabo el sepelio y se fueron a afrontar los gastos, se descubrió que no había fondos. El seguro acusaba a la propia familia. Pero no tenía sentido que sus descendientes se expusieran al escarnio público por evitar unos pequeños gastos más el impuesto de sucesiones. Lora estaba convencida de que lo que había pasado era otra cosa, el Enterrador había robado a Aaron Morgan.

—El Enterrador no es un ladrón. Mata, no roba. No lo ha hecho hasta ahora.

—Eso no lo sabemos.

—No se pueden robar ochenta mil millones. ¿Dónde los guardarías? Estamos hablando de una fortuna de ochenta mil millones. Eso es el producto interior bruto de un país. Lo que ha pasado con ese dinero es un error del sistema.

Lora se levantó para irse, cuando su jefa la detuvo.

—No te vayas, Lora. Hay un grupo de Obtención de Información que quiere hablar contigo.

Así empezó esa semana. La llamaron al despacho de su jefa cuando se acababa de servir el primer café. Cuando ya estaba guardando sus cosas. No la echaron. Sólo la forzaron a coger unas vacaciones. A Randall sí. A él lo echaron sin miramientos. No quedaba bien echar a una investigadora recién condecorada, pero Randall era fácilmente prescindible. Muchos fuerototes

como él hacían cola por entrar en Delitos Económicos.

Diana había cantado. Randall la aleccionó para que no dijera nada. Si ella no admitía haber sustraído el archivo, ellos no podrían demostrarlo. Pero la enredaron con mentiras. Le aseguraron que decir la verdad era la única forma de conservar el puesto. Se rompió. Porque todos se rompen. La gente cree que puede aguantar un interrogatorio sin confesar hasta lo más grande, pero no puede. A las pocas horas lo sueltan todo como grifos. Todos se rompen. Sabía que debió de ser un trago horrible, pobre Diana. No se merecía eso. Después de delatar a Randall y a Lora —claro que iba a delatar a Lora, la odiosa Lora, la malvada Lora, a la que detestaba, la que hacía sufrir a Randall — los de Obtención de Información no cumplieron su palabra y se quedó sin su puesto en clasificados.

Randall tenía que buscar un trabajo. Pensaba que si algún día dejaba la policía acabaría con un puesto en Obtención de Información. Resultaba evidente que tendría que buscar en el sector privado. Lora no quería que terminase de vigilante o guardaespaldas, Randall valía más que eso.

—Lo siento, Ran, de verdad.

—Olvídalo. Lo que siento es que Diana...

—Diana es una subnormal. Por su culpa estamos aquí.

—No, por su culpa no, es por la tuya.

Estaba enfadado. Recordaba haberlo visto enfadado, pero no con ella. No podía reprochárselo. Tenía que esperar a que pasase el temporal. Y todos sabían lo que podía durar eso. Si quería que siguiese siendo su amigo, tendría que dejar pasar el tiempo. Porque eso deseaba que fueran, ¿no? Amigos.

—Sí, es verdad. Es culpa mía. Y por eso no quiero que haya sido inútil. Voy a coger a ese hijo de puta.

—Temía que dijeras eso.

—No pueden apartarme ahora del caso. ¿Vacaciones?, yo no quiero vacaciones, quiero atrapar al tío que me ha dejado un año sin vida. Está preparando algo más grande, estoy segura. Esos crímenes eran sólo un preámbulo.

—Lora, déjalo estar. Casi pierdes tu trabajo.

—Voy a seguir el dinero.

Una alarma comenzó a sonar abajo, en la esquina de la calle. Seguida de gritos y ruidos de cristales. Se asomaron a la ventana. Una explosión y otra alarma más lejana. Randall y Lora se miraron sorprendidos. Dos segundos después aparecieron las primeras personas corriendo. Una mujer, con una figura digna de treinta años, pero que por la forma de moverse debía de rondar los ochenta, trastabilló con sus zapatos de tacón sin llegar a caerse. La adelantaron por la derecha y por la izquierda gente de toda clase que corría. Se empujaban y se agarraban de la ropa para ganar un metro o dos. La mujer tropezó de nuevo, esta vez con un hombre que se volvió a mirar atrás, y tampoco cayó al suelo. Sonaron unas explosiones como fuegos artificiales y seguidamente una ola de gritos. Ellos conocían muy bien cómo sonaban los Zetas. El mejor fusil del mercado. Los disparos ya no dejaron de sonar en ráfagas: ratatata, ratatata. La gente empezó a llegar en tromba como si los repeliera un imán gigante. Uno de los disparos dio en la cabeza a la mujer, que siguió de pie unos instantes con un brazo levantado. Caían como fichas de dominó, apelotonados. Tres zombis, o al menos a tres fue a los que alcanzaron a ver, armados con los Zetas y un brazo de apoyo iban diezmado a los pobres locos que corrían. ¿Cuánto llevarían en la ventana? ¿Cinco, diez segundos? Y ya podían contar más de una treintena de muertos. Se creaban nubes de polvo rojo a cada impacto; parecía que la sangre fuese arena. Randall cogió a Lora fuerte por los hombros, rodeándola con el brazo. Fue un gesto sin pensar, como para protegerla de aquel caos. Un gesto que Lora agradeció.

«Matanza indiscriminada deja cientos de víctimas en plena calle.» De nuevo la guerra ocupaba el primer lugar en los informativos. Hechos como el de Boston se produjeron simultáneamente en más de trece países. Los zombis habían entrado en todas las grandes ciudades. Armados con chalecos y con Zetas. Los ataques, en suma, se habían cobrado más de diez mil víctimas. Días atrás, después de los primeros incidentes, la población civil comenzó a pedir medidas drásticas, eliminar a los zombis antes de que llegaran a las ciudades. Muchos grupos políticos estaban en contra de hacer un ataque preventivo indiscriminado. Esto hizo cambiar la situación. Los conservadores consiguieron por mayoría aplastante que se permitiese a las fuerzas de

seguridad disparar a cualquier zombi que se acercase a una población del primer mundo. Incluso se autorizaron misiones aéreas. Pero el problema era que los satélites no encontraban a los zombis en el desierto. Se sospechaba que se escondían durante el día bajo tierra y avanzaban de noche, cuando los satélites no detectaban su movimiento. Los citys estaban bien armados, pero los zombis eran más.

Lora intentó seguir el rastro del dinero como le dijo a Randall. ¿Dónde escondes miles de millones? Por aquel entonces, ningún banco permitía hacer un ingreso sin identificación, mucho menos de ese calibre. Todos los bancos estaban sobre aviso: ese dinero no podía estar en una cuenta del sistema. Podría haberlo troceado, sí. Podría haberlo repartido en un millón de cuentas, incluso. Pero para abrir un millón de cuentas eran necesarias muchísimas identidades. Un ciudadano podía tener como máximo cinco cuentas bancarias. Y sólo en casos especiales debidamente acreditados. Si alguien quisiera meter ese dinero en la red sería muy fácil de detectar.

—¿Cómo se esconde el dinero ahora? Quiero decir que todo el dinero que se emite es digital, está registrado en la base.

—Siempre hay formas. Los diamantes, el coral, el oro...

—Ya, pero no hay tanto oro para todo el dinero del que estamos hablando.

—Entonces ese dinero está en un agujero negro.

—Dime algo que me ayude.

Los agujeros negros eran sólo un rumor. Un paso intermedio entre lo virtual y lo físico. Unas piedras de un mineral muy denso a las que se podían transferir grandes cantidades de dinero. Por encima de siete ceros.

—¿Cómo crees que le robó el Enterrador?

—No sé, no tuvo mucho tiempo. Tuvo que ser allí mismo, antes de matarlo le forzó a hacer una transferencia. ¿Un agujero de ésos dejaría rastro?

—No, el agujero negro no tiene número de referencia, es una piedra, sería como hacer una transferencia a ninguna parte. No vas a poder encontrar ese dinero.

—Vale. Lo importante no es dónde está guardado sino qué va a hacer con él. Si pudieras...

—No, olvídalo, no puedo, no voy a seguirte esta vez. Me han echado, ¿recuerdas?

Acosó lo que pudo a los de Delitos Económicos, pero era muy incómodo, los compañeros de Randall la culpaban de lo sucedido. Y Lora no podía reprochárselo. Quedó con uno de ellos en el pub tres veces. Le pasó a su botón todos los movimientos económicos del sistema desde la muerte de Aaron Morgan y le pidió que lo dejase en paz. Lora trazó un mapa con todos los pagos de grandes sumas sin identificación. Viviendas, viajes, joyas, armas... Luego comparó esos pagos con las fechas de los atentados, descartando así los que el Enterrador no hubiera podido hacer sin desdoblarse. Nada parecía revelador, nada relacionado con Marte.

—Me voy a Marte, Pocs.

—¿Qué?

—Era eso o alistarme a la guerra.

—Serías capaz. —Lora se rio.

—Mira lo que está pasando. La Tierra se acabó. ¿Qué quieres que haga? ¿Buscar un trabajo? Dentro de poco aquí no habrá nada, habrá que irse y allí las cartas ya estarán todas dadas. El momento es ahora. Marte necesita gente como nosotros, ni siquiera hay un cuerpo de policía. En diez años podríamos ser jefes de departamento. A lo mejor esto que ha pasado del trabajo es una señal. A lo mejor me has hecho un favor.

—Marte apesta. Es una utopía residencial provinciana. Eso está bien para las familias que viven en chalets, no es para ti ni para mí. Randall, no vas a aguantar ni un año allí. No pienso abandonar este planeta hasta que me obliguen.

—Ya no hay nada que me retenga aquí.

Eso le dolió. Comprendió que lo perdía, que él había pasado página. Querría decirle que se quedara con ella hasta el final. Puede que no lo tuviera del todo decidido, que tal vez la estuviera poniendo a prueba. Si ella dijera las palabras adecuadas. Pero no dijo nada.

—Me voy a llevar a mis padres conmigo.

Lora no conocía a los padres de Randall. La verdad era que no le interesaban los padres de nadie. Evitaba conocer padres. El hecho de que sus padres hubiesen sido deportados le permitía no tener que argumentar demasiado. Todos sus candidatos a novio la disculpaban al principio. Pensaban que sería algo temporal y que la lógica se impondría al final. «Mis padres necesitan conocerte.» «Y yo necesito que te vayas, Luis... Albert, Básil, Marco...» Randall jamás le había pedido nada de ese tipo, pero sí que había habido varias situaciones incómodas en las que los padres de Randall iban a hacer acto de presencia y Lora decidió irse anticipadamente.

—No muerden.

—Ellos no, pero yo sí.

—Creo que mis padres tienen una idea rara de ti.

—Eso será por lo que les hayas contado tú, capullo.

El hecho de que Randall fuera a irse no hizo más que avivar las ganas de seguir con el caso. Si no había señales del dinero en todo el primer mundo era porque no estaba ahí. Ese dinero estaba al otro lado de la frontera. Con los deportados, con los zombis, con sus padres. Aunque lo de la frontera era un poco difuso esos días. La mitad de las vallas habían caído. Ahora los zombis estaban por todas partes. Era evidente que alguien estaba armando a todos esos desarrapados. Para eso hacía falta mucho dinero. Una fortuna como la de Aaron Morgan. ¿Cómo no lo había visto? El Enterrador estaba provocando una guerra. Pero ¿para qué? Hasta ahora lo único que creía saber era que, tal vez, intentaba impedir la colonización. Sin embargo, si eso era así, estaba utilizando una estrategia poco efectiva. Daba igual a cuántos proveedores de transporte y suministros asesinara, otros los sustituirían. El Enterrador había burlado a la policía y a toda la seguridad internacional, no era normal que se hubiese arriesgado a cometer todos esos asesinatos sólo para retrasar un poco el estado de bienestar marciano. Si Lora hubiese querido impedir la evacuación habría dinamitado el proyecto Aire, que se dedicaba a aumentar los niveles de oxígeno en Marte, o habría volado la estación espacial. En cambio, él había matado a Pedro Hernández, que desarrollaba el plan de purificación del agua... O a la doctora Omayá, que trabajaba en vacunas. Puede que no sólo hubiera robado a Aaron Morgan. Y después de todas estas

muertes, comienza a regalar armamento para provocar una guerra. ¿Quién gana algo con esa guerra?

Su botón le mostró la primera página del *Boston Journal*, puntual como siempre.

«Se adelanta la evacuación. Comienza la operación Arca de Noé.»

Ahí lo tenía. Quizá no pretendía impedir la colonización. Tal vez buscaba anticiparla.



A central collage of religious symbols is enclosed in a square frame with radiating lines. The symbols include a five-pointed star at the top, a crescent moon, a yin-yang symbol on the left, an Om symbol on the right, a wheel (Dharma Chakra) in the center, and a Swastika at the bottom. The symbols are arranged in a cross-like pattern.

Harto de todas las religiones?

Nosotros diseñamos la tuya.

Centro de Creencias Espirituales
(estudiando nuestra existencia desde 2048)

Capítulo 29

Parecía que sus ojos penetrantes atravesaban a todos los que se cruzaban en su camino. Lo cierto era que no podía evitar mirarse en los cristales de las puertas de embarque. Una pierna más estirada, la cadera algo escorada, las manos en las trabillas del pantalón. El capitán Vanila estaba bueno: él lo sabía, su equipo lo sabía, su mujer lo sabía. Tenía sesenta años muy bien puestos y dirigía a su equipo en la estación con estilo y eficacia. Eso era lo suyo, el estilo y la eficacia. Se preparaba la ropa antes de acostarse, igual que los kits de aseo. Sabía que era un día especial y por eso llevaba la camisa mostaza.

Le habían asignado el doble de efectivos, sí, señor. Se suponía que le habían mandado a los mejores, aunque muchos de ellos no habrían pasado el test Vanila.

Todo el mes había resultado verdaderamente emocionante, en especial la última semana. El ministro de Defensa y el general de aviación acudieron en persona a la estación un mes atrás. Le pidieron expresamente a él que se ocupara de velar por la seguridad de los pasajeros en el gran día.

El lunes llegaron las tres primeras naves. El capitán casi se atragantó con el café cuando atracó la primera. No se alcanzaban a ver los límites de aquella cosa gris. Era como los transbordadores habituales pero diez veces más grande y más redonda. Una gran teta, la madre de todas las tetas. Y con capacidad para casi cien mil pasajeros. Partirían un millón de personas el domingo. Diez despegues.

Le hizo un gesto a su sargento golpeando con dos dedos en el pantalón.

Éste no se lo devolvió, pero con la mirada comprendió que lo había visto. Tenían que estar muy alerta, no serían ellos los que la fastidiaran. Los servicios secretos habían alertado del riesgo de atentado. Se temía que el Enterrador quisiera sabotear la salida. La mayoría iba a ser gente acomodada, de dinero. Pocas veces ese terrorista habría podido encontrar a tantos peces gordos juntos. Era muy tentador. De aquel millón de personas, por lo menos cien mil eran millonarios y gente relevante de la política. Había que echarle mucho arrojo o estar muy pirado para intentar colarse en la estación espacial, pero mucho más en un día como éste. Todos los pasajeros iban con sello del gobierno y contrato de trabajo en destino o con visado de turismo o, como en ese caso, una nacionalidad permanente concedida por la presidenta de los Estados Canamericanos. Desde luego no valía un pasaporte falso y una peluca para burlar la seguridad, el terrorista iba a necesitar mucho más que eso. Si le preguntaran su opinión, si alguna vez los gerifaltes le preguntaran su opinión, les diría que se estaban colando, que el Enterrador no iba a pisar esa estación, nadie en su sano juicio entraría en esa ratonera. Cada pasajero sería revisado cuatro veces antes de permitírsele embarcar. Sin contar con los controles que hubiera debido superar en tierra.

Una chica pasó a las once en punto de su campo de visión. Piernas largas, culo respingón, pelo corto, tal y como le gustaba configurarlas en el porno. Le hizo otra señal al sargento para que no se la perdiera.

El sargento Periñón estaba triste aunque ya no se daba ni cuenta. Siempre estaba triste, desde mucho antes de su divorcio. En casa y en el trabajo. Apagado. Lo poco que lo distraía o que lo relajaba eran las matemáticas. Contar. A veces contaba simplemente por placer, hasta mil, hasta tres mil, hasta diez mil. Su récord estaba en haber contado en una ocasión hasta doscientos cincuenta mil. Números redondos, nada de pararse en el siete mil trescientos treinta y tres. Por eso tenía claro siempre cuánta gente embarcaba o entraba y salía de la estación espacial. Ese día se iba a hartar a contar. Se suponía que pasarían un millón de personas en veinticuatro horas. Eso no iba a ocurrir. Si perdían en cada persona un minuto, eso era un millón de minutos... No le salían las cuentas. La estación seguramente se colapsaría tras el primer lanzamiento y los nueve siguientes les llevarían la semana

completa. ¡Un millón! Lo vendían como el gran logro de la tecnología. Y lo era, sin duda. Ver esas naves tan enormes como una luna era impresionante, cierto, eran pequeños países. Pero seguían sin salirle las cuentas. ¿Cómo iban a evacuar a dos mil millones? Si evacuaban un millón al mes, para llevarse a todos a ese ritmo harían falta ciento dieciséis años. Tendrían que apretar un poco más. En cincuenta años habrían salido seiscientos millones. Esa cifra sonaba más razonable. El resto se pudriría en la Tierra para los restos. Y a él, con su mala suerte, seguro que le tocaba quedarse en la estación. Cómo odiaba esa estación.

La nueva estación espacial que servía de lanzadera para Marte llevaba orbitando sobre la Tierra treinta años y hacía ahorrar una cantidad de energía en los viajes, como por supuesto el sargento Periñón ya había calculado, en varias ocasiones, para estar seguro. Despegar al espacio exterior directamente desde el suelo terrestre suponía un esfuerzo considerable, sin embargo, desde la estación espacial la nave apenas necesitaba un empujoncito. No tenía que vencer la fuerza de la gravedad, era como empujar una piragua suavemente en el embarcadero de un lago.

Los transbordadores llegaban por decenas a la estación y luego salía el gran vuelo hacia el planeta vecino. Antes era uno al mes, pero llevaban dos años con una media de cero coma seis a la semana. De los vuelos regulares, claro. Nunca habían mandado al espacio una mole semejante. Ignoraba cómo lo habrían hecho para poner semejantes mamotretos en órbita ni cuánta energía habrían necesitado. Eso le irritaba más aún.

La primera incidencia del día se produjo con el pasajero número tres mil doscientos cuarenta y cinco. Llevaba una preciada colección de minerales y no sabía, o decía no saber, que estaba prohibido llevar pirita a Marte. El pobre hombre no embarcó. Como tantos otros.

La unidad policial de la estación era pequeña y los sueldos eran altos, ya que el peaje era vivir ahí. Con tu familia, si la tenías, y con tus compañeros. Tenían que controlar la seguridad y el contrabando. Ni armas, ni drogas, ni comida ni, por supuesto, especies invasoras, tanto animales como vegetales. Ningún tipo de semilla podía acompañar a los viajeros, ni siquiera una que hubiera acabado atrapada entre los dientes. Los medios de control eran muy

estrictos y no solían fallar. Tan sólo el 0,0001. Hacía dos años se les coló una mujer que tenía manitú. No un catarrillo, no, manitú. Lo descubrieron en el vuelo dos semanas después los médicos de a bordo. Se armó la de Dios. Hicieron volver a la nave y pusieron a toda la tripulación en cuarentena. Por supuesto, rodaron cabezas. Se cargaron al pobre Marco Línigan y fue así como ascendieron a Julius Vanila a capitán. En buena hora. Ya le estaba haciendo gestos otra vez; se creía un entrenador de béisbol femenino o algo así. Ese día al menos estaba ocupado, intentando dar la talla con su elegancia y su eficacia. Mucho mejor que tener que compartir con él la sala de descanso y escuchar sus chistes. Trescientos veintisiete habían llegado en el último vuelo desde Canadá, y éstos había que sumarlos a los doce mil cincuenta que ya estaban esperando para embarcar. ¿Sería alguno de ellos el Enterrador? ¿Cómo podía ser? Tenían su ADN, tenían las fotos y además contaban con los perros. Treinta y ocho perros. Le gustaba cuando llevaban a los perros, cómo los odiaba Vanila; eran los únicos que le hacían perder la compostura. Periñón era pesimista por sistema: si algo podía salir mal, saldría mal. Pero también pensaba que el Enterrador no tenía forma de acercarse a la estación sin ser detectado. Analizarían el ADN de todos los pasajeros, uno a uno, a los cien mil que cabían en cada vuelo. Esa cifra incluía también a los empleados, que serían igualmente analizados. Las directrices eran hacer saltar la alarma ante cualquier anomalía, entendiendo por anomalía un cambio en lo que fuera: que un pasajero no viajara en su asiento, que una maleta no se hubiera etiquetado correctamente, que alguien llegara demasiado pronto o demasiado tarde... en fin, cualquier cosa. Y siempre hay anomalías. El capitán se acercó, nervioso.

—Periñón, ¿no me ves? Van tres veces que te marco un dos veinticinco.

—Perdone, jefe, no lo he visto.

—Acompáñame al control. Me muero por un café. ¿Y tú?

Periñón no entendía por qué se lo preguntaba siempre, sabía de sobra que no le gustaba el café. ¿Por qué no lo dejaba en paz? Pero Vanila vivía en una novela negra y el compañero era algo intrínseco al cargo, aunque te llevases mal. Es más, llevarse mal formaba parte de la trama. Los dos policías que aunque no se tragan se acaban apreciando. Y lo había elegido a él.

Desde el control, aparte de tomar café se podía observar bastante bien. Cien pantallas que mostraban todo el vestíbulo, las salas de embarque, las entradas a los servicios... Pero el sargento prefería observar desde arriba, tener una visión general desde un solo punto de vista, en lugar de cien ojos. El capitán Vanila saboreó su café.

—Tómame uno, Periñón, debemos estar despiertos.

—Ya lo estoy.

—No sé cómo puedes vestir de pana, hombre, me da calor sólo de verte. Han abierto un Miltons para hombre que está realmente bien, deberías echarle un vistazo.

A Periñón no le gustaba comprarse ropa, y desde luego no pensaba comprarse nada en la estación espacial pudiéndolo hacer en tierra un cuarenta y seis por ciento más barato. Lástima que nunca bajara a tierra. Vanila colocó el pie sobre uno de los asientos de la sala y apoyó el codo sobre la rodilla, sosteniendo su café de forma elegante. Repasó todas las pantallas por orden con atención mientras Periñón llevaba algún tipo de cuenta mental. Los dos se quedaron mirando a la misma persona en la pantalla cuarenta y siete: una mujer con cola de caballo, pantalones ajustados, gafas de sol y botas altas.

—¿Has visto, sargento? Está buscando algo, no deja de mirar en todas direcciones. Está nerviosa.

Sí, Periñón la había visto, y agradeció también que su jefe no le saliera con «vaya ejemplar, esas piernas están hechas para cabalgar hasta el amanecer», o alguna expresión por el estilo.

—Con las gafas de sol el reconocimiento ocular es imposible desde aquí. Fíjate, encima de ese culazo... Esa mochila, por favor, Taylor, enfoca ahí... ¿Podemos ver qué hay dentro?

—Si la irradiamos, sí.

—Esperemos que no esté embarazada.

—¿Lo ves, sargento? ¿Ves lo mismo que yo?

—Sí, capitán, eso es un arma.

—¿Cómo coño ha podido colar alguien un arma aquí? ¿Estamos todos gilipollas?

El capitán Vanila bajó del control mientras avisaba por radio. De camino

pudo desplegar toda su galería de señas de entrenador cada vez que se cruzaba con un agente. Se hacía un sinfín de preguntas: ¿estaba relacionada con el Enterrador? ¿Estaba sola? ¿Era realmente una mujer? En menos de cincuenta segundos el capitán y sus hombres rodearon a la sospechosa. Él fue el primero en dar el alto.

—¡Levante las manos!

Obedeció mientras doce armas la encañonaron en un corro digno de un caleidoscopio. El capitán le hizo un gesto al sargento golpeándose el brazo con dos dedos y dibujando un círculo en el aire. Quería decir que se acercara por detrás a desarmarla y a ponerle las esposas.

—Señora, échese al suelo. No haga ningún movimiento brusco.

—Tócame un pelo y te juro que te arranco los huevos antes de que ninguno de tus amigos llegue a rozar el gatillo —dijo mientras se arrodillaba y ponía las manos en la espalda—. Voy a quitarme las gafas para el reconocimiento ocular.

El círculo de rifles generaba tal tensión que casi se podía oír la electricidad estática en el aire. El sargento Periñón hizo un gesto pidiendo calma mientras realizaba las comprobaciones.

—Capitán, la sospechosa es Lora Walters, policía militar.

Capítulo 30

Soltadme, hijos de puta!

Se revolvió como una serpiente a la que le han pisado la cola. Y salía mierda por su boca a borbotones. La agarraban entre dos de los pies y de las manos. Si Félix hubiera soltado esas lindezas con su edad, la Aurora le habría lavado la boca con jabón. Y mira que era malhablada la Aurora. Su francés olía a orines de rata.

—Sólo va a ser un pinchazo de nada. Si no, no puedes tener tu botón. Y sin tu botón no te pueden dar una identidad...

Nunú no tenía miedo a los pinchazos. El dolor no la preocupaba. Ella había nacido en la zona seca y podía soportar mucho más dolor que todos esos blandos y acomodados citys. Lo que la preocupaba era otra cosa. No tenía chips, ni implantes, ni ninguna de esas cosas que les ponían a los citys para tenerlos controlados. Ella era libre y no iba a dejar que nadie le quitara eso. Le lanzó una patada a aquel asiático en la cara. La soltó de golpe y comprobó que le sangraba el labio. Ella se arrastró hasta la esquina de la habitación. Bajo la mesa del material quirúrgico.

—Félix, lo siento, pero no me voy a acercar a esa salvaje —dijo mientras se secaba la herida con un pañuelo.

—¿No puedes con una niñita?

—¿Niña?, los cojones, eso es una fiera. Deberías ponerle una correa, dudo que esté vacunada de nada.

Félix se agachó para quedar a su altura. Nunú respiraba agitada y lo miraba como si le hubiera hecho la mayor de las traiciones.

—Me quiero largar de aquí tanto como tú. Pero no podrás salir de la ciudad si no te pones el chip... ¿Ves esta cicatriz? ¿Y ésta...? Son de las memos que me he arrancado. A mí no me gustan estas cosas tampoco... Cuando lleguemos al norte, si quieres te lo quitas, lo quemas o lo haces estallar. Yo me voy a largar lejos de aquí, contigo o sin ti. Tú decides.

Omar tenía dos cicatrices prácticamente iguales. Aunque su piel era distinta, mucho más bonita. Color de arena mojada.

—Aquí somos pobres pero somos libres. Podemos hacer lo que queramos con nuestro tiempo.

—Libres o lo que quieras, pero si no encontramos algo para comer esta noche vamos a morir —había dicho Fiona, poniendo la realidad por delante, como de costumbre.

Omar era muy habilidoso. Cazaba ratas y comadrejas, sabía construir refugios y era bueno buscando agua. Sí, bebía alcohol, bebía cuando podía, pero no se ponía violento ni nada parecido. Nunú lo quería, como a un padre, o como a un hermano. Fiona y él eran novios. Ella lo sabía porque dormían juntos y echaban la cortina, la que Omar había hecho con la tapicería de un viejo coche. Eran novios, sí, pero se llevaba mucho mejor con Nunú. Ella y él se entendían, se reían de las mismas cosas y sabían moverse sin hacer ruido, o tirar las piedras en ángulo para hacer *ricochet* en las aguas cenagosas. Mientras que la buena de Fiona sólo se quejaba y se quejaba. Era verdad que a veces hubiera querido que estuvieran solos ellos dos. Haber tenido a Omar sólo para ella. Sin los gritos, ni los reproches, viviendo aventuras, deslizándose junto a la frontera para robar cosas útiles a los derrochadores de los citys. Se sentía mal cuando pensaba así, Fiona se había arriesgado mucho por ella. La rescató de la casa Wang jugándose el cuello. Cuando los hombres de Wang trajeron a aquel precioso bebé de pelo rizado a la habitación de las chicas, Fiona encontró la razón que necesitaba para escapar de una vez por todas. Había intentado huir innumerables veces, por lo que había sufrido innumerables represalias. Azotes, privación de comida y agua, quemaduras..., aunque lo peor era cuando te castigaba el señor Wang en persona. Era amable y delicado en el trato, hasta que te ponía contra el muro, se bajaba los pantalones y te violaba salvajemente. Tras dos años en la casa Wang perdió

toda esperanza, como las demás. Pero esa criatura que no contaba ni dos años... Todas sabían para qué la querían, alguna había pasado por ello, muy pocas tan pequeñas. Era prácticamente imposible huir de allí. Había vigilantes en cada planta. Si salías de la habitación de las chicas sin permiso, como mucho podías llegar a la mitad del pasillo. Sólo se le ocurría una manera. Tardó meses en encontrar la oportunidad. Estaban fregando el suelo. Agarró a la pequeña sin nombre y corrió cuanto pudo. Esquivó a tres despistados, y cuando se dieron cuenta ella ya había saltado por la ventana. Era un tercer piso. Apretó muy fuerte a la niña sin nombre y rodó al caer intentando hacerse una bola. Se lesionó el pie, el hombro, el cuello y se arañó la cara y la espalda. La pequeña no se hizo ni un rasguño. A pesar del dolor, Fiona no paró de correr hasta estar muy lejos. La buscarían un tiempo, seguro, pero tampoco demasiado, ella no era tan valiosa. Atraparían a otras, sería por personas... Una semana después las encontró Omar. Y les salvó la vida a las dos. De todo esto Nunú no recordaba nada, se lo había contado Fiona una vez. No le gustaba hablar de aquellos tiempos.

Nunú se agarró a la pierna de Félix con fuerza. La idea de quedarse sola le producía vértigo y mareo. No iba a dejarlo marchar sin ella. Menos aún en esa ciudad. Si quería abandonarla, que la llevara a donde la encontró, cerca de su casa. Aunque ¿a quién intentaba engañar? No volvería atrás ni loca. Allí sólo había polvo y no quedaba nadie y... sobre todo, no quería estar sola.

Félix miró al doctor y al ingeniero mientras aquella niña le cortaba la circulación de la pierna, enroscada a su muslo como una enredadera. Les hizo una seña. Si querían implantarle, ése era el mejor momento que tendrían, si no el único. Los dos se acercaron, uno con la pistola y el otro con una gasa. Con tiento, le agarraron el antebrazo izquierdo. Nunú miró a Félix y Félix a Nunú. Uno de ellos, el doctor o el ingeniero, apretó el gatillo. Zip. Y luego en el cuello. Zip. Ya estaba hecho. A partir de ese instante era una ciudadana del mundo. De plenos derechos. Porque hay pocas cosas que no compre el dinero. Y en ese momento ellos tenían mucho.

Salieron de ahí como los Dupuis. Sandrine Dupuis y Pierre Dupuis. Padre e hija paseando por París. Fue una noche larga, pero muy emocionante. Nunú pisó por primera vez un hipermercado. Había de todo, incluso comida

expuesta para que se la llevaran si querían. Félix le dijo que no era nada comparado con el siglo XX. Por aquel entonces se tiraban toneladas de alimentos estropeados a diario. Incluso trozos de animales, como vacas, pollos, corderos o peces muertos.

—No sé si eso me habría gustado.

Félix se encogió de hombros. Eran cosas que le contaban la Aurora y sus amigas. Historias de las épocas del lujo que ellas tampoco conocieron. «La gente como nosotros encajaba mejor entonces», le decían. Nunca le quedó claro cuál era esa gente como nosotros a la que se referían, no se atrevía a preguntar, pero sí que en el fondo pensaba que no debía de ser buena gente, más bien mangantes, parásitos y delincuentes como él. Sabía que había malvendido los lingotes a la mitad de su valor, pero eso ya era mucho. Al menos lo suficiente para llegar cómodamente al norte.

¿Qué debía hacer con ella? La zombi era un peligro, y le había robado, y seguro que volvería a hacerlo si se presentaba la ocasión. Era verdad que podría haberse quedado ese dinero, en lugar de devolverlo. Claro que la cría no era tonta. ¿Qué iba a hacer ella con unos lingotes? Sabía que necesitaba un adulto para poder moverse por el mundo libre. Por otro lado, era útil la mocosa. Daba igual cómo se vistiera Félix; por mucho traje que se pusiera, siempre tendría cara de sospechoso. «Ya te puedes comprar un palacio que los ricos te van a oler el culo a pobre igual.» Sin embargo, con ella al lado, parecía que se suavizaba un poco, el ogro era menos ogro.

A lo mejor podían seguir juntos una temporada, aprovecharse el uno del otro hasta que pudieran irse a Marte. Ella hablaba muy poco, y eso era muy de agradecer. Vale, quizá se estaba encariñando un poco con ella. A lo mejor estaba llenando el hueco que dejaron sus ex, sus hijas, su perro *Yeti*, la Aurora. Bueno, el hueco de los doscientos kilos de la Aurora era casi imposible de llenar.

—Toma, un regalo.

Hacía frío en la calle. Iban cargados con bolsas. Félix le ofreció la pequeña caja plateada.

—Esto es...

—Un botón.

Nunú lo miró con un recelo curioso y divertido.

—Es rosa.

—Si quieres lo cambio.

—No, no, está bien.

Lo miró un poco avergonzada. Se imaginó a Omar diciéndole: tira eso.

—¿Para qué sirve?

—Para todo.

Consiguieron lo necesario antes del amanecer. Lo último fue el coche. La prisa lo obligó a comprar uno sin pilotaje manual. Eso lo angustiaba, pero bueno, ya cambiaría cuando pasaran Alemania. Salieron de la ciudad con la brumosa claridad amarilla y al poco los dos se quedaron dormidos. Soñaron ambos, cada uno con sus cosas, cada uno con sus muertos.

Nunú estaba cuidando a Fiona, le curaba la pierna, pero de alguna manera sabía ya que estaba muerta. Incluso lo daban por hecho las dos. Era algo incómodo, de lo que no se debía hablar. No le digas que sabes que está muerta o se enfadará. En algún momento aparecía Omar para llevarla consigo. Nunú se negaba y entonces él la cogía por los tobillos y la arrastraba por el suelo alejándola de Fiona. Ella intentaba agarrarse, pero sus manos no conseguían alcanzar nada que no fuera la arena del suelo, que se le metía dolorosamente bajo las uñas. Se despertó al borde del llanto. Félix roncaba a su lado. El coche se deslizaba por una autopista rodeada de farolas. Recordaba perfectamente el día que Omar las dejó, cada detalle del encuentro que tuvieron, fue su culpa que se marchara. Ella había conseguido cosas muy valiosas aquella tarde, tantas que se le había hecho de noche. Lo mejor de todo era una batería eléctrica en bastante buen estado. Fiona dormía detrás de la cortina, estaba un poco débil, con una tos que se resistía a marcharse. Omar estaba sentado en medio de la sala grande. Nunú notó el olor a alcohol nada más entrar, desde la puerta.

—¿Qué traes ahí, princesa?

Nunú le mostró orgullosa sus conquistas.

—Eres muy lista. Demasiado lista para este mundo de mierda. Tendrías que haber nacido en Boston, en alguna familia rica... Con una buena educación llegarías a presidenta del mundo.

—Yo no quiero eso.

Era verdad. No aspiraba a más de lo que tenía. Le habría valido con que no escasease el agua. Cuando no tenían qué beber, sí que sufría. Pero el resto del tiempo era libre. Hacía todo lo que quería, horas y horas ratoneando, buscando cosas útiles para hacer el castillo mejor y más grande. Los últimos años habían sido realmente buenos.

—Ven aquí. Déjame verte. Ya te has hecho muy grande. Cómo pasa el tiempo. Casi no tenías dientes cuando os encontré.

Su mano la agarró por detrás de la pierna, fuerte, debajo de donde empieza el culo. La otra subió por dentro de la pierna, hasta la ingle. Nunú pensó que le iba a hacer cosquillas.

—Te están saliendo pelos, Nunú.

Nunú quiso apartarse, algo no iba bien, aunque no sabía del todo qué. Las manos de Omar la atrajeron con fuerza hacia él, tenía el gesto torcido y respiraba agitado. Fue Omar quien la soltó de golpe al ver la cara de susto de la niña. Palideció.

—¿Qué pasa, Omar?

Omar se echó a llorar. Se deshizo de pronto como se desenrolla una madeja de lana. Todo lo grande que le parecía a la niña, ahora le resultaba como esos niños a los que abandonaban junto a la frontera por si un city se apiadaba y se los llevaban al otro lado. Nunca lo hacían. A Nunú le rompió el alma verlo así. Le pasó la mano por la cara, acariciando la poca barba que le salía.

—¡Déjame! ¿Qué te he enseñado, princesa? No dejes nunca que te toquen. No te fíes de nadie, y menos de los hombres, ¿está claro?

—¿Qué pasa, Omar? ¿Qué he hecho?

Pasó sin previo aviso del llanto a la rabia. Gritó a la niña echando una nube de salivazos por la boca:

—¡Vete a dormir ya! ¡Te pasas el día perdida entre los escombros!
¡Cualquier día te van a matar! ¡Vete a dormir, he dicho!

Nunca le había gritado así. Fiona sí lo hacía, pero Omar era siempre amable con ella. Nunú se tapó en su jergón sin hacer un maldito ruido. Le costó dos horas dormirse, por lo menos. A la mañana siguiente Omar no

estaba. Nunca más lo volvieron a ver.

Nunú le había dado vueltas a aquella noche miles de veces. Sabía que era su culpa. Habría hecho lo que fuera por cambiar las cosas. No se había parado a pensar qué edad tenía Fiona cuando Omar las encontró. Ella era casi un bebé, eso le decían, aunque seguramente tenía ya unos cuatro años. ¿Y Fiona? No era mucho mayor que ella, tal vez contara once años, más o menos la edad que ella tenía ahora. Miró a Félix, que se había movido un poco y ya no roncaba. Qué peludo era. Lo abrazó y se acomodó en su hombro. Él ni se inmutó. Enseguida la niña volvió a coger el sueño.

La sensación fue como si un muro se les cayera encima. Félix abrió los ojos y no supo si lo de encima estaba abajo o lo de abajo encima. En cualquier caso, estaban girando, daban vueltas de campana. Pequeños trozos de cristal y fibra del vehículo saltaban por todos lados creando nubes de polvo de colores claros. El cuello se tensó para no quebrarse. Ambos se movían como marionetas colgadas dentro de una batidora. El coche por fin tuvo a bien pararse de medio lado. Tras unos crujidos del chasis todo quedó en silencio. Félix miró a Nunú, que estaba inmóvil. Tenía sangre en la sien. Empezó a oír voces. En principio le parecieron gritos, pero pronto se le antojaron risas. Unos focos lo cegaron. Cuatro, cinco o seis sombras se recortaban entre las luces y se aproximaban.

—No hacía falta joder el coche, imbécil, ahora no sirve para nada.

—Que le den al coche, Virgil. Vamos a joderlos bien.

Félix hizo por soltarse de los seguros y abrir la puerta, pero estaba encajado por algo que no supo identificar. Le costaba respirar. Su peso caía sobre el de la niña, igual que gotas de sangre y baba que debían de ser suyas. Pasos sobre la grava y unos ruidos de alguien encaramándose al coche destrozado. De arriba, de lo que hacía unos minutos era la ventanilla derecha, entró el cañón metálico de un Zeta. Félix volvió la cabeza y vio la silueta de un hombre armado.

—Hay dos, una niña y un gordo. El gordo está vivo todavía.

Un rugido de algún tipo de motor y al poco unos enormes dientes de

sierra comenzaron a partir el coche en dos mitades haciendo saltar astillas como si fuera la cáscara de un cacahuete.

—Si me tocáis os mato.

—El city se pone bravo.

Un culatazo en la cara lo calló durante un buen rato.

Nunú se despertó en el suelo, atada. Más bien anclada como una tienda de campaña. De las manos y de los pies salían cuerdas muy tensas que habían clavado a la arena del desierto, junto a la carretera. Estaba rodeada de gente que no paraba de hablar y de gritar. Todos iban armados y equipados con trajes militares. Pero no parecían soldados. No como los que ella había visto en la frontera. Tenían el pelo mal cortado y revuelto, barbas despeinadas y manos sucias, y hablaban mal, escupiendo las palabras. No podían engañar a nadie, al menos a ella no, eran zombis, zombis de la peor calaña.

Estaban anclando a Félix al suelo, igual que a ella. Lo sujetaban entre seis. El pobre se revolvía y pataleaba como ella cuando no quería que le implantaran los microchips. Dos zombis se habían sentado sobre sus piernas, mientras que otros dos sujetaban su brazo derecho.

—Te lo vamos a quitar todo igual, tú verás si quieres conservar los dedos.

Félix gritó de tal forma que Nunú hubiera jurado que algo se le rompía por dentro. Uno a uno, no sin esfuerzo, le quitaron todos los anillos. Después le arrancaron el cordón del cuello, con la media manzana que encajaba en la otra que su madre llevaba colgada también, la que descansaba en su pecho dentro de la tumba.

—¿Qué hacemos con la niña?

—Por mí como si te la comes. ¿Has visto? El gordo está llorando.

Sonaron disparos. Uno del grupo pegó un alarido y perdió pie por un instante. Más disparos.

—Que les den, vámonos. Que se encargue de ellos la tormenta.

Salieron todos corriendo entre gritos de guerra y de miedo. La mayoría subió a una especie de vehículo acorazado, los demás tenían motocicletas, coches y remolques atados a los coches con cadenas y cuerdas. Las ráfagas de disparos seguían acercándose.

—¿Estás bien, niña?

—No me puedo mover. Me cuesta respirar.

—¿Te han hecho algo? ¿Te han tocado?

No estaba herida. Le habían hecho daño al atarla, pero sabía que Félix no se refería a eso. No la habían tocado. Nadie, sólo Omar.

—Estoy bien.

Al poco comenzaron a pasar los militares. En tanques y con pelotones a pie alrededor de ellos. Disparaban hacia delante indiscriminadamente, sin importar contra qué o quién abrían fuego. Félix los llamó a voces, pero ninguno se detuvo. Tan sólo dos soldados gemelos, grandes como columnas, se acercaron de pasada y les dijeron que aguantaran, que un equipo de ayuda estaba en camino. La ayuda no llegó nunca.

El viento comenzó a crear pequeños remolinos. Y en el olor del aire se pudo percibir la estática. Félix sabía lo que eso quería decir. Todo el mundo lo sabía. Él había contemplado tormentas desde su casa. En una ocasión estuvo una semana sin salir. Le llevaban suministros en unos drones oruga. Cuando acabó, tuvo que mandar arreglar ventanas, el tejado y repintar la fachada. Por supuesto, todo el jardín se echó a perder. Árboles arrancados de raíz... Aquello parecía un lodazal. Los peces de colores japoneses simplemente habían desaparecido sin dejar rastro. Seguramente se los llevó el viento como una aspiradora.

Félix no quería que los aspiraran. Era fuerte, sólo tenía que esforzarse al máximo. A él también le costaba respirar con los brazos tan estirados hacia atrás. Los habían crucificado en el suelo. Intentó juntar los brazos, llevarlos hacia el pecho, él podía mover cien kilos incluso en supergravedad simulada. Fue inútil. Esos zombis repulsivos los habían atado a conciencia. Volvió a intentarlo, esta vez lo acompañó de un grito, un rugido que salió desde lo más profundo de una caverna, como suponía que hacían los osos cuando había osos. Rompió a toser. El polvo se le coló en la boca, como si aprovechara una oportunidad de conquistar más terreno. No había nada que hacer.

—Vamos a morir.

—No digas eso, niña.

—Es la verdad. Si no encontramos un refugio, el agua y el viento nos harán pedazos.

Y tanto. Más les valía que esos cerdos les hubieran pegado un tiro de gracia. Sintió las primeras gotas sucias y embarradas sobre la cara. Le pareció que algo se movía detrás de ellos. Un chirrido acompañado de un murmullo. El viento apenas dejaba oír nada. Fuera lo que fuera, desapareció. Un relámpago iluminó el desierto y pudo ver al fondo la pared negra de la tormenta acercarse. El destello lo dejó cegado durante unos segundos. El trueno retumbó haciendo vibrar su cuerpo con los graves. Otro rayo y vio la pequeña figura. Menuda, casi como un enano. Jorobada y vieja como una de esas momias que vio en ese documental y que quedaron atrapadas en la lava de Pompeya. Empujaba un carro metálico lleno hasta arriba de... no sabría decir de qué. De todo, quizá.

—Qué desastre, qué desastre... Está todo revuelto... No me gusta... Todo tirado por todas partes... Qué desorden...

Se acercó a ellos. Era más vieja aún de lo que le había parecido.

—Madre mía, ¿qué están haciendo aquí? ¿No ven que viene la tormenta?

Capítulo 31

Y si se equivocaba? Si era así se habría encerrado tres meses para nada, porque de ahí no se podía salir, no había marcha atrás posible. Pensar en esa posibilidad la desquiciaba. Y apenas llevaba unas horas dentro de esa ballena acorazada.

Casi pierde el vuelo. Prácticamente se generó una crisis de misiles por un arma en su equipaje. Panda de gilipollas. Había declarado su arma en origen y nadie le dijo nada en contra. Iba descargada y desmontada.

—Mientras estáis aquí perdiendo el tiempo el Enterrador está subiendo a una de esas naves, subnormales.

—¿Está usted de servicio, agente... Walters? ¿Por qué va con un visado de turista?

—Estoy de vacaciones.

—Vacaciones forzosas, tengo entendido.

¿De dónde habría sacado esa información ese imbécil? Con gusto lo hubiera estampado contra una pared. Encima le sonreía como flirteando.

Pocos días antes se había presentado en el despacho de su jefa. Ella la recibió con un «¿qué haces aquí?, deberías estar en un balneario, hidratándote, o de turismo sexual». Lora intentó ponerla al día con sus últimos descubrimientos. El Enterrador había provocado esta guerra.

—Gente muy importante va en esos vuelos. ¿Crees que no se han tomado todas las medidas de seguridad necesarias?

—No pretende sabotear el viaje. Quiere ir a Marte. Ha estado preparándolo desde un principio. La mayoría de las víctimas hicieron transacciones con su botón antes de las muertes...

—Lora, se ha acabado. Te conozco y sé que es difícil para ti, pero no eres imprescindible.

Dejó de escuchar. La jefa siguió hablando pero Lora ya estaba a millones de kilómetros. La apartaban de su caso como el que se quita una tirita vieja y mojada en la ducha. Ellos la apartaban, sí, pero ella no se iba. Sabía que tenía razón al respecto y también tenía claro con quién debía hablar para comprar el visado y el billete; no sería imposible con su cargo. Si se marchaban un millón, ella podría hacerse un hueco. Un par de llamadas.

Los pensamientos iban deprisa mientras doblaba su ropa en la maleta. Se largaba para varios meses y apenas llevaba más de veinte cosas. No tenía amuletos, ni fetiches de ningún tipo como sus compañeros, todos cargados de recuerdos. Tres pantalones, dos camisas blancas, siete camisetas blancas, un set de bragas, el kit de aseo. Todos los documentos en el botón y nada más, ni objetos personales ni amuletos ni recuerdos. «No tienes pasado, Lora, ¿qué has hecho con tu vida? Sólo tienes una obsesión por un asesino y una ristra de cadáveres en tu camino. Desde que saliste de la academia has conocido más víctimas que personas vivas.» Antes de cerrar la puerta de su habitación comprobó si se dejaba algo en un último vistazo. Se dio cuenta de que ese cuarto tan frío podía ser el de un hotel, o peor, el de un robot. Salió a la calle y tomó aire.

—¡Taxi!

Seguramente nadie iba a echarla de menos. A lo mejor Randall... No se había despedido. Se imaginó la conversación. Una conversación llena de cortesía pero con un trasfondo de reproche. Randall había decidido organizarlo todo para marcharse a Marte en un año. O sea que con suerte se cruzarían. Ella volvería cuando él estuviera a punto de irse. Eso, siempre y cuando consiguiera volver.

¿Quién aguanta ese zumbido? Tres días a bordo y ya la ponía enferma. No

podía ser la única. ¿A los demás no los molestaba? ¿Qué hora sería? Salió de su camarote y se puso a pasear descalza por el suelo frío. En una de las cristaleras se podía ver la Tierra, estática, como si no se alejaran de ella a la gran velocidad a la que iban. La esfera estaba iluminada a medias por el sol. En Boston era de noche, la sombra lo cubría por completo. Debían de ser las dos de la mañana por lo menos. No la sobrecogió la imagen aunque reconocía su belleza. El planeta era enorme, amarillo y azul. Con muy poco verde. Cubierto por una bruma parduzca. Se había gastado todos sus ahorros para estar ahí. Llevaba años ahorrando no sabía muy bien para qué. No anhelaba comprarse nada. Otras gafas de sol, quizá. Cuando se le rompía o se le perdía un par de gafas se compraba otro, igual que hacía con las botas. No se había educado en el lujo, todo lo contrario. Cuando empezó a ganar un sueldo pensó que igual le entraba la fiebre del consumo, por resarcirse de las penurias que había pasado, pero no. La gravedad simulada era extraña, pero se agradecía. Tres meses flotando habrían sido demasiado insoportables. No pensaba volver a la cama, le iba a costar tanto dormir que acabaría cabreándose con todo lo que la rodeaba. Desde la primera noche a bordo comenzaron las pesadillas. No con el Enterrador, qué va. Fue con un payaso que hacía magia, pero que Lora sabía exactamente quién era. Por los hombros encorvados, por los ojos tristes, pero sobre todo por la rabia que sentía ella al mirarlo dentro de su sueño. El disfraz no podía engañarla, ese payaso era su padre. Hacía cabriolas, malabares, se esforzaba tanto el hombre... Lora le echó unos cupones y fingió no conocerlo, pero pudo ver en su cara que él sí que la había reconocido a ella. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era su hija, su Lora, su niña tostada.

El Enterrador se había dedicado a robar a todas sus víctimas. De Aaron Morgan obtuvo financiación, de eso no tenía duda. De los demás, Lora sospechaba que había sacado información sobre Marte. Planos sobre canalización de agua, carreteras, tendido eléctrico, todo lo necesario. ¿Todo lo necesario para qué? Era mejor no pensarlo. Fuera lo que fuera que tuviese planeado ella le daría caza antes. Se iba a encontrar con él y lo iba a detener. Y si eso no era posible, le metería una bala en la cabeza.

Se sentía desnuda sin su arma. Esos ineptos se la habían confiscado.

«Usted puede subir, pero su Glock 100 se queda en órbita terrestre.» En el comedor común estaban los soldados y los guardias de seguridad de todos los ricos que iban a bordo. Guardias y soldados jugaban a las cartas, ninguno parecía ser consciente de que el asesino más importante de los últimos tiempos había embarcado con ellos. Porque de eso estaba segura, el Enterrador estaba allí. Bueno, allí precisamente no, en alguna de las diez naves.

—¿Puedo?

Lora se acercó a una de las mesas, donde estaban los más grandes, los más feos. Por encima de todos destacaban tres. Uno de ellos parecía un guerrero con la cara tatuada al completo: el cráneo, la mandíbula, los párpados. Otro tenía una cara enorme con rasgos pequeños, la boca, los ojos, todo demasiado diminuto para esa gran patata que tenía por rostro. El tercero era afilado, fibroso, alto y flaco, un Quijote con cresta de mohicano.

—¿Quieres mirar o jugar?

—¿Tú qué crees?

—Nosotros nos jugamos los huevos.

—Entonces lo voy a tener difícil.

Todos se rieron menos uno. Lora se fijó y vio que no era uno, sino una. Tan grande y musculosa que difícilmente podrías adivinar que tenía vagina. Se preguntó si sería así de natural o sus padres modificaron el embrión a propósito.

—No te líes, nuestras pelotas no las toca nadie. Se refiere a que la apuesta más baja es de cien yuanes.

—Muy bien.

Lora se sentó en una silla libre. El tatuado reparó en sus pies descalzos. La mujer-hombre repartió las cartas. A Lora le gustaba ver que a las puertas del nuevo siglo, en una nave espacial rumbo a Marte, todavía se seguía usando una baraja de cartas de toda la vida. Había aprendido a jugar en la academia, como todos.

—¿Baker sencillo o tipo póker?

—Vaya con la nueva. ¿Cómo has dicho que te llamabas, bollito?

—Teniente Walters, policía militar.

Lo soltó mientras recogía su mano, sin mirar a nadie. Dos de ellos se cuadraron, otros dos se pusieron blancos, el de la cara grande se puso en pie, cuadrándose.

—Lo siento, teniente.

—No me jodas y deja de enseñarme tus cartas.

En las dos primeras manos pudo ver que jugaban bastante bien. No apostaban con ansia ni cometían los errores habituales. El de los rasgos pequeños era bastante más hábil de lo que cabía imaginar, había un cerebro de tamaño normal dentro de esa patata. La reventaba hacerlo, pero sabía que bajarse la camiseta y enseñar un poco más los pechos multiplicaría su ventaja. Era curioso, a la puerta del nuevo siglo, en una nave espacial y todavía los hombres se volvían gilipollas con un par de tetas. La mesa se fue calentando. Algunos de los soldados se acercaron simplemente a mirar. El sobrecargo se asomó.

—¿Qué hace aquí, teniente?

—De vacaciones.

—¿Usted sola?

—¿Se nos va a unir a la partida o se va a dedicar sólo a joder?

Todos se rieron. El sobrecargo se quedó pálido.

—Si fuera usted uno de mis hombres...

—Pero no lo soy. Venga, no se moleste y siéntese con nosotros.

—No, gracias. —Se volvió hacia el tatuado—. Puede perder hasta la camisa si le place, pero por la mañana lo quiero en su puesto.

El tatuado contestó formalmente, sin asomo de chulería, y la partida continuó. El fibroso llevaba la voz cantante en el juego. Tenía unos dientes feos y una mirada de zorro. Lora se encorvó un poco, funcionó, al tatuado se le iban los ojos que escondía bajo la montaña de músculos.

—Así que trabajáis para los Harringtons.

—No, sólo esos dos que están junto a las bebidas, los demás somos soldados de a bordo.

—¿Os pagan bien?

—Lo suficiente para poder gastar en jugar a las cartas. Aquí no hay nada que hacer.

—¿Son simpáticos?

—¿Qué pasa? ¿Te ponen los millonarios?

—No, me gustan más los soldados.

Hubo un momento de silencio, un carraspeo, una mala cara de la mujer-hombre y miraditas entre ellos.

—Trío de rojos.

—¿Otra vez trío de rojos? Vete a la mierda. —La mujer habló por primera vez.

La partida se alargó un par de horas. Fueron cayendo todos poco a poco. Un par de ellos se fueron a dormir. La mujer se cambió de mesa, no se sentía cómoda, quizá quería ser la reina del harén y Lora la había desplazado, pero el resto se quedó a ver el resultado. Al final sobrevivieron el fibroso, la patata de rasgos pequeños y Lora. Había más de trece mil yuanes en juego que el ganador se llevaría en una tarjeta blanca de libre identidad. Eso era mucho dinero, y más para unos currantes rasos como ellos. El fibroso estaba claramente picado, era evidente que solía ganar. No movía un músculo de la cara. En la última mano, cogió lo que le quedaba y lo puso en el centro.

—Voy con todo.

La patata se bajó, era demasiado para él. Lora intentó escudriñar al fibroso. ¿Qué tenía? Lo cierto era que no lo sabía, no tenía ni puñetera idea, pero Lora decidió verlo de todas formas. Ella no había ido a ganar. El fibroso tenía fully grande, pero ella sacó un jackpot.

—Qué hija de puta —dijo el tatuado, sorprendido. Acto seguido se arrepintió de sus palabras por la jerarquía.

—¿Mañana jugáis otra vez?

—No sé qué decirle, teniente. Me gustaría llegar a Marte con algo en el bolsillo.

Lora les sonrió mientras recogía el dinero.

—Dejadme que os invite a una ronda.

—Una ronda... ¿No sabe que no hay alcohol a bordo?

—¿En serio? Este vuelo va a ser muy largo.

Todos comenzaron a dispersarse y la teniente agarró al tatuado del brazo. Éste la miró extrañado, casi con miedo.

—¿Quieres ver mi camarote, soldado?

—No sé si está permitido que un soldado...

Sinceramente, Lora tampoco lo sabía, pero sí estaba segura de que esa noche no se iba a ir sola a esa cápsula presurizada. Y juzgando la compañía, con un poco de suerte iba a dormir como un bebé.

El soldado salió por la mañana a hurtadillas. Como hizo ella en casa de Randall aquella noche. No había estado mal. Lo había disfrutado más ella que él, tan preocupado por agradarla que al pobre sólo le faltó ponerse firme y cuadrarse al acabar. Había dormido, sí, pero había vuelto a soñar. Otra vez con sus padres. No se iba a librar de eso por muy lejos que volara. Se quedó unos minutos mirando al techo antes de conectar la música. No iba a salir del camarote. Se encerraría a estudiar. A repasar lo que le había robado al soldado. La lista de pasajeros.

Capítulo 32

Tú también lo has sentido.

Se le hacía extraño que Edgard Edgard lo tuteara. Lo había empezado a hacer y ya no había marcha atrás.

—No mientas. Hay algo guardado en esas palabras. Lo notas.

El camarero pasó con una bandeja de plata cubierta por una campana también de plata. La destapó frente a los dos, ceremonioso. Dentro había un enorme bicho naranja, con caparazón y grandes pinzas que León no había visto en su vida.

—Vas a probar nuestras primeras langostas. Recién traídas del mar Nuevo. No te asustes, es un crustáceo, como las gambas. Eso sí, vamos a necesitar un delantal.

Edgard Edgard estiró el cuello alejándolo de los hombros y el camarero le ajustó un babero con gran delicadeza. León se dejó hacer también. Y comenzó un espectáculo de crujidos, sorbidos y relamidos que León no olvidaría nunca. Edgard Edgard aspiraba atrayendo dentro de sí cosas que no eran líquidas.

—Yo lo percibí por primera vez hace muchos años. Empezaba a codearme un poco con gente importante. Provengo de una familia sencilla, pero mi madre me ayudó mucho a destacar... En fin, me voy por las ramas. Me llevaron a una expedición, en Amerirak, entre el Tigris y el Éufrates. Allí hay una piedra. No es como ésta, ni mucho menos. Es pequeña, apenas cuenta con ochocientos caracteres, cincuenta y tres palabras. Quedé fascinado cuando la vi. ¿Qué tal la langosta?

—Dura.

—Ayúdame de las pinzas. Lo bueno está en el interior, como en casi todo. —Y sorbió—. Las pruebas de antigüedad situaban la roca en cien mil años antes de Cristo, figúrate, era un descubrimiento enorme. Pero nadie consiguió traducirla. Por alguna razón decidieron mantenerla en secreto, supongo que les asustaba. Sin embargo, a mí me enamoró. La visité más de una decena de veces. Esa roca me hablaba, León. ¿Puedo llamarte León? —Continuó sin esperar respuesta—. Me había escogido. Pensarás que estoy loco. O quizá no, porque también te ha pasado. Pero no le pasa a todo el mundo. De hecho, poco a poco el gobierno perdió interés por la piedra, y la propia fundación Aaron Morgan dejó de invertir en resolver el enigma, simplemente se dedicó a conservarla. Y sí, de vez en cuando permitía que alguno de tus colegas le echara una ojeada. Es raro que no te llamaran, supongo que no te consideraban lo suficiente, o quizá es que no has cultivado bien tus relaciones, León. ¿Qué piensas?

—No sé qué quiere que le conteste a eso —dijo el profesor, dolido.

—Un día estaba sentado en la cámara de conservación, meditando. ¿Has probado la meditación? Te sentaría bien. Estaba frente a la roca, disfrutando de su energía, y sucedió. La piedra me habló. No fueron palabras, fue como un susurro... No sabría explicarlo, pero me dio instrucciones claras: Marte. No estás comiendo, León. No creas que hago traer estos manjares por simple ostentación. Yo disfruto de estas charlas contigo. Comparto contigo lo mejor que tengo, agradecería un poco de cortesía por tu parte.

León partió una pata y chupó con una discreta y falsa sonrisa. Le supo a sal. Y a sudor. Se acordó del sudor de Sonia sobre sus hombros. Intentó concentrarse en ese recuerdo.

—La idea de Marte se introdujo en mi cabeza como un gusano cerebral. Debía venir aquí con urgencia. A mi madre se le ocurrió que sería una buena idea lo de postularme para alcalde. Hace veinte años nadie quería venir, aun así había mejores candidatos, más preparados y mejor recomendados, pero me abrí camino y conseguí quitármelos de en medio.

—Los mató —le salió pensar. Según salieron las palabras de su boca ya se había arrepentido.

—No, por Dios, ¿qué idea tienes de mí? Fue una carrera larga. Y no comencé por aquí, pasé dos años de secretario. Mientras en la Tierra se preocupaban por la reforestación, los niveles de oxígeno, la fauna y el agua potable, yo me dediqué a buscar. No sabía qué buscaba, sólo sabía que cuando lo encontrase... bueno, no tendría duda de que lo habría encontrado.

Edgard Edgard sonrió a León con complicidad.

—Entonces me informaron sobre ese chico, ese estudiante delicado que demostró más intuición que los otros. No dio con la solución, es verdad, pero planteó posibilidades, demostró entusiasmo, ya me entiendes.

—Max Pinaud.

—Cuando vino aquí quedó fascinado. Sufrió un claro cuadro del síndrome de Stendhal. No se dedicó a otra cosa, y por supuesto tardó menos tiempo que tú en dar con la traducción...

—No me gusta su langosta. —Alejó el plato.

—Pero el chico enloqueció y por alguna razón decidió huir con la traducción. Yo no tenía problemas en concederle el crédito de la autoría, ahora bien, resulta evidente que yo poseo algún mérito en todo esto. Creo que me he ganado el derecho al menos de ser el primero en disfrutar el contenido.

Un gas proveniente del estómago de Edgard Edgard los sorprendió a ambos. El alcalde de Marte se ruborizó por la inconveniencia y se puso de pie.

—Mañana quiero el final de esas páginas. No duermas, no comas si es necesario...

Lo que ocurrió a continuación le hubiera resultado ridículo a muchos, pero a León le encogió el estómago. Edgard Edgard cogió una de las patas del crustáceo y la blandió en el aire.

—Si no acaba el trabajo mañana, despídase de todo.

Acercó la pata a su nuez.

—Buenas tardes.

Edgard Edgard salió llevándose la pata con él. El saltamontes y la langosta.

León sí lo había sentido. Bueno, no estaba seguro del todo. Tal vez aquello no era lo mismo a lo que se refería su carcelero. Unas noches atrás, mientras transcribía esas absurdas palabras, unas líneas parecieron dibujarse en el aire. O tal vez en su mente. Eran azules, brillantes y perfectas. Un rombo enorme. Lo percibió como una especie de puerta, una puerta sin entrada ni salida. Quiso atribuirlo al cansancio, aunque en el fondo supo que era algo más. Ya no podía quitarse esa figura de la cabeza.

Cuando no estaba traduciendo, releía lo anterior. Ahora que sabía que los Ur éramos nosotros, todo tenía un significado más triste y más siniestro. La civilización que allí se reflejaba era muy avanzada, pero también profundamente religiosa, casi supersticiosa. Todo lo vinculaban al derecho que tenían como raza superior, a lo que el universo les debía. Una sociedad donde apenas había disidencias, con un Estado omnipresente y férreo, como los faraones en Egipto o como en una distopía de ciencia ficción. ¿Eso era el zenit de nuestra civilización? ¿A eso habíamos llegado tras millones de años de evolución? ¿Una sociedad que abandonaba Marte porque habían agotado los recursos, secado los ríos y ya no crecían las semillas? ¿Estábamos condenados a eso, a repetir una y otra vez nuestra historia? Y luego estaba esa frase con aquella cifra: «Emprendemos nuestro viaje a Tiamate. Ciclo de inmersión 251 millones».

Era la última noche. Si no le entregaba el final de la traducción lo matarían o lo convertirían en una de esas horribles langostas. A Scheherezade ya no le quedaban más noches, ésa era la mil y una. No supo explicarse por qué rompió a llorar, como si estuviera contemplando una desgracia terrible, un final muy triste, la muerte de todos sus seres queridos, un holocausto. Se quedó en una esquina temblando, como un niño avergonzado que hubiese mojado la cama y supiese que decir la verdad supondría un castigo inconmensurable. Y ese maldito rombo no se iba de su cabeza, llenaba sus pensamientos, sus emociones, su memoria. De pronto sintió comprender a Max Pinaud, desearía poder tenerlo frente a frente y compartir con él su desasosiego, ese vacío existencial tan lleno de información y de cosas que no comprendía. Si Max Pinaud estuviera ahí podrían compartir la carga. Había muchas cosas que quería preguntarle a ese niño prodigio que había traducido

el muro mucho más rápido que él. ¿Por qué huyó? ¿También había visto un rombo dibujándose en el aire? ¿O la piedra le susurraba cosas? Y sobre todo: ¿qué era eso de una máquina? Edgard Edgard esperaba algo muy concreto de todo aquello. Algo que Max Pinaud no quiso darle. Algo que él tampoco le debía entregar.

A sólo sesenta palabras del final decidió borrarlo todo. Ordenó al botón borrar todos los archivos. Cogió todas las hojas, esos folios manuscritos que tanto esfuerzo le había costado llenar, y comenzó a tirarlas por el inodoro. Cuando ya no cupieron más, empezó a remojarlas en el lavabo. El resto fue a la bañera, donde abrió el grifo del agua caliente y observó cómo la tinta azul se corría como acuarela. No supo si se lo imaginó o realmente llegó a oírlo, pero por un instante le pareció que la traducción gritaba. Fue como un lamento de mujer.

Edgard Edgard estaba ahí a primera hora de la mañana. León abrió los ojos con la cara babeante pegada al suelo. Lo primero que vio fueron los dedos de los pies que asomaban de unas sandalias forradas de raso granate.

—Nos has tomado por gilipollas, León.

—Le agradecería que volviera a llamarme señor Miranda.

—Lo que has hecho es del todo inútil. Todo lo que has trabajado en tu botón genera copia automáticamente. Todas esas hojas han sido fotografiadas, escaneadas y guardadas en mi archivo personal. Incluso si eso no fuera así, la información más valiosa está aquí. —Señaló la cabeza de León.

—¿Le han dicho alguna vez que parece usted un saltamontes? De niño debió de pasarlo realmente mal. No hablemos ya de la adolescencia. Dudo que les gustara ni a los niños ni a las niñas. ¿Qué es lo que le gusta?

—Sólo necesito las últimas sesenta palabras, León. Y me las va a dar.

Edgard Edgard puso los ojos en blanco en un gesto que León conocía de memoria. Dos tipos entraron, lo tumbaron boca arriba y le partieron uno de los dedos del pie izquierdo. León gritó. Pero se recompuso.

—No le voy a dar una mierda.

Edgard Edgard les indicó con un gesto que siguieran. Tres horas más tarde, León le había dado todo lo que quería.

Capítulo 33

La tormenta parecía que quisiera arrancar el suelo y tragárselo entero. Todo crujía, volaba, se resquebrajaba. La Tierra entera se rompía. Nunú había vivido tantas tormentas como cualquier zombi de su edad, pero nunca te acostumbrabas.

—¡Pasad al fondo de la cueva, rápido!

Casi tuvieron que arrastrarse para entrar por debajo de aquella estructura de vigas, hormigón y formas extrañas. Olía a humedad, incluso las paredes y el suelo daban la sensación de estar ligeramente mojados, cubiertos de un rocío malsano.

Arrastraban cada uno varios bultos que la anciana previamente había distribuido tras atar su carro fuera a un amasijo de hierros.

—Tenéis que cargar, me habéis retrasado y ahora tenéis que cargar. No me da tiempo a meterlo yo sola.

Lo cierto es que se movía bastante bien y se agachaba por aquel túnel con una soltura envidiable que Félix no pudo pasar por alto.

Llegaron a una cámara enorme, la cúpula de esa no-cueva.

—Ayudadme a echar el portón.

Entre los tres movieron una enorme plancha de mármol para tapan el agujero por el que habían llegado. Félix se preguntó cómo lo habría hecho de no estar ellos allí para echarle una mano.

El viento silbaba por todas partes, pero no conseguía acceder al interior. No estaban a oscuras; diseminados estratégicamente por la sala había velas y botes de brea con pequeñas llamas oscilantes que proyectaban sombras aquí y

allá. Félix observó a su alrededor.

—Esto no es una cueva, señora.

—¿Ah, no? A mí me parece bastante una cueva.

Félix tocó la pared. Todo estaba muy erosionado, pero los ángulos eran rectos y había restos de ladrillo. Era un edificio en ruinas. Más bien parecía la fachada exterior del edificio, o tal vez de varios. Por alguna razón, lo de fuera había pasado a estar dentro. A Nunú el sitio le dio igual, su fascinación estaba puesta en la anciana. Parecía ignorarlos por completo. Se dedicaba a ir colocando sus bultos cada uno en un sitio, en ganchos, palos y rincones con algún tipo de orden que sólo ella entendería. A la niña aquello le resultó muy familiar. La vieja era una recolectora, ratoneaba, igual que ella. Una mezcla de rechazo y ternura la sacudieron. Esa anciana era ella, como si hubiera podido mirarse a través del agujerito de la cerradura de una máquina del tiempo.

La tormenta hizo temblar la tierra.

—Tranquilos, que esto aguanta. Sentaos, poneos cómodos. Yo voy a terminar la cena.

La anciana se acercó a una bañera que tenía sobre varios fuegos. Echó una grasa de una lata que colgaba de un cordel atado a un gancho. También metió la mano en un bolsillo y sacó un puñadito de algo que esparció como si fuera algún tipo de hierba aromática.

—La clave está en el tiempo de cocción. Si no, la carne queda muy dura. Si puede cocer seis horas, mejor que cinco.

Félix no quiso saber qué había dentro, pero no tardó en verlo, porque la vieja se empeñó en mostrar su trofeo. Con unas pinzas sacó lo que debió de ser alguna vez un gato o una comadreja. Sin duda era un vertebrado largo y con cola. No era fácil cazar algo así, los animales no se dejaban ver a menudo. Tenía que ser una hábil cazadora, quizá con trampas y algún tipo de cebo. Claro que igual no lo había cazado. Tal vez se lo encontró muerto y putrefacto y lo cogió antes de que los carroñeros terminaran su trabajo. Era mejor no preguntar.

La vieja se puso a canturrear mientras trajinaba. Entonaba muy bien. Félix no supo de qué, pero sin duda recordaba haber oído esa melodía. Tal

vez de niño. Alguna canción francesa famosa y antigua. O quizá la sintonía de un viejo programa de televisión que le gustara a su madre o a sus tías abuelas. Le puso triste. Lo sacaron de su nostalgia cinco chasquidos secos de cinco machetazos.

La vieja se acercó con tres cuencos de brea negra, cada uno con un buen trozo de carne en el centro. Llevaba su largo machete colgado a la cintura. Viejo y oxidado, uno de esos que se usaban antiguamente para cortar la caña de azúcar cuando la hubo. Les puso un cuenco delante a cada uno con una sonrisa.

—Tomad. Está mucho mejor mientras aún se conserva caliente.

Félix disimuló la arcada. Hacía unas horas eran ricos. Llevaban provisiones para días, iban a comer en hoteles y restaurantes. Malditos zombis, malditos todos con sus pústulas y sus comidas de mierda. No, no iba a comerse eso. Nunú pareció leerle el pensamiento. Lo miró y disimuladamente sacó de uno de los bolsillos de su pantalón de aventura una barrita de chocolate y cereal. Félix supo desde el principio que aquella niña era un diamante, pero en ese momento tuvo claro que jamás la dejaría marchar. Nunú le guiñó un ojo y, detrás de la espalda, partió la barrita en dos y le pasó una de las mitades.

—Huele bien, señora.

—Es lo que tengo. Ya me gustaría daros otra cosa. Hace no mucho encontré un saco de arroz, pero ya no queda nada. ¿Cuándo fue? El tiempo es lo que más me cuesta ordenar. Empiezo a confundir las cosas. Churras con merinas, churras con merinas...

Nunú observaba absorta a la anciana. Sus manos estaban cubiertas de surcos y pliegues y su cara era como la cáscara de una nuez, o como una fina tela mojada y engurruñada. Los citys tenían todos las caras lisas como tambores o balones bien hinchados. Y los zombis rara vez llegaban a viejos.

—¿Te asusta mi cara, niña?

Nunú negó con la cabeza.

—Soy vieja y fea, lo sé. Y cuando era joven era fea también, no voy a culpar sólo a la edad. —Soltó una risotada—. Qué se le va a hacer, hay lo que hay, hay lo que hay. Pero comed, que se enfría y es una pena.

Félix no obedeció. Nunú se llevó el cuenco a la boca y mojó los labios. No era lo peor que había probado, ella no hacía remilgos. Además, era agradable sujetar algo caliente entre las manos.

—¿Cree que va a durar mucho esta tormenta?

—No lo sé, hijo, no tengo ni idea. La meteorología no es lo mío. ¿Quieres que te diga que poco? Yo te digo que poco. A lo mejor amaina mañana, o la semana que viene.

—No podemos estar aquí una semana.

—Entonces salid afuera y que os lleve el viento. No es mi problema. Yo me quedo aquí más feliz que un perro con dos colas.

Todos sabían que una tormenta en condiciones podía durar muchos días, incluso semanas. Nunú, Omar y Fiona se pasaron un mes encerrados en el refugio bajo la casa. Un poco más y seguro que la hubieran devorado. Cuando salieron, tuvieron que reconstruir la casa entera.

—No quiero ofender, señora, le agradecemos que nos haya traído aquí, es sólo que tenemos que seguir viaje al norte.

—A mí nada me ofende ya. Pero yo no iría al norte, de ir a alguna parte iría al sur. He oído cosas buenas del sur. Campos verdes y ríos, eso he oído. En el norte sólo hay gente y más gente. ¿Para qué queréis ir al norte, si puede saberse?

—Hay más trabajo y menos tormentas. Y las naves salen del norte.

—¿Las naves? —Le salió agudo y estridente, como el chirrido de una bisagra oxidada—. Eso es un cuento. No hay nada en Marte. Meten a la gente en esas naves y hacen comida con ellos. No me verán a mí en una de esas naves. A mí no me engañan, no, señor.

Nunú parecía impresionada, Félix lo vio y le hizo señas de que no la tomase en cuenta, que la pobre mujer estaba loca. La anciana los miró y soltó una carcajada.

—Creéis que estoy chiflada, que se me va la olla, decían en mi tiempo. Ay, ojalá dejara de funcionar esta mandarina que tengo por cerebro, ojalá. Hace años que se tenía que haber podrido. Pero la muy zorra se empeña en seguir, como un reloj solar. —Agarró lo que debía de ser una pata y comenzó a roer. Tenía pocos dientes, que, sin embargo, estaban estratégicamente

colocados. Los usaba con precisión, igual que la lengua y los labios—. Hace demasiado que vivo de prestado. Soy como esos árboles viejos que no se resignan a morir aunque parecen secos del todo. Casi no corre savia por estas venas leñosas, lo que pasa es que mis carnes necesitan tan poco que aquí sigo, aún de pie.

Nunú se fijó en las paredes, había dibujos hechos con grasa, arcilla, carbón o lo que fuera. Figuras muy simples de árboles, flores, niños frente a una casa con chimenea, una vaca, un pato. Nunú no reconoció a la vaca ni las flores, pero sí entendía lo bucólico y lo alegre de esas imágenes.

—¿Todo eso lo ha hecho usted?

—Sí, mi hija. Ya he pasado alguna que otra tormenta aquí sola. Algo hay que hacer para entretenerse. Estos dibujos me ayudan a sentirme menos sola.

—Esto está muy lejos de la frontera. No se permiten mendigos en la zona libre.

—Nadie me ha visto en años, a nadie le importa una vieja que vive de la carroña.

—¿De dónde es usted, señora? No reconozco su acento.

—Ay, de dónde. Ya ni lo sé. Si se refiere a dónde nació, entonces soy francesa. Pero me crié en España, en el sur, en Málaga. Pasaba los días en la playa. ¿Conoces el mar, niña?

Nunú negó con la cabeza.

—¿El sur de España? Allí no se puede vivir desde hace más de cien años.

Una carcajada de nuevo. Esta vez se le cortó la respiración y los ojos secos se le inundaron de lágrimas, abultándose, queriendo salir de su cabeza de cáscara de nuez.

—¿Cuántos años creéis que tengo, chiquillos? Yo nací en el siglo XX. ¿Pensáis que estas tormentas son largas? No habéis visto tormentas de verdad. En mis tiempos, si es que alguna vez fueron mis tiempos, hubo tormentas que duraron años. Un huracán de tres años, eso sí que vuelve loco al más pintado. Los que no morían despedazados por el viento, morían de hambre o de frío.

Se levantó hacia la bañera donde estaba el guiso, cogió con las pinzas una brasa y la llevó al centro de la sala donde estaban los tres sentados. La echó

en un nido de palos y restos que ya tenía preparado y en un momento tuvieron una hoguera perfecta que los iluminaba y los calentaba por igual.

—Tendría yo... No lo sé. Pero si alguna vez fui medio guapa, debió de ser por aquel entonces. Algo mayor que tú, quizá... Bueno, la cosa fue que ya andaba el mundo revuelto y al borde del cataclismo. La gente huía sin saber bien adónde y las tormentas eran cada vez peores. La cosa... ¿Por dónde iba? Ah, sí. La cosa es que mi pueblo entero tuvo suerte. Nos levantamos una mañana y el horizonte había desaparecido. Fus, adiós. Miraras al norte, al sur, al este o al oeste, sólo encontrabas una pared gris, terrorífica, un muro de tormenta infinito. Lo curioso es que hacía buen tiempo. El aire estaba calmado, incluso había sol. Si levantabas la vista al cielo, podías ver el azul, precioso. Ese azul que vosotros no habéis conocido. No funcionaba la televisión, ni internet, ni los teléfonos, ni nada de lo que usábamos para comunicarnos entonces. Estaba claro que algo pasaba. Mi padre, que era vendedor y salía todos los días a recorrer la provincia llevando sus productos de un lado para otro, cogió su coche y salió a ver si podía llegar a Dos Hermanas. Un pueblo que estaba a un par de horas de viaje. Le dijimos que se andase con ojo, pero era tozudo, como su madre antes que él. Dijo que si lo veía muy negro se daría la vuelta en Cártama, un pueblo pequeño que había muy cerquita. No volvió. Ni él ni todos los que intentaron salir del pueblo ese día. Una vecina nuestra, que era de estudiar, fue la primera en darse cuenta de lo que pasaba. Estábamos en el ojo del huracán.

—Vamos, señora, no se ría de la pequeña. Eso no tiene ni pies ni cabeza. Son cuentos y nada más.

—¿Cuentos? Ay, ya quisiera yo. Ojalá me hubiese dormido yo en Alhaurín el Grande, o en Marbella. Ésos murieron tan rápido que no se enteraron de nada. Pero la tormenta se formó justo sobre mi pueblo. En algún sitio tiene que empezar, y le tocó a mi pueblo. Yo no lo elegí. Todo mi pueblo amaneció dentro del ojo del huracán. Allí se puede estar, todo está en calma..., pero la tormenta avanza, se mueve, nunca se queda quieta. Si queríamos sobrevivir debíamos movernos con ella. Muchos vecinos no hicieron caso, tampoco se lo creyeron, decidieron quedarse en sus casas, con sus ridículas posesiones, pero la mitad sí lo hicimos. Cogimos todo lo más

importante, a nuestros animales, a nuestros abuelos, y montamos una gran caravana. Mientras permaneciésemos en el centro de la tormenta nada nos pasaría. Había que estar muy alerta, las tormentas cambian de rumbo deprisa, parece que se mueven hacia un sitio y de pronto, zas, vuelven para atrás, como si se hubieran olvidado algo. Por eso teníamos vigías, nos turnábamos para observar las paredes de la tormenta. Porque si el centro está en calma, en los primeros metros de la pared es donde está la fuerza más devastadora. El ojo del huracán tenía normalmente un diámetro de catorce o quince kilómetros, pero a veces se estrechaba. Algunos temíamos que se estrechara de golpe y simplemente nos engullera a todos. Eso no pasó. No pasó, no... — Se quedó clavada y ausente un par de segundos o tres y Félix y Nunú dudaron de si se habría muerto ahí mismo, hasta que se reinició, como una vieja y sólida máquina—. Nos llevamos muchas provisiones, para tres o cuatro meses o así. Al mes y medio se nos había agotado casi todo. No podíamos cazar, porque no había nada que cazar, ni tampoco recolectar, porque el suelo estaba levantado. Allí adonde íbamos todo estaba arrasado, la tormenta se lo había comido. Cultivar no era una opción, lo más que nos permitía quedarnos en un mismo sitio era un par de días. Según adónde nos llevara, recogíamos latas de conserva de las casas derruidas. Al principio, los primeros meses, productos frescos de algunas neveras. Dos veces volvimos a pasar por nuestro pueblo. La iglesia era de lo poco que seguía en pie. No encontramos ni rastro de los familiares y amigos. Las riadas, y vaya uno a saber qué más, los habían hecho desaparecer. Por aquel entonces le ponían nombres a las tormentas, nombres de mujer la mayoría de las veces, nunca supimos cómo se llamaba esa hija de puta. ¿No me crees? —La anciana miró a Félix, que se encogió de hombros—. Me da igual. Tres años estuvimos dentro de aquella cosa. Tres años. —Volvió a quedarse en silencio, en apnea, sin respirar—. Hasta que un día amainó. Estas cosas son así, como vienen se van. —Suspiró profundamente, cogió otro trozo de carne, uno pequeño, y lo rechupeteó. Después apuntó con él a Félix y a Nunú alternativamente—. Eso sí, nunca más he vuelto a ver el cielo limpio y azul que teníamos en aquellos días. Daba igual cuándo mirases al cielo, estaba siempre despejado.

Después se quedaron un buen rato en silencio. Nunú fue robando algunos

trozos del cuenco de Félix y guardándolos en sus bolsillos impermeables. Dejó los recipientes lo suficientemente vacíos para que la buena mujer no se ofendiera.

—¿Queréis más?

—No, gracias. —Nunú le dedicó una sonrisa de sincero agradecimiento

—. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Entonces ya serían dos preguntas. —Le guiñó un ojo.

—¿Cuántos años tiene?

—Que me parta un rayo si lo sé. Dejé de contar después de los ciento ochenta. Y creo que de eso hace ya mucho tiempo.

Nunú se quedó boquiabierta. Félix resopló, una mujer sin asistencia médica, viviendo de los desechos y el polvo difícilmente podría sobrevivir una década, no hablemos de dos siglos. Le parecía mucho más probable que se hubiera demenciado a base de comer gatos muertos y cucarachas. Lo cierto era que sus ojos blanquiazules tenían una profundidad inquietante, como si la erosión los hubiera pulido durante milenios.

Sentada como estaba, la vieja se fue quedando dormida, muy poco a poco, las facciones se le relajaron y los ojos se le fueron entornando, como si bajara la marea, ola a ola, cada parpadeo los iba dejando cada vez más juntitos, hasta que, por fin, se pegaron.

—La tormenta no para. Me va a costar dormir.

—No hay por qué dormir.

Nunú se dio cuenta de que Félix estaba ausente, tenía las manos blancas de la presión que hacía contra el suelo y los músculos de la mandíbula rígidos. Se miró una de sus manos gordas y peludas. Se podían apreciar los lugares donde faltaban los anillos. La niña tuvo la sensación de que iba a llorar y le tocó la rodilla tímidamente.

—Es por el dinero, ¿verdad?

Félix se encogió de hombros.

—Se ha derrumbado todo, niña.

—Los que nos han robado... —Nunú sonrió maliciosa—. Seguro que a ellos también los ha atrapado la tormenta. Se los llevará el viento y se los comerán los cuervos y las hormigas.

—Tal vez no salgamos de aquí.

—No me importa, mientras sigamos juntos.

Nunú se recostó sobre su hombro y Félix se sintió extraño. La niña lo quería. ¿Sería verdad? No era miedo, ni respeto, parecía aprecio. ¿Quién lo había querido? Sus hijas no, desde luego. Luna tal vez, aunque quizá era lástima más que otra cosa. Su madre, aunque a veces tenía dudas. Nadie lo había mirado como esa niña. A lo mejor podría valer. Viajar con ella, casi sin dinero, disfrutando de la compañía. No tendrían que comer gato muerto. Podrían organizarse mucho mejor. Él era fuerte y ella era un portento. Porque en el fondo sabía que nunca los dejarían subir a esas naves. No pasarían los controles. Comprobarían sus identidades y descubrirían que eran falsas, que no eran más que una zombi y un narcotraficante en busca y captura. Dos parias.

La tormenta rugía implacable, las piedras dejaban pasar el lamento del viento y algunas fisuras lloraban aquí y allá creando una sinfonía de percusión intermitente. El fuego se mantenía y, gota a gota, los dos se fueron quedando dormidos.

Se vio tumbado de nuevo en el desierto, junto a la carretera. No podía moverse. Sin ataduras ni nada, simplemente sujeto por una fuerza magnética aplastante. Pequeños insectos le trepaban por las piernas camino de su barriga peluda y prominente. Todos en la misma dirección. Félix cerró la boca, creyendo que era su cara lo que intentaban devorar, pero esos escarabajos de patas afiladas comenzaron a abrirse hueco en el ombligo. Escarbaban y mordían, arañaban y roían. Sabía que era una pesadilla y se esforzó en abrir los ojos.

Estaba oscuro, pero los restos del fuego recortaban la figura de aquel demonio encaramado a su barriga. La anciana estaba acuclillada sobre él, con la boca abierta y babeante y los ojos vítreos y desencajados. Como una fanática sacerdotisa que estuviera realizando algún tipo de maléfico conjuro, levantó ambos brazos hacia atrás y clavó el machete en la tripa de Félix. Los dos gritaron, ella de histeria y él de dolor. Lanzó el brazo derecho hacia la vieja y agarró carne y pelo; con fuerza la tiró hacia un lado. Pero la vieja, en una postura de araña, volvió al ataque. ¿Cómo se movía tan rápido? Se lanzó

hacia él y abrió la boca como si pretendiera comérselo entero de un solo bocado. Cuando estaba a punto de caer sobre Félix, se oyó un crujido y todo su cuerpo y sus huesos cambiaron repentinamente de dirección. La vieja se precipitó al suelo, boca abajo, como un trapo. Un hierro asomaba de su cuello. De pie estaba Nunú, tan desconcertada como el propio Félix, salpicada de sangre. Fue la mirada de la niña lo que le hizo mirar su propio vientre. Salía sangre negra. Antes de decirle nada, Nunú cogió un carbón de los rescoldos de la hoguera y lo colocó sobre la herida. Félix gruñó mordiéndose el labio. El olor del pelo quemado era rancio, pero el de la sangre era dulce y jugoso, mucho más agradable que el del guiso de gato. Nunú se acercó a la anciana y la tocó con el pie. Estaba muerta.

—Me da pena.

—¿Pena? Iba a comernos. Esa puta vieja era una caníbal.

—Ya... Era tan mayor.

A la gente le da pena cuando se muere un bebé, pero los bebés no saben nada, no sienten lo que dejan atrás.

—Todas esas cosas que sabía... se han perdido.

Los dos permanecieron un rato inmóviles. La luz parecía colorear algunas hendiduras de la falsa cueva y las gotas comenzaron a espaciar su repiqueteo. El día llegaba y la tormenta se estaba alejando. Nunú se fijó en las pinturas de las paredes. Ya no le resultaban fascinantes, sino grotescas. Ella nunca sería así. Ella no era una zombi.

—Voy a ver qué tiene de valor y nos largamos de aquí.

—Lo siento... —estaba pálido, sus labios parecían de tiza— pero me parece que no puedo moverme.

La vieja lo había envenenado. Había llenado ese punzón con una resina ponzoñosa. Posiblemente era lo que usaba para cazar. Nunú hizo todo lo posible por sacarlo adelante. Tanto se esforzó, que tardó cinco días en morir. Sin sus cuidados no habría durado ni un solo día.

Fue al tercer día cuando Nunú le mostró lo que guardaba en el bolsillo.

—¿Sabes qué es esto?

A Félix le costaba enfocar. Había recuperado la sangre y ahora estaba rojo, púrpura y amarillo por zonas. Se fijó, pero sólo le parecía una piedra

pulida.

—Un hombre me la dio como si fuera algo importante.

—Déjame tocarlo.

No. Había oído hablar de ello, aunque nunca lo había visto. No podía ser que algo así estuviera en manos de una niña negra de once años. Aunque si alguien podía sorprenderlo hasta el final, ese alguien era Nunú.

—¿Quién dices que te lo dio?

—Un hombre. Bueno, creo que era el Enterrador.

—¡No jodas!

—Fue cuando la matanza esa, tras la explosión y la bomba. Lo vi salir de las llamas en moto. Se me quedó mirando, se me acercó y me dio esto.

A Félix le entró la risa. Eso lo hizo toser.

—¿Qué es?

—No estoy seguro, pero yo diría que es un agujero negro.

—¿Un agujero negro?

—Es como un cheque. Como un vale.

—Es dinero.

—Dicen que estas piedras se usan para guardar mucho dinero.

—¿Como un lingote?

—Mucho más. Como miles de lingotes. Millones y millones de yuanes. Cifras de más de siete ceros.

Nunú se quedó muy seria.

—Entonces, con esto podría salvarte. Pagar un cuerpo nuevo. Uno de robot, incluso.

Félix fue a reírse otra vez, pero se contuvo.

—Hay un problema. No se puede cobrar. Esto no te lo aceptan en un banco, no en uno cualquiera... Y menos a una niña como tú, sin familia, sin identidad.

—Tú me diste una identidad. Eres mi padre, eso pone aquí, en mi botón.

—No es tan fácil. No sabemos si aquí hay todo ese dinero, podría estar vacío. Si aquí hay todo ese dinero... nunca dejarán que te lo lleves.

Nunú lo miró furiosa.

—Este mundo no tiene sentido, es una mierda.

Félix la vio tan guapa que no pudo resistirse a hacerle una caricia en el pelo.

—Sí, hija, lo es.

Nunú lo enterró como a un rey, con el pelo limpio y la barba recortada. Sacó de un bolsillo del pantalón el anillo de oro que le ganó aquel día, cuando lo encontró moribundo junto a la frontera. Se lo puso en uno de sus dedos, cada vez más delgados.

Capítulo 34

Dos meses y dos semanas a bordo. Hacía todo el ejercicio posible. Por la mañana al levantarse y de nuevo a media tarde. Sus vértebras nuevas funcionaban a la perfección. Nunca había estado tan en forma desde que dejó la academia. Cien sentadillas de una tacada. Odiaba las sentadillas. Y también odiaba esa mierda de nave. Ya quedaba poco. Aprovechando no sabía qué gravedad iban a llegar con casi una semana de antelación. Eso era una gran noticia. En unos días podría ver Marte en condiciones por las ventanas. Y en poco más sus botas pisarían el suelo de nuevo. Sin embargo, no iba a esperar hasta entonces.

Había repasado la lista de pasajeros hasta el más mínimo detalle. 987.354 personas incluyendo a la tripulación. Bueno, uno menos, ya que podía eliminarse a sí misma de esa tanda. La criba iba a ser un trabajo ingente, pero era un trabajo policial que le gustaba, como un puzle, un puzle de un millón de piezas. Y tenía tres meses para hacerlo. Empezó descartando lo más evidente. Todos los miembros de la tripulación que ya hubiesen formado parte del personal de a bordo en los vuelos regulares a Marte y que pudiesen ser identificados por otros compañeros. En el momento en que el Enterrador la atacó y su cara se hizo pública cambió de identidad. Si hubiese mantenido esa cara, alguien lo habría visto. Ahora era otro, no le cabía duda. Si había adoptado otra identidad, dudaba mucho que fuera la de un trabajador al que conocían un montón de compañeros. Por alguna razón tampoco se lo imaginaba fregando los pasillos de los camarotes o reparando fugas en la bodega. Aun así, repasó todas las fichas de todos los empleados que era la

primera vez que hacían el recorrido o que no habían coincidido nunca con los otros trabajadores. Una vez que terminó de descartar a todo ese grupo, empezó con los pasajeros. Lora sabía los controles que era necesario pasar para conseguir el billete, ella misma lo había experimentado. No sólo sanitarios, también de seguridad. El reconocimiento dactilar, ocular y de ADN debía coincidir con el número de identidad del viajero. No alcanzaba a ver cómo podrían burlarse dichos controles a no ser que alguien, más de uno, muchos, hicieran la vista gorda. Para eso habría que sobornar a médicos, guardias, policías militares... El Enterrador contaba con mucho dinero, muchísimo dinero, con todo el dinero. Si ella, una city normal y corriente, quisiera comprar a todas esas personas para colarse en una de aquellas naves, seguro que generaría extrañeza y alarma. Todo el mundo estaba muy revuelto con la guerra, y el miedo a un posible atentado era algo contagioso. Nadie en su sano juicio querría verse envuelto en algo de ese tipo. La sociedad estaba deseando que la evacuación fuese un éxito. Tipos como el capitán Vanila o cualquier encargado de aduanas se lo pensarían mucho antes de permitir que un terrorista se colara a cambio de dinero. ¿Quién quería todos esos muertos en su conciencia? Por una vez desde que el mundo era mundo el dinero parecía haber pasado a un segundo plano. Lo más importante era el futuro de la humanidad. Claro que se podía convencer de muchas maneras. Puede ser que hubiese presionado o chantajeado a alguien. A uno, tal vez a dos, pero para entrar en la nave tendría que coaccionar a muchos. Además, si accedía con un pasaje sencillo como el de Lora, tendría que convivir en los comedores comunes, los salones y los pasillos. Eso sería un riesgo considerable para mantener la identidad oculta. Y cuando llegaran a puerto, ¿cómo asegurarte de que los que han de dejarte pasar están de guardia ese día? Podrías sobornar a todo el personal, pero al final alguien habla, alguien se va de la boca siempre. No, el Enterrador debería escoger un camino fácil y seguro, algo menos sujeto a un posible error. Si ella fuera él, si ella tuviera todo ese dinero, no elegiría una puerta trasera. Si tienes muchísimo dinero, la mejor manera para no llamar la atención es entrar por la puerta grande. Los millonarios, los dirigentes políticos, las estrellas... nadie cuestiona su identidad. Ésa era la mejor forma de evitar una parte de los controles. La pega

era que nunca había habido tantos ricos juntos como en esas diez naves. Lo que en la Tierra representaba un uno por ciento de la humanidad, en ese convoy era casi un treinta. Si tirabas una piedra al aire lo más fácil es que le diera a alguien importante. En el fondo, el setenta por ciento restante eran también privilegiados. Los ricos y los sirvientes de los ricos.

—Randall, necesito que me ayudes con esta lista que te estoy enviando.

—¿Lora..., eres tú? La llamada parece llegar desde un millón de kilómetros... ¿Qué haces ahí?

—Ya lo sé. Lo siento.

Randall se quedó en silencio. Más tiempo del que suponía el retardo de la llamada. Lora vio como si algo se rompiera en los ojos de Randall. Unos ojos castaños con pequeñas galaxias en su interior en los que no se había fijado realmente antes. Ojalá los vuelva a ver, pensó. Randall suspiró y después sonrió como tantas veces había hecho.

—Joder, aquí hay un montón de peces gordos.

—Quiero saber cuál de éstos lleva un mes desaparecido, cuál se ha podido separar de su pareja recientemente, o si se ha hecho la cirugía estética; cualquier cosa que te parezca extraña.

Randall leía la lista con detalle.

—Piensas que quizá alguno de ellos no es quien dice ser.

—Por eso habríamos hecho un equipo cojonudo.

—No, Lora, tú no vales para equipos. Son muchos nombres.

—Tengo tiempo. Ya sé que no tienes acceso a los sistemas. Se trata sólo de analizar la información pública, la que está en la red, nada más. Sólo quiero alguien que piense aparte de yo misma. No voy a tener más que una oportunidad y no me puedo equivocar.

Dos meses y dos semanas después, tras una sesión dura de entrenamiento, estaba enfundándose el traje espacial que usan los empleados que reparan el fuselaje. Cuando selló el casco, empezó a comprender en lo que se había

metido. Tuvo que abrirlo de nuevo para respirar aire fresco. Qué ironía, el aire de la nave era tan embotellado como el del traje. Contó hasta tres y lo acompañó de tres respiraciones. Por el lado bueno, en cuanto saliera de ahí dejaría de oír el maldito zumbido. Y si no regresaba, al menos no tendría que volver a escucharlo nunca más.

No tuvo que sobornar a nadie para conseguir un pase para el muelle, siempre y cuando dejarse besar no lo consideremos un soborno. No era la primera vez que usaba su cuerpo como moneda de cambio, debería hacérselo mirar. La chica con la que intercambió saliva era guapa y tímida, frágil como una muñeca de porcelana, no fue en absoluto desagradable. Lora la había elegido dos semanas atrás después de observarla detenidamente. No tenía amigos, se dedicaba a dejar pasar y entrar a los mecánicos con una sonrisa. Era casi invisible. Seguramente no le gustaban las mujeres, tan sólo deseaba que alguien la mirara, dejar de ser invisible. Cuando Lora le ofreció un poco de chocolate, la pobre casi tartamudeaba. No era una buena besadora, pero Lora pensó que seguramente ella tampoco. No era la primera chica que besaba, ni mucho menos. Giró la rueda y dejó que todo el aire fuera succionado al exterior. Entró en la siguiente cámara y cerró la puerta. Su botón la avisó: «saliendo a gravedad cero». Cerró la compuerta de nuevo mientras sus piernas se elevaban. Si volar era eso, entonces volar era desagradable. La poca comida que había tomado se le subió a la garganta, y le pareció que los ojos se le hacían un poco más grandes. Se empujó hasta la otra compuerta. Ésta se abría con una gran palanca roja. Tiró y la escotilla se abrió como un resorte de una caja sorpresa. Fuera, la inmensidad del espacio. Una enorme noche estrellada. Si quería parar todo aquello, ésa era la última oportunidad. Cerró un momento los ojos por el miedo y salió al vacío.

El vértigo la envolvió por completo, no como una sensación, sino como una bestia que se la tragara entera. No sabía qué era arriba y qué era abajo, porque no había ningún arriba ni ningún abajo. No encontró apoyos en los pies ni nada a lo que asirse con las manos. Se sintió como un bebé recién nacido cuando bracea asustado, ahogándose, como si cayera hacia el infinito. Porque eso era lo que ella estaba haciendo, caer hacia el infinito. Ése era un ejemplo bueno para un psiquiatra para explicar cómo tener claustrofobia y

agorafobia al mismo tiempo. Tenía que serenarse, respirar y buscar referencias espaciales. A su derecha estaba la nave de la que acababa de salir. Enorme, kilométrica, redonda y fea. Y tras ella, ocho más, en perspectiva, como en una ilustración de Escher. A Lora, sin embargo la hizo pensar en la portada de un disco del siglo XX en la que una especie de titiritero hacía malabares con los planetas. Miró el botón: viajaba a la misma velocidad que la nave, a unos sesenta mil kilómetros por hora. No lo parecía, sin rozamiento, a velocidad constante, simplemente se sentía flotar. Sólo tenía que desacelerar, frenarse un poco para que las naves la adelantaran. Tenía que frenarse muy poco, unos cuarenta kilómetros; si desaceleraba demasiado, la diferencia de velocidad sería demasiada e impactaría contra las naves. Accionó los propulsores levemente. Primero para estabilizarse. Una vez conseguido, se colocó en posición y comenzó a frenarse. Esto era como si quisieras llegar de la locomotora al vagón de cola en un tren de alta velocidad. Tenías que dar un pequeño saltito y esperar a caer en el sitio adecuado. Tenía aire para tres o cuatro horas dependiendo de cómo respirase. Si todo iba bien, llegaría a la nave seis en una hora.

Qué pena que su candidato no estuviera en la nave dos. Lógicamente, fue la primera lista que analizó, con la esperanza de no tener que salir a nadar en el vacío. Pero en la nave dos no había ningún sospechoso válido. Los Harringtons quedaron desechados muy pronto. Todo el mundo los conocía, eran los millonarios más expuestos al público que uno pudiera imaginar. A pesar de haber perdido a su hija recientemente, todas las noches cenaban en el restaurante y se dejaban ver en los salones, incluso alguna vez que otra se acercaban a tomar un refresco a la cantina con los trabajadores. Además, el Enterrador no podría suplantar a uno de los miembros de la pareja sin que el otro se diera cuenta. Lora descartó a todos los que viajaban con sus familias. Tenía que ser alguien solitario, algún excéntrico de esos que van con mascarilla en la cara y con guantes para evitar respirar y tocar el mismo mundo que sus empleados. Una vez más, fue Randall el que la sacó del apuro.

—No sé qué hora es ahí. ¿Estabas durmiendo?

—Qué va —dijo despegándose las legañas.

—Creo que esto te va a gustar mucho. ¿Sabes quién es HD, el de la música?

—Sí, claro —contestó a las palabras de Randall de forma automática, aunque sabía que su frase no llegaría hasta pasado un buen rato.

—Hassan Del sufrió un incendio en su mansión junto al mar en Alaska, un mes antes del viaje. Por lo visto, despidió a todo su equipo de seguridad, a todo. No sólo eso, también cambió a todos sus empleados: cocineros, criados, incluso robots. Varios de los que llevaban con él toda la vida lo demandaron, pero acalló el tema con cuantiosas indemnizaciones.

Si Randall hubiera estado delante lo habría besado. Por fin lo tenía. Y no podía escaparse.—Lora, no hagas nada hasta llegar a tierra, un accidente en vuelo sería una catástrofe. Necesitas refuerzos. Habla con el coronel Rodríguez Morales, me conoce y es un tipo razonable.

—Te llamaré pronto, Randall, muchas gracias. Eres el mejor.

Cortó. Estaba excitada. Por una vez iba por delante de ese cabrón, apostaría el culo a que él no se esperaba nada, ni siquiera tenía la sospecha de que alguien le siguiera los pasos, se creía por encima de todos, se reía de la humanidad. Pero hasta que llegaran a puerto, estaba atrapado. Lo tenía al alcance de la mano. Bueno, a unos cien kilómetros de vacío interestelar. Necesitaba un arma.

Hacía mucho frío. En la nave tres, varios operarios arreglaban una antena. La vieron y le hicieron señas, seguramente alarmados. Les hizo un gesto con el pulgar, indicando que todo iba bien, pero no parecieron conformes y siguieron braceando. Le señalaban el muelle principal. Los ignoró y continuó frenando. No percibía la desaceleración. Más bien parecía ser ella la que avanzaba, ganando terreno poco a poco. Dejó la nave tres atrás. Tenía que controlar la desaceleración o cuando la nave llegase se pasaría de largo. Y aquí si pierdes el autobús ya no vuelve a pasar uno hasta que estás bien muerto. La idea de quedarse orbitando por la galaxia no le hacía ilusión alguna. La nave cuatro se acercaba a gran velocidad. Debía mantenerse a cierta distancia o se estrellaría, girar un poco hacia la izquierda. Usó uno de los propulsores, pero siguió acercándose hacia ella como si la atrajera algún tipo de imán. Si no quería chocar tendría que apartarse un poco más. Oxígeno

al sesenta por ciento. Iba directa contra un muro. Tenía que hacer una elipse, como había visto tantas veces en esos gráficos, intentando impulsarse hacia la izquierda. Comenzó a rotar. Las piernas se le fueron a la derecha, como si se deslizase sobre un lago helado. No mires a donde no quieres ir o chocarás. Efectivamente, el pie derecho golpeó contra el casco, haciéndola girar en sentido contrario. La nave iría a unos sesenta mil y ella a cincuenta y nueve mil novecientos. Eso es como si te arrollasen a cien kilómetros por hora. Había desacelerado demasiado. Empezó a girar como una peonza. Perdió cualquier sentido de la orientación. De vez en cuando veía la nave y después nada, la nave, nada, la nave, nada... Hasta que volvió a chocar. La zona lumbar golpeó con algo, no vio qué. Dolió, pero al menos la estabilizó. Se estaba alejando del convoy. Activó los propulsores y consiguió enderezar la marcha, frente a ella estaba la nave cuatro, que parecía no acabar nunca. Vamos, Lora, no la jodas ahora, no vas a morir aquí. El botón debió de escuchar sus pensamientos, porque se sumó a la fatalidad: «Aire al treinta y dos por ciento, aire al treinta por ciento, aire al veintinueve por ciento... Peligro de fuga». La invadió el pánico. ¿Qué estaba pasando? Se palpó las muñecas, el cuello, miró hacia sus pies, todo parecía en orden. Sólo el dolor en la espalda. Echó un brazo hacia la columna y lo sintió soplar. Ahí estaba el problema: el golpe contra la nave le había perforado el traje. «Aire al dieciocho por ciento.» Ahí estaba la nave cinco. Cada nave medía varios miles de metros, como unos diez campos de *footshoot*. Sin embargo, ahora parecían avanzar a toda velocidad. Casi no le había dado tiempo a verla. Se estaba alejando. Necesitaba aumentar la velocidad. Los propulsores del traje podían frenarla, pero aumentar la velocidad ya era otra historia. La nave cinco se iba como un suspiro, llegaba la nave seis. Si intentaba agarrarse por sus propios medios se arrancarían los brazos. Debía pulsar el botón de pánico, pero si no lo accionaba en el momento apropiado, tendría que esperar a la nave siete, y no había aire para eso... «Aire al cinco por ciento, cuatro por ciento, tres por ciento.» Lora pudo ver cómo un niño la señalaba desde una de las ventanas dándole un codazo a su madre. Allí estaba toda la familia, y ella era como un tiburón en un acuario gigante. «Se ha quedado sin aire.» Apretó el botón. El traje empezó a tirar de ella, cruzó los dedos y se dejó ir.

—¿Se encuentra bien?

Le retiraron el casco y entró todo el aire enlatado, que se le antojó muy fresco. La tenían acostada en el suelo, o por lo menos bastante baja. ¿Cuántos eran?

—¿Qué estaba haciendo ahí fuera? ¿Dónde está su unidad?

Sólo pudo ver a un hombre con un mono de trabajo, de facciones redondas, con cara de bueno. Lora le entregó el pase que había obtenido de aquella chica que no era buena besadora.

—Pero esto es un pase Arca-2. ¿Qué le ha ocurrido para llegar hasta aquí?

—No lo sé, creo que me di un golpe...

—Y tanto, tiene el traje destrozado; es un milagro que esté viva. Tenemos que llevarla al centro médico inmediatamente.

—Espere... ¿No podríamos simplemente olvidar que me ha visto?

—No entiendo... Su equipo necesitará saber que está bien. Un empleado perdido por la borda es una alarma grave.

—Mire, soy policía. Estoy en una misión encubierta. Necesito comprobar la identidad de un pasajero, pero si usted me delata... Por favor, lo único que le pido es que haga como si no me hubiera visto.

El hombre arrugó la cara, dudando, casi hacía ruido al pensar.

—Va a tener que contarle todo esto al sobrecargo. Entienda que si pasara cualquier cosa yo podría estar en un buen lío.

—Claro. Ayúdeme a levantarme.

Lora rodeó su cuello con el brazo y lo atrajo hacia sí. Le propinó un cabezazo en el nacimiento de la nariz. El pobre gritó y comenzó a sangrar como una fuente. Lora lo calmó mientras presionaba la carótida hasta dejarlo dormido. Se lo llevó a rastras de allí. Tenía que resolverlo rápido, no sabía cuánto tardarían en dar la alarma, pero sí que cuando eso sucediera la detendrían. Y dudaba mucho de que nadie la creyera. Volvería esposada a la Tierra.

La estancia principal del camarote era espectacular. Una pequeña piscina, de fondo verde pero cristalina. Había flores en cada jarrón que se duplicaban reflejadas en el suelo de mármol pulido. Y una gran mesa de cristal con cuatro monos de bronce en lugar de patas que habría resultado ostentosa en cualquier otro lugar, pero que ahí encajaba a la perfección. Desde luego, tres meses en la suite eran más fáciles de llevar que en las dependencias ordinarias de la nave. Incluso el zumbido era apenas audible. De espaldas, mirando por el gran ventanal, estaba Hassan Del contemplando la inmensidad del cosmos. Llevaba una bata de color vino sobre su ropa negra. Un ruido lo alertó, alguien se había colado en el camarote. No se volvió, buscó la presencia en el reflejo.

—Esa puerta debe permanecer cerrada. He dado orden de que así sea.

Hablaba con el acento propio de los ricos del desierto que se refugiaron en el sur. Todos aquellos descendientes de los saudís. Ella no se movió, tampoco dijo nada. Se dedicó a observarlo.

—¿No me ha oído? ¿Quiere que llame a seguridad?

—Tiene usted un equipo muy bien preparado, pero no se ha dignado a hablar con ellos durante todo el viaje, en cambio, yo sí.

Lora no había pasado todo el trayecto encerrada en su camarote, por las noches salía a echar la partida. No ganaba a diario, se cuidó de que no fuera así, se conformaba con ganar una de cada tres o cuatro, lo justo para hacerse respetar sin caer mal. Pero no jugaba sólo con los de la nave dos, también con Arca-1, Arca-3, Arca-5 y, claro, con Arca-6. Organizó un club de juego. No volvió a tener sexo con ninguno, tampoco a distancia, prefirió ser sólo una compañera, pero sí que se permitía mantener cierto flirteo, el justo, ése que mantenía un poco tenso el interés. Averiguó los turnos de todo el equipo de HD, quién hacía su trabajo y quién no.

—¿Qué quiere?

—¿No me reconoce?

—No recuerdo que nos hayan presentado.

—Tengo dos vértebras de niquilium, aquí, recién implantadas.

—Lo siento por usted. Por favor, váyase, tal vez no sabe quién soy.

—Vamos, los dos sabemos que Hassan Del está muerto.

Silencio. Hassan Del se volvió y sonrió a Lora con su cara de muerto. Una cara morena, de gran nariz curva y bellos caídos. Lora había visto a Hassan Del en los medios y realmente era él.

—¿Hace cuánto que lo mató? Seguramente fue después de la gran convención que hubo en abril. No creo que quisiera presentarse allí, frente a todos esos colegas de profesión, a exhibir disfraz y acento. ¿Qué hizo con el cuerpo? ¿Lo quemó?

Ya no sonreía, se limitó a observarla, entrecerrando los ojos, con una expresión de auténtica curiosidad. Dio un paso hacia ella.

—No se mueva.

—No puedes darme órdenes. —Su acento había desaparecido—. Te quitaron el arma en la estación al subir a la nave.

Lora levantó el brazo empuñando una pistola.

—Su guardia de seguridad no sólo me ha dejado pasar. Usted no le cae bien, ¿sabe?

Hassan Del suspiró. Sus ojos se movían rápido, analizando toda la estancia.

—¿Qué quieres saber, Lora Walters?

Lora se quedó un segundo bloqueada, la garganta se le cerró y tartamudeó un poco mentalmente. Sabía su nombre. El Enterrador la conocía y a ella la jodió sentirse halagada.

—¿Quién le ha dicho que quiera saber nada?

De nuevo la mirada de curiosidad, casi de orgullo.

—¿Te importa si me siento?

Lora asintió, señalándole la butaca isabelina. El Enterrador levantó la bata por detrás, aireándola, en un gesto elegante, justo antes de sentarse, para no pillar el faldón.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—No sé quién eres tú. Sólo sé quién no eres. No eres Hassan Del y tampoco creo que seas Max Pinaud.

—Max... —El Enterrador se quedó absorto unos instantes, carraspeó—. Me refiero a cómo sabías que era Hassan Del.

—Supongo que si quieres esconder algo lo mejor es colocarlo en el pedestal más grande, donde todo el mundo lo vea. Necesitabas un pase seguro para llegar a Marte, un billete indiscutible. Luego ha sido cosa de ir cribando.

—¿Qué vamos a hacer? No quieres detenerme. Los dos lo sabemos. Si fuera así, habrías comunicado a tus superiores que mi ADN no era el de Max, la policía no habría perdido el tiempo buscando a quien no era y tal vez ahora no estaría subido a esta nave...

Era verdad. Ella lo sabía y no dijo nada. De alguna manera lo intuyó ya cuando se cruzó con él en la conferencia de Albino Rosso. Esa cara no se correspondía con el cuerpo, algo no encajaba en su rostro. Y sí, no quería que lo detuvieran, que los policías de aduana se lo llevaran de vuelta a la Tierra como a un vulgar contrabandista. Eso no era un final. El Enterrador se puso de pie, fue hacia la mesa de cristal, cogió una jarra y se sirvió agua en un vaso. Lora lo siguió sin dejar de apuntarlo, sin hacer nada más. La mano le temblaba.

—En cualquier caso, quién sea yo no es importante. Lo importante es mi causa.

El Enterrador dejó la jarra. De forma imperceptible, con la otra mano agarró un pañuelo de seda y con él el bulto que había debajo. Era un arma. Lora comprendió que la charla que le estaba dedicando no era una deferencia, sino una forma de ganar tiempo. Se volvió y sonó el disparo.

La mirada del Enterrador era de odio y decepción. La pistola de Lora humeaba. Un círculo de sangre creció en su vientre como un agujero negro en el espacio. Su pierna derecha se dobló, perdió pie, pero se mantuvo erguido. Su mano se aflojó y el arma y el pañuelo cayeron al suelo. Lora se acercó.

—No vas a morir. Vas a volver a la Tierra, conmigo, y esposado. Así es como acaba esta historia.

El cuerpo de seguridad no tardaría en llegar. Lora contaba con ello. Había convencido a dos de sus hombres de que necesitaba hablar con Hassan Del porque su vida corría peligro. Ella era una agente de policía destacada y en ningún caso suponía una amenaza. ¿Qué puede ser lo peor, que atente contra vuestro jefe? En ese caso, no tendré escapatoria.

El Enterrador se encogió por el dolor, Lora le puso la mano en el hombro y no vio venir el primer golpe. Un impacto en la vejiga, otro en una teta que le dolió hasta detrás de los ojos. Luego un puñetazo en la cara, y otro, y otro. Lora lanzó una patada, que fue a dar no supo bien dónde. Intentó agarrarlo, pero su presa ya se había convertido en cazador. Los golpes continuaban repetidamente a toda velocidad. Sintió cómo se le reventaba un pómulo, después otro golpe le dislocaba la mandíbula, otro más al estómago, dos más a la cara. No podía ver nada.

Lo leyó en alguna parte. No importa lo que entrenes, no importa lo fuerte que estés. Siempre habrá un hombre más fuerte, por el hecho de ser hombre. Un golpe en el cuello que le cortó la respiración. Y después oyó los pasos alejarse.

Capítulo 35

Su pie estaba curando bien, sólo le rompieron el cuarto y el quinto dedo, con suerte no le quedaría ni una leve cojera. Había adelgazado unos diez kilos. Si no fuera porque suponía que debía de tener un aspecto... digamos poco aseado, le hubiera gustado presentarse ante Sonia y decirle, cariño, mira, como cuando me conociste, vamos a la cama. Después de terminar la traducción, Edgard Edgard ya no se dejó caer por ahí. Había tocado fondo, jamás pudo pensar que echaría de menos a un tipo semejante. Le dijo que una vez terminado el trabajo lo dejaría ir, era evidente que eso no iba a suceder. ¿Cómo iban a soltarlo? Señor Miranda, tome su finiquito y váyase a casa, pero, por favor, no diga que lo hemos tratado mal, si fuera tan amable y pudiera recomendar nuestras instalaciones desde su botón... cinco estrellas serían de agradecer. Al menos no lo torturaban con la comida. Le llevaban el rancho puntualmente a la una y a las ocho. Y nada más. Por eso se extrañó cuando se abrió la puerta fuera de hora.

—Hola, profesor.

Un escalofrío recorrió a León al ver entrar a Candi. Aquella visita sólo podía significar una cosa: era su hora. Lo sacaría, lo llevaría a dar un paseo y le pegaría un tiro en la nuca. O peor, le cortaría la lengua y lo dejaría en una cuneta, como a Lou Marini. Porque fue él, seguro que fue él, el maldito secuaz del tirano de Marte. Lo llamaban Baloo, pero no por ser aquel oso bueno que cuidaba de Mowgly, sino por ser una bestia grande, salvaje y omnívora.

—¿Cómo estás, profesor?

—Déjate de mierdas, hijo de puta.

Candi lo miró triste, realmente deshecho por la culpa.

—Estás horrible.

Ya no le lavaban la ropa, ahora lo tenían con unas humillantes batas de enfermo de papel desechable, además de su barba y su pelo de cavernícola. Candi, en cambio, llevaba el pelo recién cortado y oxigenado. Vestía su mejor camisa blanca y los pantalones caqui que tanto le gustaban a Jose.

—Si quieres matarme, hazlo ya. No quiero conversación, no quiero tus palabras amables.

—¿Matarte? ¿Cómo puedes pensar algo así?

Le hubiera gustado quedarse callado, pero llevaba tantos días solo, tantas horas sin ver siquiera su propio reflejo para poder llevarse la contraria, que sus palabras salían solas como el agua en un canalón un día de lluvia.

—Creía que eras mi amigo y eras un espía apestoso. El pelota de la clase, el que le chiva las miserias al maestro. Y yo contándote mis penas, confesándotelo todo. Dime, ¿por qué me dejaste buscar a Max Pinaud como un idiota?

Mientras escupía las sílabas le entró vértigo, tenía ganas de vomitar aun con el estómago vacío.

—¿Qué has tenido que hacer para tu jefe? ¿Cómo llegaste a donde estás? Dime la verdad, ¿fuiste tú el que le cortó la lengua a Lou Marini?

—¡No! ¡No sabía nada de eso, te lo juro! ¡Sólo soy jefe de mantenimiento! ¡Por Dios, León, tienes que creerme!

Candi estaba pálido, incapaz de avanzar. León se fijó en sus manos, tenían un leve temblor. Tal vez era verdad, quizá Candi sólo era un pobre diablo del que nadie había dicho cosas tan malas nunca.

—¿A qué has venido? ¿A que te perdone? No lo voy a hacer. Me importa un huevo si te sientes mal. Si no vas a liberarme, lo mejor es que te largues de aquí.

No quería que se fuera. Preferiría discutir con cualquiera antes de que esa puerta se cerrase y se quedase solo de nuevo.

—Es por tu mujer. No ha parado de llamar. Han registrado en el hotel más de treinta llamadas sólo en estos tres últimos días.

Su mujer. Tenía una. Hacía días que casi no pensaba en ella. Si llamaba es que estaba viva. Por lo menos no se la había tragado la tierra.

—Sé que estabas muy preocupado.

—¿Puedes llamarla?

—Es mejor que la llames tú. Puedes usar mi botón.

Candi se lo tendió a León.

—No puedo darte imagen. Edgard Edgard ha autorizado esta llamada, pero recuerda, si dices algo acerca de la traducción o de... tu situación.

—De mi secuestro.

—Estaré obligado a cortar la llamada, profesor.

León se abalanzó sobre el botón de Candi y dio las indicaciones para que marcara a Sonia. Durante la espera ninguno dijo una palabra. León se dedicó a pensar a toda prisa qué iba a decir. Una barra de porcentaje le indicaba el tiempo que faltaba para que la comunicación llegara a la Tierra. Su llamada viajaba a la velocidad de la luz, pero hasta lo más rápido resulta lento cuando tu ansia es grande. La última vez que hablaron no supo hacerlo bien, ahora se arrepentía. ¿A qué distancia estarían de la Tierra este mes? Había dejado de llevar la cuenta. El retardo podía variar: cuatro minutos, doce... La llamada estaba al cincuenta por ciento del trayecto. Se la imaginó viajando entre las estrellas, como una paloma supersónica con un mensaje en la pata. O mejor como una cigüeña, larga y de pico afilado como una lanza, con un hatillo en el pico. Ochenta por ciento. La cigüeña ya avistaba el planeta, feo, sucio, lleno de niebla. Candi le introdujo una pequeña bolita en la oreja.

—Con esto podrás escuchar y hablar a solas. Yo estaré fuera, en el pasillo.

—Escuchando fuera en el pasillo...

Candi no contestó y salió cerrando la puerta tras de sí. La llamada al noventa por ciento. La cigüeña llegaba al continente, a la ciudad, ya sólo tenía que encontrar a su mujer, entre las calles, entre los edificios, entre la gente. La cigüeña aterrizó allá donde Sonia estuviera.

—¡Dios mío! ¿León? ¿Eres tú? No puedo verte. ¿Por qué no has llamado? ¿Dónde estás? ¿Por qué no puedo verte?

—Sonia, amor, todo se complicó aquí. Estaba enfadado contigo y perdí el

botón. Perdóname. Os he echado tanto de menos. Estaba enfadado, yo... tenía celos, pero os quiero. Te quiero mucho, Sonia... El otro día me llamaste desde casa, pero tú estabas durmiendo, había una mujer contigo... Fue ella quien me llamó.

Seis minutos treinta.

—Víctor tiene manitú.

¿Cómo? Seis minutos treinta. ¿Tenía de verdad que esperar seis minutos treinta para tener una respuesta a eso? Qué tenía que ver Víctor en toda esa historia, era hacer trampas, romper las reglas de juego.

—Víctor está muy enfermo, León. Tiene manitú.

—No puede ser.

Seis minutos treinta.

—¿Por qué? ¿Porque es un niño? Los niños también se mueren, Leo.

—¡Voy a volver! ¡Saldré en el próximo vuelo! ¡No sé cómo pero me iré!

Seis minutos treinta.

—Es tarde. Cuando llegues Víctor ya no estará.

—No, no me digas eso, no lo sabes.

Seis minutos treinta.

—Si vienes, como muy pronto estarás aquí en dos o tres meses, Leo, piénsalo. ¿Qué te vas a encontrar? Yo tampoco estaré.

(...)

—No te asustes, no me voy a suicidar. Pero ya no estaré. Ni para ti ni para nadie. Voy a cambiar mi vida, Leo, no soy feliz. Hace años que no soy feliz. A lo mejor no lo he sido nunca.

León tuvo que agarrarse a la pared.

—Víctor y yo nos vamos. No es una opción que podamos discutir, es algo que me ha costado mucho decidir. Y no me jodas con que debe estar en un hospital, porque no hay cura, los dos lo sabemos. Quiero que su final sea el mejor posible. Voy a darle todo lo que pueda hasta el final. Vamos a viajar, ¿sabes cuánto tiempo llevamos sin viajar?

—¿De qué estás hablando? ¿Cómo quieres que asimile todo esto? No te entiendo, no te reconozco. ¡Joder, Sonia! ¿Por qué cojones tiene el niño manitú? ¿Dónde lo ha cogido...?

Seis minutos treinta.

—¿De verdad que eso importa? Yo qué sé. Lo mismo fue en el colegio... o... en el aire, ¡no lo sé! Ya da igual. ¿Crees que si hubieras estado aquí habría sido distinto? ¿O piensas que es culpa mía? Yo no te culpo, León, te lo juro. Pero necesito irme, irme con él.

—Yo también tengo derecho, tengo derecho a verlo, tengo derecho a despedirme.

No le hizo falta esperar los seis minutos treinta para contestarle.

—Llámanos otro día. Un día que podamos verte y que puedas vernos. Ahora está acostado. Te quiero, León.

Le ardían los ojos. La rabia.

La comunicación se cortó. O la cortaron. Poco importaba eso ahora. Candi entró en la celda.

—Lo siento, profesor, lo siento muchísimo.

León se dio cuenta de que Candi estaba llorando, deshecho.

—Si lo sientes, sácame de aquí ahora mismo.

—No puedo hacer eso. ¿Sabes qué me pasaría si hiciera algo así?

—No creo que sea peor que lo que me harán si no me sacas.

—¿Crees que porque trabajo para él desde hace años tendría alguna consideración conmigo? Todo esto es suyo, y yo también lo soy.

León se sacó el dispositivo de la oreja y se lo devolvió. Cuando Candi lo fue a coger, León lo dejó caer al suelo. Candi se agachó a recogerlo sin rechistar. Tenía el hipo del llanto atravesado.

—Sabes que no voy a salir, ¿verdad? Nunca me van a soltar, voy a morir aquí. ¿Y por qué? ¿Qué he hecho?

Candi no se atrevió a mirarlo y salió con los hombros caídos, parecía incluso más pequeño que León. La puerta se cerró. Nadie fue a verlo esa noche. Ni al día siguiente. Iba a desaparecer, como lo hicieron los últimos luchadores palestinos. Borrados del mapa.

Era de noche de nuevo. Lo supo por los grillos. Repasó su vida. Intentó hacerlo en orden, de sus primeros recuerdos a sus últimos días. Lo primero que recordaba era ver a sus padres dormir. Se despertaba de noche y corría a su habitación. No saltaba sobre su cama ni les abría los ojos con sus deditos

como otros niños, se sentaba en el suelo a mirarlos, anhelando que se despertaran cuanto antes. Había un reloj con las horas en rojo, y León las observaba, intentando captar en qué momento exacto cambiaban los palitos que conformaban cada dígito, cómo el cuatro se convertía en cinco, y el cinco en seis, sumando sólo un pequeño palito. Recuerda apenas pequeños fragmentos, pero sabe que sentía miedo. El siguiente cromo en su álbum de la memoria es en clase de natación: una profesora le señala que se ha puesto los calzoncillos al revés, él se siente apurado, ella lo nota y le dice que eso le traerá buena suerte. Va pasando páginas y pegando cromos. Folla por primera vez, mal, y una segunda vez, aún peor. Luego esa novia mala y tonta. Muere su abuela querida. Conoce a Sonia y termina sus estudios y viajan y ríen y beben y alguna vez bailan. Tienen a Víctor. Víctor. Sólo pensar en su nombre y se le para el corazón. Pobre Víctor, ya no puede recordarlo igual. Cualquier imagen en su cabeza tiene ahora la sombra de la enfermedad. El cromo de Víctor aprendiendo a montar en bicicleta aparece con un sutil moho que deteriora los colores, amenazando con comérselo todo. Muchos recuerdos están distorsionados por las veces que los ha contado o rememorado, otros también están deformados por sobarlos en el recuerdo, aunque no se los haya contado nunca a nadie. Otros le vienen de pronto, puros, al menos en apariencia, recuerdos nuevos, que ni sabía que tenía. Como un día comiendo helado, al sol, tumbado en el suelo de una casa que no sabe identificar. ¿Qué hay de cierto en nuestros recuerdos? ¿Dónde están guardados? ¿Qué hacen mientras no los tocamos?

Y llega hasta el momento en que se encuentra, encerrado en una celda, orinando y cagando en un agujero con agua corriente. No lo tienen en condiciones inhumanas, eso sería exagerar. Aunque privar de libertad ya es inhumano. O quizá no. Es cruel. Los humanos hacemos muchas cosas crueles. Los Ur hacemos cosas crueles. Repasó su vida durante varias horas, como si buscara una pista, como si se le escapara algo, intentando darle algún sentido al argumento, encontrar una temática en el álbum de cromos, un título. ¿Había tenido una vida más o menos plena? No lo sabría decir. ¿Alguien esperaba algo de él? León solía despreciar las preguntas existenciales tan obvias, pero de pronto aquello lo picaba desde dentro. Su

hijo se estaba muriendo, iba a morir antes que él y no dejaba de sonar en su cabeza el mismo mantra: ¿para qué cojones he venido a este mundo?

Casi se estaba quedando dormido cuando un crujido resonó en la lejanía, como un trueno. Las luces se apagaron. Todo en silencio, ni un zumbido, nada. Sólo algunos grillos lejanos. Qué gusto. La puerta hizo clic. Era el ruido del cierre eléctrico que precedía a las comidas y a las visitas, pero después nada pasó. León dudó durante unos instantes. ¿Para qué moverse? Ya nada importaba. Había perdido todas las partidas. El silencio continuaba. Oyó pasos corriendo de aquí para allá, también murmullos lejanos. Sin darse cuenta estaba de pie. ¿Adónde quieres ir, León? Es curioso cómo aun cuando estamos hundidos en la más espesa de las mierdas seguimos agarrándonos a la vida. Como aquel vecino de sus padres. Treinta y cinco kilos, cáncer terminal con metástasis en todos los huesos, ni su mujer ni nadie podía soportarlo más, pero él seguía aferrado a la roca igual que un percebe en un rompeolas. León se acercó temeroso a la puerta, tiró de ella y, efectivamente, estaba abierta. Asomó la cabeza. El pasillo lo amenazaba, oscuro y desierto. Al final vio reflejos danzantes producidos por linternas. Era mejor que le dispararan por la espalda a quedarse ahí esperando, atormentado por la culpa de no pasar los últimos días con su hijo. Tomó aire y salió. No sabía bien adónde dirigirse, si hacia las linternas o hacia el otro lado. No conocía el edificio; cuando lo encerraron se despertó en su celda y en todo ese tiempo nunca había salido. Cerró la puerta con delicadeza y finalmente echó a andar en sentido contrario a la luz por miedo a ser descubierto. El suelo del pasillo estaba frío. Recordó el primer día que llegó y sintió el frío suelo del exterior del hotel. Apenas podía ver nada, estaba tan oscuro que tuvo que poner las manos por delante para tantee. Llegó al final del corredor y se topó con una pared. Volvió la cabeza y vio cómo las luces de las linternas se intensificaban, acercándose, acechando. Tenía que desandar camino. Pensó en volver a su celda, tal vez era lo más seguro. Si lo descubrían fuera lo castigarían de alguna forma. Y no quería eso, ya había descubierto que no aguantaba el dolor. El haz de una linterna dobló el recodo justo cuando descubrió una puerta a su derecha. Entró. Intentó quedarse muy quieto, detrás de la hoja entornada. Se dio cuenta de lo fuerte que respiraba, le latían las

sienes, estaba muy nervioso. La luz se acercó peinando el pasillo, se coló por debajo de la puerta iluminando sus pies descalzos. León vio que era una sala igual a la suya, pero con una mesa y un par de sillas. Aquello no era una cárcel, en Marte no había cárceles, todavía. Lo habían encerrado en algún edificio militar. Unos pasos se acercaron hasta donde estaba él. Aguantó la respiración.

—Aquí no hay movimiento.

Una voz de mujer habló por algún tipo de comunicador. Dio media vuelta y los pasos y la luz se alejaron. León soltó aire e inspiró de nuevo. Nadie sabía que había abandonado su encierro. Tenía que actuar con rapidez, tenía una oportunidad. Se puso a buscar a tientas, hasta que sus ojos comenzaron a acostumbrarse a la falta de luz. En la pared encontró una caja metálica. Dentro había una petaca con un interruptor, una linterna.

Corrió en la dirección en la que bailaban las luces. Al llegar al recodo se paró, dudando. Se oía revuelo. Encendió la linterna, la luz sería su escudo. Echó a correr de nuevo con el foco por delante. Era un pasillo muy largo. Al fondo había tres soldados, cada uno con su linterna. Uno estaba subido en un taburete comprobando algo en el techo. Miraron hacia él, pero antes de que les diera tiempo a más, León se volvió hacia la izquierda por la primera intersección que encontró. No te pares, sigue andando, no te pares. Ya no pensaba. Huyendo por los pasillos oscuros de pronto se sintió vivo de otra forma. Tal vez por las sustancias que el miedo hacía liberar a su cerebro, éste era el mejor rato que había tenido en el día, quizá en varios días. Mantenerse activo le servía para evadirse, para no pensar en el muro, en los Ur, pero sobre todo para no pensar en Víctor. Al final del nuevo pasillo había alguien con uniforme. Otro soldado. Estaba de espaldas con su linterna enfocando hacia las sombras que tenía por delante. León siguió. Era una mujer. Posiblemente la que había estado a punto de descubrirlo minutos atrás. Ella se volvió alertada por la luz. La enfocó directamente a los ojos, ella se tapó con la mano.

—Eh, ¿qué haces?

—El señor Miranda ha salido de su celda.

—¿Quién es el señor Miranda?

No sabían quién era. A lo mejor ni siquiera tenían constancia de que él estaba allí. Siempre le llevaban la comida los dos mismos soldados. Vete tú a saber lo que les habrían contado.

—Aparta la luz, hostias.

La soldado miró al suelo y vio los pies descalzos de León, sus tristes canillas y un pie amoratado con toques de verde y amarillo. Porque los hematomas van adquiriendo esos tintes deslucidos y cetrinos como un pelo decolorado pasado por el cloro de una piscina. Subió un poco la vista y vislumbró la ridícula bata de hospital.

Pegar a alguien no es fácil, al menos no para León, que jamás disfrutó con la violencia. La soldado apretó su comunicador. Él alzó la linterna y descargó un golpe sobre la cabeza de la chica. Lo hizo lo más fuerte que pudo, pero ella no se desmayó como él hubiera deseado. Se tambaleó y lo miró desconcertada. León tuvo que levantar el brazo y golpear de nuevo. Ella gritó al mismo tiempo que lo agarraba por los hombros, clavándole los dedos y las uñas. Sintió un fuerte dolor en la clavícula. Otro golpe más, el tercero, esta vez en la cara. Fue una sensación extraña, entre algo duro y blando a la vez. Ella se iluminó a sí misma con la linterna y un hilo de sangre brilló deslizándose por su frente, por la cuenca del ojo y la comisura de la boca, pero no lo soltaba. Un golpe más en la nuca y esta vez sí cayó al suelo. Aunque la muy tozuda seguía consciente. Intentó levantarse. León dejó la linterna y le rodeó el cuello con las manos. Apretó hasta que dejó de moverse. Comprobó con miedo el pulso de la soldado; su corazón seguía latiendo, lentamente. Sin embargo, el de León bailaba como loco dentro de su pecho, estaba sudando, un sudor frío, oloroso y desagradable. Alguien lo habría oído todo. Oyó pasos. ¡Seguro que lo habrían oído todo! Recogió la linterna y recorrió las paredes con la luz buscando una salida. Dos metros más adelante había una puerta. Agarró a la soldado por las piernas y la arrastró hasta allí.

La ropa le iba corta, aunque le entraba sin demasiados problemas. Las botas le estaban pequeñas, pero no era un momento para ponerse exigente. La sangre le bombeaba caliente en las sienes. Si hubiera tenido su botón operativo lo habría avisado de los niveles de adrenalina. De modo que eso era

lo que sentían los niños del cole cuando zurraban a otro. Era un sabor tan ácido como agradable. Una parte oscura de él, la que siempre se sintió cobarde, se llenó de orgullo. Le arrancó el botón de la muñeca y se lo echó a un bolsillo. Se ajustó el cinto y comprobó la facilidad para sacar el arma. Cogió la linterna de ella, porque la suya estaba manchada de sangre, y salió al pasillo de nuevo. Caminó hacia las luces. No sabía con seguridad qué aspecto tenía, pero desde luego no debía de ser muy adecuado. La ropa, la barba desaliñada. Lo importante era la actitud, no pararse, caminar firme y decidido. Giró en el primer recodo, se cruzó con alguien pero no se detuvo a mirar. Tenía que encontrar una salida. No sabía en qué planta estaba. Tal vez un bajo, un sótano, una quinta planta. Frente a él, cuatro soldados estaban parados con sus linternas en la mano. Levanta la luz, ciégalos, que no te vean dudar.

—¿Eres tú, Mónica? Te hemos llamado mil veces por el canal tres.

León no iba a responder, sólo iba a seguir hacia delante, cuando las luces se encendieron cegándolos a todos.

—¡Por fin! ¡Mario ha levantado el generador!

Las pupilas se achicaron y los cuatro miraron a León con extrañeza. Arrojó la linterna y se lanzó a la carrera. Corrió todo lo que pudo sin saber si lo seguían o no. Lo supo cuando oyó un disparo. Amplió las zancadas. Al fondo del pasillo había una ventana abierta con un soldado fumando. Era una imagen romántica, ¿quién fumaba hoy día? Se parecía a un cromo de los que tenía en su álbum. Su abuela fumando en una ventana. Corrió hacia él, y cuando éste se volvió, León no dudó en soltar un golpe con el puño cerrado. Le salió natural, como si llevara toda la vida haciéndolo. No lo derribó, pero le dio margen para saltar por la ventana.

La caída dolió, especialmente en el pie. El suelo era de grava fina y le raspó las palmas de las manos. Miró hacia atrás. Por suerte era un primer piso. No se detuvo, siguió corriendo. Oyó voces tras él hasta que se adentró en los pinos.

Sólo una hora después se paró, mareado, al borde del desmayo. Lo de arriba empezó a estar abajo. Hasta ese momento no había reparado en la cuestión del oxígeno en el aire. Qué coñazo de planeta, nunca se

acostumbraría a esa mierda. Buscó en su traje lleno de bolsillos y finalmente las encontró: una bolsita con unas gafas de oxígeno. Se las puso y se sentó a descansar. El dolor del pie era terrible; lo mejor sería quitarse esas botas. Le sangraban los dos tobillos, pero eran simples rozaduras, nada serio. Se dejó caer hacia atrás tumbándose sobre el manto de agujas de pino. El espectáculo lo sobrecogió. Entre las copas de los pinos se podía ver la Vía Láctea. Por primera vez en toda su vida veía limpias y claras las estrellas. ¿Cuánta gente estaría mirando ahora el cielo en Marte? Tal vez mucha, por el apagón. ¿Cuánta en otros planetas? Qué poder de atracción tenía el firmamento. Y no era sólo por no haberlo visto en años. Siempre fue así. ¿Era simplemente su belleza o es que el mundo se nos quedaba pequeño? Sentíamos desde el inicio de nuestras vidas esa ansia de llegar más y más lejos, de expandirnos, de conquistarlo todo. ¿Estarían Víctor y Sonia mirando el cielo también? A veces se abría un pequeño hueco entre las nubes y se vislumbraba la Luna, Venus, Júpiter...

Sacó el botón y lo encendió. «Error de identificación. Problema de detección de usuario.»

—Activar emergencias. Indicar ubicación.

Un mapa tridimensional le mostró dónde estaba. Se había largado de ahí, muy bien, ¿y ahora qué? No tenía adónde ir. No podía volver a la Tierra, no podría subirse a la nave, era un fugitivo. Según el mapa estaba en los límites de C-2, pero no veía ninguna luz. Si era así, se había apagado toda la colonia. El fulgor de unas linternas lejanas lo hizo ponerse en marcha de nuevo. Sólo se le ocurría un sitio adonde ir. Iría descalzo, unas agujas de pino no lo iban a detener ahora.

Se coló en el jardín a oscuras. Recorrió de puntillas el perímetro de la casa buscando una entrada hasta que *Boris*, el yaco de cola roja, alertó de su presencia al divisarlo a través del cristal. León lo mandó callar con el dedo inútilmente. No podía oír chillar al loro por el aislamiento, pero los movimientos y el batir de alas eran inequívocos.

—¿Quién anda ahí?

Jose estaba en camisión y más despeinada que de costumbre. Sujetaba una palmatoria con una vela encendida en la mano.

—Madre mía, estás espantoso. Pasa... Menudo lío se ha armado con el apagón. ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has vuelto?

La cara de desconcierto de León debió de decirlo todo.

—¿No te fuiste a la Tierra? Candi me dijo...

Como cuando los oídos se destapan después de un vuelo, Jose pareció entender muchas cosas de golpe.

—¿Por qué no te das una ducha de agua? Tengo ropa de cuando los niños eran más pequeños que seguramente te servirá.

La casa estaba salpicada de velas, por el apagón. Jose lo guio hasta el baño y lo dejó a solas. El agua caliente fue milagrosa. Por el desagüe se iban días de encierro, meses de tortura de Edgard Edgard. Las heridas escocían al limpiarlas, era un escozor bueno. Pero cuanto más limpio se quedaba, más se avivaba el dolor por Víctor.

Salió de la ducha rezumando vapor. Jose le había dejado un juego de toallas y albornoz. Todas bordadas con las iniciales J. o C. Empañó el espejo y tuvo que pasar la mano para verse. Con la melena encrespada y la barba hacía honor a su nombre. Un león herido y enfermo. Con unas tijeras se cortó todo lo que pudo, al descuido, sólo para sanear. Sobre un taburete, perfectamente doblada, estaba la ropa que supuestamente podía valerle. Un peto vaquero y una camiseta de manga larga blanca con rayas rojas. Aquellas prendas debieron de pertenecer a los Cándidos cuando tenían doce años. Desde luego no eran de su estilo. Lo mejor era vestirse sin pensárselo. El conjunto le confería un aspecto de muñeco grande, pero le sentaba sorprendentemente bien.

Cuando salió del cuarto de baño Candi acababa de regresar a casa. Se encontraba en un estado lamentable. No hacía falta acercarse para saber que había bebido. Se quedó parado mirando a León, que terminaba de secarse el pelo recién cortado. Jose se aproximó y se quedó callada con una evidente preocupación en el rostro. Seguramente nunca lo había visto en ese estado.

—Ahora ya lo sabes, Jose. Soy una *mierda* —subrayó la palabra.

—¿De qué estás hablando?

—¿No te lo ha contado? Lo vendí. Se lo di al señorito para que lo encerrara de por vida. O peor...

—Bueno, Candi, ya está. Además, me has ayudado a escapar.

Candi lo miró sorprendido.

—Sólo el jefe de mantenimiento puede dejar todo C-2 sin electricidad.

—¿Has sido tú el que has armado todo esto? —dijo Jose alarmada.

Candi no soltó palabra. Le costaba sostenerse derecho. Jose salió murmurando. León no sabía qué decir. A pesar de su calvario no podía evitar sentirse culpable. Fue a abrir la boca cuando Candi lo interrumpió.

—Después de verte me fui junto al aeropuerto. Pedí una botella sólo para mí y me la llevé al coche. Me fui al monte y no me he movido de ahí en horas...

—¿Qué quieres decir?

—Que yo no he hecho nada de esto. Pero si tú lo has pensado, seguro que otros también lo creen. Seguro que Edgard Edgard piensa que he sido yo.

—Tal vez sólo ha sido un apagón.

—No, esto es un sabotaje.

Capítulo 36

Extractos del diario de Max Pinaud.

6 de febrero

Necesitaba dejar Marte atrás y ahora sé que no lo voy a echar de menos. No me he despedido de Lou. Ni de Lou ni de nadie. Ojalá pudiera llegar ya a la Tierra y sacudirme la arena del todo de ese feo y terrible planeta, no me sentiré seguro hasta que esté ahí. Contigo. Necesito abrazarte. Porque sabes que escribo esto para ti. Tú fuiste el que te empeñaste en que llevara una bitácora. Para qué voy a engañarme, esto es una carta, no un diario.

11 de febrero

No paro de darle vueltas a todo. Apenas puedo dormir. Tengo sueños. Y no sólo cuando duermo. Pero ahora no quiero escribir sobre eso. Sólo quiero olvidar. Esperar que todo se diluya en la distancia. Poner tierra de por medio, *tempus omnia vulnera sanat*. Por si fuera poco, no dejo de pensar que todo el mundo a bordo sabe quién soy, que se han dado cuenta de que yo no puedo ser el que pretendo ser. Sobre todo ese estúpido almirante, que no me quita los ojos de encima. ¿Si lo han descubierto, qué harán conmigo? Temo que me echen por la borda como hacían los piratas, que me lancen al espacio a flotar eternamente. O peor, que me manden de vuelta a Marte. Supongo que es paranoia, ya me conoces. Supongo que para ellos sólo soy otro chico del cuerpo de baile que vuelve a su casa. Qué gracia, como si yo pudiera dar un solo paso de baile. ¿Te acuerdas de cuando bailamos por primera vez? Al menos lo intenté. Tú habías organizado la fiesta benéfica para tus niños y yo andaba perdido sin saber qué hacer allí. Me sacaste a bailar y me convenciste para quedarme. No te fue difícil, ¿verdad? Menuda cara de tonto debía de tener. Te observaba todo el tiempo como el que se ha encontrado por primera vez ante un volcán. Me da vergüenza sólo recordarlo.

Intento pensar en otras cosas, ¿sabes? Lo que sea que me aleje de lo que me trajo a este planeta que todavía puedo ver desde las ventanas. Estoy relejendo *La odisea*, aunque no consigo concentrarme. Cada dos líneas me descubro pensando en lo que no quiero. A veces paso dos páginas sin entender lo que he leído. Es como si Circe me

hubiese hechizado. No son sólo sueños, son visiones. He envidiado tu suerte de creer en Dios, he buscado ese sentimiento como un loco. Y ahora no lo quiero. La idea de un dios es aterradora. Quiero poder comentar todo esto contigo, que me enseñes el lado bueno, que me expliques como tú sabes que aún hay esperanza. No puedo llamarte, si lo hago me detectarían.

19 de febrero

A estas alturas ya habrán notado mi marcha. No ha debido de ser inmediato, porque no me relacionaba con mucha gente, aparte de esa familia de la que te hablé, esos pobres hombres provincianos. Y el pobre Lou, un chico que conocí en un club. No te he hablado de Lou porque me ha parecido innecesario y de mal gusto. Lou es un buen niño que me ha ayudado a soportar todo esto y, sobre todo, tu ausencia. Recuerda que yo quería serte fiel y que fuiste tú el que me repetía que eso era una tontería y que el tiempo era muy largo y que yo no debía estar solo. Tú lo sabías bien, no sé estar solo. Me desmorono, me deshago, me pierdo en mis obsesiones. Si tú hubieras venido conmigo habría sido todo tan distinto... Las visiones. Aunque me sacara los ojos, ellas seguirían en mi cabeza. Tal vez en Obtención de Información puedan arreglarme, como a una máquina estropeada.

1 de marzo

Tenía razón sobre el almirante. Bueno, razón a medias. No sabe quién soy, en eso al menos me equivocaba. Ayer me hizo quedarme después de la cena, dijo que quería hablar conmigo. Empezó por hacerme preguntas sobre la compañía de baile en la que trabajaba, si había bailado en tal o cual discoteca. Salí del paso imaginándome que era Lou y respondí lo que imaginaba que él habría respondido. El almirante asentía a lo que yo le contaba de forma automática; en realidad, no creo que prestara demasiada atención, parecía estar más pendiente de la gente que abandonaba la sala. Cuando nos quedamos a solas me dijo que sabía perfectamente que yo era un polizón. Que todo en mí lo daba a entender y que, sintiéndolo mucho, iba a tener que informar a la compañía. Yo le pedí que no lo hiciera, que no era ningún delincuente, que simplemente había tenido que salir porque mis padres estaban enfermos y la empresa de baile se negaba a darme el permiso. Lo sé, era una excusa absurda, pero parece que eso al almirante le daba lo mismo, no manifestó si se lo creía o no. El hombre se humedeció el bigote, tenía un bigote gris, ancho y perfectamente recortado, a juego con su corte de pelo cuadrado, a la antigua. Me dijo que haría la vista gorda si yo iba a su camarote pasada la medianoche.

El almirante se marchó. Yo me quedé en el comedor sin moverme hasta que llegó la hora. Pensé en avisar al capitán, incluso en entregarme. Tenía miedo. Sabes que nunca me han gustado los militares, y si hubieras visto a ese hombre, no parecía precisamente delicado.

A las doce fui a su pasillo y llamé a la puerta. Oí un carraspeo y abrió, me dejó pasar, inexpresivo, y cerró enseguida. Sinceramente, en ese momento estaba helado. Ya me han pegado alguna vez y no quería pasar por eso... El almirante me miraba, ahí parado, sin decir nada. Yo, por romper el hielo, le pregunté si quería que me desnudase. Él

negó. Me dijo que lo único que quería era que dejara que él... Qué tontería, de pronto me da pudor decirlo, y más aún ponerlo por escrito. Aquel hombre quería chuparme el pene (te puedes imaginar que incluso escrito me desagrada usar este lenguaje). Sé lo que tú me habrías dicho, pero en ese momento me pareció un precio bajo a cambio de que no me detuvieran. ¿Por qué me encuentro siempre con todo tipo de degenerados? ¿Tiene que ver con mi físico o mi forma de moverme? El almirante me pidió que no lo mirase, se arrodilló y me abrió el pantalón. Fue eterno. La situación era tan grotesca que ni siquiera conseguí que se me pusiera... ya sabes. Comencé a sentirme culpable, incluso me excusé diciéndole que era mi culpa. Él se apartó y me pidió que me fuera. Cuando salí, lo oí llorar.

6 de marzo

Llevo evitando al almirante todo lo que puedo. Paso los días tumbado en la litera y apenas salgo de mi camarote. Tengo miedo de que el chantaje continúe y pretenda avanzar en su exploración personal. Hoy me he cruzado con él y ha retirado la vista, claramente incómodo. Me tranquiliza. Puede que me anime luego a cenar en el comedor.

11 de marzo

No puedo enviarte esto que escribo, lo leerás, si quieres, cuando llegue, o no lo leerás nunca. Pero mandártelo es demasiado arriesgado, lo escutarían los procesadores, se darían cuenta de que estoy aquí.

¿Recuerdas cuando hice el viaje a Amerirak? Claro que lo recuerdas. Fue la primera vez que nos separamos un tiempo prolongado. No pude contarte lo que allí vi, me hicieron firmar todo tipo de contratos de confidencialidad. Me costó lo imposible no llamarte y contártelo todo, yo no sé guardar un secreto. Nunca te dije qué había allí. No me lo preguntaste entonces y te lo agradezco. Pero yo te lo cuento ahora. En ese desierto estaba escrita en piedra nuestra vergüenza, nuestro pecado original. No lo supe ver porque la fascinación me cegó. Era mi primer trabajo después de mi tesis. ¡Mi primer trabajo! Y posiblemente era el encargo más fascinante de la historia de la humanidad. Aquello te habría fascinado a ti también, te lo aseguro. Para mí tenía una importancia incuestionable desde el punto de vista lingüístico y también antropológico, pero tú, tú le habrías exprimido todo el jugo místico. Algo que no supe ver pero que ahora veo.

Quiero verte, necesito que me ilumines como tú sabes hacer. Tú siempre me recuerdas que hay gente buena luchando por causas imposibles, gente que se sacrifica para que otros vivan mejor. Fernando, quiero que me devuelvas la fe en el ser humano.

10 de abril

He salido de esa horrible nave. Voy en un tren rumbo hacia ti. No puedo creer que mañana vaya a verte.

12 de abril

Nada ha sido como esperaba. Ayer te encontré y estabas radiante, trabajando con tus

niños, tan metido en tu papel como siempre. Me abrazaste un poco frío, pero era normal, ha pasado mucho tiempo. Me llevaste a comer ese pan que hacen los trabajadores y me pusiste al día de tu vida. Poco a poco vi cómo recuperabas la confianza y sentí que estaba en casa de nuevo. Luego seguiste trabajando y yo te esperé. Unas horas más no iban a matarme. Por la noche hicimos el amor, había merecido la pena esperar. Y luego hablamos. Las visiones se han calmado. Ojalá pueda recordarlo todo como un mal sueño.

15 de abril

La noche del 12, cuando mejor estaba, me desperté gritando, muy asustado. Tú me consolaste. No pude esperar a que leyeras todo esto y te lo conté todo. No debí hacerlo, me arrepiento. Estás... iba a decir serio, pero tú siempre has sido serio. Estás apagado, y eso sí que es algo nuevo en alguien como tú, tan luchador, tan lleno de energía. Llevas tres días sin hablarme. Tan sólo te despides de mí cuando te marchas y ni siquiera me miras cuando lo haces. No, no tendría que haberte contado nada. Toda esa basura de los Ur y su maldita civilización. Si pudiera olvidarlo, si pudiera borrarlo todo de mi mente, o viajar en el tiempo para no haber ido nunca a Amerirak, no haber ido nunca a Marte. Quiero dar marcha atrás, deshacerlo todo, no haber ido a Marte nunca, no haber traducido esos textos horribles. Pero no puedo hacer eso. Necesitaba contarlo. Y si no te lo cuento a ti, a quién lo hago. Tú eres el fuerte, tú has sido mi muleta, mi luz, mi guía. Eres lo que me ha hecho aguantar, quien me ayudó a escapar de ese horrible planeta. Ahora no tengo identidad, soy un fugitivo, y necesito que estés a mi lado. Por favor, háblame. Háblame, te lo ruego.

20 de abril

Por fin te has dignado a hablarme. Aunque habría sido mejor que no lo hubieses hecho. No te reconozco, Fernando, no pareces tú. Me tratas como si yo tuviese la culpa de lo que ha pasado, como si yo fuera el responsable de todos los pecados del hombre. No es justo. No debí dejarte leer la traducción. Sé que todo esto cuestiona tus creencias, pero eso no es tan malo. Tener certezas inamovibles en la vida es un error. No sabemos nada. Esto lo escribieron unos hombres hace millones de años en Marte, eso no significa que sea la verdad. Hay muchas verdades, tú mismo me lo hiciste ver cuando te conocí. Ya sabes que yo no creía en Dios. De hecho, a una parte de mí le costaba entender que alguien de verdad pudiera creer sin estar un poco, bueno, loco. Secretamente, de alguna manera pensaba que tú en realidad no creías, que era un bastón en el que apoyarte, incluso un acto de rebeldía, una forma de enfrentarte a este mundo injusto, a tu padre, yo qué sé. Pero ahora creo. He decidido no luchar contra las visiones, aceptarlas como parte de mí.

26 de abril

Anoche hablamos casi como antes. Nos quedamos en el porche y sacaste esa botella de vino que hacen en el valle. Es muy bonito lo que haces aquí, Fernando. Ayudar a esos niños, y a esas familias. Si no fuera por ti serían zombis, hace tiempo que los habrían echado al otro lado de la frontera. Estoy tan orgulloso de ti. En parte los

envidia, en las reservas viven como se vivía antes, en contacto con las cosas, sin botón, sin yuanes, sin prisa. Vale, no me cambiaría por ellos, pero sí que me gustaría tener eso que tienen, eso que tú los has ayudado a tener.

Pero esta mañana te has ido enfadado de nuevo, qué se le va a hacer. Yo me quedo con que anoche fuiste tú de nuevo. Fue una conversación dura, larga y filosófica, como casi todas las que se tienen contigo. Hablamos del libre albedrío, del lugar que ocupamos en el mundo, del bien y del mal, en definitiva. Te calentaste con el vino y empezaste a despotricar de lo que para ti eran las grandes mentiras de la humanidad. Que esto demostraba que habíamos creado la religión para justificar nuestra maldad. Yo alegué que ahora que sabía que llevábamos millones de años en el universo, de planeta en planeta, empezaba a entender más la idea del creador, que quizá las religiones tenían razón. Que puede ser que fuéramos una especie superior con una misión, que tal vez estábamos hechos a la imagen y semejanza de Dios. Tú me dijiste que, como siempre, no entendía nada, pero que me querías igual. Discutimos, pero discutimos bien. Hasta el amanecer.

Pero hoy todo se ha oscurecido de nuevo. Tienes esa cara que parece no reflejar la luz, en penumbra. Yo también estoy afectado. ¿Crees que a mí no me afectan las cosas?

3 de mayo

Las visiones han aumentado. Creía que me acostumbraría, pero no puedo. No sé qué pensar, la verdad. Sólo quiero que paren.

7 de mayo

Me desperté y me estabas mirando. Parecías Medusa, con serpientes por dentro y por fuera. Me das miedo. No quiero que me conviertas en piedra. Me vas a abandonar, lo sé. Yo también me abandonaría. Voy a ir a Obtención de Información.

Necesito que me hagan olvidar.

Capítulo 37

Cuando se recompuso del golpe aflojó las correas de seguridad. El charco de sangre seguía creciendo, inundando el suelo metálico de la pequeña nave de emergencia. Abrió el botiquín y cogió un parche adhesivo. Limpió como pudo la zona de residuo seco y lo aplicó con fuerza. Eso funcionaría hasta que encontrara el material adecuado para curar mejor esa herida. El disparo de esa policía dolía como el demonio, pero no iba a morir, no podía permitir detenerse ahora. Pulsó el botón de salida y la cápsula se abrió en dos mitades como una naranja.

La luz lo golpeó, y después los colores. Frente a él se extendía una pradera de hierba verde infinita. Y sobre ella el cielo azul, limpio, tan sólo salpicado por alguna nube redonda de claras a punto de nieve. Estaba en Marte. Pisó fuera. El pasto era carnoso y grueso. Las hebras estaban llenas de agua, aquello no era césped, sino más bien algún tipo de planta crasa muy fina y esponjosa. La cápsula había impactado contra el suelo dejando un surco de barro largo y profundo, como el del arado de un gigante esforzado. Permaneció un tiempo absorto, paralizado. Sabía que debía ir hacia el este. Aun así, necesitaba ubicarse, y para eso tenía mapas, y brújula. No podía permitirse usar ningún aparato que emitiera una señal, que pudiera delatar su posición. Estaba aún muy lejos de su primera parada, más de lo que pensaba. Puede que necesitara algo más que un parche adhesivo si tenía que caminar tanto. Sacó un viejo reloj de bolsillo y miró la hora. Lo agitó y le dio cuerda. Debía ponerse en marcha y no perder un minuto. Gracias a la baja gravedad avanzaría deprisa.

Al fondo se intuía un gran pinar. Lo esperaba una larga caminata. Esperaba que no lo alcanzara la noche. Solo como siempre. Cualquiera diría que tras años sin compañía uno se acostumbra a la soledad. No es así. Sí, claro que te habitúas, dejas de esperar que suene el timbre de la puerta y aprendes a hablar solo, pero pesa como una mochila de piedras subiendo una montaña. Y duele. Los recuerdos se convierten en bestias acechantes que te acosan cada vez que bajas la guardia. Miró hacia atrás y vio la cápsula lejana y pequeña. Conservaba algún recuerdo bueno de su padre adoptivo. Tenía aquella colección de láser disc tan cuidada, en orden alfabético. Más de tres mil títulos. Juntos, en la sala de proyección, vieron esa película, *Superman*. También tenía esos colores vivos. Le gustó pensar que él era Kal-El, cayendo en su nave espacial, dispuesto a salvar el planeta, a sacrificarse por todos.

—Me hablaste muchas veces de estos paisajes, incluso antes de haberlos visto, cuando preparabas tu viaje. Decías que era un paraíso. La verdad es que no te creí. Eras tan impresionable, Max. Cualquier cosa que contabas había que rebajarla, quitarle los superlativos para acercarla a la verdad, si es que tal cosa como la verdad existe. Sí, claro que existe, por eso estoy aquí, no lo olvidemos. Echo de menos esos tiempos. Ya sé que piensas que soy de hielo y que no te quería, pero claro que te quería. A mi manera. Yo no soy como tú, con todos esos sentimientos a flor de piel. Yo soy de otra forma, y tú lo sabías. Yo no me enamoro hasta perder el seso. De todos. Porque no sólo te enamoraste de mí. Te enamorabas de todo y de todos. ¿Crees que no me daba cuenta? Necesitabas vivir a flor de piel todo el tiempo. Te hacías la víctima, pero eso era sólo porque así te gustaba más, querías sentir y sentir, aunque fuera dolor. Yo sólo te he querido a ti. A mi manera, pero sólo a ti. Que tú me amaras no tiene mérito, habrías perdido la cabeza por cualquiera que te prestara la atención y el desdén necesario. La primera vez que te vi pensé en esas figuras del Greco. En el *San Juan*. Parecías derretirte, retorcerte, cera que caía del cielo. Tenías esa expresión ida, iluminada. Me pediste disculpas por no ser creyente, que te era imposible tener fe. Pero cualquiera con un mínimo de sensibilidad habría sabido ver que eras un

místico. Rebosabas fe. Lo que pasa es que no habías encontrado un mensaje que se adaptara a tu personalidad, a tu visión compasiva del mundo. Todos los dioses te resultaban caprichosos y crueles, tú querías un Dios amante, compasivo, tierno. Ojalá lo hubieras encontrado y me lo hubieses mostrado. Igual que estos campos. Son realmente hermosos. Qué lástima que ya no me importe. O no lo suficiente. Perdí lo que me quedaba de humanidad contigo. Tú te lo llevaste.

»¿Sabes por qué me hice sacerdote? Sí, para vengarme de mi padre, al principio. Para él era algo inútil, ridículo, improductivo. Un misionero, alguien que ayudaba a los que la selección natural había escogido para morir. Tiene gracia lo de la selección natural, tiene gracia que piensen eso los ricos cuando ellos se ponen corazones modificados, cuerpos mejorados. Selección natural... querría yo verlos en la selva, o en el medievo, a ver qué hacía con ellos la selección natural. Siempre piensan que han llegado lejos por sus méritos, se resisten a entender que arrancaron kilómetros por delante en la línea de salida. Sí, mi padre nació pobre, hay excepciones, siempre hay excepciones. Yo me hice cura católico pensando que eso le dolería. Luego me di cuenta de que no, de que nada de lo que hacía lo afectaba, nada de lo que pudiera hacer lo afectaría jamás. El suicidio me rondó por la cabeza, que viera lo que había hecho conmigo, que cargara con la culpa. Pero ¿a quién pretendía engañar?, él no se hubiera culpado de mi muerte, la habría mirado con resignación lamentándose de haber tenido un hijo tan débil.

»Doce hermanos. Es curioso cómo un desapegado hijo de su madre como él se dedicó a tener tantos hijos. Él mismo había ayudado a que se estableciera la obligación de obtener permisos de paternidad. Un mundo en el que se te prohíbe tener un hijo a no ser que el gobierno te autorice y tú tienes doce. Para no quererlos a ninguno. Bueno, a Linda sí. A Linda sí que la quiso. Imagino que lo fascinó. Supongo que era la única mujer que no podía comprar. La única con la que no podía fornicar. Mira, al menos tenía alguna barrera moral, algo más grande que sus ansias de crecer y crecer y crecer. Y perdurar. Qué ridículo. Nadie perdura. Sí, tal vez te recuerden cien, quinientos, mil años, dos mil... Eso no es nada. Lo que de verdad perdura es la devastación que dejamos. Ésa queda para siempre.

»Esto es hermoso, sí. Eso te lo concedo. El hombre lo ha creado y es hermoso, yo nunca he negado que seamos capaces de crear cosas maravillosas. Ten por seguro que no lo hacemos como un regalo a la naturaleza en pago por todo lo que le hemos arrebatado. Lo hacemos para sobrevivir. ¿Cuánto crees que va a durar así? ¿Cuánto crees que tardarán en inventarse una excusa para talar todos estos árboles? Y si no, mira: ¿estaba así cuando tú viniste?

Había llegado a lo alto de una loma y en el valle se extendía C-3, medio millón de casas clónicas y vacías. Pequeños chalets pareados con su valla y su pequeño jardín, un mundo a estrenar. También cuatro grandes torres, para oficinas o viviendas, o quién sabe, a quién le importa. Siguió andando. El disparo dolía a morir. Se administró un calmante sin bajar el ritmo.

—Sé que no aprobarías esto. Te echarías a llorar, te arrastrarías por el suelo agarrado a mis piernas y suplicarías que parase. Déjalo ya, tú no eres así. A lo mejor sí que lo soy, puede que lo haya sido siempre, aunque no encaje con la imagen idealizada que tenías de mí. Lo más probable es que ya naciera así, un cabrón asesino. Sí, el padre Fernando ayudaba a los pobres. Eso no significa nada. Tal vez sólo lo hacía porque me gustaba ver el sufrimiento, ver a los que estaban realmente mal, a los que estaban peor que yo. A lo mejor sólo quería sentirme bien a su lado, afortunado. Quizá sólo pretendía sentirme bueno durante unos instantes, crearme útil, distanciarme de toda la porquería y la frialdad que llevaba dentro y que tanto me recordaba a mi padre. Es posible que no sea el único, que todas las buenas acciones no sean más que actos de vanidad y narcisismo. Tú piensas que no, que soy bueno, que por eso estoy aquí. Y yo te lo agradezco, prefiero esa imagen que veo de mí en el reflejo de tus ojos, es así como quiero recordarme. Llevo años evitando los espejos, no verte reflejado produce una sensación muy desagradable, no te lo imaginas. Ni siquiera me servía mirarme para recordarte, porque ni era yo ni tampoco eras tú. He oído decir a muchos que no se reconocen al envejecer,

que ésa ya no es su cara. Cómo detesto esa manía de no soportar envejecer, de negarnos a aceptar el paso del tiempo. Es parte de ese mal para el que nos han programado. Esa obsesión de perdurar. Esos vanidosos no saben lo que es que quien te devuelve la mirada no sea de verdad tu cara. Cuando te cruzas con el cristal de un escaparate, cuando bebes y te encuentras en el fondo del vaso, el corazón te da un vuelco. Te dan ganas de atravesar el cristal y estrangularte. No sé si me entiendes, tú sabrías encontrar las palabras mucho mejor. Cómo te gustaban las palabras. Hay mucha vanidad también en las palabras.

Por momentos, el dolor de la bala desaparecía. Pero era una ilusión, al poco volvía con más virulencia que antes. Todo por culpa de esa policía, esa marioneta del sistema que se había empeñado en estropearlo todo. Atrás quedaban las ciudades residenciales vacías y ya empezaba a ver C-2. No le hacía falta mirar los mapas, los había memorizado durante meses, o quizá años. Empezaba a perder la cuenta. Vivía en una pesadilla brumosa, en una neblina de odio. Era agotador ver sólo unos metros por delante, sin horizonte, sin ilusión, sin futuro, hablando sólo con los muertos. Cuando llegó a la central eléctrica ya era de noche.

—No tienen seguridad. Son tan ingenuos, están tan volcados en perpetuarse que no piensan que pueda pasar nada. ¿Sabes que siempre prometía llevarme a Marte? El año que viene te llevaré, para tu cumpleaños, para el próximo. Y al final me ha traído. Ha pagado el billete, me he cobrado mi herencia. Aaron Morgan, el eterno benefactor, esponsoriza el fin del mundo. Va por ti, papá, gracias. El Enterrador te lo agradece.

Volcó el ácido. Y provocó un apagón. El más grande que había conocido Marte.

Se arrastró por los conductos del aire. Sus músculos agradecieron la riqueza de oxígeno. Oyó los acordes desafinados del piano antes de llegar.

—Debería comer algo. Está pálido y se ve que no se encuentra bien.

—Fascinante. ¿Ése es tu diagnóstico?

—No, señor, pero si me dejara avisar al equipo médico...

—¡Te he pedido que no me interrumpas! ¡Déjame en paz y ocúpate de que vuelva la luz!

—Perdóneme. Le dejo aquí la cena.

—Espera.

Sólo en la forma de respirar se podía sentir la ilusión del secretario al ser reclamado por su amo.

—¿Cuándo está previsto que lleguen las naves?

—Mañana al mediodía, señor.

Un gruñido fue la respuesta.

—No se preocupe, todo estará solucionado y listo para la recepción.

—No, no lo entiendes. La recepción me importa bien poco. Es esto lo que tengo que resolver, lo que tengo en mi cabeza, estúpido. Esas pirañas vienen a sacarme de aquí, a arrebátarmelo todo. ¡Qué bonito! Yo organizo este planeta, les preparo un hogar, para que en el momento de la verdad me lo quiten como si fuera suyo...

—Señor, no sabe...

—Pero si termino el puzle, si encajo todas las piezas, entonces será muy distinto. Tendrán que respetar lo que yo les diga. Y entonces que se queden Marte si quieren.

Los pasos del secretario se alejaron y Edgard Edgard se dejó caer sobre el teclado, exhausto.

Fernando se deslizó hasta el suelo como una serpiente bajando de un árbol.

—Te he dicho que te vayas y me dejes tranquilo.

—No creo que nos hayan presentado.

Edgard Edgard pegó un respingo. Se volvió buscando quién había dicho eso.

—¿Quién es? ¿Qué está haciendo en mi casa?

—Sólo quiero hablar. —Era una mentira a medias.

—No tengo tiempo para hablar.

—Las visiones, quiere quitárselas de encima, ¿verdad?

—¿Qué sabe de eso? ¿Quién es usted?

Fernando dio unos pasos hacia delante. Edgard Edgard lo miró extrañado, parecía borracho. Pequeños pelos blancos asomaban en las mejillas de su piel estirada como las púas de un cactus, llevaba días sin afeitarse.

—Hassan Del...

—No... soy el Enterrador.

Nunca lo había dicho, no le gustaba nada aquel nombre, pero por alguna razón, de pronto lo asumió como propio, era su creación, era parte de él. Y daba miedo.

Edgard Edgard apretó un pulsador en un bolsillo de su bata de seda.

—No hay energía, ¿recuerda?

Fernando dio otro paso hacia delante. Edgard Edgard empujó su silla con ruedas hacia atrás, manteniendo la distancia.

—Le he dicho que quiero hablar.

—¿Qué sabe de las visiones?

—Ah, veo que también tiene preguntas. Vayamos por turnos si quiere. Usted primero y yo después —dijo mientras acercaba una silla. Se acomodó, desenfadado, aunque lo cierto era que si no lo hacía iba a perder pie en cuestión de segundos—. Lo que sé de las visiones es lo que Max me contó.

—¿Max Pinaud?

—Me ha dicho que no tiene tiempo, así que dejemos las obviedades. Max comprendió lo que había escondido en ese texto, igual que usted. Si quiere que paren, yo le sugiero la muerte, seguro que eso no falla. —Fernando sonrió con la cara de Hassan—. Ahora me toca preguntar a mí. ¿Cuál es la clave para acceder a sus satélites?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Luego preguntará, no sea impaciente y espere su turno. ¿Cuál es la clave para acceder al sistema de seguridad de los satélites?

—Yo no tengo esa información.

—He hecho los deberes, señor E. Es un fanático del control de las comunicaciones. Nada entra ni sale de Marte sin pasar por su filtro. Es una manera de ser imprescindible. Estoy convencido de que nadie aparte de usted posee dicha clave.

—No pienso decirle nada semejante.

Fernando aguantó el dolor, se puso en pie y se acercó a Edgard Edgard. El viejo saltamontes reculó empujando la silla con los pies hasta que las ruedas chocaron con la alfombra. Fernando lo sujetó por los hombros impidiendo que se levantara y lo atrajo hacia sí, lo giró y lo colocó de nuevo frente al piano.

—Mi padre me obligaba a practicar a diario. Era un auténtico suplicio. Llegué a manejarme con soltura. Lo malo es que lo que no nos interesa lo olvidamos con facilidad. Me regañaba porque no usaba los pedales, era pequeño, apenas me llegaban los pies al suelo. Me amenazaba: «te voy a atar al piano hasta que lo hagas correctamente». Nunca lo hizo, claro, eran sólo palabras, no era un hombre violento, en realidad. Toque algo, vamos, me gustaría escucharlo.

Edgard Edgard temblaba tanto que parecía vibrar, era una montaña de huesecillos; si quitabas uno, se desmoronaría como un castillo de naipes.

—¡Toque algo!

Edgard Edgard colocó las manos temblorosas sobre el teclado sin llegar a pulsar una tecla. Fernando sacó un cuchillo y atravesó una de esas manos nervudas de un golpe seco, metiendo la hoja entre un mí y un fa. El grito de Edgard Edgard fue un calco del que Fernando recordaba de los documentales de delfines. O puede que fueran las focas. Enseguida detectó el olor de la sangre. Ver cómo se retorció, los ojos de pánico, la tirantez del cuello, el sudor frío, la sangre cubriendo las teclas blancas y dejando sólo las negras a flote, como botes salvavidas en el naufragio... Habría mentido si aseguraba no disfrutar con todo eso.

—Deme la clave, señor E.

—¡Puedo darle todo lo que quiera, todo el dinero que desee! ¡Usted y yo podríamos dirigirlo todo! ¿Quiere este planeta? ¿Otro planeta? ¡Estoy a punto de resolverlo! ¿Sabe lo que eso supondría? No lo estropee. Es nuestra

oportunidad, la salvación de nuestra especie.

—Deme la clave...

Fernando apoyó la mano sobre el cuchillo hundiéndolo hasta el fondo en un sonoro acorde.

—¿Qué quiere hacer con ella?

—Me tocaba a mí preguntar, no se olvide. Responda y se lo diré.

—Está bien, está bien. Es una palabra, sólo una palabra: «Asterion».

Fernando arrancó el botón al pobre y desmadejado pianista. Introdujo la clave para ver si era correcta.

—¿Qué va a hacer con ella? ¡Me dijo que después me lo diría!

—Voy a matar a todo el mundo.

—Usted mata gente poderosa, millonarios, políticos... Yo no soy de ellos, lo sabe. Yo provengo de una familia normal, trabajadora... ¿Quiere matar a todos esos que van a venir? ¿Todas esas naves? Yo lo ayudaré. Lo ayudaré a escapar después. No me mate, por favor, y le juro que se lo compensaré.

Edgard Edgard forcejeaba con la mano clavada al teclado intentando soltarse, pero por mucho instinto de supervivencia que tuviera, el dolor de los tendones contra el filo de acero era demasiado intenso como para dar un tirón fuerte. Fernando se sentó de nuevo, estaba agotado. Suspiró profundamente. Tuvo que controlar la respiración para no marearse.

—Eso le gustaría, ¿verdad? Que volara esas naves que van a llegar. Le daría tiempo suficiente. Ellos no van a permitir que un nuevo rico paleta, feo como una piraña disecada, gobierne el Nuevo Mundo. Ha estado bien mientras aquí sólo vivían los pringados, pero todos esos ministros y senadores no tragarían con usted, y lo sabe... Sin embargo, una vez que tenga la máquina...

—Yo descubrí todo esto. Yo me he dejado la piel para darles ese hogar. Cuando vine a vivir aquí no había nada.

—Yo, yo, yo... Ése es nuestro problema... Max, ¿qué hacemos con este miserable? Tú serías partidario de la clemencia, seguro.

—Si me mata, está yendo contra los planes de Dios. Él me eligió, ¿no se da cuenta? Si me mata, tal vez se pierda todo. Yo soy la oportunidad de la raza humana.

—Puede que Dios lo eligiera, no lo dudo. Pero si no es usted, será otro. Hay muchos otros, infinidad de profetas. Dios encuentra sus caminos.

Agarró el pelo de Edgard Edgard por la nuca y golpeó su cara contra las teclas más agudas. Una vez y otra y otra y otra, hasta que saltaron los primeros dientes. Luego cerró la tapa del piano una vez y otra y otra, hasta que el cuerpo cayó al suelo. El saltamontes quedó suspendido de la mano sujeta al puñal entre el mí y el fa.

Fernando se retiró el sudor de esa cara que no era la suya, arrancó el cuchillo y apartó el cadáver para sentarse él. Quizá sí que recordaba algunas lecciones de piano. Se puso a tocar. Y sonó de maravilla.

Capítulo 38

Le importaría repetirme los motivos de su viaje a Marte?

Lora estaba harta, y se mantuvo en silencio. Tenía el labio hinchado como una teta postiza. Aunque el aspecto era horrible, la sensación era aún más grotesca. Se abrió la puerta del cuartucho en el que la tenían encerrada hacía ya unas horas y entró un pequeño hombrecillo de lustrosa melena, sujeta por un lazo en una flamante coleta. El joven policía aduanero que lo dejó entrar lo miró con el ceño fruncido.

—No hace falta que hable, no diga nada. Y por favor, quítenle los electroimanes. Dudo que se nos vaya a marchar a ninguna parte. ¡Vamos, muchachos, es para hoy!

Tres policías custodiaban a Lora. La que parecía más despierta fue la que desconectó los grilletes magnéticos.

—Ahora, les agradecería que saliesen para que pueda hablar con mi cliente.

Los policías salieron y el hombrecillo se sentó frente a Lora. Le ofreció un caramelo.

—Tome, viene bien para todo el rollo de la gravedad. Los hace mi cuñado. En el envoltorio está mi número de botón. «En caso de apuro», creo que tiene su gancho. ¿No quiere? Yo sí, no puedo evitarlo. —Se metió uno en la boca con gusto y guardó el papel en un bolsillo—. Ha montado usted un buen lío. Claro que el que tienen aquí es mayor. Figúrese, sólo bajar a tierra a un millón de personas... En las lanzaderas no caben ni diez mil. Y aquí, en la estación espacial, ciento cincuenta mil como mucho. Me da a mí que van a

tener que esperar en sus naves una larga temporada. Improvisamos mucho, ¿no cree?

Lora no le contestó.

—Está bien, hablemos de usted. Ahora mismo nadie quiere encargarse de lo suyo. Estamos en aguas internacionales, como el que dice. Esto no es Marte, ni la Tierra, ni tampoco la nave, que estaría, digamos, bajo jurisdicción militar. Es usted una patata caliente. Ahora mismo no interesa que haya disturbios, quieren titulares esperanzadores, tipo «la operación Arca se ha desarrollado sin incidentes» o «nace un niño en el aeropuerto de Marte», ya me entiende. A mi modo de ver tiene usted varias posibilidades. La primera es no moverse de aquí y solicitar un juicio en la estación espacial, llevado a cabo por un tribunal internacional. Otra sería volver a la Tierra, para mí la peor de las opciones: los militares se la llevan y cuando llegue allí, bueno, imagino que una agente como usted ya conoce el protocolo, lo más seguro es que la deporten a zombilandia y tiren la llave. Y la tercera, por la que yo me decantaría sin duda, es un juicio en Marte. Como sabrá, aquí no hay nada, los tribunales están por estrenar, no hay jurisprudencia de ningún tipo y, bueno, con la publicidad adecuada y el ambiente de buen rollo imperante, estoy seguro de que una mujer guapa como usted podría sacar partido de su situación. Además, no le voy a negar que en este momento, con la llegada de todos los gerifaltes y demás tipos de la pasta, para mí sería una oportunidad única de darme a conocer. Con lo cual tendría en mí la mayor dedicación.

Lora estaba cansada, si no, con gusto habría agarrado a aquel hombrecillo de la coleta y lo habría estampado contra esas paredes prefabricadas.

—¿Esas heridas se las han hecho los empleados de la estación o la seguridad de la nave? Deberíamos presentar un parte de daños lo antes posible. ¿Está usted escuchando, querida? Entre la compañía de vuelo, la policía militar y la alianza de Estados Canamericanos pretenden acusarla de todo tipo de felonías. Disparar un arma en un vuelo espacial, robo de material de empresa, suplantación de identidad, intimidación a las fuerzas de seguridad, agresión con tentativa de asesinato y secuestro. Si ayuda a encontrar al señor Hassan Del y está con vida, jugando bien nuestras cartas

podemos evitar que esto se convierta en un caso de terrorismo.

Lora cerró los ojos con la esperanza de que, al abrirlos, él, su coleta, sus caramelos y toda la estación espacial hubiesen desaparecido.

—Insiste usted en una actitud que no le conviene, preciosa.

La puerta se abrió de nuevo y apareció un capitán, el equivalente al capitán Vanila de la estación espacial de la Tierra.

—Sócrates, por favor, quiero hablar con la agente Walters.

—No, estaré presente, ya se han cometido suficientes irregularidades en este proceso.

—Váyase, por favor, Sócrates —intervino Lora, aprovechando cualquier oportunidad de que ese hombre se callara. Seguro que el capitán hablaba menos que el hombrecillo.

—Tiene mi número. Estaré fuera. En cualquier momento que me necesite...

El capitán cerró la puerta sin dejarlo terminar y se sentó frente a Lora. Se tomó un instante antes de arrancar.

—Lora Walters. Sólo diez años en activo. Y sin embargo atesora los méritos de un veterano...

—¿Qué quiere?

—Tengo un par de preguntas que hacerle.

—Agradecería no tener que explicarlo todo una vez más.

—He escuchado sus declaraciones, no se preocupe, no tengo intención de que repita nada. Usted asegura que Hassan Del era en realidad el Enterrador. Y que tras desenmascararlo, le disparó...

—Porque él iba a dispararme primero.

—Correcto. Eso es lo que ha dicho, aunque no se encontró más arma que la suya.

Lora se encogió de hombros.

—Después del disparo hubo un forcejeo y él se marchó de su camarote.

—Ya he dicho que no sé adónde fue. Búsquenlo. Tal vez siga escondido en la nave.

—No lo veo probable.

—Ya... nadie me cree.

—Yo no soy un tipo de creer. Mi trabajo es la seguridad. Usted ahora mismo no supone una amenaza, la tenemos aquí, encerrada, y no se va a marchar muy lejos. Lo que me preocupa es que uno de los botes salvavidas del Arca-6 ha desaparecido. Eso sumado a que la sangre del suelo que debería pertenecer a Hassan Del es en realidad de Fernando Lima. ¿Le dice algo ese nombre?

Lora negó, interesada.

—Es un cura católico. Un misionero. Desaparecido hace ya unos años.

Fernando Lima. Se sentía igual que cuando se levantaba para ir al baño mientras veía una película y al volver se había perdido un giro clave. ¿Quién era ese intruso en su relato? Prefería un Enterrador anónimo, misterioso, sin cara.

—Dice que lo hirió usted de gravedad... ¿Piensa que es posible que en sus condiciones haya aterrizado con un bote salvavidas? ¿Que puede andar suelto por Marte?

—Podría ser, no lo sé...

—¿Cree que es una amenaza?

—De eso no tengo ninguna duda.

Su padre olía a manzana. El aliento y detrás del cuello. Su madre a ropa guardada y a perfume. Podía identificar perfectamente en qué lado de la cama había dormido cada uno. Le gustaba meterse entre las sábanas una vez que ya se habían levantado. Escucharlos mientras se lavaban para ir a trabajar. Ésos eran los buenos ratos, de los que no había muchos. Sus padres lloraban a menudo, especialmente él. Y gritaban, especialmente ella. Con todo y con eso, fue feliz en Francia. Si lo hubiera sabido no se habría marchado. Hicieron una comida especial y la sorprendieron con los billetes y la inscripción de la academia. Lora no daba crédito, ¿cómo lo habían hecho? Los dos años anteriores fueron terribles, su padre tenía el sueldo embargado y la comida entraba en casa dosificada, en briznas que les traía su madre en la boca, como un pájaro a sus polluelos. Y de repente, una fiesta. Solomillo Morgan, verduras de vivos colores y con sabor. Su padre dijo que la empresa

le había finiquitado el viejo contrato y que lo habían ascendido. A jefe de sección de lo que fuera. Hasta le regaló unos zapatos verdes a su esposa: «Ya no tendrás que limpiar la casa de nadie por las noches». La extrañeza era palpable, una bola de pelos difícil de tragar. Lora no hizo ni una pregunta. Lo cogió todo y se fue. Se subió al avión aliviada de dejar ese hogar que no olía ni a manzana ni a ropa ni mucho menos a perfume. Su casa olía a cansancio y a fregona sucia.

Cuando quiso llamar al día siguiente, no, a los dos días, porque al llegar simplemente envió un mensaje, el número ya no existía. Su padre había robado al jefe. Hizo la cosa más absurda, puso un cero de más en un cobro y se quedó la diferencia. No era tonto, sabía que lo iban a pillar. Lo dejó todo bien dispuesto para blindar a su mujer y a su hija, él respondería de todo. Pero la señora Walter no estaba dispuesta a quedarse sola y se fue con él a la zona seca. A España.

Lora se enfadó hasta tal punto que tuvo que ingresar en el hospital de la academia durante dos meses. Daba la impresión de que quería rechazar sus propios órganos. El bazo, los riñones, el hígado. Sus defensas los atacaban como si fueran órganos mal trasplantados. El médico usó la expresión «guerra civil»: «Tienes una guerra civil ahí dentro, leucocitos contra órganos». La academia de policía se hartó y estuvieron a punto de expulsarla, nadie quiere una policía enfermiza y debilucha. Sin embargo, como llegó, se fue. La cambiaron de promoción y allí conoció a Randall y a otros compañeros. Fingió entrar de nuevas, como si su ingreso médico nunca hubiera tenido lugar. No se fijaba en nadie, no miraba a nadie. Se había curado, pero algo se había muerto en aquel hospital.

—Usted podría encargarse de todo el papeleo, ¿verdad?

—Sí, claro, ya se lo he dicho, pero no podría defenderla...

—Es una lástima.

—Aquí tiene un futuro. Se equivoca de dirección. Allí están en guerra. La Tierra está muerta...

—No se preocupe por mí. Le pagaré el doble de sus honorarios si

consigue agilizar el proceso. Quiero salir en la primera nave que haya de regreso.

—Está bien, como quiera.

—Y una cosa más, Sócrates, necesito que me dejen hacer una llamada.

Si no era Lora su primera clienta, desde luego sí que era su primera clienta un poco importante. Daba gusto verlo moverse. Desplegó todos los trucos con los que contaba, aludiendo al Derecho Romano, a la Carta Magna, a la declaración de los Derechos Humanos y a cualquier otra cosa que sonara más grande que el sol. Esa noche, Lora iba a estar esposada, a bordo, camino de la Tierra. Un oficial de rango medio le llevó un botón para su llamada.

—Hola, Randall. Mira, me han detenido. —Le mostró las esposas con una sonrisa inocente.

Cuando pasaron los minutos de rigor, al pobre, rudo y negro policía se le demudó el rostro.

—¿Qué cojones has hecho, Pocahontas?

—Ya ves, soy una buscalíos.

—No hagas nada, no hables de más. Salgo para allí muy pronto. Cambiaré el vuelo si hace falta.

—No, no vengas a buscarme. Es justo lo contrario de lo que quiero pedirte. Espérame hasta que llegue, ¿vale, grandullón?

Randall miraba la pantalla angustiada, esperando a que llegaran las palabras.

—Esperaré lo que quieras, Lora.

—Quiero verte aunque sólo sea una vez. Eres mi único amigo.

—¿Hablas de despedirte?

—Me gustaría despedirme de ti. No quiero arrepentirme luego. Randall, me van a deportar. Cuando llegue me mandarán al otro lado de la frontera. Pero no me importa. Quiero encontrar a mis padres.

Lora colgó, estaba al borde de las lágrimas. El oficial recogió el botón y le comunicó que ya tenían un camarote listo para ella del que no podría salir en los tres meses que durara el viaje.

—¿La Tierra está muerta? No, sois vosotros los que estáis muertos y todavía no lo sabéis.

Capítulo 39

León extendió la mano para que el gecko se subiera. El pequeño lagarto miró temeroso y dudó, había perdido la costumbre.

—Tiene mejor la pata, ¿ves? Y come como una lima. Al principio Candi le llevaba moscas, pero nos dimos cuenta de que el hombre prefiere salir a cazar.

«El hombre», lo llamaba. Aún nadie le había puesto un nombre. León se esforzó por desechar la culpa que sentía. Era la madre rehabilitada que acudía a recuperar al niño que había dejado en acogida. Como el gecko no se decidía, lo agarró directamente y se lo echó al bolsillo.

—¿Estás seguro de querer hacer eso?

Horas después, tras salir de la ducha, su cuerpo estaba tan seco como triste. El primer impulso fue el de ir a la Tierra. Daba igual lo que le hubiera dicho Sonia. Tal vez consiguiera ver a su hijo de todos modos. Nadie podía saber cuándo moriría. Su hijo no era especialmente fuerte, pero a lo mejor en este caso particular las cosas eran distintas. Los buscaría, no pararía hasta dar con ellos. Recorrería Canamérica si era necesario. O el mundo entero. Aunque llegara tarde... Ahí las lágrimas se hacían un nudo con los pensamientos... Aunque llegara tarde podría abrazar a Sonia, consolarla, consolarse mutuamente. Pero lo cierto era que no podría salir del planeta. Sabía que no lo dejarían subir a una nave. Y lo que resultaba más triste, estaba seguro de que Sonia no quería verlo. No sólo había pasado la página, había cerrado el libro. Se había liberado de él. Algo que en el fondo ambos deseaban hace años. Pero tenía que ocurrir algo verdaderamente horrible para

que ambos se dieran cuenta. Se quedó sentado en el jardín mirando a *Boris*, que ignoraba su dolor pasando el peso de una pata a la otra en un baile desesperante. Le ofrecieron cenar y no quiso. El dolor lo llenaba como un agua cenagosa que no lo dejaba respirar y que, sin embargo, no llegaba a desbordarse. ¿Por qué no se entregaba? Ése sería el mejor castigo. Dejar que *Edgard Edgard* y los soldados acabaran con él. Eso expiaría sus pecados. A veces, cuando estaba realmente furioso con *Sonia*, se encerraba en el despacho y se mordía la palma de la mano hasta hacerse sangre. O no comía hasta sentir dolor en el estómago. Pero esos castigos eran una pose. Una actitud para recrearse en el sufrimiento, una forma de tener razón. Todo eso parecía muy lejano. Era como si le hubieran apagado un interruptor, como si le hubieran quitado un fusible. Y al fondo, en una habitación lejana del edificio de su cabeza, un eco resonaba distorsionado, una musiquita lejana. Igual que si alguien hubiera dejado una radio encendida. Si se concentraba, esa música sonaba más fuerte. La sensación era la de una canción pegajosa que no puedes quitarte de la cabeza. Uno de esos hits que llenan tu mente en los ratos muertos y que abrazas y detestas por igual. Eran las palabras de la traducción, que le hablaban, le susurraban. ¿Qué le decían? No estaba seguro... Tal vez le insuflaban fuerzas, le aconsejaban seguir adelante. No debía morir. Era un Ur. Y los Ur no quieren morir. Son inteligentes, son brillantes, conquistadores. Un Ur no se rinde. Un Ur siempre sobrevive. Se quedó dormido.

A la mañana siguiente, un poco aterido por el frío, había tomado una determinación.

—¿Estás seguro de querer hacer eso? —repitió *Candi*.

—Sí. —No le quedaban muchas opciones. No podía quedarse en casa de los *Cándidos* sin comprometerlos, tampoco podía ir a un hotel, abandonar el planeta no era una opción. Era un fugitivo—. Siempre he querido hacer algo así. En la Tierra no podría. Creo que voy a escribir un libro. Uno mío, sobre *Marte*, y sobre mí, y vosotros, y mi mujer... No sé, es una idea.

—Puedes venir a vernos. —*Jose* lo miraba como si estuviera desahuciado, como si fuese él y no ella el enfermo terminal.

—Ya veremos cómo se dan las cosas. Esto va a cambiar mucho en muy

poco tiempo. En cuanto se llene de forasteros, a lo mejor sois vosotros los que os venís a vivir conmigo.

Lo obligaron a repararlo todo: tienda de campaña, oxígeno, hornillo, candil, kit hospitalario, antídoto para serpientes, saco de dormir, manta, navaja, cuchillo, papel, lápiz, la guía *Las maravillas de Marte*, seis galones de agua...

—Con esto aguantarás hasta que llegues al río. Luego sigue su curso hasta el mar. Por lo menos irás reduciendo el peso poco a poco. Siento no poder dejarte el coche.

—Ya lo hemos hablado, con el coche me encontrarían enseguida.

Se despidió de Jose, igual que había hecho meses atrás. Candi fue a meterlo todo en su vehículo, pero León lo detuvo. Quería ver si era capaz de cargar con todo. La verdad es que apenas podía moverse. Si se caía para atrás sería incapaz de levantarse.

—Igual voy a tener que dejar algo de agua...

—Pareces una tortuga, así, estirando el cuello hacia delante, profesor. — Jose soltó una carcajada limpia, daba gusto oírla reír.

Subieron al coche y salieron de ahí. Había revuelo en las calles. Se percibía una actividad infrecuente. Camiones militares, taxis... La gente había empezado a llegar. El hotel iba a llenarse hasta arriba, y todas las urbanizaciones, y los gimnasios. Se imaginó las colas en los supermercados y pensó que se ahorraba una buena. Había salido de casa de Jose y Candi con una ilusión renovada, con esa musiquilla sonando en el ático, pero por alguna razón, conforme avanzaban, empezó a desinflarse. Miró hacia atrás y se dio cuenta de que la tristeza los seguía en un coche cada vez más veloz y más grande que el suyo. Sin embargo, algo impedía que los alcanzara. Se acordó de Víctor y se sorprendió. ¿Lo había olvidado? Le pareció que llevaba demasiado tiempo sin pensar en él. Hizo un esfuerzo y lo vio en una cama, conectado a un sinfín de cables y con un robot manipulando su cuerpo y su vida inútilmente, haciéndolo sufrir para nada.

Candi percibió la oscuridad en la cara de su amigo y rompió el silencio.

—Debemos fijar un lugar para el próximo encuentro. Nos veremos cada dos meses y te llevaré las provisiones. Si no estás en el punto indicado,

esperaré hasta el día siguiente.

—Si no estoy, yo que tú no esperaría. Eso es que me ha comido un jaguar.

—No hay jaguares en Marte. De momento.

—¿Grité anoche? Dormido, me refiero. ¿Grité?

—Gemías.

Tenía visiones. Por momentos la música era tan presente que se hacía tangible. Se imprimía componiendo dibujos en el aire. El rombo. Líneas azules. Soñaba despierto con las palabras, que cobraban vida y dibujaban formas.

—Cambia de ruta, Candi, quiero verlo otra vez.

—¿El qué?

—Ya sabes el qué.

Candi dio un volantazo y tomó el camino que salía a la derecha.

No había vigilancia en la puerta. Seguramente, con la traducción terminada, ya no había nada que preservar, y con todo el follón y la falta de personal los habrían relevado del puesto.

—Puedes dejarme aquí, si quieres, ya conozco el camino.

—Si no te parece mal, prefiero acompañarte.

Lo cierto era que prefería entrar solo, pero no iba a hacerle el feo. Entraron en la cueva. Ninguno de los dos reparó en que era sangre lo que humedecía la tierra en el umbral, ni tampoco vieron en un rincón a los pobres vigilantes muertos.

No cogieron la vagoneta, decidieron ir andando. Siguieron la vía por el desfiladero. Recordaba perfectamente el primer día, cuando Candi lo llevó allí igual que a un niño al que quieres dar una sorpresa. Le pareció algo tan lejano... Miró las figuras en la pared. Espirales, flechas, poemas, cuadros sinópticos. Casi se sabía el muro entero de memoria, y aun así se impresionó de tanta belleza. Allí estaba el huevo, una de sus favoritas. Estaban a punto de llegar al mirador cuando de nuevo los *flashes* saltaron a hacer su representación en el escenario de su cabeza. Destellos de luz. Dos líneas

paralelas azules que se cruzan con otras dos líneas paralelas. Abriéndose, creando un rombo. Perdió pie y se apoyó en Candi. Él, en lugar de ayudarlo, le hizo una seña.

—No estamos solos.

Abajo, junto a la pared, una mochila descansaba al lado de varias herramientas. Una sombra se movía en silencio.

—Esto no me gusta, profesor —dijo Candi en susurros.

León siguió adelante con cautela pero con normalidad. El hombre, vestido de negro, sacó un revólver. Uno clásico, de los del Oeste, con las cachas de nácar. Tenía muy mal aspecto, su rostro estaba lívido y empapado de sudor. Parpadeaba más de la cuenta, esforzándose en enfocar.

—No se mueva.

León vio que sangraba. Del estómago o del hígado. Algo grave. Con la mano que no empuñaba el arma se apretaba la tripa y la sangre oscura se escurría entre sus dedos.

—Tranquilo, voy desarmado, no quiero hacerle daño.

—Puede que no, pero yo a usted sí. No se acerque.

El hombre de negro no dudó en apretar el gatillo. Antes de que el percutor golpeará la bala del tambor, Candi, el gran oso de Marte, se acercó por detrás y lo tiró al suelo. Se tumbó encima y lo inmovilizó, cubriéndolo como una alfombra vieja y pesada. El hombre de negro se movía inútilmente. No lo había oído llegar y parecía desconcertado. León se acercó a coger el arma. Era un revólver, una reliquia, en la empuñadura estaba grabada la firma alambicada de Edgard Edgard.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo aquí?

El hombre no respondió a Candi, se limitó a clavar su mirada en León. Éste sintió una gran curiosidad por aquel tipo herido. Miró en su mochila. Entre pinzas, cables y alicates, perfectamente encuadernado, allí estaba el texto «Los archivos del hombre», por Max Pinaud. Se quedó mirándolo impresionado.

—¿Eres Max Pinaud?

—No. Pero lo fui un tiempo. —Una sonrisa acudió a su rostro dolorido. Escupió sangre.

—¿De dónde sacaste este libro?

—Max descifró todo lo que contienen estas paredes. Igual que tú.

León lo miró sorprendido.

—Eres León Miranda, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes?

—Llevo con esto mucho tiempo.

—Suéltalo, Candi, quiero hablar con él.

El hombre y León no se apartaban la mirada. Sabían que contaban cada uno con la atención del otro.

—No creo que sea buena idea, profesor, no si no vas a disparar llegado el momento. Mira la pared, está llena de explosivos.

En la única grieta del muro había introducido una pasta densa y unos cartuchos. ¿Por qué querría nadie destruir la obra de arte más antigua y más grande conocida?

—Míralo, está al borde de la muerte, no puede hacernos nada.

—No me fío un pelo.

—¿Te fiarías más si sujetas tú la pistola?

—Algo más.

Candi liberó la presión y se apartó del hombre, que ni siquiera intentó levantarse del suelo. León le entregó el arma a Candi, que la reconoció al momento.

—¿Dónde encontraste este revólver?

El hombre no se dignó a mirar a Candi, era como si no estuviera ahí.

—Creo que terminaste la traducción.

León asintió.

—Y qué, ¿cómo te sientes?

—No sé, ¿qué quieres decir?

—Sí que lo sabes. Tienes esa mirada. Seguro que las visiones ya han comenzado. Y no van a parar. Sólo pueden ir a más.

—¿Qué son?

—Es tecnología. La más alta tecnología. O una maldición, qué más da.

Candi los miraba molesto y desconcertado.

—No sé de qué estáis hablando. ¿De qué visiones habla, profesor?

—Candi, puedes irte, si quieres.

—No, no pienso moverme, no voy a dejarte aquí con este loco. ¿Cómo le ha quitado su revólver a Edgard Edgard? Usted es el que provocó el apagón, ¿verdad?

Nuevamente el hombre lo ignoró por completo. Le costaba respirar, se podía oír un burbujeo pastoso en su garganta.

—En mi mochila hay tabaco y papel de fumar, ¿te importaría?

León buscó entre sus pertenencias y encontró una cajita donde había una pequeña cantidad de hoja de tabaco picada y unos papelillos marrones. Se acercó y le dio la caja. El hombre, tembloroso, cogió un pellizco de tabaco, lo acomodó sobre uno de los papeles y lo enrolló con dificultad y destreza al mismo tiempo. Con un lametón lo selló pintándolo de sangre. Mostrando una mano vacía a León con fingida inocencia, la aproximó al bolsillo y sacó un encendedor. Abrió la tapa, giró la rueda y dejó salir la llama. Se quedó mirándola antes de acercarla al cigarrillo. El papel y las hebras salientes prendieron con rapidez. Cerró los ojos y dio una profunda calada que lo hizo toser. Después lanzó el encendedor a Candi, que lo agarró al vuelo con su mano izquierda, sorprendido.

—Un regalo, Cándido, jefe de mantenimiento de C-2. Puedes dárselo a Jose. —Le guiñó un ojo—. No creo que yo le vaya a dar mucho uso ya. —Dio otra calada, menos profunda esta vez, y se quedó mirando la punta—. Hace años que no fumaba. Pero tampoco tiré el tabaco, qué tontería, ¿no? Cómo nos aferramos a las cosas...

—¿Qué le pasó a Max Pinaud?

—Claro, claro, hablemos... Perdona, estoy mareado y el cigarrillo no ayuda... Max murió. —Tras una pausa dolorosa, se corrigió—: Yo lo maté. Bueno, este muro fue el que lo jodió vivo, pero yo lo maté. Es la primera vez que lo digo, sienta bien. —Una chupada más al cigarrillo—. Lo estrangulé. Cuando comprendí lo que había hecho ya era tarde. Lo quería. Por eso le arrebaté la cara. Luego hice que me quitaran la mía. Para verlo siempre, para no olvidar lo que había hecho. Tuve que matarlo, iba a acudir a Obtención de Información. El pobre quería que le sacaran las visiones de la cabeza.

—Y eso era malo por...

—No lo entiendes. Si esa traducción llega a extenderse... —Se atragantó—. El muro tiene que ser destruido. Al igual que todos nosotros. Está todo ahí, pensaba que lo habías traducido, deberías saber de qué te estoy hablando. Tal vez no lo hayas comprendido.

—Ayúdame a entenderlo.

—No lo escuches. —Candi estaba muy nervioso, la situación le desagradaba desde lo más hondo de las tripas. Ese hombre le producía náuseas con sólo mirarlo de reojo.

—Supongo que sí sabes que la Tierra no era nuestro hogar, ni Marte tampoco. Llegamos de fuera, supongo que hemos estado desde el principio, como los demonios y los vampiros, como los monstruos que inventamos para atemorizar a los niños... Encontramos el mundo y lo tomamos prestado, si no que se lo digan a los terrícolas, los auténticos terrícolas, de los que ya no queda ninguno, prácticamente. Eso hacemos con todo, vemos, cogemos y esquilamos hasta dejarlo todo yermo. Y no fue la primera vez que lo hicimos, llevamos haciéndolo desde siempre, desde el inicio de los tiempos. Hace millones de años lo hicimos con Marte, y antes de eso, muchos millones atrás, nos comimos Venus, y Saturno, y Júpiter... Eran planetas hermosos, ricos, y nosotros los convertimos en inhabitables, radiactivos, en una bola de gases tóxicos. El sistema solar era un lugar verde y lleno de vida hasta que llegamos nosotros. Hay por lo menos diez viajes de los que se tiene constancia, aunque yo estoy seguro de que han sido muchos más. Miles más. Dios sabe cuántos planetas y galaxias han muerto bajo nuestros pies.

—Háblame de las visiones. Edgard Edgard me dijo algo acerca de una máquina.

—Los Ur llevamos milenios viajando de planeta en planeta. ¿Dónde están las naves, León? No las hemos encontrado porque no las hay. Míralo. Hemos construido diez naves inmensas para llevar a cuántos, ¿a un millón de personas? Eso sería demasiado lento para trasladar a miles de millones. Una sociedad nómada como la de los Ur no se mueve como los caracoles. Teníamos ese problema resuelto desde mucho antes.

León comenzaba a comprender. ¿Cómo no hacerlo? Quizá ya lo había entendido antes, sólo que no había querido verlo.

—Tenemos el poder de desplazarnos, de movernos por el universo a nuestro antojo. ¡Civilizaciones enteras! Sólo hay que saber abrir la puerta y pasar todos como lo haría un ejército bajo el arco del triunfo. Este legado, este texto, es su tecnología, grabado en piedra para siempre por si algún día se perdía. Edgard Edgard lo sabía y Max también.

—No lo entiendo. ¿Qué es? ¿Una fórmula matemática?

—O un hechizo. Llámalo como quieras. Un conocimiento adquirido tras una eternidad dominando el universo. Si ahora somos dañinos, piensa lo que haríamos si de verdad pudiéramos movernos a nuestro antojo. Hoy aquí, mañana en Plutón, pasado mañana otra galaxia y otra y otra. Somos el cáncer, somos el virus. Tenemos que parar.

—A lo mejor nuestra función es ésa. Consumir para equilibrar el universo. Quizá sin nosotros todo colapsaría. Tal vez somos un mal necesario.

—No, el mal es mal. No es necesario. Por eso vas a ayudarme. Es urgente...

—Profesor, no lo escuches, ¿no ves que es un loco asesino?

—Soy un asesino, sí, pero ojalá estuviera loco. Yo era sacerdote. Dedicué mi vida a buscar una respuesta. Quería pensar que había bondad en el corazón de los hombres. Deseaba creer que había un sentido detrás de todo. Y al final sí que lo había. Cuando lo encontré deseé no haberlo descubierto nunca. Estamos hechos a la imagen y semejanza del demonio. Somos su mejor obra. Hemos sido creados con un objetivo, destruir toda la vida reinante en el universo. Y por eso tenemos que desaparecer.

—Hay bondad en los hombres. Yo la he visto a diario.

—Por supuesto que hay humanos bien intencionados, esto es como en una colmena. Y las reinas nunca van a dejar que los zánganos nos salgamos con la nuestra. Juntos estamos condenados a ser una plaga. Como la tiña.

—No es verdad. El ser humano ha hecho cosas maravillosas. Profesor, tú me lo has dicho muchas veces: la poesía, la música... Y no sólo como personas egoístas. La gente se ha unido para curar, para ayudar...

—¡No, para perdurar! Ése es nuestro objetivo, permanecer a cualquier precio. Tuvimos una oportunidad en la Tierra. Cien mil años antes de Jesús

hubo una guerra. Ésa sí que fue una auténtica guerra mundial. Lucharon los que querían cambiar el mundo con los que intentaban que todo siguiera igual. No sé quién ganó, pero conseguimos que se perdiera nuestro pasado. Nos olvidamos de que éramos los Ur. Empezamos de cero. ¿Y qué ocurrió? Sólo han hecho falta unos miles de años para recuperar nuestra esencia, para acabar con todo. Nosotros somos el cáncer, somos el virus.

—Este planeta era un desierto. Y hemos sido nosotros los que lo hemos llenado de vida. De reptiles, de pájaros, de plantas de todo tipo...

—Para acabar con él, Cándido, no te quepa duda. Lo que es bueno para nosotros es malo para el mundo. Los Ur llevamos en el universo millones, billones, tal vez un trillón de años... ¿Hemos aprendido? No, León, hemos hecho lo mismo infinidad de veces. Casi tantas como planetas desiertos hay en el universo. Allí donde vamos, nosotros no convivimos, devoramos.

El hombre intentó levantarse y Candi le apuntó directamente a la cara, pero no hizo falta apretar el gatillo, perdió pie y se quedó de nuevo en el suelo. El charco de sangre estaba creciendo.

—Ayúdame, León. ¡Mira esta pared! Está llena de muerte. Y está ahí para que sigamos matando. ¿Quieres acabar con las visiones...? Entonces acércame el botón que hay en mi bolsa... Será rápido para todos. Hay cinco centrales nucleares de intensidad nueve. Sólo hay que introducir el código para que se produzca la fusión...

León miró en un bolsillo de la mochila. Ahí estaba el botón, junto a planos de todo tipo.

—¿Qué haces? No te acerques. No puedes escucharlo, quiere matarnos a todos.

—No, quiero salvar al mundo. Hay bondad en los Ur, pero siempre ganan los mismos...

León parecía confuso y desconcertado, seguía mirando las pertenencias del hombre. Candi cambió de dirección el brazo y apuntó directamente a León.

—Si lo intentas, tendré que dispararte.

El hombre se puso en pie. De su tobillo sacó un puñal de explorador y se lanzó al cuello de Candi. El cuchillo se hundió hasta el fondo en el cuello del

oso al mismo tiempo que el disparo resonó en la enorme cueva. Candi había disparado. La herida en el pecho del hombre humeaba.

Candi miró a León con ojos de espanto mientras caía al suelo. El hombre permaneció de pie, ausente. Se dobló y clavó las rodillas en el suelo. Se llevó ambas manos al rostro y hundió las yemas de los dedos en la frente, las sienes y detrás de la mandíbula. Con un grito desgarrador comenzó a arrancarse la cara. Ésta salía fácil, como la piel de un conejo al desollarse, como un calcetín apretado; era una careta que no le pertenecía. Siguió de rodillas, sin rostro, con la máscara de carne en las manos y su calavera blanca, negra y roja mirando al vacío. Después cayó inerte a un lado, igual que un títere al que le cortan las cuerdas.

León se acercó al cuerpo de Candi. Todavía tenía pulso.

Capítulo 40

Sólo necesitó leer las cuatro primeras líneas para darse cuenta de que la traducción era mucho mejor que la suya. No importaba el párrafo que eligieras, al momento te dabas cuenta de que había elegido las palabras correctas, ni rebuscadas ni vulgares, las correctas, las inevitables. Qué hijo de puta. Lo detestó profundamente. Todo se entendía a la perfección, el texto fluía. Algunas palabras que para León habían resultado dudosas, Max las había resuelto con maestría. Se acomodó un poco apoyando la espalda sobre la roca.

Corría una brisa perfecta. Muy agradable para leer. Colocó el lagarto a su lado, sobre una piedra, y le pareció que miraba el libro con el mismo interés. No te he puesto un nombre, pequeño. ¿Cómo quieres llamarte? Supuso que no necesitaba un nombre, era él, como humano, el que necesitaba nombrar las cosas. «El hombre dio nombre a todos los animales, al principio, al principio, hace mucho tiempo...» Eso era de una canción. Cerró un segundo el libro para coger aire. Necesitaba suspirar, por la falta de oxígeno, supuso.

Él no era un asesino. Simplemente sabía que no era capaz de sacar a Cándido de ahí arrastrándolo él solo. Además, ¿para qué? Lo dejó en la cueva antes de encender la mecha.

Cuando salió, las rocas cayeron tras él y allí quedó sepultado. En el fondo, esa cueva era más suya que de nadie. La cueva del oso, ¿por qué no? Si alguien se había ganado un derecho sobre Marte ése era Candi, que se había dejado la piel.

Miró el cielo azul. ¿Habrían bajado ya todos los Ur de las naves? ¿Todos,

con sus familias, sus muebles, sus joyas, sus recuerdos? No, tardarían algún día más. Si aguzabas la vista podías intuir la forma redonda y parda de las naves fuera de la atmósfera, como unas pequeñas lunas. Estarían a salvo allá arriba. Seguramente. Pero ya no bajarían. Retomó la lectura. En unas horas habría acabado. Eso sí, se dejaría el último capítulo para el final. ¿Te está gustando, lagartito? Escribe bien Max. Y eso que puntúa poco. Podría llamarte *Apocalipsis*, ¿te gusta *Apocalipsis*? Un poco largo, sí.

Otra vez estaba leyendo y perdiendo la concentración. Qué rabia da descubrir que sigues engullendo palabras sin asimilarlas. Es tirarlas a la basura. Retrocedió una página e hizo un esfuerzo por concentrarse.

Empezó a refrescar. El sol estaba bajo y ya no picaba. Justo a tiempo; ya sólo le quedaba el último capítulo. Estaba emocionado. Le hubiera gustado conocer a Max. Qué bien lo contaba. Si no lo había entendido mejor era porque su traducción era mala. Y bueno, a veces necesitas que te expliquen un poco las cosas para comprenderlas mejor.

León sabía muchas cosas, la mayoría inútiles, pero otras preciosas. Tenía recuerdos de todo tipo. De Sonia. Amándola y odiándola. De otras anteriores a Sonia. Y recuerdos con mujeres con las que ni siquiera había estado. A las que había amado sin llegar a tocarlas. Muchos recuerdos, muchos de su hijo, al que prefería imaginar sin dolor, corriendo y saltando por todo su cuarto como si fuera un mundo enorme lleno de barcos piratas o el monte Olimpo o el espacio o todo junto. Morirse es una mierda, pero a veces es más difícil seguir viviendo.

Asterion. Tecleó la palabra y la envió con el botón. Las instrucciones del hombre estaban muy claras. Era un tipo ordenado y metódico. Qué bien podemos hacer las cosas cuando nos lo proponemos. ¿Cuánto tiempo tendría? ¿Cuánto tardaría la señal en llegar a los satélites? ¿Cuánto tardarían éstos en mandar la orden? No lo sabía. El suficiente para leerse el último capítulo.

Eran ingeniosos los Ur. Lo éramos sin duda. Una tecnología basada en el conocimiento. Una máquina escondida en las palabras. «Mano, dedos, profundidad, ángulo, cabeza, cabeza de ángulo, dedos hacia dentro, hacia fuera...» Leer era hacer punto, tricotando palabras de lana y seda entreveradas. Entreverar le pareció una palabra preciosa. Qué invento tan

bonito, las palabras. Muchos inventos le parecieron de pronto muy bonitos. Tal vez el Ur era malo, tal vez era veneno, pero un veneno genial, rico, brillante. Nunca le gustaron los conceptos bueno y malo. Qué infantil. Tal vez se estaba equivocando, tal vez los Ur eran lo más precioso de la creación, quizá merecían vivir más que ningún otro ser. Por otro lado, siempre es divertido que las cosas pasen, que cambien. Sacudirlo todo para acabar con el maldito aburrimiento. Se estaba mareando.

Oyó la primera detonación. Aunque no vio nada. Desde la loma donde estaba se podía intuir el comienzo del mar Nuevo. La luz viaja más rápida que el sonido, eso quería decir que la explosión se había producido antes, ¿cuánto antes? Mientras pensaba todo eso vio la segunda. Un hermoso hongo gigantesco. Qué bonito era. Tanto o más que la palabra «hongo». Un paraguas hecho de nube y fuego. Gigante, gordo y esponjoso. Luego sintió un temblor. Aún le quedaban un par de párrafos para acabar el capítulo. No quería morir sin leerlos.

Hasta en esa absurda enumeración se percibía de alguna manera que la pluma de Max era mejor que la suya: «dormido, levantado, siniestro, largo, agua... mar». Un viento caliente le echó la cabellera hacia atrás. Casi lo tumbó. El pobre gecko se agarró con sus pequeños dedos a la roca, asustado. Otro destello más. Éste más cerca, tras la primera montaña. El hongo fue doble, como una seta sobre otra seta. Por alguna razón le recordó a un árbol de navidad. Habría aplaudido si no fuera porque ya no se podía mover y apenas siquiera respirar. Ya nadie podría habitar Marte en miles de años. Terminó el texto cuando el papel comenzó a arder. Una nube de arena le golpeó la cara. Miró al gecko, habría jurado que las escamas se desprendían de su piel. Partículas de todas clases empezaron a volar y a arremolinarse. Estaba nevando. Hubiera jurado que estaba nevando.

Las visiones lo asaltaron mientras sus párpados comenzaron a arder. Iba a morir, ya no había vuelta atrás. Quería vivir. Mierda. Por supuesto que quería vivir. Si hubiera podido dar marcha atrás lo habría hecho. Al final todos queremos vivir. Nos aferramos. Así somos los Ur. Ahí está el peligro. Y de pronto, una puerta azul en forma de rombo se abrió delante de su cara, invitándolo a entrar.

Epílogo

La línea que dibujaba el horizonte era de una sutileza inapreciable. El suelo y el cielo parecían un espejo uno del otro. Un espejo cubierto de polvo. Escondida bajo la arena, una carretera del mismo amarillo muerte cruzaba recta la nada hasta donde alcanzaba la vista.

Todo era silencio hasta que se comenzó a oír el rugir de los camiones. Al frente, un *buggy* abría el camino. Justo detrás iba el más imponente de los tráilers. Llevaban de todo en la carga: armas plantas, animales... pero sobre todo agua.

Eran un ejército, aunque llevaban mucho sin luchar con nadie. Sólo buscaban un lugar para establecerse, donde regar todas esas plantas, donde echar raíces.

El más imponente de los tráilers tenía un mascarón de proa, de hierro, sacado de la locomotora de un viejo tren y colocado invertido, como un balcón enrejado. Al volante iba la reina. Muchas leyendas se contaban de la reina. Decían que había muerto en un par de ocasiones, que era inmune a venenos y balas. Que el manitú no podía afectarla. Esas leyendas no eran verdad. Pero otras sí. Como que tenía el cuerpo lleno de cicatrices, como que había estado sola mucho tiempo. Lo más misterioso era el origen de su fortuna. Su fortuna era enorme. No en yuanes, los yuanes ya no servían para nada. Tenía arcones llenos de oro y rubíes y zafiros y piedras preciosas. Y no dudaba en regalarlos a cambio de agua, de trigo o de lo que fuera necesario para su gente. Que cada vez eran más. La línea de camiones era tan larga que si mirabas el principio no acertabas a ver el final. Era generosa, la reina.

Nadie sabía cuántos años tenía. No más de veinte, puede que dieciséis. Su piel era negra, al igual que su pelo. El cabello formaba una enorme bola sobre su cabeza. N. Le gustaba llamarse N, como Napoleón. Una vez estuvo en París.

N cruzaba el desierto con su ejército. Hacia el sur. Había rumores. Rumores sobre tierras verdes en el sur. Algunos juraban haber oído que otros habían dicho que alguien había visto crecer la hierba en el sur. Podía ser.

Y si no, ellos la plantarían.

Agradecimientos

A mi padre, a Dani, a Jorge, a Alberto, a Eloy, a Jon, a Barto, a Carlota y por supuesto a Sandrine, y a todos los que de alguna manera me ayudaron a hacer posible esta novela.

Nieve en Marte

Pablo Tébar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada: Juanjo Ávila / Opalworks BCN

Fotografía del autor: Archivo del autor

© Ilustraciones de interior de Daniel S. Arrauz, 2017

© Pablo Tébar, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-450-0488-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltalldellibre.com



NIEVE
EN MARTE
PABLO TÉBAR

premio minotauro 2017